

ANDREA FREDIANI



MARATÓN

UNA CARRERA Y UNA BATALLA
QUE SE HAN CONVERTIDO EN LEYENDA

Lectulandia

480 a. C. La flota griega espera conocer el resultado de la batalla de las Termópilas. Esquilo, que presta servicio en una de las naves como hoplita, recibe la visita de una mujer misteriosa que le cuenta su versión de la batalla de Maratón, en la que el propio poeta había participado diez años antes. Los recuerdos de los dos interlocutores se cruzan para reconstruir una historia jamás contada sobre el primer enfrentamiento entre griegos y persas, y lo que ocurrió inmediatamente después, cuando los heraldos corrieron a Atenas para comunicar la victoria griega antes de que quienes apoyaban a los persas abrieran las puertas a los invasores.

Maratón es la apremiante crónica de una batalla y de una carrera, los tres protagonistas ponen en juego su amistad y su propia vida para disputarse el amor de una mujer, pero también para descubrir los límites de su propia ambición.

Lectulandia

Andrea Frediani

Maratón

ePub r1.0
xelenio 05.11.13

Título original: *Marathon. Sfida per la vittoria*

Andrea Frediani, 2011

Traducción: María Prior Venegas

Editor digital: xelenio

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Antes de comenzar

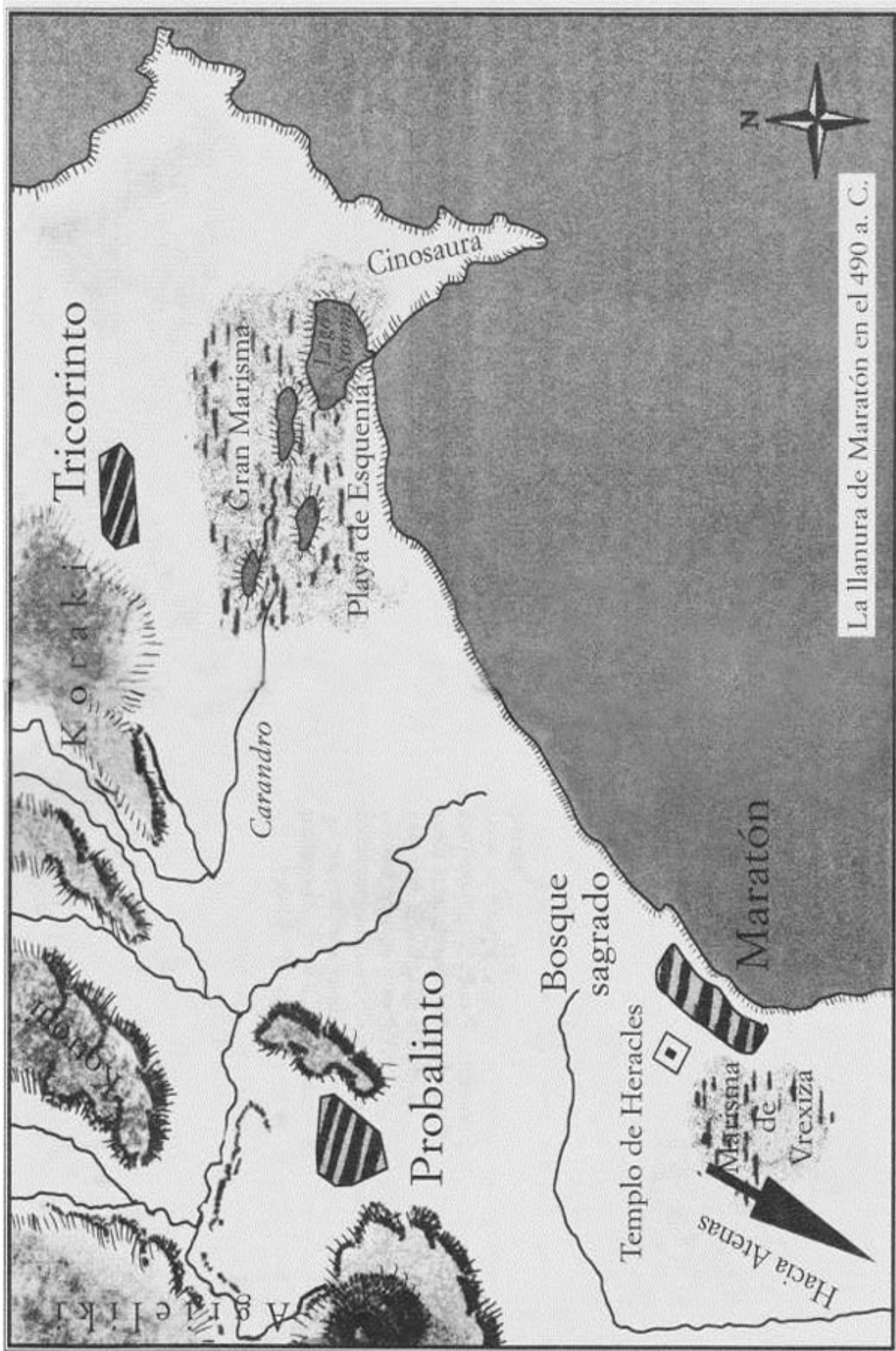
En líneas generales, una novela histórica no puede prescindir de términos técnicos o muy relacionados con la sociedad, el lenguaje, el acontecimiento o a las costumbres de la época en la que está ambientada. Sin embargo, esta vez no pretendo afligir al lector sembrando el texto con palabras no comprensibles para quien no tenga un conocimiento profundo sobre el argumento. Por lo tanto, ante expresiones del griego antiguo que tienen correspondencia con una palabra contemporánea, he preferido usar directamente ésta última, evitando cargar el texto con notas a pie de página. Tratándose de un hecho narrado «en tiempo real», sería un contrasentido hacerlo de otra forma.

Al lector deseo indicarle sólo unos pocos términos que sí aparecerán en el texto. El *hemerodromo* era el corredor capaz de correr un día completo; el *stadion*, o estadio, era tanto la unidad de medida correspondiente a unos 180 metros como la prueba corta de las competiciones de carreras; el *diaulos*, la prueba de medio fondo correspondiente a un doble *stadion*; y el *dolicos*, la prueba de fondo equivalente a nuestros 5000 metros.

A. F.

Después de la batalla de Maratón, según la tradición, un heraldo corrió hasta Atenas para anunciar la victoria. Después de casi cuarenta kilómetros, el guerrero llegó extenuado y murió inmediatamente después de haber hecho el anuncio. Pero las fuentes antiguas no están de acuerdo sobre quién fue aquel hombre. Hay quien le da el nombre de Eucles, quien de Tersipo, y otros atribuyen la empresa a Filípides (o Fidípides), a quien la tradición, de común acuerdo, otorga la hazaña de haber recorrido el camino mucho más largo hasta Esparta, antes de la batalla.

¿Y si enviaron a Milcíades y sus socios más de un mensajero a Atenas?



I

Cabo de Artemisio, Eubea, agosto del 480 a. C.

Había una enorme curiosidad a bordo. Durante algún tiempo los hombres, los hoplitas embarcados, los marineros, e incluso los remadores, habían dejado de preguntarse sobre la situación en las cercanas Termopilas y estaban más ocupados en analizar la superficie del agua, en espera de ver emerger de la oscuridad la silueta de la embarcación cuya llegada había sido anunciada por un heraldo persa.

Y además, todos le miraban a él, al poeta, aguantándose con mucho esfuerzo las ganas de preguntarle por qué una mujer proveniente de la flota persa tenía que venir a visitarle entre un enfrentamiento y otro. Pero nadie se atrevía a acercarse a él e interrogarle explícitamente. Como veterano de Maratón, Esquilo era uno de los pocos que se había enfrentado en el pasado a los persas. También por ello causaba una cierta impresión entre los reclutas. Como autor de dramas teatrales, se había construido un nombre fuera de los campos de batalla, y los otros veteranos encontraban poco digno mostrar interés hacia quien, como él, había preferido concentrar sus propias energías en una actividad que se consideraba muy poco viril.

El navarco, por otra parte, se complacía con la situación. Nada podría distraer de forma tan eficaz la atención del equipaje sobre los acontecimientos del día en el frente marítimo y en el terrestre ante el primer día de enfrentamiento con el temido enemigo asiático. Durante diez años los griegos habían temido la venganza persa. Una década exacta desde la fecha en la que los hombres del gran rey habían escapado frente a la masa compacta de los hoplitas atenienses en Maratón. Y ahora el momento tan temido había llegado. Muchos de los ciudadanos embarcados en los ciento ochenta trirremos de la flota ateniense habían visto por primera vez a un persa sólo pocas horas antes, de forma confundida y de lejos, en los puentes de las naves enemigas ocupadas en intentar rodear a la flota griega.

Se había tratado de una primera toma de contacto, nada más. A primera hora de la tarde, Euribíades y Temístocles, comandante oficial y comandante de hecho de la flota helénica, habían querido probar la consistencia de la flota de Jerjes y se habían acercado a Afete, a breve distancia de la punta más al septentrión de Eubea, dando batalla. Los persas habían intentado aprovecharse de la propia superioridad numérica disponiéndose en círculo alrededor de las naves griegas que, sin embargo, se habían formado en una alineación radial, con las proas mirando al enemigo y una ausencia de movimiento que había continuado hasta caer la tarde, lo que había dado lugar al final de la hostilidad. Salvo algún que otro lanzamiento de proyectiles, no había ocurrido nada que fuera relevante.

Muy diferentes fueron los acontecimientos ocurridos en las Termopilas, si se prestaba atención a las noticias llegadas por tierra. El rey espartano Leónidas había

tenido que enfrentarse a una serie de ataques enemigos a la altura del desfiladero, pero su defensa no había mostrado ninguna señal de debilidad. Si aquel angosto paso demostraba ser insuperable, como los griegos esperaban, a los persas no les quedaría otra opción que intentar un ataque con más determinación por mar, en aquel estrecho canal entre la isla de Eubea y la tierra firme, punto donde el comando griego deseaba poder frustrar la superioridad numérica de la flota enemiga. Vamos, que parecía que los griegos habían acertado la mejor estrategia. Los persas se habían adentrado en una partida que les impedía dar rienda suelta a todo su potencial, tanto por tierra como por mar.

Pero todo aquello no parecía afectarle al poeta. A diferencia de los otros que, antes de ir a dormir, se enredaban en charlas y comentarios sobre el día que acababa de transcurrir, Esquilo permanecía por su cuenta, sentado en la cubierta, entreteniéndose con un estilo y tablas de cera sin percatarse de lo que ocurría a su alrededor. Parecía que durante aquel día había recibido la inspiración para componer algo, algo con un fondo bélico por fin, auguraba la mayoría, escandalizada por el hecho de que el hoplita no hubiera jamás trasladado a un escenario sus experiencias en el campo de batalla. Casi parecía que se avergonzara...

Esquilo levantó sólo la mirada cuando un vigía indicó la llegada de una pequeña embarcación. Era la que habían anunciado con anterioridad, marcada con una bandera blanca izada en la proa. Pero no era la bandera lo que se abría paso en la oscuridad sino el tejido del traje de una mujer, de pie en el centro del puente.

Los hoplitas se amontonaron contra la barandilla, algunos para obedecer las órdenes del navarco (que había pretendido un fuerte control en el acceso al puente), y otros para ver a la visitante. Esquilo, en cambio, no se movió. Conforme la mujer se acercaba al lateral del trirreme, se definió mejor su figura, envuelta en un vestido blanco, largo hasta los pies y repleto de brillantes que resplandecían con la luz de las antorchas, con alfileres como cierres y decoraciones doradas en la parte delantera, y un cinturón dorado justo debajo del pecho. Una capa color púrpura con bordados dorados le caía por los hombros y un sombrero de hoja frigia, blanco y dorado como el vestido, le escondía la melena.

Nadie, en la cubierta, tuvo dudas de que se trataba de la consorte de un alto dirigente persa o del Asia Menor. Cuando la barca llegó junto al costado de la nave, desde el puente le arrojaron una escalera de cuerda. En primer lugar subieron dos cortesanos, también estos vestidos con fastuosidad, si bien de una forma más comedida. Después de registrarlos, los hoplitas, armados con todo lo posible, autorizaron también a la mujer para que subiera a bordo.

Cuando estuvo en el puente se percataron de que también era atractiva, sin ser joven ni tampoco bella, según los cánones clásicos, pero con unos rasgos en el rostro que parecían tener cada cual su propia personalidad: cada uno se quedaba grabado en

la memoria del observador, transformándose al instante en una especie de fetiche. La nariz, sobre todo, se presentaba ante el interlocutor como si quisiera salir de su lugar para pellizcarlo. Larga y ligeramente arqueada, tenía grandes orificios y terminaba con una punta parecida a la cúspide de una lanza. Los ojos, oscuros e intensos, se movían hacia la izquierda y la derecha con vivacidad y las mejillas parecían querer seguir el movimiento de las pupilas. Los lóbulos de las orejas parecían descolgarse, como arrastrados por el peso de los vistosos pendientes. La boca, regular y deseable, tenía un labio superior que se asomaba sensualmente más allá del perfil. La barbilla era larga y amplia pero elegante, y ofrecía al oval del rostro una forma inusual, característica. Si bien no era bella, se entendía cómo podía haber logrado embrujar a un personaje importante.

Esquilo, que se había concentrado de nuevo en su propio trabajo, no levantó la mirada ni siquiera después de haber escuchado a los otros cómo le indicaban a la mujer el lugar donde él estaba. Sintió sus pasos acercarse, pero siguió grabando en la tablilla de cera. Los versos estaban tomando forma y no tenía ninguna intención de dejarse distraer hasta que no hubiera terminado de transcribir lo que le pasaba por la cabeza.

—Tú eres Esquilo, el poeta, me dicen. Tengo muchas cosas que contarte —dijo la mujer, con una voz decidida pero sin autoritarismo.

El hoplita no se levantó ni alzó la cabeza. Transcribió los últimos versos sobre la reina madre del gran rey Jerjes y luego los leyó para sí mismo, para comprobar que funcionaban.

*Me parecieron dos mujeres con bellos vestidos,
una arreglada con túnica de seda a la persa,
la otra con la dórica, y avanzaban hacia mis ojos,
mucho más vistosas por el tamaño
de como hoy son las mujeres de belleza perfecta,
dos hermanas de sangre:
a una la suerte le había dejado
vivir en la tierra de sus padres, Grecia,
a la otra en un país extranjero.
Y me parecía ver que tenían algo,
aunque no sé qué enfrentamiento había entre ellas:
mi hijo lo entendía
y se esforzaba en aguantarlas y aplacarlas bajo un solo yugo
para imponer a sus cuellos unas únicas riendas.
Y una, orgullosa por el bastidor,
ofrecía su boca a una buena guía;
la otra pataleaba, hería y
arrancaba violenta con las manos
los arneses, y al final sin yugo y sin bocado*

destrozaba el carro.

La mujer no le interrumpió, ni dio señales de impaciencia. No demostraba en absoluto el orgullo que se podría esperar de la consorte de un alto dirigente. Al contrario, parecía mantener un comportamiento humilde y sumiso frente al poeta, casi como si fuera una postulante. Mientras tanto la tripulación, si bien se mantenía a una distancia respetuosa, observaba atentamente la escena. Había quien movía la cabeza, criticando el comportamiento de Esquilo. Los dos guardias del cuerpo se mantenían también distantes, permaneciendo entre la mujer y los demás.

—¿Por qué me podría interesar lo que tienes que contarme? —dijo finalmente Esquilo, levantando la cabeza y mirando fijamente a la mujer.

—Porque trata sobre tres de tus amigos que ya no están —respondió ella con un suspiro de alivio.

Esquilo se quedó mirándola. Parecía que la mujer efectivamente había conseguido llamar su atención.

—¿Tres? —preguntó.

—Filípides, Tersipo y Eucles.

—No hay nada nuevo que saber que yo no sepa sobre ellos. Una mujer no puede saber más que yo. Sobre todo una mujer persa.

—Una mujer puede saber más que tú. Sobre todo si era la esposa prometida de ellos.

Esquilo no consiguió replicar inmediatamente. Necesitó tiempo para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—¿Su prometida esposa? —preguntó al final.

La mujer explotó de repente en lágrimas, y se dejó caer al suelo.

—Era un juego... sólo un juego... pero se nos escapó de las manos... —dijo sollozando.

Sus dos guardias hicieron un gesto para acercarse, pero Esquilo les respondió con otro para que se detuvieran. Luego tendió las manos hacia la mujer, le sujetó dulcemente las muñecas, dejó que su llanto se calmara y luego le preguntó:

—¿Pero tú, quién eres?

Ella se secó las lágrimas con una esquina de la capa. Suspiró de nuevo. El maquillaje se le había en parte corrido, revelando numerosas arrugas y rasgos más marcados, pero el rostro no había perdido nada de su fuerza.

—Me llamo Ismene y soy ateniense. Ahora soy una de las amantes del gran rey Jerjes, pero hubo un tiempo en el que estuve casada con un ciudadano ateniense. Hipias, el hombre que estuvo presente en Maratón junto a los persas, era mi tío.

Había suficiente información para suscitar la curiosidad de Esquilo.

—¿Y por qué vienes a confesarte conmigo? —le preguntó.

—Porque deseo que tú cuentes la verdad sobre aquellos tres jóvenes que quizás

me amaron. Su verdadera historia, quiero decir. Sólo tú puedes hacerlo. Fuiste su amigo y sabes escribir dramas. Y no conozco un drama más intenso y absurdo que este.

Esquilo la analizó de nuevo sin proferir palabra, intentando entender a quién tenía delante. Podía tratarse de una loca, a fin de cuentas. O de una agente persa que pretendía quitarle valor a los héroes de Atenas. ¿Qué otra cosa se podía esperar, por otro lado, de la sobrina de un tirano, de un traidor, de un hombre que había impedido cualquier forma de democracia en Atenas hasta que no había sitio expulsado? Un hombre capaz de conducir a los asesinos de los hermanos jonios, los persas, contra su propia ciudad de nacimiento.

Y sin embargo... y sin embargo, echaba de menos a Tersipo, Eucles y Filípides, así como a su hermano Cinegiro. Escuchar hablar de ellos podía ser una forma para que vivieran de nuevo. Y poco importaba que todo fuera falso. La historia le consentiría recordar y evocar de nuevo con ella los acontecimientos que habían llevado a su gloriosa y desafortunada muerte.

—No será una historia larga, espero —dijo al final—. Mañana por la mañana tendremos que combatir de nuevo y pretendo descansar, al menos un poco...

—No temáis. Será tan larga como el tiempo que se emplea en recorrer corriendo el trayecto entre Maratón y Atenas —dijo ella sentándose.

II

Maratón, diez años antes

La tentación de comenzar, de poner inmediatamente entre él y los dos antagonistas muchos pies, es muy fuerte. Pero el recorrido es largo hasta llegar a Atenas. Más largo de cuanto Eucles haya corrido jamás en cualquier competición, en las Grandes Panateneas, en los Juegos Olímpicos, en los juegos Ístmicos o en aquellos Déléficos. Ocho veces un dólico, la prueba más larga de los Juegos, había declarado Milcíades dando comienzo a la carrera de la que dependía el destino de Atenas. Y también el destino personal de Eucles.

Probablemente, se dice el corredor, Tersipo y Filípides están pensando lo mismo. La apuesta en juego es demasiado alta como para jugarse todas las fuerzas que le quedaban después de la batalla con un esfuerzo repentino. Los otros, todos los demás, los hoplitas, los estrategas, los *lochagos*, piensan que para los tres competidores es una cuestión de prestigio. Piensan que Eucles y Tersipo quieren sentirse orgullosos de haber ganado a Filípides, el hemerodromo más grande de Helas. Y piensan que Filípides, el hombre capaz de correr un día entero sin detenerse, quiera demostrar que lo puede hacer incluso después de una memorable y dura batalla en la que ha dado ya el máximo. Y piensan que cada uno de los tres quisiera ser recordado como el hombre que alejó el asalto persa de Atenas. Quizás. Pero nadie sabe de verdad que el viento que sopla tras ellos está alimentado por otra apuesta en juego. Ésa que para él es mucho más importante.

Eucles se da la vuelta un momento hacia la derecha y luego hacia la izquierda. Encuentra inmediatamente confirmación a sus suposiciones. Ellos están allí, con él, casi a su lado, manteniendo su mismo débil ritmo, empujados por los gritos y las incitaciones de los supervivientes del enfrentamiento. También Filípides y Tersipo han comenzado con cautela. Y quizás también ellos temen, como él, no lograrlo. Quizás, espera el joven hoplita, están sufriendo, cojean y se encuentran cansados como él, y no podrán mantener un ritmo constante ni alcanzar una velocidad demasiado fuerte. ¿Cómo podrían, por otro lado?

No se trata de una carrera como todas las demás. Y no porque sea larga, casi ocho veces la carrera de fondo de las competiciones oficiales. No podría serlo ni siquiera aunque se tratara de un sencillo dólico. Es una carrera que se realiza después del mayor esfuerzo que un hombre pueda realizar: después de horas bajo el sol combatiendo, después de pasar gran parte de la jornada de pie con la panoplia encima, después de haber defendido su propia vida. Se han apresurado a realizar una distancia insostenible para la gran parte de los atletas. Resultaría difícil incluso para los dioses.

Qué raro, piensa Eucles, comenzar a correr ya cansados. De los tres,

probablemente, el único que ha vivido una experiencia lejanamente parecida sea Filípides, que acababa de regresar de Esparta la semana anterior al enfrentamiento, después de haber ido corriendo hasta allí. En las competiciones, de hecho, es muy recomendable llegar entrenados y descansados para poder dar lo mejor de uno, sin límites. Pero esta vez los tres competidores tienen demasiados límites. El peso de la batalla en la que acaban de participar disminuye sus reflejos y oscurece la vista, y la responsabilidad que pesa sobre sus hombros paraliza los músculos, quita el aliento todavía más que el esfuerzo que acaba de realizar. Un esfuerzo que debería haber sido suficiente para cualquier ser humano, para cualquier guerrero. Desde siempre, la batalla es el ápice de una campaña, y después de ésta sólo hay sitio para el descanso. De vez en cuando se persigue al enemigo derrotado, se corre tras él en el campo de batalla para conseguir prisioneros o sólo para despellejar a aquel que se consiga alcanzar. Pero se trata de un tiempo relativamente breve, de un anexo al enfrentamiento que es difícil de separar del propio enfrentamiento. Esta vez uno se ha tenido que levantar inmediatamente después de haberse desplomado sobre el suelo, agotado, para realizar un esfuerzo todavía mayor del que acaba de llevar a cabo. Y después de la madre de todas las batallas. La batalla contra los persas.

Eucles se da la vuelta un instante, observa el campo del enfrentamiento. Lo hace para animarse, para convencerse de que ha sido de verdad uno de los protagonistas de un acontecimiento extraordinario, de una empresa que consagrará a los atenienses y a los platenses en la historia. Ve a los conmlitones aplaudiendo, todavía amontonados en el punto del que se han marchado él, Filípides y Tersipo. Detrás de ellos, al fondo, en el sector donde había comenzado la retirada persa, otros hoplitas, junto a la infantería ligera y a los esclavos, excavan la fosa común y levantan el túmulo de la victoria. Y ve a los estrategas ocupados en discutir todavía sobre la mejor estrategia para prevenir la amenaza enemiga por el mar, o sobre la más eficaz para arenar la arrolladora personalidad de Milcíades, ya privado de cualquier freno tras la muerte del polemenco.

Nota también a Esquilo, de pasada. El amigo se encuentra a un lado, llora por la muerte del hermano Cinegiro, de quien ha arrastrado hasta la orilla el cuerpo mutilado. Lo había dejado trastornado y llorando junto a la playa, velando sobre el cadáver, pero ahora el poeta está allí, con los otros, realizando su propio deber. Le han dicho que pareció haberse vuelto loco después de ver cuánto le había ocurrido a su hermano. Sólo entonces parece ser que había comenzado a luchar de verdad, como si el final de un valiente hoplita hubiera marcado una especie de paso de consignas, transformando un soldado, si no vil al menos dudoso y titubeante, en un valeroso combatiente.

Nadie volverá a ser el mismo, por otro lado, después de una batalla que Homero habría podido cantar con el mismo énfasis que la guerra de Troya. En pocas horas,

desde el comienzo del avance de la falange hasta la finalización de la persecución del ejército enemigo en ruta, ha cambiado todo: incluso el modo de luchar de la propia falange. Pero son sobre todo los supervivientes quienes han cambiado, no sólo Esquilo sino también Epizelo, a quien quizás no volverá a ver más, y que irá acompañado y atormentado durante toda la vida por las imágenes de la propia mente, las últimas que sus ojos pudieron ver: imágenes de extremidades rotas, sangre que flotaba en el aire, cuerpos rajados, cuellos rasgados de una parte a otra, cráneos rotos, vísceras colgando de estómagos abiertos.

No será el mismo Milcíades, que se siente exaltado por la victoria de la que se considera el principal artífice. Su ego sin medida le impide reconocer el mérito de muchos otros, Calímaco a la cabeza. Algunos que si no han empujado como él durante la batalla antes de la llegada de los espartanos, han contribuido de forma decisiva al triunfo. No serán los mismos Arístides y Temístocles, cuya tenaz resistencia en el centro, como estrategias de los respectivos regimientos, les ha otorgado (Eucles está listo para jurarlo) la autoridad y la credibilidad que buscaban para dar un empujón definitivo a su propias carreras políticas.

El corredor puede sólo imaginar qué inmensa confianza han adquirido los dos comandantes y rivales en sus propios medios, y el ánimo que son capaces de ejercer sobre la gente. Es curioso que el caso les haya obligado a combatir codo con codo, a contar el uno sobre el otro para sobrevivir. Pero a partir de ahora, Eucles de esto está seguro, no volverá a ser así. Hasta hoy Temístocles y Arístides sólo se han pinchado, pero ahora, con la fuerza interior que han adquirido, con el grupo de seguidores que se han creado, están listos para un nuevo enfrentamiento, esta vez político, y difícilmente habrá sitio para ambos en Atenas en el futuro.

Pero más que todos, están destinados a cambiar ellos tres: él, Filípides y Tersipo, tres amigos, tres cómplices sentenciados a convertirse en rivales desde el momento en el que han decidido desafiarse, obligados a transformarse en irreducibles antagonistas desde el instante en el que comprendieron que la batalla no habría sido suficiente para establecer el vencedor. Este apéndice del desafío, la carrera para la salvación de Atenas, es también una bajada al Hades, a los abismos de un universo desconocido, alternativo, aparentemente oscuro, donde ellos, amigos desde efebos, no pueden ser otra cosa que adversarios, y donde los dos derrotados estarán destinados a desarrollar un odio inextinguible hacia el vencedor.

Quién sabe si uno de los tres era consciente, en el momento en el que se estableció el desafío. Él seguramente no lo había sido. Había tomado poca consideración del asunto, pensando que se trataba sólo de una ocasión más para poner a prueba su valor, una prueba más de su sano antagonismo, y quizás una forma para exorcizar el temor que inducía en él, como en todos, un adversario temido como el persa, dueños del mundo asiático, de los hermanos griegos que han probado, en vano,

a imponerse a su poder sin límites.

Eucles está convencido de que se lo estarán preguntando también ellos. Observa a Filípides, el hemerodromo ya célebre por sus victorias en las Panateneas. Es uno de los pocos hemerodromo de Helas, uno de los raros corredores capaces de correr durante un día completo, y lo acaba de demostrar cubriendo en solo tres días el largo trayecto entre Esparta y Atenas, en ida y vuelta. Su popularidad entre los rangos del ejército, como entre las poblaciones de Atenas, no podría ser ya mayor, y todos esperan que sea él quien venza.

Eucles sigue sin perderle de vista, observando sus ágiles movimientos, el cuerpo fibroso, la estructura diminuta que le consiente casi poder moverse por encima del terreno, ahorrando el esfuerzo de llevarse consigo su propio peso. Su rostro se encuentra excavado, como quizás lo es el de cualquier otro que haya participado en la batalla, probado la noche insomne que ha precedido el enfrentamiento, la tensión y la fatiga del propio combate. Si bien el suyo también lo estaba antes, lo ha estado siempre. Las mejillas afiladas, los grandes ojos, la barbilla perfilada, la expresión perenne de sufrimiento junto a ese físico flexible, hacen de él un hombre capaz de sobrecargarse con largos esfuerzos, votado a la fatiga, en grado de soportar más que cualquier otro todo tipo de presiones.

Filípides se da cuenta de que está siendo observado. Un evidente gesto de malestar de éste induce a Eucles a apartar la mirada y a trasladarla sobre el otro contendiente, Tersipo. Este parece un adversario más asequible para él, a fin de cuentas. Su estructura física es más robusta, baja y recortada, más adaptada a los tirones cortos que a los largos esfuerzos. No es una casualidad que sus victorias en los Juegos hayan sido en el *Stadion*, la carrera más breve. En el *diaulos*, la carrera de medio fondo, siempre ha mostrado sus límites, cediendo al final. Los dos amigos tenían la costumbre de tomarle el pelo porque no sabía distribuir sus fuerzas. Tersipo se presentaba siempre a la cabeza después del primer *stadion*, pero en el curso del segundo se dejaba absorber por casi todos los demás competidores. En realidad Eucles y Filípides han sido siempre conscientes de ello, su musculatura compacta le penalizaba inevitablemente. Por mucho que se entrenara en la larga distancia, está condenado a cansarse más y antes que los demás.

Y sin embargo Tersipo está todavía allí con ellos, después del esfuerzo de la batalla. Quizás también para él la apuesta en juego es tan invitante que le pone alas en los pies. Eucles encuentra también su mirada. Y también la de Tersipo, que al igual que la de Filípides es hostil. La lucha, al parecer, está tomando un cariz que excluye las medias tintas y cualquier concesión al recíproco afecto que los une. Quizás es el cansancio, quizás es la exasperación, la tensión, o el peso de la responsabilidad por salvar la ciudad. Quizás es precisamente la apuesta en juego. Los rasgos ya evidentes del amigo, cuyo rostro redondo ha parecido estar siempre esculpido en una roca, son

todavía más duros. Eucles percibe que se ha convertido, para sus dos mejores amigos, en un enemigo peor que los persas. El obstáculo, el último de una larga serie, que se entremete entre ellos y la gloria. Entre ellos e Ismene.

Independientemente de cómo vayan las cosas, Eucles está seguro de que no quedará excluido el mutuo respeto que se profesan. Ha sido precisamente la intensa amistad que los une lo que ha sugerido su desafío, y están demasiado unidos el uno al otro para borrar de un plumazo lo que han construido después de tantos años. Por mucho que puedan llegar a detestarse, permanecerá aquel residuo de afecto que les impedirá jugar sucio. Ha permanecido después de la batalla, y una sencilla carrera no podrá seguramente comprometerlo.

¿O quizás sí?

Eucles protesta. Entiende que es el sistema más eficaz para no prestar atención al esfuerzo, a la fatiga, que le agredirá cada vez con mayor vehemencia. Dejar trabajar a la mente para no darse cuenta de que el cuerpo está trabajando. No lo ha hecho antes durante las competiciones deportivas. Los entrenadores decían que no tenía que distraerse, que tenía que concentrarse en el acontecimiento, en la carrera, en los adversarios, en las reacciones del propio cuerpo. Y, en cambio, ahora es al propio cuerpo al que no quiere escuchar, del que quiere defenderse. Un hecho extraordinario, como aquel del que es protagonista, presupone reacciones extraordinarias, no son suficientes las costumbres, no sirven para nada los expedientes habituales. Sus adversarios no son sólo los persas que están rodeando Ática y los que apoyan a Hippias dentro de Atenas, o Tersipo y Filípides. Son sobre todo sus músculos endurecidos, sus huesos doloridos, los cortes y las contusiones que cubren su cuerpo.

Y además, quejarse le ayuda a distraerse, a apartar la presión, la tensión que parece haberse finalmente soltado después de la victoria, después de haber vivido durante una semana en el terror mezclado con la exaltación, en la idea de tener que afrontar aquel nuevo, terrible enemigo. Aquella tensión que había vuelto a aflorar, y luego a montar, cuando los tres se dieron cuenta de que no había terminado. Que los persas seguían siendo una amenaza para Atenas, a pesar de su neta e inequívoca derrota.

Que su personal desafío tampoco había terminado aún.

—Estos malditos mosquitos, ¡son más nocivos que los persas! —exclamó Tersipo, golpeándose la nuca por enésima vez.

—Y son incluso más que los guerreros del gran rey, ¡y con eso ya he dicho todo! —añadió sonriendo Eucles, sin por ello renunciar al intento de agarrar a uno que le daba vueltas desde hacía demasiado tiempo.

—¿Pero esos persas idiotas no podían elegir otro lugar para atacar? ¿Precisamente tenían que desembarcar en Ática cerca de unas aguas pantanosas? —sintió la

necesidad de precisar Filípides, que movía incansablemente los brazos desde hacía horas para mantener alejados a los mosquitos.

—Bueno, al menos podemos consolarnos sabiendo que los dioses les están infligiendo el mismo suplicio también a ellos —intervino Cinegiro, como siempre ocupado en sacar brillo a sus propias armas, sin prestar atención a los mosquitos que daban vueltas a su alrededor.

—Es más, para ellos será incluso peor. Están acampados justo al borde de las marismas y están menos acostumbrados a esta plaga. Nosotros al menos estamos cerca del bosque —añadió el hermano de Cinegiro, Esquilo. Tenía a su lado una antorcha e intentaba escribir algo en una tablilla, pero el único resultado que obtenía era llamar la atención sobre sí mismo de la nube de mosquitos, atraídos por la fuente de luz.

—Ya. Pero te ocupas tú de llamarlos con este maldito vicio que tienes de escribir siempre por la noche... —especificó Epizelo, con diferencia el más anciano de toda la compañía.

—Mira que también hoy ha llovido —contestó Esquilo—. El terreno está encharcado, las raíces de los árboles húmedas, uno casi se puede bañar en los charcos, y no hay un sitio donde se pueda estar resguardado de estos insectos. Y además, os olvidáis de que justo detrás del bosque hay otra zona pantanosa, mucho más pequeña que la que tenemos delante, donde han acampado los persas, siempre infestada de insectos.

—No respetan ni siquiera la sacralidad del sitio —se lamentó Eucles, rascándose contra la corteza del árbol—. Pensaba que Heracles los tenía lejos del área de su templo... ¿No es por esto que hemos acampado aquí? ¿Para tenernos alejados de los mosquitos? —bromeó.

—Yo creía que los estrategas habían elegido este sitio porque impide a la caballería enemiga rodearnos y nos tiene resguardados de los arqueros —argumentó Tersipo, que hablaba de tácticas y estrategias como si fuera un oficial y no un sencillo hoplita.

—Al menos es el único motivo por el que no nos han atacado todavía, en seis días de permanencia en este horrible lugar. Pero ¿cómo consiguen vivir los habitantes de los poblados de los alrededores? —se lamentó Cinegiro. Él y Tersipo eran los más motivados por la compañía. Para ellos, los más impacientes a la hora de combatir, la guerra era el aspecto más importante de su existencia.

Los otros eran más cautos, comenzando por Esquilo, que no tenía ninguna gana de combatir.

—Agradecemos a los dioses, más bien, por poder disponer de un sitio parecido. De otra manera, a esta hora estaríamos todos muertos. Los persas no se lo habrían pensado dos veces el atacarnos. Son el doble, quizás el triple que nosotros, y no veo

cómo habríamos podido salir victoriosos. En cambio, con la llegada de los espartanos, previsto para mañana, o para pasado como mucho, tendremos alguna posibilidad más para empujarlos —dijo.

—Eres el típico cobarde, hermano —reaccionó Cinegiro, poniéndose de pie de un salto. Se calentaba con mucha facilidad—. ¿Por qué tenemos que reconocer a esos espartanos idiotas la satisfacción de sentirse decisivos? Tenemos a los platenses, bastan y sobran. Y están amenazando nuestra ciudad, ¡nos toca a nosotros defenderla!

Tersipo intervino en apoyo de Cinegiro.

—Estoy de acuerdo. Además, yo consideraría todo esto un asunto interno. Es culpa de Hipias si los persas están aquí. Es él el tirano, quien ha convencido al gran rey para que envíe el ejército a Ática y lo vuelva a poner en el poder de Atenas. Y quienes le apoyan, porque en la ciudad hay quien le espera con los brazos abiertos. Si los persas replegaran inmediatamente sus fuerzas hacia Falero, es probable que alguien les abriera sus puertas...

—Un hombre como aquel no tenía que ser exiliado, tenían que haberlo matado para que no volviera a hacer daño —dijo Epizelo—. Hemos padecido durante mucho tiempo la tiranía de su padre Pisístrato, y luego la suya y la de su hermano Hiparco, como para no apreciar las ventajas de la democracia ahora...

—¿Ventajas? ¿De qué ventajas estás hablando? —replicó Filípides—. Yo soy un fiel ciudadano de Atenas, y detesto a la familia de Pisístrato, pero se necesita poco para que la democracia degenera en anarquía. Cada día interminables discusiones entre nuestros representantes impiden que se tomen decisiones importantes, y aquellas menos importantes se van posponiendo continuamente. Algunas veces echo de menos al tirano, y no os escondo que siento envidia de las ciudades jónicas gobernadas por un solo hombre... —Filípides hablaba poco de política. Era un deportista hasta la médula, él, y amaba sobre todo las competiciones y los Juegos. Pero cuando exprimía sus propias opiniones, no podía evitar escandalizar a sus amigos.

—Muy bien, entonces vete a vivir entre los griegos de Asia, condenados a vivir bajo una doble servidumbre, ¡la del tirano y la de los persas a quienes el tirano sirve! —contestó Tersipo, que se acaloraba siempre frente a las tesis del amigo—. ¡Eres tan estúpido que no entiendes el valor del sistema en el que tienes la suerte de vivir! Gracias al sorteo, te podrá ocurrir una o dos veces en la vida formar parte de la Asamblea de los quinientos que gobiernan la ciudad. No sólo eso, siempre gracias al sorteo tienes buenas probabilidades de cubrir por un día el cargo de presidente de los pritanos y, por lo tanto, de ser el más importante representante de las instituciones... Cada uno de nosotros puede tener esta oportunidad, este honor. ¡Con un tirano, el gobierno queda reservado sólo a él y a sus acólitos!

—¡Y ya ves qué satisfacción! Un día de gobierno... —se animó Filípides—.

Nadie puede lograr nada de bueno en un día, ni un órgano de gobierno puede adoptar una política clarividente y coherente si sus miembros cambian continuamente. Por no hablar del sorteo... El hecho de que cualquier imbécil pueda valerse del derecho de decidir mi destino no me consuela en absoluto...

—¿Pero qué estás diciendo? Es precisamente ésta la garantía. La alternancia impide a los imbéciles y a los malos gobernantes causar daños demasiado grandes y durante mucho tiempo. ¡La tiranía nos obliga a soportar a un mal gobernante, privándonos del derecho de destituirlo!

Tras estas palabras intervino Esquilo.

—Yo no lo diría. A Hipias lo hemos destituido, de hecho, rebelándonos y expulsándolo. Y de todos modos, él sucedió a su padre porque Pisístrato gobernó durante largo tiempo y bien. Y además, él mismo se puede decir que ha sido un excelente tirano, hasta que Harmodio y Aristogitón no mataron a su hermano. Fue entonces cuando se transformó en un ser cruel e intolerante. Y añado también que, si ahora los platenses nos están ayudando, a fin de cuentas también es mérito suyo: fue él quien socorrió a Platea, derrotando a Tebas.

—¿Te metes también tú? ¿Pero no estabas escribiendo? Venga, ¡sigue haciéndolo! —reaccionó Tersipo.

—Déjalo ya. Mi hermano pasa demasiado tiempo agachado sobre las tablillas de cera, fantaseando, como para entender de política y de guerra... —precisó desconsolado Cinegiro, lanzando una mirada de lástima a Esquilo.

Éste no se lo tomó a bien. Con un gesto lleno de desprecio, arrojó contra el hermano la tablilla de cera.

—¿No pierdes un momento para reírte de mí, eh? ¿Sólo porque eres el hermano mayor y lo haces mejor que yo en los combates y en las actividades físicas?

Cinegiro, que era mucho más robusto que el hermano, no se mostró en absoluto enfadado, e ignoró completamente el ataque con la tablilla que le había tocado el hombro. Riendo de corazón, dijo:

—¡Ah! ¡Se necesita poco para ser mejor que tú en cualquier cosa que no sea la escritura! ¡También un joven en el primer día de *efebeia* sabría hacerlo mejor que tú con la lanza y el escudo! Que te quede claro que cuando nos enfrentemos contra los persas no tendré tiempo de ser tu niñera.

Esquilo cargó un puñetazo, pero luego lo pensó mejor. Se levantó, recogió su tablilla y se alejó con el ceño fruncido hacia el sector ocupado por el regimiento de su tribu, Ayántide.

Moviendo la cabeza, Cinegiro se dirigió hacia los amigos, que tenían expresiones divertidas en la cara.

—Esperemos de verdad que haga algo bueno con esta manía que tiene de ser escritor, porque si no, no veo qué podrá hacer en la vida. No es capaz de nada más.

No le importa hacer otra cosa. Es capaz de dejar que le maten, porque no sabe defenderse. Está convencido de que, además de su arte, no necesita nada más para ser definido un hombre. No se preocupa de ejercitarse en el arte del combate, y después del bienio en la *efebeia* no ha cogido jamás una lanza o un escudo. Ni se preocupa de su reputación: no le he visto jamás interesado en una joven, ni se ha dejado ver por ahí con alguna mujer.

—Nuestros amigos, aquí, en cambio, últimamente se han dejado ver a menudo con una mujer en particular, ¿o me equivoco? —intervino Epizelo, que no mostraba demasiado interés en los enfrentamientos de Cinegiro con su hermano pequeño.

Quien respondió más rápido fue Tersipo. Sin ningún rastro de vergüenza en su rostro.

—¿A quién te refieres? ¿A Ismene?

—Venga, me parece que se llama así. La viuda de ese armador que traficaba con la Jonia, ¿no?

—Efectivamente. Nos vemos a menudo, últimamente... —admitió Tersipo.

—Pero no eres el único, me parece —intervino Cinegiro, riendo—. A la viuda le gusta mucho estar entretenida, por lo que se dice...

—Bueno, yo también la veo, si es por esto —precisó Filípides.

—Y también Eucles, si queremos que se diga todo... —añadió Tersipo.

Eucles agachó la cabeza, visiblemente avergonzado, y Epizelo la movió, sorprendido.

—¿Pero qué veis que sea tan interesante? No es seguramente la mujer más bella de la ciudad. Es más, no me parece en absoluto especial: una nariz demasiado grande, caderas demasiado anchas, hombros estrechos y brazos demasiado amplios, un pecho casi inexistente. Y tiene que tener también algunos años más que vosotros, me parece...

—Y más hábil y caliente que una prostituta... —precisó Tersipo.

—Es rica —añadió Filípides.

—Es... simpática. Su compañía me pone siempre de buen humor —dijo Eucles, después de dudar un poco sus palabras.

Epizelo y Cinegiro soltaron una ruidosa carcajada.

—¡No me digáis que os habéis acostado con ella los tres! ¡Y también juntos! —dijo el hermano de Esquilo.

Se rieron también Tersipo y Filípides. Pero no Eucles, que apenas esbozó una sonrisa.

—No... juntos no... —precisó Tersipo—. Pero yo me he acostado con ella varias veces...

—Digamos que tampoco a mí me ha negado sus gracias... —añadió Filípides, pero con menor arrogancia.

—¿Y tú, Eucles? ¿También tú te has divertido? La verdad es que tiene que ser una enorme vaca... Habéis hecho que me entren ganas también a mí de probar... —dijo de nuevo Cinegiro.

—No... yo no he tenido todavía ocasión... —admitió Eucles, con un hilo de voz.

—Eucles, si no supiera que eres un valiente guerrero y un valeroso atleta, algunas veces me entrarían ganas de igualarte a mi hermano —observó Cinegiro—. Y vosotros, contadme cómo es. En la cama, me refiero... —añadió, dirigiéndose a los otros dos amigos.

—Me parece que tú pides demasiado. No me parece respetuoso en relación con ella. Podría incluso casarme con ella, un día —observó muy caballerosamente Filípides.

Pero Tersipo no tenía ese tipo de problemas.

—Bueno, no está dicho que seas tú su esposo. Podría serlo también yo. Y como no considero que sea mortificante para ella magnificar sus dotes como amante, no tengo dificultad en describirlas. Bueno, que sepas que con la boca es insuperable. Por otro lado, ya se entiende por sus labios. ¿Has visto cómo le sobresa el superior? Parece que está hecho para satisfacer al hombre. ¡Y si supieras qué vitalidad, qué espíritu de iniciativa! Es la mujer ideal con la que pasar un rato después de un esfuerzo atlético, un entrenamiento o una competición. Estás ahí tumbado, tranquilo y beato. Ella piensa en todo. Y no se cansa. No se cansa jamás de estarte encima. Cuando luego tienes ganas de moverte tú, te recibe con entusiasmo, en la posición que desees, entre murmullos y gritos que hacen que el asunto sea todavía más excitante...

Tersipo dirigió una mirada hacia Filípides, para buscar su asentimiento. Éste apartó su mirada hacia otro lado, y luego asintió con la boca medio abierta y una sonrisa forzada.

—¿Has entendido? —exclamó Epizelo—. Y tú, Eucles, ¿no has sido todavía capaz de aprovecharte de una generosidad parecida?

—Yo... yo me encuentro bien con ella como persona... —respondió Eucles, que daba la impresión de desear estar en otra parte.

—¡Alarma! ¡Alarma!

Un grito se alzó en los alrededores del campamento. Los amigos se dieron la vuelta hacia aquella dirección y, ante la débil luz de las antorchas que brillaban a lo largo del frente de arbustos situados como defensa del campamento, visualizaron sombras de caballos y caballeros batir y saltar la barrera.

Se levantaron instintivamente los cinco, agarraron una lanza y el escudo, que tenían al alcance de la mano, y se lanzaron hacia el perímetro. No fueron solos: otros hoplitas en los alrededores se mostraron igualmente solícitos y se lanzaron a su vez hacia los caballos, que parecían haber encontrado a los centinelas. Cuando estuvieron

cerca de los animales, vieron que tenían la cola en llamas. Todos. Se agitaban, locos por el dolor, relinchando, pataleando y dando vueltas sobre sí mismos, sin que los hoplitas más cercanos consiguieran detenerlos. Cada bestia tenía a un hombre atado encima, con el rostro metido entre las crines.

Finalmente, Cinegiro arrojó la propia lanza contra el costado de uno de los animales, que tiró al suelo después de un último y estremecedor relincho. Inmediatamente después de él, los otros hoplitas reunieron valor e hicieron lo mismo. Cada uno eligió a un enemigo de entre aquellos que no habían salido corriendo alocadamente hacia el bosque sagrado de Heracles.

Eucles se encontró entre sus propios pies a un animal todavía jadeando, con la cola aún en llamas y el cuerpo de un hombre atado sobre la montura. Con pocos golpes de lanza, rompió las cuerdas que envolvían al caballero. El cadáver se separó de la bestia. La luz de una antorcha reveló lo que quedaba del mismo. Se encontraba en avanzado estado de descomposición y recubierto de fango seco.

III

Eucles ralentiza. Y no porque sienta que le falte el aliento. Perdido unos instantes entre sus pensamientos, no se ha dado cuenta de que está delante de los otros dos. Y no es bueno encontrarse demasiado delante respecto de Filípides, pues quiere decir que está corriendo demasiado veloz, y que está destinado a dejarse absorber por un corredor que ha hecho de la resistencia su mayor dote. Se trata de un terreno irregular y áspero como el que se apresuran a recorrer para llegar a Atenas. Se trata de una reflexión que hay que tener en cuenta.

Después de la consideración que se tenía de Filípides a partir de los laureles conseguidos en las competiciones, nadie habría imaginado nunca que era capaz de ir a Esparta y volver a Atenas en menos de cuatro días. Doscientos cuarenta son los kilómetros que separan las dos principales *polis* de Helas, y habían sido muchos los que habían ironizado sobre la deliberación del Consejo de los Quinientos de encargar a un hemerodromo, y no a un caballero, una misión de la que podía depender la salvación de la ciudad.

No había perdido el tiempo, una vez que había llegado a Atenas la noticia de que los persas, acompañados por Hippias, habían desembarcado en Maratón. Inmediatamente se había decidido a pedir ayuda a Platea y, sobre todo, a Esparta. Eran muchos los que temían en la ciudad que se produjera una colaboración con el centro lacedemón. Todavía seguía viva, en los menos jóvenes, la memoria de las intervenciones del rey espartano Cleómenes a favor de los oligarcas, y había quien no quería volver a saber de ello. La misma deliberación de la asamblea había salido adelante por una mayoría corta, y después de encendidas discusiones.

Y sin embargo, Filípides lo había conseguido: había llegado a Atenas antes todavía de que un solo persa se hubiera dejado ver bajo las murallas de la ciudad. Y sin ni siquiera ampollas en los pies, como había querido mostrar a sus dos mejores amigos, Eucles y Tersipo. Si en las competiciones o en los entrenamientos se hubiera tenido en cuenta los tiempos de las carreras de los atletas, sin lugar a dudas el hemerodromo habría conseguido un récord destinado a no ser jamás superado.

Pero las noticias que había traído consigo no habían sido tan favorables. O al menos no lo suficiente para evitar recriminaciones y malhumores por parte de quienes —y no eran pocos— no habrían ni siquiera querido implicar a la ciudad lacedemón. Por lo que parecía, los éforos espartanos habían declarado estar intencionados a intervenir, pero no antes del final de las Carneas, las celebraciones por la conclusión de la luna creciente de la primera mitad del mes. Sólo entonces enviarían una columna en ayuda de dos mil hombres. Apenas el doble de una ciudad menor como Platea, que había declarado ya estar dispuesta a suministrar un millar de hoplitas.

Naturalmente, habían sido muchos los que habían declarado que de una ayuda de tales características se podía prescindir. Que los espartanos no habían desmentido quienes eran, ni siquiera en tal ocasión, demostrándose completamente fiables e hipócritas. Incluso peligrosos. Había quien había dicho que lo suyo no era más que un truco para inducir a los atenienses a esperar tumbados boca arriba su llegada, dejando que los persas pusieran mientras tanto un pie en Ática para no poderles ya echar.

La convicción de que los lacedemonios esperaran en un derrumbamiento ateniense se encontraba más bien difundida. Ciertos ciudadanos, que habían pretendido moverse hacia Maratón incluso antes de la llegada de Filípides, habían obtenido con ello confirmación de sus suposiciones. Pero Eucles no se encontraba entre estos. Y ni siquiera Filípides y Tersipo. Los tres amigos consideraban que dos mil hoplitas espartanos valían lo mismo que un número de enemigos cinco veces superior. Además, estaban convencidos de que los éforos y los dos reyes espartanos no eran tan obtusos y tan poco clarividentes como para no considerar el peligro que podía representar —tanto para la ciudad Lacedemón como para todo el Peloponeso— una estable presencia persa en la Grecia central. Tarde o temprano, se podía jurar sobre ello, también las ciudades de la Liga Peloponesiaca se convertirían en objetivos para el gran rey Darío.

Para terminar, Filípides había llegado a la convicción de que los espartanos no se atrevían a moverse por otros motivos, y que poco tenían que ver con sus escrúpulos religiosos. También ellos, de hecho, tenían problemas. En su breve estancia en Esparta, el heraldo había percibido el clima de tensión que se respiraba en la ciudad como consecuencia de la guerra contra los mesenios. Y hasta que los lacedemonios no hubieran conseguido domar de una vez por todas las constantes rebeliones de los habitantes de Mesenia, no habrían podido sentirse los hombros suficientemente cubiertos como para aventurarse hacia el sur, independientemente de lo que pudiera ocurrir al otro lado del estrecho de Corinto. En sus condiciones, por lo tanto, privarse de dos mil hoplitas era ya un notable sacrificio que había que apreciar, no despreciar.

Así al menos —pensaban Eucles, Filípides y Tersipo—, aún reconociendo a los espartanos todas las atenuantes del caso, se esperaban de todos modos que intervinieran con la rapidez y la eficiencia que les habían siempre caracterizado cuando estaban en juego sus intereses. Pero Eucles no tenía dificultad en admitir que era diferente de sus amigos, y quizás de la mayoría de la gente. Aunque se esforzara no conseguía liberarse de la tendencia de comprender siempre las razones de los demás, incluso en perjuicio de las propias.

Se daba cuenta de que esta característica representaba para él, para sus objetivos, para sus ambiciones, un lastre pesado que le limitaba en los resultados. Pero no podía evitar sentirse culpable cuando se atrevía a pasar por encima del respeto habitual que nutría frente al resto del género humano. Y generalmente no duraba mucho:

terminaba siempre por volver y seguir las decisiones de los demás. Era, por otro lado, un rasgo que compartía también con Esquilo. Los dramas de su amigo, que desde hacía poco habían comenzado a representarse en Atenas, si bien con compañías menores y en los teatros marginales, representaban a personajes víctimas de las circunstancias y de los caprichos de los dioses, no del todo responsables de su destino y de sus errores, con legítimas justificaciones de su discutible actuación. También él pensaba que un hombre no tenía que ser juzgado demasiado duro, ya se encargaban los dioses de hacerlo, pero no tenía el talento de Esquilo para exprimirlo en forma artística.

Si Esquilo no pertenecía al círculo de sus amigos más íntimos, como Filípides y Tersipo, era sólo porque el poeta prefería ir por su cuenta y raramente tomaba iniciativas para encontrarse con los demás. Y Eucles, siempre respetuoso, tendía a no imponerle la propia presencia, algo que sabía en cambio que podía hacer con los otros dos, aunque fueran menos afines que Esquilo con su personalidad.

Pero era también muy respetuoso con sus posiciones, si bien de vez en cuando deforme con las propias. No se encontraba, por otro lado, tan carente de personalidad como para dejarse convencer. Sencillamente no iba más allá del punto de rotura, evitando imponer su propio punto de vista. Así sucedía en el caso de Ismene.

—¡Tierra y agua! —exclamó Calimaco de Afidnas, el polemenco, en cuanto llegó frente a los caballos derribados. Nada más llegar los guerreros se abrieron para dejarle pasar. Era un hombre muy respetado y admirado, a diferencia de Milcíades, que era en cambio temido. Calimaco acababa de ganar el *stadion* en las últimas panateneas, y el hecho de que hubiera obtenido la victoria inmediatamente después de ser nombrado polemenco había sido juzgado como un buen auspicio, en vista del inminente enfrentamiento contra los persas. También por esto, además de por su valor comprobado en las anteriores misiones bélicas, el comandante jefe era apreciado por todos, indiferentemente. También por los diez estrategias que, aparte de Milcíades, le reconocían una autoridad más concreta de aquella (sólo representativa) prevista en su papel como polemenco.

—¿Tierra y agua? ¿Qué quieres decir? —exclamó más de un hoplita.

Que aquellos cadáveres eran griegos era algo evidente. E igualmente se daba por descontado su procedencia. El desconcierto, mezclado con la indignación, estaba ganando la batalla, entre las filas de los combatientes, al terror.

—¿No lo veis? Nos devuelven los cadáveres de los eretrios cubiertos de fango, o lo que es lo mismo, de tierra y agua. El mensaje es muy claro —sentenció Calímaco.

—¿Claro? No me parece claro en absoluto. ¿Qué quiere decir? —protestó el joven hoplita, más bien molesto.

Todos conocían lo que les había ocurrido a los aliados de Eretria pocos días antes.

La enorme flota persa había atracado en la isla de Eubea, atacando la ciudad y capturando a los habitantes que habían sobrevivido como esclavos. No sólo eso, se decía que el comandante persa Datis había ordenado a sus propios que formaran una cadena circular a partir de la costa. Éstos habían avanzado hacia el centro de forma que nadie pudiera escapar de la persecución. Se habían escuchado historias de matanzas y violencias inauditas, y la suerte reservada a los cadáveres que yacían a los pies de los hoplitas era un testimonio directo.

—Parece como si hubieran sido enterrados. Quizás vivos... Entonces, ¿qué es lo que quieren decirnos los persas? —preguntó otro hoplita.

Calimaco suspiró profundamente y puso la mano sobre el hombro del primer guerrero.

—Exacto. Han sido enterrados vivos. Tú eres demasiado joven para recordarlo, pero hace dieciocho años nuestra república tenía una razón para temer una agresión por parte de Esparta, y entonces enviamos embajadores a la corte del sátrapa de la Jonia, Artafernes, pidiéndole ayuda. El persa pidió a cambio tierra y agua, o lo que es lo mismo, una forma genérica de sumisión. Los enviados, incautamente, aceptaron pero su decisión no fue ratificada por el Consejo de los Quinientos, si bien durante un tiempo las relaciones siguieron siendo buenas. Luego, tres años más tarde, Hiplas se unió con Artafernes en Sardes, y el sátrapa nos ordenó que le atribuyéramos de nuevo sus poderes, precisamente gracias a la sumisión que había pretendido y creía haber obtenido.

—Y entonces, ahora han enterrado en el fango, o a lo largo de la playa, a algunos eretrios que han cogido como esclavos para recordarnos nuestro empeño —interpretó Tersipo.

—Pretenden que tengamos el mismo fin si no aceptamos a Hiplas y, como consecuencia, al gran rey como dueño —le dijo Cinegiro.

Algún hoplita más joven parecía turbado. Aquel que poco antes se había mostrado tan valiente tartamudeó.

—Y lo conseguirán, por Zeus. Son el triple que nosotros, y no conseguiremos detenerlos. No quiero terminar como un esclavo, y quizás fuera mejor...

—¡Es mejor combatir! —le interrumpió Calimaco—. ¡Terminarás siendo un esclavo de todos modos si aceptas la autoridad de Darío a través de Hiplas! Puede haber dignidad también en un esclavo, si al menos ha intentado combatir por la propia libertad y ha tenido la mala suerte de sobrevivir.

Una ovación siguió la declaración del polemenco. Pero fueron los guerreros más expertos quienes la lanzaron. Los otros, muchos de aquellos de las clases más recientes, se quedaron dubitativos. Luego unos gritos llamaron la atención de los griegos, gritos que provenían del sector oscuro, más allá del perímetro del campamento helénico. En un lenguaje parecido al griego, alguien no demasiado

distante de las líneas griegas, estaba lanzando un desafío:

—¡Griegos, griegos! ¡Venid a ver cómo se divierten vuestros aliados! ¿No os gustaría ayudarles? ¿Pero cómo os quedáis? ¡Ellos se fiaban de vosotros! ¡Contaban con vuestra ayuda! ¡Y, en cambio, habéis dejado que violáramos a sus mujeres, que matáramos a sus hijos, y que torturásemos como queríamos a sus soldados!

Todos se dieron la vuelta hacia la oscuridad. De repente la oscuridad apareció rota por una serie de antorchas que iluminaron la escena. Un grupo de esclavos, presumiblemente eretrios, excavaba sin parar bajo los azotes de los soldados persas. Otros prisioneros, con las manos atadas detrás de la espalda, desaparecían en las fosas que se abrían a sus pies, empujados por detrás por sus torturadores. Otros soldados persas arrojaban odres llenos de agua en los agujeros.

Precisamente entonces, llamados por el ruido, comenzaron a llegar los estrategas. El más rápido fue Stesileo, comandante del regimiento de Ayántide, del que formaban parte Cinegiro y Esquilo. Siguió Temístocles, jefe de Leóntidas, en el que militaba Tersipo, y Arístides, responsable de Antióquidas, del que formaban parte Filípides, Eucles y Epizelo. Los dos estrategas tenían esclavos a su propio servicio que les advertían de los movimientos del otro, y se vigilaban siempre de cerca.

Mientras tanto, los hoplitas se habían ya dividido en dos grupos: los que querían salir del campamento para salvar a los eretrios y los que invocaban la intervención de los pocos arqueros a disposición de los griegos, para que arrojaran una lluvia de flechas sobre los persas.

—¡De esa forma se corre el riesgo de alcanzar a los eretrios! —protestó Tersipo.

—Al menos les haremos un favor, ¿tienes idea de lo que significa morir enterrado vivo? —le respondió el otro.

Pero las discusiones entre los soldados sencillos no contaban. Eran los comandantes quienes debían decidir cómo reaccionar ante aquella provocación. Tersipo, Filípides, Eucles, Cinegiro y Epizelo afinaron sus oídos, ansiosos por saber qué es lo que habría ocurrido en aquella noche que todos habían dado por descontado que transcurriría tranquila. Es más, en breve fueron tantos los hoplitas amontonados alrededor del grupo de los comandantes, que a Milcíades, que había llegado algo más tarde, le costó trabajo abrirse camino para llegar junto a los otros estrategas. La edad avanzada no le consentía moverse con agilidad.

—¡Esto es una clara provocación! ¡Quieren empujarnos a que abramos la batalla incluso antes de la llegada de los persas! —gritó Arístides, después de haber ilustrado el cuadro de la situación al estratega más distinguido.

—¡Claro! Pero son el triple que nosotros, y nuestras posibilidades de victoria son demasiado escasas —declaró inmediatamente Temístocles, que pensaba siempre lo contrario de Arístides.

—¿Quién necesita a los espartanos? —insistía Arístides—. ¡Los persas están aquí

por nosotros! Para obligarnos a que aceptemos su soberanía, que había pretendido cuando nos comprometimos pidiéndoles ayuda. ¡Para vengar el incendio de Sardes! ¡Para hacernos pagar la ayuda que dimos a los jonios en su revuelta, cuatro años antes! ¡Para poner en el poder a Hippias, *nuestro* tirano, no el tirano de otras ciudades! Es un asunto nuestro y tenemos que resolverlo nosotros.

—¿Y por una cuestión de orgullo quieres poner en peligro la seguridad de toda la ciudad? —contestó Temístocles—. ¿Quieres ir alocado contra un ejército superior y dejar luego Atenas a merced del enemigo vencedor, si ni siquiera un presidio dentro?

Arístides no tenía ninguna intención de dar marcha atrás. No lo hacía nunca cuando se trataba de cuestiones con Temístocles.

—¡Pero tienen razón ellos! ¿Cómo vamos a quedar? Primero nos quedamos mirando mientras torturan a nuestros aliados; luego, admitiendo que consiguiéramos vencer, se dirá que nuestro éxito es un mérito de los espartanos y quizás también de los platenses. Perderemos cualquier influencia sobre nuestros aliados y daremos de nuevo a Esparta un motivo para intentar que entremos en la Liga Peloponesiaca como estado subordinado.

En ese punto Milcíades se sintió en el deber de intervenir.

—Según las últimas noticias, los espartanos se han movido. Estarán aquí mañana, como muy tarde pasado mañana. Sería estúpido atacar antes de su llegada. Ya no cuenta ser favorables o no a su intervención. Si su llegada se pensara todavía más tardía, yo sería el primero en iniciar el ataque, pero así...

—No se puede decir nada en contra —asintió Calimaco—. Pero algo tendremos que hacer por esos pobrecillos... —dijo indicando a los eretrios que seguían siendo arrojados a las fosas.

—¿El qué? ¿Te gustaría que enviáramos a un ejército fuera durante la noche para salvarlos, exponiéndolos a una lluvia de dardos de nuestros enemigos? Sería una matanza... —declaró Stesileo.

—Ya. Los hombres no verían ni siquiera por dónde llegan las flechas. O quizás hay repartos de infantería ligera que esperan, allá, en la oscuridad, listos para saltar encima de los hoplitas.

—Podríamos enviar a un grupo de voluntarios para salvar a todos los eretrios que se puedan. Con la oscuridad se puede hacer. Si se consiguiera traer alguno, sería de gran ayuda para la moral de la tropa y para el prestigio de la ciudad frente a los aliados —dijo Calimaco.

—Lo encuentro una idea absurda —contestó inmediatamente Milcíades—. Las probabilidades de éxito son mínimas, y la operación terminará únicamente con bajas, cuando esos hombres podrían resultarnos más útiles en batalla.

—No pretendo que se envíen a muchos. Es más, si son pocos y se acercan arrastrándose hacia los puestos de los enemigos, los persas se darán cuenta sólo en el

último momento, demasiado tarde para reaccionar. Y si los cubrimos mientras regresan, obligando a trabajar a los arqueros, tenemos buenas posibilidades de limitar las pérdidas —insistía Calimaco.

—Yo a los míos no te los doy para hacer una locura de estas características. Y espero que también los otros estrategas se opongan —sentenció Milcíades, mirando a los otros comandantes presentes. Todos padecían su fuerte personalidad y él lo sabía. Fue suficiente con mirarlos fijamente uno a uno a los ojos para obtener un tímido asentimiento.

Una voz se elevó entre la multitud de hoplitas que se amontonaban alrededor del Consejo:

—¡Yo quiero ir!

Los estrategas se dieron la vuelta hacia donde provenían las peticiones. Los guerreros se abrieron, dejando que los comandantes descubrieran quién había hablado. Se abrió camino Tersipo, que arrastró consigo a Filípides y a Eucles. Cinegiro los siguió inmediatamente.

—Vosotros cuatro, ¿de verdad queréis ir, soldados? —les preguntó Calimaco.

—Claro —respondió Tersipo, decidido—. Aquí, escuchando los gritos de dolor de los eretrios, no resistimos.

Igualmente convencido se mostró Cinegiro, mientras los otros dos parecían más bien fuera de lugar.

Calimaco se dio la vuelta hacia Milcíades, indicándole con orgullo a los voluntarios.

—¿Has escuchado? Sería equivocado detener el arrojamiento de los hombres. Y sería todavía más negativo para la moral de la tropa dejarles toda la noche observando ese triste espectáculo.

—¿Cuatro? ¿Y qué hacemos con cuatro voluntarios? ¿Queremos que terminen igual que los eretrios? —Milcíades seguía firme en su postura.

—¡Yo también quiero ir! —dijo otro hoplita avanzando hacia los estrategas.

—¡Yo no me quedo aquí viéndoles morir! —agregó otro más.

Muy pronto numerosos gritos se elevaron entre los soldados. Los voluntarios de repente comenzaron a salir uno tras otro.

Calimaco miró de nuevo a Milcíades. El polemenco era uno de los pocos que eran capaces de aguantar su mirada. El ex tirano del Quersoneso tracio, escapó siendo joven de Atenas por enfrentarse a la familia con Pisístrato, era el único que había visto directamente a los persas, en pasado, y este era uno de los motivos por el que su opinión en aquella campaña militar era muy tenida en cuenta. Es más, durante un cierto periodo había incluso colaborado con Darío, el gran rey, y nunca se había aclarado si lo había hecho por conveniencia o porque, en su posición, a caballo entre Grecia y Persia, no había tenido otra elección.

Hábil desenvolviéndose durante años entre atenienses, persas y tracios, y en enriquecerse con el comercio del grano, Milcíades se había ganado de todos modos el respeto de los atenienses obstaculizando, dos años antes, una expedición por tierra de los persas. Sólo entonces había regresado a Atenas, asumiendo muy pronto una posición de relevancia en la política de la ciudad. Y eran muchos los que lo veían como el principal antagonista de los Almeónidas, el más prestigioso reparo y obstáculo a la voluntad de éstos de que volviera al poder Hippias y de que se estableciera una unión con los persas.

De todos modos, otros elementos le permitían ejercitar una cierta influencia sobre la tropa e incluso sobre los otros estrategas. Mientras tanto, era el más anciano, encontrándose cerca de los sesenta años. Y por otro lado, su existencia y su carrera política, por cuanto fuera discutible y a menudo discutida, era una fuerte presión ante todo aquel que se encontraba a su lado.

Haciéndolo parecer una concesión, al final Milcíades dio su asentimiento a la petición de Calimaco, y sólo entonces los otros estrategas se demostraron a favor del polemenco. Calimaco mostró saber controlar brillantemente su frustración, evitando cualquier comentario polémico. A fin de cuentas, el comandante supremo era él, y debería haber sido la suya su última palabra en cualquier decisión. Tuvo que tragarse las sugerencias no pedidas por parte del estratega, que condicionó su asentimiento al empleo de un número limitado de armados. E inmediatamente comenzaron las discusiones para establecer el número.

Pero los tres amigos ya no escuchaban.

—¿Estás loco? —dijo Filípides a Tersipo—. ¿Pero qué se te ha pasado por la mente?

—¿Te quieres casar con Ismene? Bueno, pues te la tienes que ganar... —respondió Tersipo, con una sonrisa burlona.

—¿Qué tiene que ver? Con todo su dinero, ¿te parece una apuesta digna para un desafío entre nosotros? De todos modos, ha sido precisamente ella la que me ha dado la idea.

—¿La idea? ¿Qué idea? —Filípides y Eucles lo dijeron a la par.

—Ocurrió hace unos días, después de saberse que los persas habían desembarcado —explicó Tersipo—. Estábamos juntos, e ironizábamos sobre el hecho de que, de una forma o de otra, nosotros tres llevamos tras ella un tiempo. A mí no me parece que se sienta atraída por uno de nosotros en particular, así que, cuando le pregunté a quién habría elegido como esposo me contestó: a aquel que mejor sepa diferenciarse contra los persas.

Los otros se quedaron durante unos instantes en silencio. Fue Cinegiro quien se encargó de romperlo.

—Entonces yo no tengo nada que ver. Tampoco me interesa participar en el

desafío. Pero en la incursión contra las líneas avanzadas quiero participar, ¡claro que sí!

—Quizás no está interesada en ninguno de nosotros, y espera que nos muramos todos en la batalla... —indicó Filípides.

—Puede ser. Pero es un hecho que el más bravo se queda con ella. Botín de guerra, por una vez. Luchamos siempre por los intereses de la ciudad. Esta vez lucharemos también por nuestros propios intereses.

—Pero no lo habrá dicho convencida. Quizás estaba bromeando... —se atrevió a decir Eucles, todavía asombrado.

—Quizás, ¿pero qué importa? El desafío es entre nosotros, y ella no es el juez. Los dos derrotados darán un paso atrás, y a ella no le quedará otra cosa que casarse con éste.

—¿Y si sólo uno de los tres logra sobrevivir? —preguntó Filípides, que seguía mostrando su asombro pero estaba claro que la idea le excitaba.

—¿Qué quieres que me importe si muero? Que se case, si yo estoy enterrado. Aunque haya sido yo el más valiente —respondió Tersipo.

Filípides le animaba.

—¿Y quién será el juez?

—Los hechos, naturalmente. Ahora que vamos a salvar a los eritreos, por ejemplo, vence quien traiga más.

Filípides se mostró finalmente satisfecho. Pero se sintió en el deber de añadir.

—Eucles no me parece muy convencido. ¿Acaso no quieres participar? A Ismene le sentará mal, está convencida de que se te cae la baba con ella...

Eucles miró a los dos amigos. Se sentía profundamente incómodo. Pero no podía echarse atrás. También porque, a juzgar por las palabras de Tersipo y Filípides, los dos habían hecho más progresos que él con la mujer: el único modo para sobrepasarlos era el de ponerles fuera de juego demostrando ser el más valiente.

—Está bien. Contad conmigo —dijo al final, intentando dar a su voz un tono de seguridad.

Fue justo entonces cuando Calimaco añadió: —Vosotros cuatro formaréis parte de los treinta que irán a liberar a los eritreos. Os quiero listos en unos instantes. Nada de coraza, ni de escudo, ni de lanza o Elmo. Sólo el *kopis*.

IV

Es necesario estar atentos, se dice Eucles. Pendiente de donde se ponen los pies.

Para venir a Maratón el ejército ha realizado un recorrido algo más largo, pero más amplio y cómodo, accediendo a la llanura por el sur, bordeando el mar y después siguiendo todavía más hacia el sur por el monte Pentélico y dejando atrás Palene. Pero los tres hombres aislados pueden lanzarse por el camino hacia el sur del Pentélico, pasando a los pies del Parnés, entre Cefisa y Acamas. No es plano, no es ancho, está repleto de obstáculos, piedras, en algunos casos incluso muy inclinado. Pero un famoso hemerodromo y dos aspirantes a tales pueden recorrerlo con paso rápido sin dificultad. Siempre que el cansancio de la batalla no se haga sentir demasiado pronto, oscureciendo la vista e impidiendo ver en tiempo real los recovecos. Siempre que algún persa fuera de lugar no les ataque por el camino. Siempre que no pongan un pie en un lugar equivocado.

Eucles siente el propio cuerpo, escucha sus músculos, deja que sean ellos quienes le transporten, casi como si estuvieran dotados de voluntad propia. Está satisfecho: no le parece sentir la fatiga. Quizás más tarde se apoderará de él de una vez. Por ahora es como si la batalla, el enfrentamiento alargado contra los persas, los gritos, la sangre, la muchedumbre, la enseñanza, la resistencia, el ruido de las armas, los golpes y los impactos le hubieran forjado para afrontar cualquier prueba, lo hubieran dotado de un alimento interior capaz de alimentar sus movimientos perpetuamente.

Y sin embargo el dolor del esfuerzo, el endurecimiento de los músculos, el peso de la cabeza, el escozor de las heridas, Eucles los siente. Deberían detenerlo, y en cambio no ocurre. Los siente desde hace tanto tiempo, desde el comienzo de la batalla, quizás incluso desde la noche anterior, después de la acción nocturna entre las filas persas, que se han convertido en una condición normal a la que se ha acostumbrado. Parecen haberse unido todos en su alma, en su mente, dejando el cuerpo libre de seguir exprimiendo toda su potencia, la agilidad y la resistencia de la que es capaz.

Eucles no puede evitar preguntarse si es así también para Tersipo. No tiene dudas sobre Filípides, en cambio. El hemerodromo está acostumbrado a controlar el dolor y la fatiga, a sustraerlos a su cuerpo y a transformarlos en una mera expresión de la mente, impidiéndoles influir en sus prestaciones físicas.

La contienda parece desigual, en realidad. Filípides está demasiado acostumbrado a correr las largas distancias para poder ser derrotado. Ha tenido la fortuna de jugarse la fase decisiva del desafío entre los tres sobre su terreno preferido.

Pero después de una batalla, los valores podrían cambiar. ¿Quién puede saber cuánto ha influido el esfuerzo del combate en cada uno de los tres combatientes? Cada uno ha demostrado el máximo empeño contra el enemigo, para salvarse la vida,

para salvar la ciudad, y para vencer el premio del mejor guerrero.

Y por Ismene.

Pero es precisamente esto lo que da confianza a Eucles, lo que le permite poder esperar resistir hasta Atenas. E incluso poder derrotar a Filípides.

Él *ama* a Ismene.

Quizás son sus sentimientos quienes frenan el dolor y el cansancio y los confinan en una esquina de su mente, liberando el cuerpo. Quizás se derrumbaría, si no fuera por sus sentimientos. Pero no, es absurdo, los otros dos competidores van muy rápidos, no muestran señales de cesión, y sin embargo no aman a Ismene. Es su dinero lo que quieren, en la mejor de las hipótesis su cuerpo, pero quizás para ellos se tratan de elementos tan eficaces como el amor.

Sabe que tiene finalmente una ocasión. Una ocasión que no habría tenido si no hubiera sido por la guerra. Y por la idea de Tersipo. Las bravuconerías de sus amigos le han herido, y no es sólo por la falta de respeto que han mostrado frente a su amada, si bien le han dado la confirmación de lo que él había ya percibido anteriormente. Ismene les había ofrecido a ellos posibilidades que a él no le había dado. O quizás ellos habían sabido tomarse las libertades que él no había sido capaz de tomarse.

Poco importaba, a fin de cuentas. Que pareciera un torpe ante los ojos de Ismene o que lo fuera de verdad, el resultado era el mismo. La mujer no había jamás mostrado un interés real hacia él. No lo había tomado antes en serio, a pesar de que él había hecho todo para explicarle sus sentimientos, ni había jamás mostrado que lo consideraba algo diferente a una compañía agradable. Seguramente, no era el hombre que hubiera deseado ser para ella.

Había intentado buscar una razón. Y había intentado, si no de olvidarla, sí de situarla en un papel de agradable compañía, como ella lo consideraba, y nada más. Había intentado concentrar la propia atención en otras mujeres, incluso las más bellas, las más jóvenes, y sobre todo más interesadas en él. Pero no había habido nada que hacer. Estar con las otras sólo agudizaba el efecto de su falta.

A menudo se había preguntado por qué. Había analizado a fondo los motivos que le llevaban a no dar peso a la compañía de mujeres coetáneas o más jóvenes, que sin embargo le encontraban atractivo, y le llevaban en cambio a desear a una mujer más mayor que él y, además, completamente indiferente a sus efusiones.

Ismene no le había buscado antes, no le realizaba jamás preguntas, no parecía que sintiera ninguna necesidad de su presencia. A pesar de todo, cuando estaban juntos reían y bromeaban, parecían muy unidos. Pero si Eucles intentaba separarse durante algún tiempo, ella no daba la impresión de sentir su falta. Que Eucles estuviera o no era completamente indiferente. Él había creído que la mujer se comportaba de la misma forma con Tersipo y Filípides, pero las declaraciones y las presunciones de los dos amigos le habían quitado cualquier ilusión: *era de él que Ismene no sentía*

necesidad.

Hasta entonces había intentado ser indispensable. Había esperado, frecuentándola con constancia, inducir a Ismene a sentir la necesidad de su presencia, como él necesitaba la suya. Se divertía tanto con ella, obtenía tal bienestar de su compañía, se sentía de tan buen humor ante el solo pensamiento de cruzar su mirada y sentir su voz, que deseaba ardientemente que entrara a formar parte de su existencia en el modo más profundo posible. Y se reducía a olvidar su atención.

Recuerda haberla encontrado, si no bella, al menos sí deseable desde el principio. Desde que estaba todavía casada. Su marido, un rico armador, era mucho más anciano que ella y había muerto durante una travesía dos años antes. Parecía que su corazón no había aguantado ante la vista de las costas de Tracia, en las que había establecido emporios que se encargaban de sus intereses comerciales, y que la armada persa de Mardonio había reducido a un amasijo de escombros tras atacarlas con la espada y el fuego.

Después de la muerte del marido, Ismene había sacado a la venta una parte de sus propiedades y había buscado administradores para sus actividades. De esta forma había entrado en contacto con la familia de Eucles, cuyo padre tenía intereses comerciales análogos, si bien de dimensiones mucho más reducidas. Gracias a ello el joven se había cruzado con ella a menudo, apreciando sobre todo su sentido del humor. Le había parecido raro que la mujer riera y bromeara de buen gusto, tanto con él como con los demás, a pesar del reciente luto, pero luego había llegado a la conclusión de que no había habido ninguna unión afectiva entre los dos cónyuges, por otro lado separados no sólo por los frecuentes viajes de él, sino también por la notable diferencia de edad.

Los dos habían, por lo tanto, comenzado a frecuentarse, y no sólo por cuestiones de trabajo. Pero siempre por iniciativa de Eucles. Ella no parecía despreciar su compañía, pero tampoco parecía sentir necesidad. No lo buscaba, ni creaba o aprovechaba las ocasiones para cruzarse con él. A menudo, empujada por el entusiasmo, le anunciaba que quería ir con él a ver las competiciones o le ofrecía perspectivas de encuentros que jamás se traducían en actos concretos. Parecía que se olvidaba completamente de su existencia cuando él no estaba presente. Y no le daba forma de ir más allá de una cerrada y culta conversación, o superficiales intercambios verbales. El joven se sentía obligado a realizarle piropos y apreciaciones con un tono divertido, para adaptarse al nivel de la conversación, y para no sentirse en ridículo. Le habría gustado, en cambio, ser más serio, mirarla a los ojos y decirle que le hablaba con el corazón. Y besarla de repente, abrazarla con todas sus fuerzas, en un impulso constantemente reprimido.

Pero estaba seguro de que, en ese caso, habría arriesgado perder también su compañía. Cuando sus rostros se rozaban, se sentía temblar por el deseo, pero

prefería demostrar indiferencia para no parecer patético. Para él era demasiado importante seguir viéndola para correr el riesgo de perderla. Y por otro lado era muy orgulloso: no habría sabido aceptar una negación, y no se sentía con ganas de equivocarse. No era una cuestión de timidez o inseguridad, sino sólo de orgullo. Prefería esperar a abrir alguna brecha en aquella pared que, en un primer momento le había parecido que la mujer había levantado entre ella y los otros, pero que se había revelado una barrera sólo entre los dos.

Las mujeres no le habían faltado nunca, pero no le había ocurrido antes verse atraído también por la persona. De vez en vez, cuando le gustaban particularmente desde un punto de vista físico, intentaba convencerse de que le encajaban también como personas, y se obligaba a soportar los rasgos de sus caracteres que no amaba. Pero a la larga, las virtudes de la mujer en cuestión no le parecían tan suficientes para compensar las carencias de la persona.

Con Ismene, en cambio, era diferente. No había tenido nunca que «soportarla». No realizaba ningún esfuerzo para estar con ella, conseguía sentirse bien sin tener necesariamente que hacer el amor con ella. Era inteligente, sagaz, perspicaz, y sus comentarios ofrecían siempre motivos de interés, reflexión y sonrisa. No es que la viera carente de defectos, nada que ver con ello. La encontraba demasiado vulgar en su modo de expresarse, de vez en cuando no muy diferente de un vasto soldado. No apreciaba su forma de vestir, demasiado unida a la ostentación de sus riquezas, incluso ordinaria desde su punto de vista. Desaprobaba su pasión por las competiciones deportivas, su forma de entusiasmarse y de gritar frente a una competición atlética, su grito de apoyo desenfrenado, que consideraba completamente inapropiado para una mujer. Pero todo aquello, había descubierto, no le molestaba en absoluto. En otra mujer, estaba seguro, no lo habría tolerado por muy deseable que pudiera ser, pero en ella lo encontraba sencillamente divertido. Y la única explicación que conseguía darse era que ocurría porque la quería. *Pero de verdad.*

Euclides ejecuta un gesto de disgusto. ¿Por qué ella no conseguía quererle de la misma manera? Si él era capaz de pasar por encima de su edad y sus muchos defectos, y sin tener que obligarse a hacerlo, ¿por qué ella no era capaz de ir más allá de la escasa atracción física que, evidentemente, sentía hacia él?

Nota que Filípides va aumentando el ritmo. Se mueve. Está bien pensar en Ismene para distraerse, para no sentir el cansancio. Pero es necesario tener en cuenta a los dos adversarios. Sobre todo a Filípides, el más peligroso. Y no sólo por su capacidad como corredor. Lo que Tersipo ha insinuado antes de la salida le sigue dando vueltas por la cabeza. No quiere creerlo, pero tampoco puede permitirse excluirlo.

«Adversarios». Una palabra que no habría jamás imaginado que usaría con Tersipo y Filípides, sus mejores amigos. Se han enfrentado sólo en las pistas de las competiciones, y no como adversarios sino como rivales deportivos. Esta vez, aún

existiendo una carrera también en este caso, Eucles sabe muy bien que se trata de un verdadero enfrentamiento en toda regla. Independientemente de cómo vayan las cosas, ya no será nunca como antes entre ellos.

Ahora son ellos sus principales enemigos, no los persas o los Alcmeónidas que apoyan a Hippias. El desafío comenzó casi como un juego la noche anterior a la batalla, y casi al final. Y quizás no está en juego sólo la libertad de la ciudad, ni Ismene. Quizás en la competición se ha insinuado la ambición: el deseo de ser el mejor. Y quizás es precisamente esto, más que otro objetivo, lo que hace que se trate de un desafío donde todo vale.

Cuánto se diferencia todo de aquella noche, la noche en la que comenzó la apuesta. Entonces estaban incluso dispuestos a ayudarse los unos a los otros. Parecía que había pasado una vida y, en cambio, no había transcurrido ni siquiera una jornada completa.

Pero era la jornada más intensa que Eucles había visto jamás.

—¿Pero serán como nosotros? —susurró Cinegiro mientras se arrastraba sobre el hinojo silvestre que cubría toda la llanura de Maratón.

—¿Pero de quién estás hablando? —respondió Tersipo, que se encontraba a su lado.

—¿De los persas, no? Quiero decir, ¿quién los ha visto antes que nosotros? Sólo Milcíades. ¿No tienen un color de piel diferente? Y el equipo de guerra, ¿qué armas usan?

—Si tienen un color diferente de piel, no te darás cuenta seguramente esta noche —le contestó Filípides a su lado—. En cuanto a las armas, lo único que sé es que muchos no llevan coraza. Y luego, que son todos unos cobardes que prefieren combatir de lejos en lugar de desenvainar una espada y realizar un enfrentamiento directo.

—No me digas que ni siquiera tienen una espada... —intervino Eucles, también él ocupado en arrastrarse entre la vegetación.

—No digo esto. Pero será de todos modos un juego de niños acabar con ellos. No están acostumbrados como nosotros a un enfrentamiento en la distancia corta —especificó Filípides.

—¡Pues claro! No sé cuántos encontraremos, pero aunque fuesen diez veces más que nosotros, ¡haremos que salgan corriendo! —concluyó Cinegiro.

—¡Callaos de una vez, por los dioses! ¿Queréis que nos descubran, idiotas? —les interrumpió el *lochago* a quién se le había encargado el mando de la acción.

Los otros intercambiaron una mirada divertida, pues al final quién más había levantado la voz había sido precisamente el oficial.

Eucles, en realidad, se sentía preocupado. Sus amigos parecían más bien haber

considerado la misión poco arriesgada equivocadamente. Y sin embargo, a pesar de la oscuridad, se encontraban en medio del campo abierto cerca de las líneas enemigas, sin ni siquiera saber contra cuántos hombres se enfrentarían. Sin añadir que la retirada sería complicada por la presencia de los prisioneros, que inevitablemente ralentizarían sus movimientos exponiéndoles al tiro de los arqueros enemigos... y también del fuego amigo. Vamos, que no había nada por lo que reír.

De cualquier forma, los atenienses no habían llegado a Maratón para evitar riesgos. Nadie se esperaba que la batalla contra los temibles persas, dueños del mundo, fuera casi un paseo. Quizás el espíritu con el cual sus amigos se enfrentaban a la acción era una forma para aflojar la tensión.

Las puntas del hinojo les escondían del enemigo, pero les impedía también a ellos observar sus movimientos. Podían valorar la distancia del objetivo sólo en base a las voces y a los rumores, que parecían ser cada vez más cercanos. Pero Eucles tenía la desagradable sensación de que la sombra de un persa podía aparecer de repente ante él y saltarle encima, aplastándolo con su propio peso.

Nada más que el rumor de las olas del mar acompañaba los gritos de los guardias y los lamentos de los prisioneros. Luego, sin embargo, Eucles comenzó a advertir unas vibraciones bajo su vientre al deslizarse por el suelo. Acercándose todavía al objetivo, percibió los golpes sordos de las palas que chocaban contra el terreno, y los puñados de tierra que se amontonaban en los alrededores de las fosas. Se encontraban a pocos pasos de distancia y los persas no parecían haberse dado cuenta de nada. El *lochago*, que precedía unos pies al resto, se detuvo, y los otros hicieron lo mismo.

—¿Pero qué está haciendo? —susurró Cinegiro a sus amigos—. ¡Si espera un poco más los enterrarán a todos y no podremos llevarnos a ninguno!

—Los persas quieren sacarnos fuera, ¿no? —replicó Eucles—. Y bien, podrían haber colocado otros grupos en los lados, lejos de las antorchas, para sorprendernos.

—Ya, pues vaya. Nosotros venimos aquí a sorprenderles y ellos nos sorprenden a nosotros... —convino Filípides.

—¡Tonterías! Esta acción puede lograrse sólo si nos arrojamos de cabeza hacia abajo sin pensar y sin cargar con un problema. ¡Cualquier duda puede ser fatal! —exclamó Cinegiro, sin prestar demasiada atención al tono de la voz. Inmediatamente después se levantó y, abriendo el brazo con la espada, comenzó a correr contra el grupo de hombres que operaban alrededor de los agujeros.

El *lochago* se quedó durante un instante paralizado, pero antes de que pudiera hacer algo también Tersipo, que estaba de pie y preparado para arrojarse contra los adversarios, salió corriendo. Eucles sintió el instinto que le empujaba a hacer lo mismo, no supo decir si para proteger a su amigo o por el temor de perder la apuesta. Se puso también él de pie de un salto y Filípides se situó a su lado. Los dos comenzaron a correr con el primer objetivo de llegar junto a Tersipo más que junto a

Cinegiro, que ya iba por delante.

Detrás de ellos salieron los otros. El oficial tuvo el tiempo justo de ilustrar una protesta, antes de seguir a sus hombres en aquella rápida actuación.

Sólo en plena carrera Eucles se dio cuenta de la locura que estaban cometiendo. Ningún plano, ninguna coordinación entre ellos, sólo un asalto confundido y carente de conexión contra un grupo de enemigos que, por lo que sabía, podían ser muchos, muchos más. Miró delante de él. A juzgar por su comportamiento y por sus expresiones, los persas no se esperaban el asalto. Tenían exactamente la reacción de quien ve salir de la sombra, de repente, a un grupo de locos gritando y con las espadas desenvainadas: estaban paralizados, desorientados, quizás incluso aterrorizados.

Un rápido vistazo permitió a Eucles valorar el número. Eran quizás un centenar, al menos aquellos que la luz de las antorchas les permitía ver. Pero un instante después había ya dos menos. Cinegiro había llegado al encuentro de los más cercanos y su *kopis* había penetrado, en rápida sucesión, en el estómago de un soldado y en el costado de otro, provocando que se desplomaran y desaparecieran en los agujeros situados justo detrás de ellos.

Increíblemente, los prisioneros se mostraron los más rápidos en reaccionar. Aprovechando el desconcierto de los guardias, el que era más rápido propició un golpe seco en la nuca a un persa, ocasionando que se cayera dentro de una fosa. Otro eretrio lo imitó, mientras otros dos, que esperaban su destino con las manos atadas, se arrojaron con la cabeza hacia abajo contra los guardias más cercanos, empujándolos contra los agujeros. Uno de los dos, sin embargo, en el movimiento perdió el equilibrio y se precipitó junto al persa al que había agredido.

Parecía que la situación se ponía bien. También Tersipo borró de un plumazo a su primer oponente con facilidad. Pero lo difícil tenía todavía que llegar. En el momento en que los griegos dieran la espalda a los otros, llevándose a los prisioneros, los persas se recuperarían de la sorpresa.

La solución era matar al mayor número de hombres inmediatamente, para no encontrárselos luego por detrás. Pero sin entretenerse mucho en el sitio, para no permitir a los refuerzos enemigos llegar para dar su apoyo.

Ahora le tocaba a él. Eucles se arrojó contra el persa más cercano. Tuvo el tiempo justo de observar la sombra incierta bajo la luz temblorosa de las antorchas, limitándose a ver sólo lo que necesitaba saber, es decir, que el enemigo iba sin casco, sin armadura, sólo con un escudo en forma de media luna y una pequeña hacha que parecía más bien un pequeño pico. Empujó la hoja hacia dentro con un golpe seguro, en dirección del pecho del adversario, pero el soldado tuvo tiempo de apartarse. Es más, incluso reaccionó, saltando inmediatamente sobre él y realizando un ataque con su extraña arma.

El golpe lo había dado bien, y le habría arrancado de cuajo un brazo si Eucles no se hubiera movido a su vez hacia un lado. Por lo que parecía, se dijo, precisamente a él le había tocado un veterano, en grado de reaccionar antes que los otros frente al ataque sorpresa. No se desanimó. Dio un rápido vistazo alrededor de sí mismo, viendo que también para Filípides todo iba por buen camino, y se esforzó en acortar los tiempos: no pretendía conceder una ventaja tan neta a los amigos. Pero aquel movía el hacha como si fuera las aspas de un molino, con evidente habilidad, y acercarse a él no era una broma. Además, animados por su ejemplo, un par de conmlitones se estaban acercando. Eucles decidió basarse en su propia agilidad, facilitada, una vez más, por la falta de coraza. El *kopis*, una espada curva más bien corta, con el peso en la punta, le daba una notable ventaja en el enfrentamiento cuerpo a cuerpo, pero tenía que llegar a estar en contacto con el adversario.

Ahí estaba un problema que los comandantes helenos no habían considerado. No se trataba, esta vez, de combatir contra la infantería pesada, dotados de escudo y lanza, cuya técnica era idéntica a la de los atenienses. No era una cuestión de potencia. Los persas, a juzgar por aquel primer contacto, no se podían considerar ni infantería ligera ni pesada. Eran algo a caballo y, si no se trataban de reclutas, sabían ser imprevisibles en los movimientos y a nivel táctico. ¿Cómo se combatía contra un adversario así? Una vez dotados de armadura, los griegos se habrían encontrado inevitablemente en una mala situación, demasiado lentos en los movimientos y con pocas soluciones a disposición para bloquear a los respectivos adversarios.

Mientras tanto el adversario seguía moviendo los brazos en aspa. Y no parecía detenerse por el cansancio. Se encontraba bien entrenado y adiestrado. Si sólo un tercio del ejército persa era como él, sería complicado salir airosos una vez en batalla. Eucles se lamentó de no tener consigo el escudo, habría podido recibir algún golpe y, mientras tanto, acercarse sin el temor de recibir uno letal.

Envidió a los otros que no parecían tener problemas. Evidentemente los persas habían enviado a los soldados que consideraban sacrificables, entregándoles pocos guerreros u oficiales expertos. Y uno de ellos le había tocado precisamente a él. En compensación, se dijo mientras se encontraba ocupado en esquivar el enésimo golpe del adversario, habría entendido antes y mejor que los compañeros cómo comportarse contra la alineación enemiga en la verdadera batalla. Obviamente, si sobrevivía a aquella acción.

Entendió que su única posibilidad era la rapidez. Tenía que ser tan rápido como para poder realizar su ataque inmediatamente después del que realizaba el enemigo. Esperó a que el persa calara el hacha con una fuerza mayor que la anterior y luego se arrojó sobre él, antes de que cargara de nuevo el brazo, pero el otro lo rechazó con el escudo. El primer intento había fallado. Ahora, sin embargo, Eucles había entendido que tenía que agredir el costado expuesto del adversario, corriendo el riesgo de

ofrecerse al siguiente ataque del hacha. Pero un ataque con un hacha, pensó, era siempre menos peligroso que el de una espada. *Quizás*.

Esperó todavía un golpe más profundo que los otros. Cuanta más fuerza empleaba el persa en realizar el ataque, más tardaba en volver a llevar el brazo a la posición inicial. Y cuando llegó el momento, el hoplita se arrojó contra el adversario. Pero el otro fue rápido en llevar el arma al menos en posición horizontal y hacer vibrar un golpe con movimiento paralelo al terreno, a la altura de la cintura. Eucles fue igualmente rápido al oponer la hoja de la espada, que le hizo de escudo justo a pocos palmos de la cintura de su túnica. Por suerte, el golpe era más bien débil y consiguió detenerlo. Luego empujó el arma del adversario y se apresuró a realizar un ataque.

Su *kopis* apuntó a la garganta del persa. La alcanzó, y aunque el corte fue superficial, resultó suficiente para abrir una herida de la que salió un abundante chorro de sangre, chorro que cubrió durante un instante la ropa del adversario. Éste comenzó a mover el hacha, pero de forma más confusa y aproximativa. Esta vez Eucles estaba listo para aprovechar aquella pérdida de estabilidad y le traspasó el costado sin dificultad.

Miró a su alrededor. Tersipo había alcanzado ya a los prisioneros y los estaba reuniendo a su alrededor. Filípides acababa de rajarle el cuello a un enemigo asustado y se acercaba a su vez a las fosas. Cinegiro, en cambio, no prestaba ninguna atención a los eretrios, y seguía dándole vueltas a su *kopis* gritando todo tipo de insultos contra los persas. Parecía exactamente que su finalidad fuera el puro y sencillo enfrentamiento con los asiáticos y no la liberación de los prisioneros. Y en ese momento diríase que aquel enfrentamiento lo estaba ganando él por amplia mayoría. Nadie era capaz de oponerse a su avance, es más, había quien salía corriendo en cuanto lo veía llegar.

Eucles se dijo que tenía que espabilar si no quería quedar por detrás de sus dos amigos. De Cinegiro no se preocupaba, no era con él con quién tenía una apuesta en juego. Que matara a todos los persas que quisiera y obtuviera una mención como el combatiente más valeroso. A él le interesaba superar a Filípides y a Tersipo. Avanzó hacia las fosas, encontrándose frente a otros dos persas. Dudaban si enfrentarse o no, pero no escapaban. Poco más allá, un hombre que parecía un oficial les animaba de forma elocuente a resistir.

Habría sido oportuno apuntar inmediatamente contra los oficiales. Eliminados ellos, habría cesado cualquier resistencia. Eucles esperó que pensara en ese otro, quizás el propio *lochago*. Él tenía que ocuparse de liberar a los prisioneros, sobre todo para ganar la apuesta. Luego se avergonzó por haber concebido una idea parecida. Su patria, la causa de la libertad y la protección de los conmitones, tenían que estar antes que cualquier otra cosa. Especialmente antes de sus ambiciones personales. Si Atenas perdiera, habría sido inútil vencer el desafío. Aunque hubiera

sobrevivido, de hecho, Ismene, como pariente de Hipias, habría sido destinada a cualquier dirigente persa o, en la mejor de las hipótesis, a cualquier facultoso ateniense apreciado por el tirano.

Uno de los dos adversarios tenía una cimitarra parecida al kopis y un escudo enorme, rectangular y convexo, que le resguardaba de los pies hasta el pecho. Eucles alargó la pierna y apretó con el pie contra el borde inferior del escudo, logrando desestabilizar al enemigo. Inmediatamente después le golpeó en la cabeza, protegida sólo por un gorro pegado, aparentemente de cuero y con largas orejeras.

El otro se quedó petrificado al ver el cráneo del compañero abierto por la mitad, y entonces el oficial que se encontraba justo detrás blandió la fusta, que el hoplita no había notado. El soldado intentó saltar hacia delante, pero era evidente el estado de confusión en el que se encontraba. Al griego le fue suficiente avanzar unos pasos para hacerle perder el equilibrio y obligarle a caer en la fosa de atrás.

En ese punto el hoplita constató que ninguno de sus compañeros se interesaba en el oficial y decidió que se trataría de su próximo objetivo. Pero no tuvo tiempo de hacer más consideraciones. El oficial estaba saliendo a su encuentro, y tenía una armadura.

La coraza tenía placas y en la cabeza, en vez de un casco, el graduado tenía una especie de turbante envuelto alrededor de un gorro metálico con forma cónica. Llevaba también una amplia capa que le caía por la espalda hasta la altura de las rodillas. Su escudo era oval pero con dos medias esferas en los bordes.

Eucles tuvo miedo y, por un instante, odió a sus amigos que se habían dedicado a realizar trabajos aparentemente más sencillos, sin prestar atención a las verdaderas amenazas. Luego dejó un espacio al instinto. Se encontraba en una posición de clara inferioridad respecto al adversario, y trina que usar la astucia. El persa seguía moviendo todavía la fusta y no lograba extraer la cimitarra de la funda. Cuando lo consiguió la arrojó en dirección del griego, pero la oscuridad no le ayudó a alcanzar al contrincante. La echó hacia atrás y lo intentó de nuevo, y esta vez logró herir a Eucles en un muslo.

El hoplita se agachó sobre sí mismo, concentrando su propia atención sobre la hoja enemiga. E inmediatamente llegó al centro del escudo persa, obligándole a tambalearse hacia atrás.

Recuperó el equilibrio, pero mientras tanto el otro ya le estaba encima. Evitó un golpe, y luego otro, mientras los suyos chocaban inútilmente contra su escudo. Entendió que tenía que usar también las piernas como armas si quería intentar compensar la carencia del equipo respecto al adversario. En cuanto tuvo la posibilidad, metió un pie entre el borde inferior del escudo y la cintura del persa, tirando hacia sí el arma. El movimiento desestabilizó un poco al oficial, consintiendo al griego que se acercara sobre el lado no protegido.

Eucles lanzó otro golpe, pero el otro lo detuvo. El griego se encontró con su rostro cerca del enemigo. Y tuvo tiempo de notar la barba larga, elegante y muy cuidada.

La barga larga.

Fue un instante, una intuición. Con la mano izquierda Eucles agarró la barba del persa, tirándolo hacia sí y desestabilizándolo por completo. El otro no consiguió resguardarse con el escudo ni con la espada cuando el griego le dio un golpe en la ingle. El oficial se sobresaltó y abrió los ojos de par en par. Luego un pequeño hilo de sangre le salió de la boca, antes de desplomarse, exánime.

Satisfecho de sí mismo, el hoplita procedió hacia la fosa más cercana.

—¿Qué esperas? ¡Tiene razón Ismene cuando dice que no te interesas lo suficiente! —le gritó Tersipo, que estaba ayudando a salir de un agujero a los dos esclavos todavía parcialmente enterrados.

Filípides, en cambio, estaba todavía combatiendo, pero sus adversarios parecían querer controlarlo más que agredirlo, a pesar de la superioridad numérica. Cinegiro, por su parte, se había dedicado incluso a la persecución de algunos persas fugitivos, sin prestar atención a los gritos del *lochago* que les llamaba para que volvieran al orden.

Eucles no pudo suprimir una mueca de sufrimiento mirando a Tersipo.

—Los buenos, los persas, me los he llevado todos yo. Es más, *he ido a buscarlos*, yo... —le gritó asqueado. Luego puso en orden, mentalmente, las palabras del amigo que le desafiaba. «¿Así que Ismene había cambiado su respeto por desinterés?». Un motivo más para vencer la apuesta y demostrar que no era verdad.

Un hoplita del regimiento de Ayántide había cogido para sí mismo a siete prisioneros, de los que algunos estaban todavía cubiertos de fango. Varios persas seguían a su alrededor, pero no parecían muy peligrosos, así que el griego se dio la vuelta hacia las líneas griegas arrastrando a los eretrios. Sólo entonces, sin embargo, viéndolo de espaldas, algunos enemigos reunieron coraje y le asaltaron, hiriéndole al instante.

Eucles se movió hacia ellos, aquellos siete prisioneros abrían su apetito, y además se los merecía. Pero tenía que bordear una fosa muy amplia, mientras Filípides, que se acababa de liberar de un adversario, se precipitó hacia ellos con un recorrido más breve y en línea recta. En cuanto vieron llegar al nuevo hoplita, los persas escaparon y el hemerodromo se encontró dueño de siete presas sin haber librado una lucha. Es más, se permitió incluso sonreír a su amigo, casi con un comportamiento arrogante.

Eucles se dio cuenta de que el asco hacia el comportamiento de sus dos amigos estaba superando la tensión por el enfrentamiento. De todos modos tenía que hacer algo. Corrió hasta un agujero que sus compañeros todavía no habían alcanzado.

A lo largo del breve trayecto se encontró con otros dos persas, pero no perdió el

tiempo en matarlos. Simplemente les evitó, y aquellos no se atrevieron a seguirlo. Finalmente se encontró al borde de una fosa marginal respecto del epicentro del enfrentamiento. Dos prisioneros se encontraban cerca del agujero, con un guardia al lado que parecía no saber qué tenía que hacer.

Cuando el persa vio que llegaba Eucles, reaccionó hiriendo a un prisionero y arrojando a otro al agujero.

«¡Maldición, me ha sustraído una presa cómoda!», pensó el hoplita, avergonzándose inmediatamente después. De todos modos, se dijo, uno que reacciona así no ha de ser un gran combatiente, y se sintió confortado. Llamó la atención del hombre caído en el agujero, a quién le pidió que alargara los brazos más allá del borde para cortar las cuerdas que le tenían atadas las muñecas.

El hombre obedeció y Eucles le cortó de cuajo las ataduras, gritándole inmediatamente después:

—¡Excava y libera inmediatamente a tus compañeros! ¡Vamos!

Luego se arrojó contra el adversario, comenzando a mover la espada en círculos. Con el rabillo del ojo, sin embargo, vio al prisionero recién liberado salir del agujero y comenzar a correr a pesar de las protestas de los compañeros enterrados, de quienes se veía solo la cabeza fuera del terreno.

«¡Decididamente, los dioses no quieren que me case con Ismene!», pensó Eucles. El persa, mientras tanto, estaba a la defensiva, a pesar de contar con un amplio escudo. Eucles le animó. Iba con prisas. En cuanto encontró un espacio en su defensa ahondó su espada y se llevó incluso las tripas interiores.

El hoplita dirigió su atención inmediatamente después a los prisioneros enterrados. Tomó una pala preparada junto al agujero, bajó a la fosa y comenzó a excavar con ganas, sin preocuparse demasiado de dónde metía la pala. Inevitablemente hirió a más de un prisionero, pero pronto un par de eretrios tuvieron los brazos libres y consiguieron abrirse camino en la tierra y salir, sacando también a sus tres compañeros de desventura. Por último, Eucles extrajo personalmente al último, dándose cuenta de que le había herido seriamente en un hombro.

El hoplita le exhortó a que saliera del agujero, añadiendo con un tono de voz que no admitía réplicas.

—¡Quédate junto a mí! Si los persas nos agreden, vosotros no seréis capaces de defenderos.

Los eretrios parecían suficientemente aterrorizados como para depositar en él una total confianza. «Seis puntos», pensó Eucles. Una gran actuación. Pero no era suficiente, si Filípides tenía al menos siete. Todavía no había llegado el momento de escapar. Así que les llevó hasta la zona donde más movimiento había. Sus compañeros se encontraban todavía ocupados en rastrear prisioneros. Tersipo había desarmado a dos persas y los había atado.

—¡Éstos también valen, eh! —le gritó el amigo en cuanto lo vio—. Sobre todo para el mando, ¡serán todavía más preciosos como fuentes de información!

A Eucles le hubiera gustado responderle que no eran aquellos los acuerdos, pero luego vio a Filípides renunciar a matar a un persa y atarlo, y prefirió callar. A fin de cuentas, era difícil contestar la afirmación de Tersipo. De entre los tres, había sido siempre aquel con una mirada más clarividente y calculadora. No por nada aspiraba a alcanzar un lugar de primera línea en la política de la ciudad, y el patrimonio de Ismene era un aspecto goloso sobre todo por eso...

Era confortante, de todos modos, que no aparecieran refuerzos persas. El campamento del ejército enemigo se encontraba más bien lejano, en los márgenes de la gran marisma, junto a la playa donde habían atracado las naves de los asiáticos. Difícilmente los gritos y el rumor del enfrentamiento podrían llegar a los oídos de los centinelas, distraídos por el ruido de fondo de las continuas olas marinas. Pero alguna línea de conexión entre el campamento y el punto de control debían tener, y se podía esperar la llegada de un pelotón de un momento a otro.

De todos modos se seguía combatiendo. Algunos prisioneros yacían todavía en los agujeros. Otros, aproximadamente detrás de las líneas defensivas preparadas por los persas. El *loch ago* llamó a Eucles y a los otros cuatro hoplitas, pero no a Tersipo y a Filípides, para intentar romper la barrera humana. Finalmente un golpe de suerte, se dijo Eucles, apreciando aquel primer intento del oficial por proceder con una acción coordinada.

Los seis hoplitas cargaron contra la línea enemiga, constituida por al menos quince guerreros. Los griegos no tenían escudos, y no pensaron ni siquiera en formar una cadena a su vez. Llegaron al contacto con el enemigo de uno en uno, demasiado distantes el uno del otro, pero la potencia que salía de su acción fue suficiente para romper la alineación enemiga de los escudos que estaban plantados en el suelo. Luego Eucles se dio cuenta que no había sido mérito suyo. Cinegiro había aparecido al otro lado de la línea enemiga y había atacado a los persas por detrás.

Eucles aprovechó la desorientación de los enemigos que se dirigían contra él para dar de pleno en el pecho de un persa y degollar a otro. Después no prestó atención a los otros, dando por descontado que se ocupaban los compañeros, y se arrojó inmediatamente hacia los prisioneros. Los contó: eran ocho. Muy bien. Les exhortó a que le siguieran y les llevó junto a los otros seis.

Ahora podían marcharse. Llamó la atención del *lochago*, que se estaba liberando fácilmente de los últimos adversarios, gracias también al coraje de Cinegiro.

—¡*Lochago!* ¡Marchémonos antes de que sea demasiado tarde! —le gritó.

El oficial le miró. Luego Eucles vio cómo movía la mirada hacia un punto indefinido detrás de él.

—Creo que ya es demasiado tarde —dijo el oficial.

Eucles se dio la vuelta, y con él los demás. Sus ojos, que ya se habían acostumbrado a la oscuridad, vieron el borde macizo de una embarcación que llegaba por el agua, justo a su altura. Y vieron también unas sombras en movimiento que se acercaban a la playa.

Muchas sombras.

V

Segunda posición. No estaría mal encontrarse entre los otros dos combatientes, si el primero no fuera el más célebre hemerodromo de Grecia. Eucles sigue mirando fijamente a Filípides y tiene la impresión de que el amigo aumenta el ritmo con cada paso que da. Y sin ningún esfuerzo aparente. Parece estar en una posición más avanzada respecto a unos instantes antes. ¿O se trata sólo de una impresión?

Otras veces ha visto su espalda en una competición, sus ágiles piernas atravesar el terreno delante de él, y ha envidiado el tributo del público, preguntándose si un día conseguiría derrotarlo. Incluso pocos días antes, en las panateneas que vieron el auspicioso triunfo de Calimaco en el estadio, Eucles tuvo que agachar la cabeza ante la superioridad de Filípides en el *dolicos*. Es más, tuvo que padecer la humillación de cruzar su mirada burlona al menos cuatro veces antes de la llegada.

Había sido él, de hecho, quien había mantenido el paso hasta la décimo octava vuelta. Juntos, a pocos pasos de distancia, habían dado la vuelta en cada palo que marcaba el recorrido de un rectilíneo, y por lo tanto de un estadio. Juntos habían vuelto siempre atrás, hacia el extremo opuesto, hasta la línea de salida. Pero cuando esta última se apresuraba a convertirse en la línea de llegada, Filípides de repente cambió el ritmo de su propia carrera. Como si hubiera estado bromeando hasta entonces, hasta aquel momento.

En el arco de dos estadios el hemerodromo se había distanciado, de él y de los demás, y había llegado a recorrer un rectilíneo mientras Eucles corría por el opuesto, en sentido inverso y sin esfuerzo. Luego el amigo había disminuido el ritmo, como si quisiera comportarse educadamente para no doblarlo. Pero no había renunciado a sonreír cada vez que se cruzaban, divididos sólo por la cuerda extendida entre los dos palos extremos y suspendida entre dos palos menores.

En compensación, Filípides no había podido evitar doblar a Tersipo, que se había quedado al final del grupo, entre los competidores más lentos. Él se lo había tomado a risa, bromeando sobre su poca prestación, pero Eucles había tenido la sensación de que le había sentado mal. Tersipo era ambicioso, terriblemente ambicioso, y consideraba que cada acontecimiento público era una ocasión para dejarse conocer, dejar circular su propio nombre y buscar apoyos para su futuro político. Eucles sabía que se había entrenado mucho para compensar sus carencias en el fondo pero, por lo que parecía, sus esfuerzos no habían tenido ningún fruto. Bajo y robusto como era, Tersipo era mucho más eficaz en la carrera corta, y de hecho en el *stadion* no había llegado muy distante de Calimaco. Pero en el *stadion* el polemenco le había robado la escena.

Por eso no le teme demasiado, en esta circunstancia. Si el amigo comenzaba de forma regular en el *dolicos*, Eucles da por descontado que recorrer una distancia ocho

veces superior, y encima después de una batalla, lo doblegaría muy pronto. Pero a Filípides no se le puede ganar. Al menos no sin algún imprevisto elemento unido al enfrentamiento que acaba de finalizar.

Eucles espera que la manía por ser el primero que tiene su amigo, las ganas de vencer la apuesta en juego, pero todavía más las ganas de recibir el aplauso de la multitud, su innata vanidad, le hayan llevado a arrojar a la empresa incluso arrastrando algún dolor, algún golpe, algún cansancio excesivo... Quizás está herido y no lo ha revelado a nadie ante el miedo de sentirse fuera del desafío decisivo.

Filípides tiene una espinita clavada: no ha ganado nunca unas Olimpiadas. Ha tenido la posibilidad de participar en dos ediciones hasta ahora, pero ha tenido mala suerte. En la primera era demasiado joven e inexperto para competir contra atletas con mucha más experiencia, y se dejó sorprender en la final por dos competidores que le superaron en el rectilíneo, al que había llegado a la cabeza. Se aprovecharon de su excesiva seguridad en sí mismo, que le había llevado a no tener ya en cuenta lo que ocurría detrás de él. Y había quedado en ridículo ante todos. En la segunda edición llegó a las Olimpiadas como favorito, pero se hizo un esguince en el entrenamiento, al terminar con la planta del pie contra una piedra, y tuvo que decir adiós a sus sueños de gloria.

Sueños de gloria. Porque es sobre todo esto lo que ocupa los pensamientos de Filípides. Nada le hace más feliz que el entusiasmo de la gente hacia él. Es un hombre sencillo, a fin de cuentas. No quiere nada más que ser considerado el mejor, no desea nada más que verse perennemente rodeado por un grupo de chiquillos que le adoran, que se disputan el honor de haberle sólo rozado. Le gusta coleccionar los trofeos, las alabanzas y los comentarios llenos de aprecio, sentirse colmado de honores y dejar que le entreguen premios. Eucles está casi seguro de que Ismene representa para él una excusa, un pretexto para conseguir la victoria más importante en la carrera más larga y en la empresa más decisiva para la salvación de la patria. Un triunfo que podría ayudarle a suavizar la frustración por no haber ganado nunca unas Olimpiadas.

Luego debería también renunciar a competir de nuevo en las Olimpiadas. Cualquier vencedor de estos juegos debería compararse con la sombra abultada de un atleta y de un guerrero que se había mostrado capaz de muchas otras prestaciones.

Filípides es de verdad peligroso. Y no sólo porque es el mejor. Está motivado lo mismo que él, si bien lo que le estimulan son otros objetivos, diferentes del amor. Quizás más fatuos, quizás menos. Habría posibilidad de abrir un debate al respecto.

Si se presta atención a Tersipo, además, Filípides tiene un motivo más para vencer, para llegar antes que ellos. Si el amigo tiene razón, el hemerodromo es peligroso no sólo para ellos dos, sino también para toda la ciudad.

Pero Eucles aleja una vez más este pensamiento. Tersipo tiene que nutrir algún

resentimiento hacia Filípides para hacer ciertos razonamientos... Y él no quiere creérselo. Filípides ha soñado siempre con la gloria en el deporte. El tributo de la multitud ha estado en la parte superior de sus pensamientos desde que era pequeño.

Eucles regresa con la memoria al momento en el que lo conoció. Ambos eran niños, si bien Filípides era tres años más mayor que él, y estaban participando en la ceremonia de apertura de las panateneas. Les habían colocado uno junto al otro en el desfile que precedía la actuación en honor de Atenas. Como muchos otros niños y jovencitos que estaban con ellos, transportaban ánforas llenas de aceite para ungir el cuerpo de los atletas, y estaban en la cola del cortejo. A la cabeza de la larga columna precedida por la sacerdotisa de Atenas, junto a cuatro jovencitas de noble familia vestidas de blanco, sujetaban el *peplo*, la nueva túnica destinada a la estatua de la diosa. Las jóvenes habían sido seleccionadas nueve meses antes por el rey de los arcontes, que les había entregado un telar con el que tejer la indumentaria para la estatua de Atenea Poliade, conservada en el Ekatompedo en la Acrópolis. Ayudadas por la sacerdotisa y por un grupo de mujeres más ancianas, las jovencitas habían realizado la túnica decorándola con imágenes de las hazañas de la diosa. Las representaciones cambiaban cada año y, en aquella circunstancia, representaban su victoria contra Encelado y los gigantes.

Seguían otras mujeres que transportaban en la cabeza estolas embutidas. Precedían los oficiantes de los sacrificios, quienes conducían consigo a cientos de bueyes destinados a la hecatombe que habría inaugurado la manifestación, y a varias decenas de ovejas para los sacrificios menores. Detrás de la manada estaban los metecos, los extranjeros residentes en Atenas, a quienes se les había encargado llevar las bandejas llenas de manjares. Eucles encontraba casi cómico sus continuas evoluciones para evitar los excrementos dejados por los animales que les precedían y, mientras tanto, para conseguir tener en equilibrio las bandejas y su contenido, peligrosamente oscilante junto a los bordes inoportunamente llanos.

No menos divertidos eran los improvisos golpes en el movimiento de las portadoras de agua que iban justo después, pero sobre todo los palos de los arpistas y de los instrumentistas de aulos que las seguían. En los años anteriores, cuando todavía no formaba parte del cortejo, Eucles había pasado mucho tiempo como espectador, para seguir a los músicos y para reírse de ellos cuando cometían errores, intentando avisarles de broma cuando los veía en la misma trayectoria que un puñado amontonado de heces. De vez en cuando, llegaba incluso a tirar piedras apuntando contra las liras y los flautos, para que se equivocaran a propósito.

Después de los músicos, como siempre, procedía una nave, un trirreme de verdad, empujado por ruedas finas desde la zona del puerto de Falero. Sin velas, pero con guirnaldas de flores y festones colgados del mástil, en la proa y en la popa, a lo largo de los costados. Alrededor de la nave iban docenas de jovencitas vestidas de blanco,

que llevaban bajo el brazo o en los hombros ánforas llenas de vino, frascos, platos y cuencos para las libaciones, o braseros para el incienso.

Luego estaba el turno de las delegaciones de cada equipo participante. Primero Atenas, con cada una de las trece tribus en sucesión. Luego las de las colonias y de las ciudades aliadas. Y cada delegación estaba muy nutrida: todos se sentían en el deber de participar en un acontecimiento que les situaba, durante una jornada, en el centro de atención de toda Grecia. Abrían la representación los heraldos, que llevaban amplios carteles representando al héroe epónimo que daba el nombre a la tribu y los nombres de los componentes de su equipo. Luego venían las autoridades de la ciudad, los arcontes, los pritanos, los estrategas y los tesoreros, con sus mejores ropas, todos ocupados en desfilarse y recoger la aprobación del público que, no siempre de forma digna, habían sido llamados a representar.

Inmediatamente detrás aparecían los más ancianos, también estos con un aspecto muy cuidado, pero por otros motivos. Después de la ceremonia, de hecho, tendría lugar la primera competición, que les vería precisamente como protagonistas. Era una competición de belleza y premiarían al anciano más bello, más orgulloso y merecedor de representar a la ciudad. Sus largas y cuidadas barbas canosas eran, invariablemente, uno de los elementos que más sobresalían de todo el cortejo. Con las ramas de olivo que por tradición llevaban en la mano, alejaban a los jovencitos más audaces, capaces de acercarse a ellos sólo para tirarles de la barba.

En realidad los jóvenes estaban más interesados en lo que seguía: los *apóbata*, los competidores con la panoplia completa que iban junto a los carros sobre los que deberían correr en el ágora al día siguiente. Estaban acompañados por los caballeros, también estos equipados con todo. Conscientes de ser el objeto de atención, estos últimos se concedían espectaculares movimientos llevando sus propios caballos al galope o al trote, y dando vueltas alrededor de su propia delegación.

Y justo delante de los jovencitos, entre los que se encontraban Eucles y Filípides, desfilaban los vencedores de las pasadas ediciones de los Juegos, tanto aquellos anuales, más modestos, como los cuatrienales, que regalaban la inmortalidad. Iban desde los triunfadores más recientes, y todavía en actividad como atletas, a los del pasado todavía vivos, entre los que se encontraban algunos tan viejos y en malas condiciones que de verdad necesitaban el apoyo y la ayuda de algún joven.

El cortejo, como siempre, había entrado en la ciudad a través de la puerta *Dífilo* y había continuado cortando en dos el centro habitado a la altura de la Acrópolis, pasando por el Cerámico. En este punto se había unido parte de la ciudadanía, dividiéndose en grupos. Inmediatamente después de haber salido del barrio de las vasijas, Eucles se sentía ya más bien cansado por el peso de su ánfora... El joven que precedía su costado, al contrario, no parecía sufrir en absoluto el cansancio.

—¡Uf! ¿Pero por qué se obstinan en que carguemos con estos pesos? ¡Somos sólo

unos chiquillos! —se lamentó Eucles, para ver si alguien en la alineación se ofrecería a ayudarlo para soportar mejor el peso.

El joven lo miró no sin esconder su propio desprecio.

—¿Pero qué es lo que eres? ¿Una mujer? No, peor. Ante nosotros hay docenas de ellas que llevan ánforas y se sienten hasta honradas por ello.

Eucles no se esperaba una reacción parecida. Se sintió más bien humillado.

—Pero... las nuestras son más grandes y pesadas... Y además, tenemos hasta que subir a la Acrópolis —tartamudeó, dándose cuenta de que cuanto acababa de añadir no contribuía a ofrecer una imagen mejor de sí mismo—. Ayer estuve mal —mintió—. Estuve todo el día vomitando y me siento un poco débil. Pero he querido participar de todos modos en la fiesta —agregó. Ahora se encontraba más satisfecho. Había hecho ver a aquel exaltado que también él era un tipo que no daba un paso atrás—. ¿Cómo te llamas? —añadió para romper un poco la tensión.

—Mi nombre es Filípides —respondió el joven sin dejar de mirar hacia delante y marchar con ritmo seguro y regular, como si se tratara de una parada de guerreros—. Intenta memorizarlo. Lo sentirás pronunciar a menudo dentro de unos años.

—¿De verdad? ¿Y por qué?

—¿Ves a estos viejos delante de nosotros? —dijo Filípides, indicando a los vencedores de las pasadas ediciones—. Bien, un día formaré parte de este grupo. Y también del de los triunfadores de las Olimpiadas, de los Juegos Ístmicos y Delficos y Nemeos, y de las competiciones deportivas más importantes de Helas.

Eucles no consiguió disimular una sonrisa.

—¿Ah sí? ¿Y en qué eres tan bueno que piensas superar a todos? —dijo con un tono expresamente sarcástico. El joven no pareció enfadarse mucho.

—Yo no me canso nunca. Y uno que no se cansa nunca puede ganar el pentatlón, si se entrena en las diferentes especialidades, y dominar el *dolicos*.

—¿Pero quién te crees que eres? ¿Un semidiós como Teseo? —dijo Eucles, que seguía provocándolo pero sin desprecio. En el fondo le divertía aquel jovencito tan seguro de sí mismo. Y sentía también un poco de envidia: le hubiera gustado dar la misma impresión, o más.

—Bueno, admitirás que un hombre que no se cansa nunca ha tenido un regalo especial de los dioses. Algo de divino en mí tiene que haber. Quizás un poco de la sangre de Teseo, nuestro rey y fundador de las panateneas. Quién sabe cuántos hijos ilegítimos tiene que haber dejado atrás. Yo podría descender de uno de ellos...

Era conmovedora de verdad su convicción. Todo podía ser, por otro lado. Pero Eucles no pretendía darse por vencido tan fácilmente.

—A decir verdad, yo sé que los Juegos se fundaron después, por el rey Erecteo. ¿No te lo ha dicho nadie que después de vencer al gigante Asterión levantó la estatua de Atenas e instauró los juegos?

—Eso es una fábula. No existen gigantes. Existen sólo hombres extraordinarios, como Teseo, y yo seré uno de estos.

—Es fácil decirlo...

—Y también fácil hacerlo. ¿Quieres verlo? Hagamos una cosa. ¿Qué es lo que más te importa? ¿De qué no te separarías nunca?

—No lo sé... quizás de la espada de mi abuelo...

El abuelo de Eucles había muerto antes del nacimiento del niño, y su valor en la guerra había levantado una leyenda en la familia. Sus padres conservaban celosamente su panoplia.

—Bien. Mi padre, en cambio, posee un raspador que perteneció a Milón.

A Eucles le brillaron los ojos. Se trataba del instrumento usado por los atletas para extenderse el aceite, y había pertenecido al luchador que había vencido en numerosas ocasiones las Olimpiadas, era una reliquia de notable valor. Pero no entendía dónde quería ir a parar su nuevo amigo.

—Apostemos entonces —siguió Filípides—. Y te dejo a ti la decisión. ¿Quieres probar si puedes ganarte mi raspador? Bien, establece tú cuántas vueltas, con mi ánfora a cuestas, tengo que dar alrededor de nuestra delegación antes de detenerme una sola vez.

Eucles soltó una carcajada.

—Pero así es demasiado sencillo. Me parece que te voy a robar tu precioso raspador.

Pero Filípides estaba serio.

—Te he dicho que me digas un número. Y sabes bien que no me puedo embrollar. Puedes controlarme desde aquí en todo momento.

Era verdad. Eucles conseguía ver al heraldo, o lo que es lo mismo, la cabeza de la delegación, mientras él estaba en la cola. Decidió contentar a Filípides. Si quería privarse de una carrera tan importante... Valoró más o menos la distancia que debería realizar el joven e intentó medirla por sí mismo. Decidió que toda la vuelta a la delegación valía cuanto menos cuatro estadios, y consideró que no podría resistir más de una vuelta y media con el ánfora sobre los hombros.

—Cuatro vueltas me parecen una medida honesta —dijo al final, sintiéndose un sinvergüenza.

Filípides no protestó y se marchó inmediatamente, siempre con el ánfora bajo el brazo.

Al día siguiente, a Eucles le tocó sustraer de escondidas la espada del abuelo del aparador en el que la tenían guardada sus padres.

Ése era, muchos años después, el tipo de hombre contra el que estaba compitiendo. Quizás era de verdad un semidiós, como sostenía desde que era niño. Lo había admirado durante mucho tiempo, hasta pocas horas antes. Incluso cuando

había sido batido en las carreras oficiales, incluso cuando lo había visto rodeado de admiradores y admiradoras que ni siquiera prestaban atención a la presencia de los derrotados. Incluso cuando paseaban por la calle juntos y la gente saludaba solo a su amigo y nunca a él. Incluso cuando se había dado cuenta de que también Filípides veía a Ismene y que, por lo que parecía, con más éxito que él.

Y, sin embargo, ahora le odia. Por primera vez ver su espalda le molesta, le irrita. Le gustaría muchísimo que le ocurriera algo.

Por lo que parecía, su apuesta estaba destinada a concluir incluso antes de finalizar. Los persas no habían llegado por la retaguardia, como se esperaban los griegos, sino por el mar, por su costado derecho. Y todos los componentes del comando se dieron inmediatamente cuenta de lo que aquello significaba. Corrían el riesgo de verse apartados del camino de la retirada.

El enemigo no estaba ya detrás de ellos, sino a un lado. ¿Cómo lograrían los arqueros ocultar su fuga, incluso admitiendo que consiguieran superar el obstáculo representado por el contingente desembarcado?

En ese punto, la competición de los tres fue algo superfluo. Ya no contaba frente a la necesidad de salvar la vida en condiciones desesperadas. Eucles intentó descifrar la entidad de la columna que llegaba: no parecían muchos, pero eran siempre más que ellos. Y sobre todo, podían unir sus fuerzas con los supervivientes de la alineación en avanzadilla, cuyas expresiones, primero de miedo y resignación, dejaban transpirar ahora confianza y una nueva determinación.

De todos modos, Eucles vio a los dos amigos unirse a sus propios prisioneros. No pretendían abandonarlos, por lo que él no se quedaría atrás, ahora. El *lochago* intentó reunir a todo el comando, pero la presencia de los prisioneros y la renovada presión de los adversarios supervivientes generó una gran confusión. Además, las sombras de los refuerzos persas estaban cada vez más cerca y parecía claro que habrían interceptado su regreso.

Algún eretrio se dio cuenta de la situación. La desilusión le llevó al desánimo. Alguien, que había disfrutado poco antes con la intervención ateniense, se arrojó al suelo en una crisis histérica. También dos de los prisioneros de Eucles. El hoplita se sintió invadido por el pánico. Instintivamente se arrojó sobre los dos e intentó levantarlos, pero luego entendió que de aquella forma se entregaría a los persas y dejó tal esfuerzo.

Tersipo, por su parte, tenía también a dos prisioneros persas entre los suyos y no pudo evitar que escaparan. Cinegiro intentó seguirles, pero logró sólo alcanzar a uno, con el que se divirtió ensartándolo, levantándolo del suelo durante unos instantes.

Filípides, en cambio, parecía extrañamente frío. Luego, de repente, se movió hacia una de las antorchas colocadas en un trípode, la agarró y corrió hacia los

refuerzos persas. Durante unos instantes, con su amplia y elegante andadura, el busto recto, parecía el portador de la antorcha olímpica. Eucles estaba a punto de gritarle que se detuviera, cuando vio a Cinegiro imitar a su amigo. En ese punto, también el *lochago* agarró una antorcha y fue en la misma dirección.

Eucles se maldijo por su propia estupidez cuando vio a Filípides detenerse y prender fuego al hinojo salvaje. En breve los otros dos le imitaron, dejando que se levantara una cortina de humo entre ellos y el lado del mar. Sólo entonces otros hoplitas se precipitaron sobre las antorchas que quedaban, y Eucles se apresuró a hacer lo mismo. Pero mientras tanto, los persas de los alrededores habían entendido su intención y hubo quien intentó impedirlo, acercándose antes que los demás a las fuentes de luz.

Eucles, que se había movido con cierto retraso, llegó junto a un trípode un instante después que un persa. Éste agarró la antorcha y se dio inmediatamente la vuelta, pero el griego no se dio por vencido e intentó seguirle, confiando en sus virtudes como corredor. Acortó rápidamente la desventaja, se arrojó sobre él agarrándolo por la cintura, y juntos cayeron al suelo. El persa terminó justo encima de la antorcha, y sus ropas enseguida se incendiaron junto con la vegetación. Eucles se apresuró a soltarse. Luego lo observó durante unos instantes para levantarse y correr hacia los suyos en busca de ayuda, mientras el fuego envolvía rápidamente el cuerpo del contrincante.

El hoplita se apresuró a conquistar su propia posición, donde se encontraban sus siete prisioneros. Mientras tanto, también otro griego había prendido fuego a un soldado enemigo que, sin embargo, se había arrojado sobre un grupo de eretrios que se encontraban entre él y un montón de tierra contra la que pretendían apagar las llamas. Era el grupo de Filípides.

El fuego agredió también las túnicas de un par de prisioneros. Uno de los dos se arrojó en un foso, esperando salvarse dando vueltas en el fango. El otro se arrojó sobre un puñado de tierra pero los otros, asustados por las llamas, se separaron. Eucles recordó que Filípides había obtenido aquellos prisioneros con un poco de suerte, penalizándolo en cierta manera a él. Ahora los dioses estaban castigándolo invirtiendo su suerte.

El hemerodromo retrocedió para alcanzarles, pero no consiguió recuperarlos a todos. Eucles tuvo la impresión de que uno había terminado en el grupo de Tersipo. Mientras, el *lochago* daba órdenes de comenzar la fuga, a pesar de que Cinegiro se divertía siguiendo y asustando a los persas que estaban más cerca. Éstos últimos intentaban, sin demasiados resultados, estar cerca de los griegos para detenerles hasta que los conmlitones de refuerzo no encontraran el modo de superar la barrera de fuego que iba extendiéndose con gran rapidez.

Al menos dos tercios de los hoplitas llevaban consigo a eretrios, pero nadie tenía

un grupo tan numeroso como ellos tres. Eucles intentó contar los de sus contrincantes, pero con los nervios no pudo estar seguro del número exacto. Además, por la cortina de humo del lado marítimo comenzaron a verse los primeros persas. El hoplita no se asombró. Anteriormente había visto a los oficiales frustrar a los subalternos para inducirles a asumir riesgos, y no tenía dudas de que los soldados habían sido obligados por los superiores a arrojarse entre las llamas.

De todos modos, habían consentido a los griegos que estaban escapando que lograsen obtener cierta ventaja. Ahora se trataba sólo de acercarse hasta las líneas griegas y esperar a que el tiro de los arqueros que estaban detrás, cubriendo sus espaldas, frenara la persecución de los persas. Después de todo, pensó aliviado Eucles, el incendio que se estaba desarrollando detrás de ellos y en un lateral iluminaba la llanura, si no de forma completa, al menos de forma suficiente para consentir a los tiradores tomar correctamente la mira.

Parecían estar a punto de lograrlo. Pero para él no era suficiente. Había un desafío pendiente y tenía que estar seguro de si lo había ganado antes de regresar a las líneas amigas. Intentó una vez más contar a los prisioneros de sus amigos. A primera vista le pareció tener menos, al menos en comparación con Tersipo. Observó mejor. Sí, Tersipo tenía ocho y Filípides cinco. Él, seis. Pero aquel que había apagado las llamas arrojándose en la losa corría peligrosamente.

Se sintió perdido. Al menos hasta que vio que numerosos persas se estaban acercando. Y los arqueros de las líneas griegas no habían comenzado todavía a tirar.

La situación, por lo tanto, podía cambiar de nuevo.

El primero en ser alcanzado fue el *lochago*. Se había quedado atrás, como era justo que un oficial hiciera en el momento de retroceder. Un persa le había tirado una lanza alcanzándolo por detrás. Eucles veía bien a los enemigos que les perseguían. El fuego, que ya envolvía la llanura por un lado, les otorgaba una luz siniestra, cubriéndolos con un tono espectral que daba miedo. Temió inmediatamente por los prisioneros, quienes, de hecho, quedaron sobrecogidos por el pánico. Luego temió también por él. Al menos comenzó a tenerlo después de darse cuenta de que algunos enemigos seguían acercándose sin importarles las chispas que prendían en sus pantalones.

Todo contribuía a que parecieran demonios animados por la exaltación más alocada. Eucles sintió un escalofrío por toda la espalda: si eran capaces de realizar su deber a pesar del fuego en las ropas, serían de verdad huesos duros de roer, tanto ahora como en la siguiente batalla. Ahora que el *lochago* se encontraba fuera de combate, cada uno se ocupaba de sí mismo. Aquella acción, nacida sin coordinación alguna, estaba destinada a concluirse con una serie de fugas individuales.

Entonces, cada uno tenía que pensar en sí mismo. Pero Eucles no podía evitar estar pendiente también de lo que les ocurría a sus amigos. Tersipo era el que tenía

más prisioneros, y por ello se encontraba también entre los más lentos. Quién había matado al *lochago* se acercó a él, prefiriendo arrojarse contra los eretrios desarmados que contra el hoplita. Tersipo perdió dos, antes de lograr asestar un golpe mortal al enemigo.

Eucles se dio cuenta de que uno de los suyos había caído herido. Estos imbéciles, pensó, están tan asustados que corren mirando a las nubes sin ver dónde ponen los pies. Los demás, encima, se encontraban tan asustados que no se atrevieron a ayudarlo. Cada uno seguía amontonándose alrededor del hoplita, viendo en Eucles su única esperanza de salvación.

Le tocó a él volver atrás para levantar al accidentado. Ahora que Tersipo se había visto obligado a renunciar a parte de sus prisioneros, él no tenía ninguna intención de perder a Ismene por culpa de un imbécil. Pero cuando intentó levantar al eretrio, éste demostró que no estaba capacitado para apoyar un pie en el suelo. Quedaba poco por hacer. Eucles lo dejó allí y se llevó a los otros, a pesar de las quejas del herido. Pocos instantes después aquellos lamentos se transformaron en un grito aterrador. El hoplita se dio la vuelta y vio a un persa extraer la espada del cuerpo del prisionero que había abandonado.

Se dijo que no habría podido hacer otra cosa y reaccionó ante las miradas acusatorias de los eretrios gritando:

—¿Qué queríais que hiciese? ¿Qué me lo llevara sobre los hombros para que nos matasen a todos?

Nadie se atrevió a abrir la boca, al menos hasta que aquel persa no les alcanzó. Eucles se dio cuenta sólo por el grito que el último de la fila había lanzado en el momento de sentirse atravesado por la espalda. El hoplita tuvo que detenerse para combatir de nuevo. Una mirada fugaz a su alrededor le hizo entender que no era el único de los atenienses en tener que paralizar el ataque de los perseguidores más cercanos. Invocó la ayuda de los prisioneros, al menos para confundir al adversario, pero aquellos no se movieron. Combatió de forma desordenada, casi histérica, moviendo los brazos en aspas y gritando como un obseso, con la esperanza de asustar al persa e inducirlo a que diera marcha atrás. Estaba seguro de encontrarse ya a breve distancia del alcance máximo de las flechas de los arqueros detrás de las líneas.

Pero aquel no daba un paso atrás. Es más, insistía. Encima, estaban llegando otros. Con el rabillo del ojo, Eucles vio a un hoplita acercarse para darle una mano. Advirtió un golpe en un costado, cerca de él, pero tenía ya bastante con su enemigo. Intentó desestabilizarle golpeando en dirección del escudo, pero el persa era un tipo bien plantado, con una estatura baja y un físico compacto, y no resultaba fácil hacerle perder el equilibrio.

Consiguió sin embargo herirlo en el hombro izquierdo, abriéndole una brecha que obligó al adversario a liberarse del escudo, demasiado pesado para aguantar con un

brazo herido. Eucles no dudó en aprovechar aquel momento. En vez de atacar inmediatamente, movió una vez más los brazos en aspa para que retrocediera y se arrojó sobre el escudo, poniéndoselo. Ahora se sentía más seguro, y avanzó exponiendo el costado protegido. El otro, en cambio, ya no actuaba con tanta decisión y daba pasos atrás, uno tras otro, hasta que terminó por darse la vuelta y salir corriendo.

Eucles exhaló un suspiro y miró a su alrededor. Una sola mirada le fue suficiente para entender que, junto a él, había ocurrido de todo. En el suelo yacían dos persas muertos, un hoplita y... dos eretrios. Dos de *sus* eretrios.

No pudo reprimir un gesto de asco y miró más allá. Ya se encontraba lejos del fuego y la oscuridad había vuelto a ser de nuevo penetrable. Le pareció ver todavía algún enfrentamiento. De hecho los atenienses retrocedían combatiendo, si bien no en todos los sectores. Con la mala suerte que había tenido, pensó, Tersipo y Filípides estarían terminando seguramente en una zona donde los persas no habían llegado, y habrían podido echar marcha atrás con sus prisioneros sanos y salvos.

Luego vio otras siluetas correr a su alrededor por la parte de la que provenían los perseguidores. Otros persas que no se daban por vencidos. Comenzó a correr con los tres prisioneros que le quedaban. Llegó a empujarles, a incitarles, a insultarles incluso para que mantuvieran su paso.

—¡Vamos, idiotas! ¡Yo tengo el escudo y sin embargo corro más rápido que vosotros! ¡Moveos! ¿Queréis morir como vuestros amigos? —gritaba. Pero luego se interrumpió. Percibió un silbido encima de su cabeza. Y luego otro.

Los arqueros habían comenzado a tirar. Se encontraba a menos de un estadio de las líneas atenienses. Pero justo en ese momento uno de los prisioneros se detuvo y se agachó sobre las rodillas, jadeando.

—¿Qué haces? ¿Te vas a parar ahora? ¡Pero si estamos delante de los nuestros! —le gritó.

—No... no puedo más... —susurró aquel, tosiendo en cada palabra.

Eucles golpeó la espada contra el escudo por la cólera y fue hacia atrás. Fue cuestión de un instante. Un nuevo silbido, entre otros muchos, y su interlocutor se desplomó al suelo.

Una flecha le cruzaba la base del cuello.

Eucles se quedó un instante inmóvil, como paralizado. Luego se dio cuenta de que no podía quedarse allí. La lluvia de flechas se hacía cada vez más intensa y, si contribuía a bloquear el camino a los perseguidores, corría el riesgo también de que le cayeran sobre él y sobre lo que le quedaba de su botín.

Gran parte de los persas se había detenido, pero alguien intentaba proceder aisladamente. Los dardos no se ahorraron a ninguno de entre los más avanzados que, en la mejor de las hipótesis, se daban la vuelta con una flecha clavada en alguna parte

del cuerpo. Su suerte terminó por desanimar a los otros, y Eucles conservó el escudo para sujetarlo encima de la cabeza hasta que juzgó encontrarse demasiado cerca de las líneas para verse alcanzado por algún tiro flojo. Luego lo arrojó y arrastró con fuerza a sus dos eretrios que sobrevivían más allá de la entrada al valle.

En cuanto entró, recibió las felicitaciones y las palmadas sobre los hombros de numerosos compañeros. Pero sus ojos buscaban únicamente a Filípides y a Tersipo. En cambio, vio inmediatamente a Cinegiro. Lo había logrado, pero estaba cubierto de sangre. Sangre enemiga, a juzgar por la enorme vitalidad que demostraba y por su ímpetu por contar cómo había ido todo. A Esquilo, sobre todo, que había corrido hasta la entrada para tener noticias del hermano.

Asintió distraídamente a los comentarios positivos de sus compañeros, cogió de la mano a sus dos presas, que se lamentaban porque querían descansar, y se fue en busca de los otros dos desafiantes. No necesitó realizar mucho camino. Estaban allí, a pocos pasos, al otro lado del conglomerado de guerreros, y discutían animadamente. Contó cuántos estaban a su alrededor. Detrás de Filípides había sólo dos eretrios. Detrás de Tersipo, lo mismo.

VI

Tersipo parece arrancar, piensa Eucles después de haberse dado la vuelta para observar al rival. Bueno, era previsible. No está hecho para las carreras de fondo. Está hecho para las estrategias de largo alcance, pero no para correr mucho tiempo.

El recorrido es cada vez más complicado, difícil, tortuoso. Los tres están uno detrás del otro, con Tersipo en la cola. Pero éste se mantiene siempre cerca. Como por otro lado Eucles, que no tiene ninguna intención en dejar escapar a Filípides, si bien se ve obligado a observar siempre sus hombros. Pero estamos justo al comienzo de la competición y Eucles espera que las distancias entre los tres se acentúen con el paso del tiempo. Y sigue pensando que los esfuerzos de las últimas horas, el recorrido largo y difícil, provoquen un desmoronamiento imprevisto en alguno. Y espera no ser él la víctima.

La verdad, quien debería disponer de menor autonomía es precisamente Tersipo. Es más, Eucles se pregunta cómo el amigo ha decidido someterse a este último esfuerzo aún sabiendo que no puede competir contra él, y mucho menos contra Filípides. Sus ocasiones las ha tenido anteriormente, y ha fallado. Tiene que importarle mucho el patrimonio de Ismene. *El patrimonio*, no seguramente Ismene, de esto Eucles está convencido.

Su táctica es clara. Tersipo procede con su propio ritmo, más lento que el resto, esperando que sus dos compañeros comiencen a ceder en sus posiciones. Sabe que la batalla en la que acaban de participar puede dar resultados imprevistos a la carrera. Ha hecho siempre bien sus cálculos, y no arriesgaría nada si no pensara que tiene una mínima posibilidad para lograr el objetivo. Es un hombre demasiado determinado y calculador para ir a lo loco y malgastar energías en una empresa sin esperanzas. A menos que sus temores sobre Filípides le haya llevado a marcarle de cerca, al menos hasta que su condición física se lo consienta.

Y pensar que eran amigos, incluso más íntimos de cuanto Eucles hubiese logrado tanto con uno como con el otro. Se había establecido inmediatamente una sintonía entre ellos, aunque había sido Eucles quien les había presentado. Por el contrario, Eucles había tardado mucho en digerir el carácter conflictivo de Tersipo. Lo había conocido mucho más tarde que el hemerodromo, durante el bienio de la efebía, inmediatamente después de haber cumplido los dieciocho años. Y al principio no le había causado una buena impresión.

Eucles recuerda la primera ocasión en la que conoció a Tersipo. Fue justo el primer día de su efebía. Le habían llevado, junto a muchos otros jóvenes de su edad pertenecientes a su tribu, al templo de Aglauro, donde debería prestar el juramento ritual. Se sentía emocionado e importante. Estaba entrando en la edad adulta, se preparaba para convertirse en un guerrero y en un atleta y, como todos los jóvenes allí

presentes, deseaba un día poder dar lustre a la ciudad con su obra militar y deportiva.

Observaba a los demás, aquellos que se convertirían en sus inseparables compañeros en los dos próximos años, intentando descubrir algún rostro conocido, alguien con quien le uniera si no una amistad, sí un conocimiento consolidado. Una tribu estaba formada por tritias y demos no territorialmente contiguos. Por lo tanto, muchos jóvenes no pertenecían a los círculos de sus relaciones habituales.

Analizaba a los veteranos alineados cerca del altar, a los expertos guerreros que serían asignados a cada uno de ellos para guiarles y para educarles en todo el periodo de su formación. Estaban en panoplia completa, como la solemnidad de la circunstancia pedía, las armas lúcidas y bien cuidadas, el casco bajo el brazo, el escudo apoyado en el suelo con la lanza plantada en tierra por la punta, y observando a los reclutas con una evidente expresión de lástima, incluso de desprecio, riéndose e intercambiando miradas elocuentes entre ellos.

Eucles se preguntaba quién de aquellos valientes sería su «amante», tal y como eran llamados los instructores personales de los efebos. No había sentido antes atracción alguna por el cuerpo masculino, y deseaba no topar con alguien que pretendiera favores del tipo que él no estaba dispuesto a ofrecer. Filípides, que había terminado el efebato el año anterior, le había confesado que había padecido desde los primeros días las molestias de su amante y que había terminado por ceder. Posteriormente no lo había considerado tan malo, si bien seguía opinando que se sentía más placer con las mujeres, y al terminar el bienio de aprendizaje había vuelto a transcurrir la intimidad sólo con el otro sexo. Eucles, al contrario, estaba muy convencido en rechazar cualquier acercamiento y evitaba cruzar la mirada directa de alguno de los guerreros, para evitar darles la idea de que estaba disponible.

El magistrado presente en el templo llamó la atención de los jóvenes y anunció que había llegado el momento del juramento. De uno en uno, los efebos fueron llamados ante el altar e invitados a jurar, según la fórmula que tenían que saber de memoria. Eucles se quedó asombrado por la seguridad y la convicción con la que pronunció las solemnes palabras el joven que le precedía, un tipo bajo y fuerte, con un aire serio y riguroso, que no lograba imaginar capaz de sonreír.

—Yo no deshonraré estas sagradas armas, ni dejaré al hombre situado junto a mí en la línea. Yo defenderé los lugares sagrados y aquellos seculares y no entregaré la madre patria más pequeña, pero más grande y poderosa que sea posible, y escucharé a aquellos que están en el poder y respetaré las leyes emanadas y las que serán emanadas en el futuro, y si alguien las intentara abolir se lo impediría en lo que me fuese posible, y honraré los cultos ancestrales. Que sean testigos los dioses Aglauro, Hestia, Enio, Enialo, Ares y Atenea Areia, Zeus, Talo Auxo, Hegémone, Heracles, las fronteras de la madre patria y su grano, el orzo, los viñedos, los olivos y las higueras.

El joven había estado impecable. Antes de que volviera atrás, el magistrado había

llamado a un guerrero y se lo había puesto a su lado, marcando la institución de la pareja de la que nacería un nuevo hoplita. Inmediatamente después le tocó a él. Eucles estaba emocionado, y se confundió al menos dos veces, comiéndose alguna palabra y dudando durante la enumeración de los dioses. Se avergonzó de sí mismo y, cuando el magistrado le asignó su amante, no tuvo casi el coraje de mirarlo a la cara, convencido de que se habría formado ya una pésima opinión de él.

—Si uno no pronuncia con convicción el juramento, me parece que será difícil que pueda también respetar los empeños que éste presupone con los dioses, con la patria y con los conmlitones... —comentó con desprecio, pasándole cerca, el compañero que le había precedido.

Eucles tardó un poco en darse cuenta de sus palabras. No se esperaba que, en aquel momento solemne, alguien tuviera ganas de entablar una discusión.

—Bueno, puede ocurrirle a cualquiera emocionarse —consiguió decir—. En cuanto a hacer el deber propio, es otra cosa bien distinta y te lo demostraré en la primera ocasión.

Ahí estaba, ahora se había metido en otro problema. Si fracasaba se quedaría marcado para siempre.

Le llegó una fuerte palmada en el hombro.

—¡Muy bien! ¡Así se habla! Con mi ayuda ya verás, ¡lograremos que se coman el polvo en la primera competición! —le animó su futuro instructor, dirigiéndole una franca y abierta sonrisa.

—Si esto ocurre, seré el primero en felicitarte —dijo el joven—. Querrá decir que en el futuro, cuando estemos en guerra, sabré que podré contar con un conmlitón a mi lado que no tiene miedo y que está dispuesto a morir para ayudar a los compañeros y a la patria.

Hablaba como si declamara delante de un auditorio y, en efecto, Eucles se dio cuenta de que anteriormente aquel joven no le había sonreído, sino sólo culpabilizado. Tenía que ser un tipo que se tomaba todo en serio, y no podía haberle tomado el pelo porque parecía que no poseía ningún sentido del humor. Le pareció, de todos modos, un individuo que poseía una fuerte personalidad y un carisma que le permitía ejercitar una fuerte superioridad sobre los otros. Urgía ganarse su estima, y el único modo en el que podría hacerlo era manteniendo su empeño, o lo que es lo mismo, superándolo en alguna competición.

—No temáis joven —añadió su mentor dirigiéndose al chico—. Del adiestramiento de Epizelo no ha salido nunca un cobarde, ni un incapaz. Estoy seguro que nuestro Eucles estará a la altura de quien le ha precedido. Es más, ¡será incluso mejor!

Aquella fue también la primera vez que Eucles encontró a Epizelo. Y lo encontró inmediatamente simpático. Una impresión por otro lado confirmada a la semana

siguiente. Epizelo era un instructor inflexible, pero jamás injusto. Como preveía la praxis del efebato, el adiestramiento de las armas no se contemplaba durante el primer año, dedicado exclusivamente al entrenamiento físico para hacer de los efebos unos atletas capaces de competir en todas las disciplinas y de afrontar cualquier esfuerzo físico. El entrenador de Eucles estaba entre los más presentes y constantes a la hora de seguir al alumno en sus ejercicios, y tenía siempre alguna anécdota que contar en sus pasadas empresas bélicas y deportivas. Mostraba un gran conocimiento de la historia de las panaceas, citando de memoria todo el albo de oro, disciplina por disciplina. Ni Eucles ni los otros alumnos habían conseguido jamás pillarle en un error, y el joven se sentía orgulloso de ostentar la competencia del propio maestro con cualquiera que lo pusiera en duda.

Aquellos fueron los primeros desafíos que había ganado, pero sabía que, con el paso del tiempo, se tendría que exponer en primera persona. Los gimnasios del Pireo se habían convertido en su casa, el patio interior delimitado por largas hileras de columnas, su campo de entrenamiento durante gran parte del día, y los alojamientos en las alas su resguardo nocturno. Epizelo no había intentado nunca ningún contacto cercano, y Eucles estuvo agradecido a los dioses, sobre todo en los primeros tiempos. De hecho, se encontraba tan cansado que no se habría encontrado en condiciones de oponer mucha resistencia.

Como todos allí adentro, Eucles soñaba con convertirse en el mejor, y se empeñaba duramente para lograrlo. Pero veía que también los demás trabajaban mucho y las cuentas se harían sólo en la primera competición. El espíritu competitivo era mucho más alto entre los efebos, y cada uno lo hacía lo mejor que podía para prepararse a ser un digno representante de la ciudad más poderosa de Helas. Mientras tanto el joven intentaba descubrir, con la ayuda de Epizelo, en qué podía destacar, cuál era la disciplina en la que podía tener la posibilidad de ganar una corona de ramas de olivo en alguna competición importante.

El día no parecía jamás el adecuado para permitir a Eucles entrenarse en todas las especialidades. A diferencia de muchos otros compañeros suyos, Epizelo era uno que estaba convencido del ejercicio constante y diario en cada disciplina. Así, mientras otros efebos afrontaban en rotación carreras de fondo y velocidad, lanzamientos y saltos, lucha y pancrancio, él hacía de todo cada día, y si le faltaban adversarios era su mismo instructor quien se prestaba. Epizelo pensaba que la costumbre era el ejercicio mejor, haciendo gestos naturales, esfuerzos y automatismos de los que, de forma contraria, habría necesitado tiempo para recuperarse.

En unas semanas, cuando sus músculos se relajaron, Eucles se acostumbró a considerar cualquier disciplina a la par de las otras, sin considerarla ni más difícil ni más complicada. Se empleaba con ganas en cualquier ejercicio, sin temerlo, mientras los otros, que se concentraban en las disciplinas que más les divertían, se lamentaban

y fatigaban cuando llegaba el momento de afrontar las otras. Pero se dio cuenta también de que un adiestramiento parecido retrasaría la toma de conciencia sobre sus verdaderas actitudes. Mientras los otros se iban dirigiendo hacia las especialidades que les eran más favorables, él tenía todavía que entender si era más poderoso o más ágil, más llevado a la resistencia o al esfuerzo breve. Y sobre todo, si habría algo de verdad con lo que se divertiría.

Su ejemplo de comparación era Tersipo, el joven que le había provocado el día del juramento. El joven mostraba una especial propensión hacia la velocidad, y su instructor prestaba atención a sus dotes, quitando el tiempo y el espacio de los entrenamientos en las otras disciplinas para permitirle concentrarse en la velocidad. Eucles daba por descontado ya no poder competir contra él en el *stadion*, pero precisamente por eso aspiraba a tomarse la revancha en otras especialidades.

Comenzó a lamentarse con Epizelo. Pero su instructor no escuchaba razones.

—Tu revancha te la tomarás al final del efebato, en las pruebas finales. Tú sabrás hacer de todo bien, los otros serán más buenos en una o dos disciplinas, pero mediocres en el resto —le decía.

—¡Pero *mejor* no es suficiente! —protestaba Eucles—. Sólo se recuerdan los vencedores, no aquellos que se pasean. Y luego tengo que hacer que Tersipo se trague lo que me dijo, ¿no recuerdas? El riesgo es que sea yo el que me convierta en un mediocre y no los otros.

—Estás invirtiendo en ti mismo, joven. Él estado está invirtiendo en ti. Y las inversiones más sabias son aquellas de largo alcance. Un ciudadano que sepa salir airoso en cada situación es un ciudadano más útil que aquellos que sobresalen en algo pero son totalmente incapaces en el resto. Te especializarás cuando seas suficientemente bueno en todo. Entonces tendrás los medios, los instrumentos y la conciencia para elegir con más raciocinio y clarividencia. Y si pierdes las primeras competiciones, paciencia. Las cuentas se harán al final.

Eucles no conseguía compartir todo lo que su instructor le decía, pero las primeras competiciones en el *gymnasion* se acercaban y no podía tolerar verse derrotado por aquel joven. Con el transcurrir de las semanas había tenido la confirmación de que Tersipo era un individuo capaz de llamar la atención de la gente, y por tanto temía que al no conseguir su estima se quedase fuera de la consideración del grupo. Por eso por la noche, no satisfecho con los entrenamientos diurnos, volvía a correr, intentando desarrollar la propia resistencia en el esfuerzo prolongado, que le parecía el talón de Aquiles de Tersipo.

Epizelo de vez en cuando iba a observarlo mientras corría en el patio, y movía la cabeza sin decir nada. Siempre y cuando no usurpara tiempo a los entrenamientos que le prescribía, no podía seguramente prohibírselo. Pero estaba claro que lo desaprobaba, y ante el mínimo gesto de lasitud o cansancio al día siguiente, se ponía

demasiado rígido y no le ahorraba a su alumno ningún esfuerzo.

Mientras tanto, Eucles mantenía las distancias con el joven, como también con los otros. Era un comportamiento difundido entre los efebos en los primeros tiempos. Todos tendían a pasar más tiempo con su propio instructor que con los compañeros. El deseo difundido de ser el primero y la falta de equilibrio de un joven frente a las primeras pruebas verdaderas de la vida, llevaban a cada efebo a ver a los otros como competidores, como rivales de los que desconfiar, le había explicado Epizelo. Sólo después de las primeras competiciones, una vez marcadas las jerarquías, se establecerían y consolidarían las amistades, y se crearía aquel espíritu de grupo que había constituido la base del éxito de Atenas en las campañas militares, pero también en las competiciones deportivas fuera de Ática.

Cuando llegó el momento de las competiciones públicas, Eucles había focalizado todo en el *dolicos*. Se corría con una antorcha en la mano, que constituía el testimonio que los competidores se pasaban durante el relevo. Como estaba previsto, en el resto de las competiciones no había brillado. Al finalizar cada prueba en la que había sido eliminado antes de la final, había tenido que escuchar el discursillo tranquilizador de Epizelo y la mirada burlona de Tersipo, quien, por otra parte, no había conseguido resultados mucho mejores que él y, por lo tanto, al menos por ese motivo se ahorraba cualquier comentario. Pero Eucles estaba convencido de que el otro efebo se había concentrado en el *stadion*, y si lograba brillar su humillación habría sido de verdad completa.

Para colmo de la mala suerte, el *stadion* le tocó precisamente durante las pruebas de batería de Tersipo. Epizelo le sugirió que no malgastara energías que podría emplear mucho mejor en las pruebas más largas, pero Eucles quiso jugársela. Sus padres habían venido a ver las pruebas y él, hasta aquel momento, no les había dado grandes satisfacciones. No haría que se avergonzaran de su hijo llegando el último o, todavía peor, renunciando a la carrera. Intentaría con todas sus fuerzas calificarse para la siguiente ronda.

El *gymnasion* del Pireo en el que corrían los efebos no era otra cosa que una vasta arena con unas gradas de madera a su alrededor, sin mecanismos de salida o de señalización de las áreas donde se desarrollaban las competiciones de alto nivel. Las pruebas generalmente estaban subvencionadas por los gimnasiarcos, ciudadanos adinerados que se ponían de acuerdo entre ellos subvencionando a los competidores de la propia tribu. Y nadie pretendía malgastar demasiado dinero por unos efebos en sus primeros actos.

La línea de salida estaba caracterizada por un sencillo surco en el terreno y uno de los instructores estaba colocado en el lateral de los atletas para anunciar la salida a voz en grito. Los competidores eran quince, y sólo los primeros cinco se calificarían para la siguiente ronda, o lo que era lo mismo, para la semifinal. Eucles vio a Tersipo

tomar asiento en una calle lejana a la suya, en una posición situada en el lado opuesto de la pista.

Los efebos se colocaron unos junto a otros de pie, con las rodillas ligeramente dobladas y la pierna izquierda hacia delante. Los brazos estaban también adelantados, el rostro ligeramente inclinado. Estaban completamente desnudos y sus cuerpos brillaban bajo el sol gracias al aceite con el que se habían frotado justo antes. Eucles decidió competir contra Tersipo, tanto porque era contra él contra quien le interesaba medirse, como porque lo consideraba el más fuerte. Con el rabillo del ojo mantuvo la mirada fija sobre él hasta el momento en el que escuchó al juez decretar la salida.

Tersipo, en cambio, miraba fijamente frente de él, concentradísimo. Lo vio inmediatamente asumir la posición más correcta, con la zancada más amplia que sus cortas extremidades se pudieran permitir, el busto plenamente recto y los brazos que se movían hacia delante y hacia atrás. La mano del brazo anterior llegaba hasta la altura del rostro y aquel del brazo posterior se extendía después de la espalda, muy por encima de la cintura pélvica.

Era de manual y Eucles intentó imitarlo, pero sintió inmediatamente cómo sus propios músculos se endurecían. Decidió entonces pasar a una carrera mucho más instintiva, pero mientras tanto la mitad de la carrera ya había pasado y Tersipo era ya el primero. No era suficiente. Tenía que pasar al menos delante de dos. Aumentó el ritmo, intentando resistir la tentación de asumir los movimientos típicos del corredor de fondo, que le salían de forma natural.

Se dio cuenta de que funcionaba. En breves instantes quedaron pocos delante de él. Luego, de repente, notó que Tersipo no era ya el primero. A pesar de temer que disminuiría el ritmo, no pudo evitar seguirlo con la mirada precisamente un instante antes de pasar la meta. Se estaba parando vistosamente, dejándose superar incluso por él.

Llegaron tres antes que ellos. Los dos jóvenes cayeron en la llegada, casi al mismo tiempo, Tersipo una palma por detrás de Eucles y apenas dos palmas delante de otro corredor. Y Eucles se detuvo en cuanto la velocidad se lo permitió, mientras el otro siguió trotando durante un buen trecho para luego volver atrás.

Eucles se quedó agachado hacia delante, con las manos en las rodillas, jadeando y duramente cansado. Y cuando Tersipo le pasó cerca, caminando tranquilamente y con el cuerpo recto, no pudo evitar preguntarle:

—¿Por qué has frenado? Podías haber sido eliminado.

Tersipo sonrió.

—Aquí tenemos dos diferencias entre tú y yo. La primera, te has tenido que empeñar para calificarte con dificultad. Yo me he paseado simplemente.

—¿Y la otra?

—Te has esforzado tanto que sólo tienes una vaga idea de tu posición. Yo me he

quedado lúcido y he podido controlar la situación hasta el último instante —sentenció para luego marcharse.

Táctico. Un gran calculador. Ahorraba energías para las siguientes rondas y evitaba llamar demasiado la atención sobre él mismo, evitando el riesgo de verse demasiado marcado posteriormente. Eucles se preguntó si era una idea de su entrenador o una estrategia del mismo Tersipo, pero no tenía dificultad en reconocer que el joven tenía todas las capacidades para lograr ideas parecidas.

Por otra parte, su destino en la semifinal estaba ya escrito. Pocas horas después corrieron de nuevo, si bien en series diferentes. Tersipo fue de nuevo quinto, y con la misma modalidad. Eucles, en cambio, no logró correr nunca entre los puestos para calificarse en la final. Pero había obtenido su objetivo, y con la mente estaba ya pensando en la carrera de fondo. Siguió con mucho interés la final. Tersipo esta vez no bromeó. Salió fuerte y llegó fuerte, dejándose atrás a todos los demás. Sólo dos lograron llegar a pocos pies. Había llegado el momento de desafiarlo.

Eucles se acercó al vencedor inmediatamente después de que este recibiera las felicitaciones de los otros competidores. Pero también otros efebos se amontonaron alrededor de él para felicitarle. Cuando logró estar cerca, le apretó la mano, le tiró hacia sí mismo y le susurró al oído:

—Ahora llega el *dolicos* y me toca a mí. ¿Queremos apostar que el resultado será exactamente el contrario?

Tersipo lo miró un instante con sus ojos penetrantes. Eucles se dio la vuelta e hizo como que se marchaba, pero el otro le llamó.

—Está bien, apostemos —le dijo acercándose a él—. Apostemos mi amistad. Si pierdes, me tendrás como enemigo. Y yo puedo ser un enemigo muy peligroso, porque un día llegaré a ser alguien. Si ganas la apuesta, me tendrás siempre como amigo y no te arrepentirás. ¿Te apetece arriesgar?

Eucles reflexionó durante un instante.

—¿Y si no apostamos?

Tersipo levantó los hombros.

—Nada. Me seguirás siendo indiferente.

—De acuerdo, apostemos —dijo al final Eucles.

El sol había comenzado a arrojar una tímida luz sobre la llanura de Maratón. Tomaba forma la Tetrápolis, las cuatro ciudades que delimitaban la llanura (Probalinto, Tricorinto, Enoe y Maratón), evacuadas inmediatamente después del desembarco de los persas. Se delineaban con mayor claridad las sombras de los montes que amenazaban sobre la llanura, casi aislándola del resto de Ática, creando un mundo aparte, digno escenario de un enfrentamiento inédito, épico y destinado a pasar a la historia.

Y donde no estaban las montañas, estaban las marismas, para completar el perímetro del enfrentamiento majestuoso. En el suroeste, la pequeña marisma de Vrexiza, justo detrás de la ciudad de Maratón y del bosque de olivos alrededor del templo de Heracles, donde se habían reunido los atenienses y los platenses. En el noreste, la gran marisma alimentada por el río Carandro y los manantiales de Macaría, marisma ante la que habían acampado los persas. Y en el este el mar, interrumpido por la lengua del promontorio de Cinosaura, detrás del que se había reparado de los vientos la flota persa, anclada delante de la playa de Esquenía. Un lago de agua dulce relucía plácido entre las marismas, la playa y el promontorio, permitiendo a los invasores aprovisionarse de agua cómodamente.

Y en medio de la llanura, la arena del enfrentamiento de dos pueblos. Un espacio lleno de fango y húmedo, donde las marismas y los torrentes no quieren saber de estarse en su sitio y tienden a cogerse más espacio del que deben. Ya no quedaba una cabeza de ganado que pastara en aquella explanada, que se había quedado desierta por el pánico de la población y que era famosa por una de las más célebres empresas de Teseo: la captura del terrible toro que aterrorizaba la Tetrápolis.

Todos los griegos presentes, de todos modos, eran conscientes de que muy pronto la fama de aquel lugar insano habría aumentado, y mucho, con un nuevo acontecimiento de tal alcance que oscurecería cualquier empresa anterior. La llegada de los espartanos había sido anunciada para aquel día, o como mucho para el siguiente, y cada componente de la armada, desde el esclavo al infante ligero, desde el hoplita a los oficiales, desde los estrategas al polemárcos, se estaba preparando mentalmente ante la inminente batalla.

Cada componente de la armada, menos tres.

Esquilo y Epizelo, que se habían levantado hacía poco de sus lechos, miraban con conmiseración a Eucles, Filípides y Tersipo discutir todavía entre ellos. No habían hecho otra cosa desde que habían regresado de la acción nocturna y, a diferencia de Cinegiro, que había utilizado el resto de la noche para descansar, se habían quedado despiertos y de pie, disputándose la victoria por aquella insulsa apuesta.

—¡Qué imbéciles! En vez de recuperarse tras el esfuerzo están malgastando las energías que les serán mucho más útiles en breve —le susurró Epizelo.

—Lo encuentro inconcebible —le dijo a su vez Esquilo, escandalizado—. Después de una acción así, incluso ese exaltado de hermano que tengo ha tenido la necesidad de descansar. Y con lo que nos queda por delante, encima... ¿Acaso quieren morir?

—Esos tres han sido siempre unos cabezotas —comentó Epizelo moviendo la cabeza—. Siempre en competición entre ellos, desde que eran efebos. Por cualquier cosa. Diría que sus desafíos han consolidado la amistad que los une. Pero esta vez... no lo sé... es diferente.

—¿Qué quieres decir?

—No sabría decírtelo exactamente. Pero tengo la sensación de que están pasando de ser meros rivales a adversarios, incluso enemigos. Lejos de lo que han apostado, quizás ha llegado el momento para ellos de establecer quién es el mejor.

—Una cuestión de honor, vamos —reflexionó Esquilo—. Un deseo de preeminencia o de supremacía que se ha mantenido en el ámbito del juego hasta ahora. Y ahora que el partido es de verdad peligroso, en la ocasión más importante, van en serio.

—Como siempre, sabes analizar el corazón de los hombres... No escribirías dramas si no fuera así, por otro lado —comentó complacido Epizelo.

—La verdadera naturaleza de los hombres se ve bajo presión, frente al verdadero peligro. Es lo que he entendido mejor que cualquier otra cosa en mi vida...

Epizelo movió la cabeza, con amargura.

—Sabes, no sé cuánto de culpa tienen ellos, en el fondo. El Estado nos exhorta a la competición desde pequeños. Nos hace crecer en la manía de demostrarnos mejores que los otros, y luego, en cambio, nos anima también a poner nuestra valía al servicio de la patria para la mejor gloria de Atenas y no del individuo. Es obvio que muchos viven mal esta contradicción y tienen un poco de confusión en la cabeza, y en el alma. Durante el bienio del efebato he intentado transmitir a Eucles un espíritu... digamos... «de servicio», formándolo en manera completa, sin apoyar su tendencia a especializarse sólo para poder destacar por encima de los otros. Pero nadie razonaba en estos términos, ni siquiera entre mis compañeros que entrenaban, y he visto que él, inevitablemente, se sentía en una condición de inferioridad, sin una ocasión para destacar, para hacerse notar. Por eso tuve que dejar que se comportara como todos los alumnos, desarrollando sus dotes más específicas y apoyándolo en su deseo de destacar siendo el primero.

—Ya —asintió Esquilo—. Siempre me he sentido fuera de lugar con esta mentalidad. No tengo el deseo de vencer carreras o de diferenciarme en la guerra, y esto mi hermano no me lo perdona. Me desprecia precisamente porque no tengo ninguna necesidad de ser el primero, sino sólo de realizar mi deber...

Epizelo sonrió.

—Quizás aquello en lo que quieres destacar es en tu arte.

Esquilo se mostró molesto.

—¿Qué dices? Yo compongo dramas y escribo historias para mí mismo, ¡porque me siento feliz cuando lo hago! ¿Acaso me estás acusando de ser un hipócrita? ¿O quizás un cobarde o uno que no se esfuerza, como dice mi hermano?

Epizelo se mostró sorprendido por la reacción del joven y pronunció algo incomprensible. Pero mientras tanto, Esquilo ya se había alejado hacia sus tres amigos. El poeta tenía ya suficiente ante cualquier comentario, aunque fuera

indirecto, sobre sus escasas cualidades bélicas y deportivas, y se sentía atacado cada vez que el argumento salía a la luz. No era sólo su hermano quien le instigaba, sino también los amigos o los conocidos. Muchos ironizaban sobre sus virtudes poéticas comparándolo con Arquíloco, el poeta que había presumido en sus obras de haber arrojado el escudo en una batalla para salvar la vida.

Pero al menos Arquíloco había participado en una batalla, decían los más malvados. Esquilo, en cambio, ante un verdadero enfrentamiento no había participado nunca. Su joven edad le había impedido participar en una primera ocasión, y su salud más bien delicada posteriormente. Y bien, se dijo el poeta, el momento ha llegado, y no sabía cómo afrontar la situación. Descubriría pronto si no había jamás deseado ir a la guerra porque no le interesaba la gloria militar o porque tenía miedo.

Se había dicho a sí mismo, desde que había leído su propio nombre en los avisos de llamada por tribus colgados bajo el monumento de los Diez Héroe, que no se trataba únicamente de una cuestión de defensa de la propia patria, a la que también él tenía el deber de concurrir. Había ido convenciéndose de que una experiencia parecida era también preciosa para el perfeccionamiento de su propio arte, para poder describir de la mejor forma las pasiones y las debilidades de los hombres.

Pero si moría no podría desarrollar arte alguno.

Si de verdad pensaba que la verdadera naturaleza de un hombre se veía bajo presión, como había afirmado antes con Epizelo, bueno... no había nada mayor que la guerra para someter a un hombre a presión. Ahora se encontraría en medio, observaría no sólo la violencia del hombre sobre otro hombre, sino también su capacidad de sacrificio, su aprecio por los camaradas y su coraje.

Pero si llegaba a encontrarse demasiado ocupado en salvar su propio pellejo, no habría forma de observar nada.

—¿Pero por qué no lo dejáis ya? —dijo a los tres contendientes en cuanto llegó a su lado. Y lo hizo con una irritación todavía mayor de lo que habría querido. Por otro lado, estaba poniendo dentro también su propia parte—. ¡Esta noche habéis mantenido despiertos también a los persas con vuestras discusiones!

—¡No tiene que ver contigo! —replicó Tersipo, igualmente irritado.

Filípides, en cambio, tenía intención de involucrarlo.

—Dejemos que sea Esquilo quien juzgue —gritó mirando a los otros dos—. Escucha Esquilo. Habíamos establecido que ganaría entre nosotros aquel que hubiera traído más eretrios. Hemos traído cada uno dos, así que tenemos que adoptar un criterio. Y en mi opinión, no hay más criterio que el valor. ¡Yo he logrado poner en marcha la actuación que ha permitido que nos salváramos los tres!

—¿Y eso qué significa? —protestó Eucles—. ¡No habíamos hablado de adoptar otros criterios en caso de empate!

—Y además, con esa actuación también te has salvado tú, antes que nadie. ¡No

puedes beneficiarte por ello! —añadió Tersipo.

—¿Por Zeus, qué significa? —replicó Filípides—. Si no hubiera extendido el fuego habríais perdido a todos los prisioneros, y también la vida probablemente.

—¿Y quién te dice que no habrías hecho otra cosa para salvarnos? Y además, lo del fuego también lo iba a hacer el *lochago*, —le gritó Eucles.

—No hay un juez. ¡La valoración que quieres imponernos es sólo la tuya! Yo también podría decir que tengo derecho a la victoria porque yo estaba en la cola y he arriesgado por vosotros —le dijo Tersipo.

—Bueno, un juez. Tenemos a Esquilo —Filípides miró al infortunado, que se mostró abatido.

—Sí, vamos... —sentenció Tersipo—. Pero si ni siquiera ha participado en la acción. ¿Cómo puede dar un juicio? Es más, cómo podría dar cualquier juicio, él, que tiene que ver exclusivamente con el arte de la poesía —añadió riéndose.

Pero Filípides, con tal de ganarse un aliado, estaba dispuesto a reconocer a Esquilo talentos que generalmente le negaba.

—¿Y por qué no? Puede juzgarnos como cualquier otro. Será suficiente exponerle los hechos. Atenas es una democracia, ¿no? Si tenemos que elegir al vencedor, que sea un externo quien lo establezca.

Obviamente, no tenía nada que perder. Disponiendo de una posibilidad más que los otros dos, lo peor que le podía ocurrir era un nuevo empate.

—¿Ahora hablas de los beneficios de la democracia, tú que te lamentas siempre de los defectos de nuestro sistema de gobierno? ¡Eres sólo un hipócrita que en el fondo sueña con la tiranía! —sentenció Tersipo.

Esquilo temía que pasaran a las manos. Discutían a menudo de política. Pero esta vez, tenía razón Epizelo, era diferente...

Por suerte Filípides reaccionó todavía con palabras.

—¡Tú eres el tirano de verdad! Con tu desenfadada ambición, tu deseo de poder, ¡eres tú quien desea aprovecharse de la democracia para que te elijan y orientar al pueblo según tu voluntad! ¿Qué crees, que no te he entendido? ¿Crees que no sé qué te preocupas tanto por los amigos y las aprobaciones haciendo ver que te importan las necesidades de la gente, mientras en cambio piensas únicamente en tus intereses?

Tersipo guiñó los ojos, mostrándose indignado.

—¿Me estás atribuyendo a mí tus proyectos? ¡Eres tú quien pretende aprovechar sus glorias deportivas para obtener un consenso político! ¡Eres tú quien desprecia la democracia, no yo! ¡Los dioses no quieren que adquieras más gloria! ¡No me atrevo ni siquiera a imaginar cómo terminaría la reforma de Clístenes si tú adquirieras un cargo relevante! Todos esos hinchas idiotas y carentes de raciocinio que encuentras, que te idolatran como si fueras un dios, que piensan sólo en las competiciones deportivas, serían capaces de votar por la propia esclavitud si sólo tú se lo pidieras, ¡y

sin ni siquiera entender qué es lo que están haciendo! Sería suficiente con que les prometieras otras competiciones, otros estadios, otros campeones, y votarían todo aquello que les propusieras.

—Bueno, creo que ahora estás exagerando. Nuestra democracia está basada en el sorteo. El poder es casual. Y está lleno de libertad para todos, sin los límites impuestos por una autoridad suprema e indiscutible que no sea la ley. Volvamos a nuestra cuestión, que es mejor... —se atrevió a decir Eucles, que en las discusiones políticas intentaba mantenerse siempre neutral.

—Tú calla, que nunca se sabe de qué parte estás. De vez en cuando tengo la impresión de que no estás ni siquiera de tu parte, de lo indeciso que eres. Y además, el sorteo vale solo para el Consejo de los Quinientos. En ese ámbito, quién cuenta con un mayor número de adhesiones puede llegar a ser arconte, ¿no? —replicó Tersipo.

—¡Anda, déjalo hablar! —contestó Filípides—. Al menos él evita decir cosas sin sentido y no como tú. ¿Hemos de hablar de tus técnicas de persuasión? ¿De todos los favores que haces a la gente, no porque te importen, sino sólo para hacer que se sienta en deuda contigo? Que se tratan de méritos imbéciles o de personas inteligentes todos lo sabemos, y en el momento oportuno para ti serán mucho más fiables que mis presuntos hinchas. Y además, veo que vas procurándote amigos entre las familias más importantes, esas que cuentan de verdad a nivel político, no como mis hinchas, que son sólo pobres diablos... Y además, yo no prometo nunca nada a nadie. Tú, en cambio, quién sabe lo que vas prometiendo... ¡No hay vínculo más estrecho que el interés común!

A Esquilo le hizo pensar que no había necesidad de esperar a la batalla para aprender algo más sobre la naturaleza humana. Aquella discusión le estaba enseñando ya mucho sobre las diferentes modalidades, todas distorsionadas, que ciertos ciudadanos cercanos a él tenían de entender la democracia. Era un sistema de gobierno recién nacido y, sin embargo, ya se encontraba corrupto.

Pero su atención se fijó en el ruido que escuchaba detrás de él. Se dio la vuelta mientras los otros tres no se daban cuenta de nada y seguían discutiendo, y notó que los hoplitas se ponían en movimiento. Muchos estaban poniéndose la túnica, otros ya empuñaban las armas. Uno de ellos salió corriendo hacia él.

—¿Qué ocurre? —le gritó, antes de que éste llegara cerca.

—¡Los persas!

—¿Nos están atacando?

—No, al contrario. ¡Se están marchando!

VII

¿Respiración difícil? No, es sólo una sensación. El temor de que se escape Filípides o de ser alcanzado por Tersipo de vez en cuando le da a Eucles la impresión de que le falta la respiración. La tensión esta vez juega feos bromas. Llega incluso a detenerle, a transformar los músculos en piedras pesadas por levantar, que arrastrar. Llega a hacer mover a su alrededor incluso cosas que deberían estar inmóviles, a provocar que den vueltas alocadamente lo que le rodea, incluso si se trata de gradas o de montañas. Llega a hacer que uno sienta un fuego que arde en la garganta, que parece consumarte por dentro y que te sustrae fuerzas.

Recuerda bien, Eucles, cuando le ocurrió aquella vez. Había sido precisamente en ocasión de su primera competición importante. Su *dolicos* de exordio, en ocasión de las primeras competiciones oficiales como efebo. Tersipo había ganado el *stadion*, y había sido capaz de calificarse para la final de la competición más larga, la prueba en la que Eucles se consideraba el favorito.

La prueba que tenía que ganar a toda costa.

Le había costado trabajo, a decir la verdad. Justo igual que a Eucles le había costado trabajo pasar un turno en la prueba más corta. Si bien Tersipo había llegado a la final en la competición con la que congeniaba menos, él no. Pero lo que contaba era que Eucles venciera, pues luego la ubicación del otro sería un hecho irrelevante.

Eucles no había malgastado demasiadas energías para llegar a la final. Haciendo memoria de la lección aprendida por Tersipo en la prueba corta, había controlado la situación durante las preliminares, sin forzar y sin exponerse demasiado. También porque, como le había hecho notar su entrenador, había sufrido el esfuerzo mantenido por pasar aquel inútil turno en el *stadion*. Durante la primera serie había tenido que realizar muchas vueltas al *gymnasion* antes de que los músculos, endurecidos por la prueba anterior, se soltaran. Había incluso temido no lograrlo, no llegar entre los cinco primeros. Luego, sin embargo, con el paso del tiempo, se había ido sintiendo cada vez más ligero y había descubierto que podía fácilmente mantener el ritmo de los primeros. De todos modos había seguido navegando cerca de las últimas posiciones útiles, para luego obtener una ventaja de la caída progresiva de quien le precedía.

También él, como Tersipo, había disminuido el ritmo, al terminar la prueba. No quería que se hablara demasiado de él, no tanto por cuestiones tácticas o estratégicas, sino para que los otros no le consideraran de verdad el favorito. Se encontraba ya bastante tenso como para tener que evitar que los otros le cargaran con un peso excesivo, con sus expectativas. Por suerte Epizelo no le preguntaba demasiado. Si bien era verdad que con frecuencia no se encontraba de acuerdo con su entrenador, Eucles le agradecía su comportamiento distante, bien lejos de la invasión obsesiva

con la que otros instructores estaban encima de sus efebos para que consiguieran inmediatamente resultados.

En realidad, podía culparse sólo a sí mismo, si afrontaba la prueba decisiva sin la necesaria relajación. No podía enfadarse ni siquiera con Tersipo quien, a fin de cuentas, le había concedido una elección después del *stadion*. Habría podido tranquilamente sustraerse al desafío y competir por la única victoria. Y en cambio había decidido correr por su propio futuro. Una meta quizás demasiado grande para un efebo en su primera competición. Debería haberse tenido que preocupar sólo de los otros adversarios en la pista, un empeño ya bastante complicado para un novato, y en cambio se había metido dentro de una situación que le obligaba a poner en juego toda su existencia.

Algo que paralizaría a cualquiera.

Pero si quería sentar las bases para no ser un individuo insignificante, tenía que ponerse en discusión desde el principio. No se sentía ambicioso como Tersipo, no deseaba convertirse en el más célebre de los guerreros, el más grande de los atletas, o el más poderoso de los políticos. Pero pretendía de todos modos ir más allá de la filosofía que intentaba inculcarle Epizelo. No ser sólo uno de tantos atenienses útiles pero no insustituibles, un sencillito ciudadano del que el Estado estaba seguro de poder contar, sino un personaje, alguien que la gente pudiera reconocer inmediatamente y a quien recordar también después de la muerte.

Por lo tanto, aquella era algo más que una simple carrera. Se convertía en un desafío interior, un pequeño viaje para descubrirse a sí mismo, para apurar si habría sido de verdad capaz de soportar la carga y meritarse los objetivos dignos de su ambición. Vencer, contra aquella pesada carga, le habría dado una gran confianza en sí mismo.

Si en cambio llegaba a perder, a pesar de sentirse favorito... bueno, se merecería todo aquello que Tersipo le hiciera en un futuro.

Miró a su rival. No se encontraba en contra del que corría, en realidad. Consideraba ya clamoroso que aquel joven de las piernas cortas y el físico recortado hubiera llegado a la final, y esto le daba la medida de su determinación. Pero le había visto fatigarse y estaba seguro de que muy pronto incluso le doblegaría. Y quizás no corría ni siquiera contra los otros. Corría sólo contra sí mismo. Su adversario era la tensión, que le sustraía el control de los músculos. Él los quería sueltos; ella, duros.

Tomó sitio en la línea de salida echando el aire, casi esperando que, con ella, se fuera también aquel genio maligno que amenazaba con paralizarle. Movié los brazos, saltó, giró el cuerpo, se arrodilló, giró el cuello, deseando que sus músculos le premiaran por haber dialogado con ellos y que se soltaran.

Con la salida no se puso a la cabeza. Pretendía adoptar la misma técnica que en las eliminatorias: quedarse a la espera y aprender a conocer las reacciones de su

propio cuerpo, antes incluso que las de los otros competidores. También Epizelo había dicho que estaba de acuerdo con aquella táctica. Dio sólo un vistazo a Tersipo, que se había colocado en las últimas posiciones. Esta vez el joven no contaba nada, y Eucles no pretendía dejarse distraer por objetivos que no tuvieran que ver con la victoria. Controló la propia zancada, adoptando desde el principio un paso breve, al que intentó darle un ritmo constante, sin dejarse influenciar por el de los demás. Controló que los propios brazos, cuyo movimiento intentó frenar manteniéndolos bajos, mucho más bajos de cuanto hacía en las carreras breves. Cada movimiento había que economizarlo, cada gesto dirigido al ahorro de las energías, y cada pensamiento concentrado en el ritmo, en las zancadas.

Estadio tras estadio, rectilíneo tras rectilíneo, las posiciones de los atletas se fueron consolidando en una larga fila, sin grupos o amontonamientos. Eucles no se encontraba ni siquiera a un cuarto de los treinta estadios que formaban la carrera, cuando se dio cuenta de que se encontraba más o menos a mitad de la fila, o lo que es lo mismo, a una altura que no lo ponía al resguardo de feas sorpresas. ¡Se había concentrado demasiado sobre sí mismo, perdiendo de vista a los demás!

Miró hacia delante y vio que los primeros se encontraban bastante distantes. Demasiado distantes. Había salvaguardado los músculos, garantizándose un movimiento que no le obligaba a esforzarse y que tenía lejos la tensión, pero se había olvidado de que no corría solo. Claro, podía percatarse de que quien estaba delante corría con todas sus energías y que luego cedía al final. ¿Pero y si no era así? ¿Y si se encontraban sencillamente más preparados y entrenados que él? ¿Y si se encontraban simplemente menos tensos que él?

Entrevió a su entrenador que, con la mano, le indicaba que acelerara el ritmo. No necesitó que se lo repitieran. Pero temía que la tensión le hiciera malgastar más energías de las debidas si su ritmo sólo fuese algo más frenético. Intentó, por lo tanto, mantener el paso aumentando la zancada. Era una solución que no había experimentado en los entrenamientos y que comportaba grandes riesgos. Pero en los entrenamientos nunca se había sentido tan tenso.

Se dio cuenta de haber instintivamente adoptado una zancada mucho más amplia que en el *stadion*, pero sin la frecuencia impuesta por las carreras más cortas. Y ya después de pocos pasos su elección pareció dar frutos. Pasó a situarse un par de posiciones por delante y notó que asumía una velocidad superior a la de quien todavía le precedía. Bien, se dijo, había encontrado por sí mismo la solución, y en el primer intento.

Estaba aprendiendo a conocer al propio cuerpo, sus reacciones al esfuerzo y la tensión, y a obtener el máximo de las prestaciones. Era precisamente el tipo de victoria que deseaba obtener.

Pero para la otra, la victoria sobre los demás, le quedaba todavía mucho por hacer.

Se preguntó si lograría mantener aquel tipo de zancada hasta el final de la prueba. Pero precisamente mientras se lo preguntaba, notó que los músculos se endurecían. Empezando por las piernas, luego el pecho y los brazos. Precisamente como en los instantes que habían precedido a la prueba. Intentó espirar pero el único resultado que obtuvo, abriendo la boca, fue el de permitir al aire que entrara. Notó inmediatamente que la garganta le quemaba, el típico resquemor que sentía cuando le faltaba el oxígeno.

Se percató entonces de que la zancada se había reducido, y así también el ritmo. Y sin embargo no se sentía particularmente cansado. Y no estaba ni siquiera a mitad de la prueba. Intentó acelerar, pero se sentía como si unas cuerdas le estuvieran sujetando. Había cantado victoria demasiado pronto: el método inédito de carrera que había elegido le estaba pasando factura. Antes de que se lo esperara.

Intentó ver el lado positivo. Si su físico lo hubiera abandonado cerca de la meta, no habría tenido esperanzas de recuperarse. Ahora, quizás, tenía todavía tiempo. Quizás.

Volvió a la zancada que adoptaba generalmente en el *dolicos*. Buscó el ritmo que le era familiar en la prueba larga, pero no lo encontró. Y también la zancada era irregular: a veces más corta, otras más amplia. Se estaba confundiendo cada vez más.

Sintió que el pánico se apoderaba de él cuando se vio superado por un competidor, y después por otro. Eran aquellos que se había dejado a la espalda cuando había cambiado de zancada. Luego se puso a su lado otro. Lo sentía resoplar y jadear más de lo debido, y de vez en cuando el hombro del atleta se chocaba contra el suyo, manifestando un ritmo basculante que demostraba un gran esfuerzo.

Se encontraba al lado de un competidor que arrancaba.

Así que estaba arrancando también él.

Giró el cuello para mirarlo. En la expresión del rostro del adversario tuvo que ver la suya, probablemente. Giró los ojos para intentar apartar el velo que los tapaba, mostrándole una versión más nublada e incierta de aquello que lo rodeaba. Y cuando los abrió vio a Tersipo.

Era él, el competidor que se había situado a su lado. Y si bien su expresión traicionaba el sufrimiento, conseguía sonreír.

Conseguía sonreír.

Y aquella sonrisa boba era sólo para él.

El efebo se sintió completamente desesperado. Parecía una situación sin una escapatoria. Si seguía así, terminaría también detrás de Tersipo. O quizás no lograría ni siquiera terminar la carrera.

Buscó con la mirada a Epizelo, esperando recibir alguna indicación. Pero la cabeza le daba vueltas, los tímpanos le pulsaban, la vista se le había nublado, y le era difícil diferenciar a su entrenador entre las muchas siluetas que llenaban las gradas.

Por lo que parecía, tenía que vérselas él solo.

Pensó con rabia en las posibles soluciones para salir de la caverna en la que se había metido. Había aprendido algo, mientras tanto: jamás intentar algo de nuevo si no se está seguro de que se controla la tensión. Había sobrevalorado sus posibilidades y se había convencido de que tenía margen para poder experimentar nuevas técnicas de carrera. Equivocado. Equivocadísimo. Tenía que volver a los viejos sistemas, ya consolidados, aquellos con los que había afrontado la prueba con la seguridad de vencerla.

Pero su físico se lo impedía. Se había bloqueado, y debería detenerse para soltar los músculos y luego volver a comenzar. Sí, y mientras tanto los otros habrían llegado. Incluso Tersipo. No se atrevía a levantar la mirada y verle delante de él, por miedo a descubrir cuánto se habría ampliado la distancia con los que iban a la cabeza. Pero mientras tanto la desesperación se había transformado en pánico, y había pasado a sentir los músculos todavía más pesados, como si corriera con la armadura encima. Ésta era, por cierto, la competición introducida más recientemente: el *hoplitódromos*. La carrera de los hoplitas, en la que los atletas tenían que correr desnudos pero con el escudo y el casco. Un día también lo haría él.

Si no se moría de vergüenza en su primera carrera.

Sentía que tenía todavía mucha fuerza y resistencia en el cuerpo. Se trataba sólo de soltarla. Y como estaba destinado a perder inexorablemente terreno cual si hubiera continuado corriendo con las cadenas en los pies, decidió intentarlo todo, costara lo que costase. Peor no se le podía ir.

Bajó de repente el ritmo, dejándose superar por Tersipo. Tenía la vista demasiado borrosa como para entender si era el último de la fila o todavía tenía a alguien detrás, pero no tenía importancia: se encontraba de nuevo consigo mismo, ahora más que nunca, con quien tenía que medirse.

Mantuvo un ritmo blando, casi sin querer levantar los pies del terreno, y manteniendo los brazos casi pegados a los costados, apenas andando en marcha. Mientras tanto inspiraba y espiraba profundamente, y luego movía adelante y atrás los brazos y las piernas. Otro competidor lo superó, pero intentó no prestarle atención. Lo hizo, en cambio, cuando vio que nadie más le superaba. Ahora se encontraba de verdad en el último lugar.

Pero mientras tanto sentía que los músculos volvían a seguirle. Se esforzó por esperar todavía, antes de volver a mover las piernas y realizar empujones. Tenía que esperar todavía a que su mente se encontrara libre, carente de los lazos con los que su temor le había vinculado. No tenía mucho sentido liberar los músculos si la mente se quedaba prisionera de la red en la que se había encerrado la tensión. Si no lograba recuperar la confianza, muy pronto el físico se encontraría de nuevo encadenado.

Podía todavía lograrlo, se dijo. Sentía que tenía margen todavía, faltaban aún más

de diez estadios y los primeros no parecían estar muy frescos. Nadie había percibido el vacío dentro de sí mismo. Estudió las expresiones y los movimientos de los que encabezaban la carrera, que cruzó mientras llegaban al rectilíneo opuesto. No eran brillantes. También ellos acuciaban el esfuerzo. Sus ojos estaban marcados, el sudor caía en abundancia por la frente, la boca se encontraba medio abierta en el gesto típico de quien comienza a estar ahogado.

Lo podía lograr.

Comenzó a aumentar el ritmo y, si bien muy poco, también las zancadas. Sus brazos comenzaron a empujar, el cuerpo fue cada vez más recto, la barbilla hacia delante. Escuchó a sus músculos: reaccionaban bien. Ningún paso forzado, ninguna oposición. Esperó sólo que no fuera demasiado tarde.

Aumentó todavía, convenciéndose de que, a fin de cuentas, hasta entonces había estado descansando. Prestó atención a no extender la zancada más allá de la amplitud que estimaba apropiada para el *dolicos*, y se concentró sólo sobre la frecuencia de los pasos. La mantuvo a un ritmo poco superior respecto a lo acostumbrado, para poder recuperar posiciones. Mientras tanto los objetos y las personas eran cada vez más nítidos, la vista más clara, la cabeza más ligera. Era el momento de buscar de nuevo a Epizelo. Analizó las gradas y lo vio asentir.

Obtuvo una nueva bocanada y aumentó todavía más el ritmo. Superó a dos corredores y luego, casi en el impulso, se dejó atrás a Tersipo. Y decidió ignorarlo completamente mientras le adelantaba. Ahora su único punto de referencia tenía que ser el primero de la fila.

Estadio tras estadio, Eucles fue subiendo posiciones sin demasiada necesidad en ir aumentando todavía la frecuencia. Eran los otros quienes estaban cediendo y no él, que iba cada vez más rápido. Y no pretendía aumentar todavía. Hasta que el ritmo que llevaba le garantizara la recuperación, prefería reservar las energías para el esfuerzo final, en el caso de necesitarlo.

A tres estadios para la final, se dio cuenta de que probablemente sería correcto esforzarse en el espasmo. Los dos primeros competidores se encontraban a varios pies de distancia y parecían tener todavía fuerzas. Superó al tercero y lanzó una mirada de aprobación a su entrenador. Y junto a Epizelo estaba Filípides, que le hizo un gesto de ánimo con el brazo.

Había llegado, por lo tanto. Eucles no había tenido el coraje de pedirle que presenciara la competición. Le había simplemente hablado de ello sin hacerle una petición expresa, convencido de que un atleta de primera fila como era él consideraría una molestia frecuentar una modesta competición entre efebos del primer año. Filípides no le había anunciado que iría, por eso Eucles había dado por descontado que no lo vería entre el público.

Y en cambio ahora le estaba demostrando que, si no poseía su talento y su

facilidad para la carrera, era capaz también él de empresas asombrosas.

Le quedaban dos estadios para el final. Dos rectilíneos del *gymnasion*. Adelante y atrás, de un palo al otro. Era el momento. Uno de los dos que estaban delante comenzó a ceder vistosamente. O quizás era el otro que había aumentado el ritmo. De todos modos, Eucles decidió que tenía que producir el máximo esfuerzo. Dos estadios, un *diaulos*, la prueba intermedia que los efebos no disputaban, pero que él correría como si se tratara de una prueba por sí misma.

El público lo aclamaba. Su remontada había llamado la atención, e incluso otros efebos ya eliminados habían comenzado a apoyarle. Imaginó por un instante qué era lo que debía sentir Filípides cuando miles de espectadores le animaban. Aquellos gritos, aquellos aplausos, le ponían las alas en los pies, le hacían sentirse como un Hermes capaz de comerse en un solo bocado a los comunes mortales. Y entendió cuánta fuerza le daba a Filípides la convicción de ser un semidiós.

Superó con facilidad al segundo, que parecía estar casi inmóvil respecto a él. Quizás estaba cediendo de verdad, y aquello significaba que el primero iba todavía más fuerte. Y sin embargo, Eucles notó que se estaba acercando. Giró en la última vuelta con varios pasos de ventaja respecto al adversario. Ya se trataba de una cuestión entre dos. Pero el otro comenzaba el último estadio con una neta ventaja.

Eucles dejó de ser prudente. Dio todo desde el comienzo del rectilíneo. La cabeza, ahora, le pulsaba de nuevo, pero los músculos respondían esta vez. Recuperó todavía, y después de pocos pasos se encontró casi al lado del contrincante. Éste, evidentemente, no se había dado cuenta de que lo tenía tan cerca y se había encaminado hacia la meta dando por descontada la victoria. Pero en cuanto percibió su presencia detrás de él, aceleró el paso.

Una reacción que Eucles no se esperaba.

Había pensado que estaba acabado. En cambio, el antagonista había únicamente dosificado sus energías. Sintió que el pánico de nuevo se apoderaba de él al ver esfumarse su propio esfuerzo. No. No podía terminar así. No podía perder después de haber derrotado al enemigo más peligroso: él mismo. Pero la frecuencia de los pasos no podía ya aumentarla. Se encontraba al máximo de la velocidad que las fuerzas que le quedaban le consentían.

Entonces aumentó el paso, esperando que, en ese momento, sus músculos estuvieran lo suficientemente calientes para evitar que se endurecieran. Vio al adversario de nuevo más cerca, pero vio también que la línea de la meta estaba próxima. Entonces aumentó también la amplitud del movimiento de los brazos: las manos llegaron a rozarle el rostro, como en la carrera corta.

Se encontró codo con codo con el otro corredor, sintió cómo le salpicaban las gotas de su sudor, escuchó sus gruñidos retumbarle en los oídos, sintió en las piernas el polvo que levantaba con los pies. Se negó a mirarlo y miró la línea de la meta

fijamente, como si quisiera seducirla y atraerla. Se arrojó encima, cayendo al suelo y rodando.

Había terminado, independientemente de cómo hubiera sido el resultado.

Se quedó en el suelo, con los ojos cerrados y los tímpanos que parecían ir a explotar, jadeando y babeando. No le importaba. No le importaba dar una imagen poco digna de sí mismo. Contaba sólo que hubiera vencido. Abrió los ojos y miró a su alrededor. Pero todo seguía nublado. Las lágrimas, como consecuencia del esfuerzo, le ocultaban la mirada.

Fueron sus oídos quienes le informaron, y no sus ojos.

—Hemos vencido ambos. ¡Felicidades! —le dijo el efebo que le había disputado la victoria. Le ayudó a levantarse y le dio una palmada en los hombros.

Eucles se tenía en pie con dificultad. A su alrededor todo daba vueltas, como si se encontrara en el centro de un remolino de aire. Luego siguió repitiéndose a sí mismo las palabras que le había dirigido el rival, «Hemos vencido ambos», para convencerse de que había vencido, si bien junto a otro. Evidentemente, los jueces habían establecido que habían llegado a la par. Luego vio a Filípides que corría hacia él. Epizelo estaba detrás, con un mayor esfuerzo. Les esperó pasivamente, inerte, intentando todavía convencerse de la victoria.

—¡Por todos los dioses del Olimpo! —exclamó Filípides en cuanto llegó para abrazarlo—. ¡A fin de cuentas, podrías competir un día contra mí!

También Epizelo manifestó su opinión.

—Has hecho de todo para complicarte la vida, pero lo has conseguido, de una manera o de otra... ¡eso es una buena señal! Quiere decir que posees la fuerza de voluntad para realizar tu deber también cuando estás en dificultad. Y es esto lo que quiere la patria.

Pero Eucles no lo había hecho por la patria. Ni porque le importara el juicio de Filípides y de Epizelo. Había otro personaje del que se esperaba con mayor ansia un reconocimiento. Se limitó a asentir. Y a esperar.

Tersipo llegó poco después. Probablemente, después de haber cruzado la meta. Se encontraba todavía jadeando y agachado sobre las rodillas cuando se le acercó.

—Yo... he llegado hasta el final... y he evitado el último lugar... a diferencia de ti... —se limitó a decir mientras abría la boca para coger aire.

Eucles se molestó. No era esto lo que quería escuchar. Y no era esto lo que un hombre de honor debía decirle. Le clavó encima una mirada cortante pero sin decir nada.

—Pero has ganado —retomó Tersipo—. Has ganado, y entonces... nosotros dos seremos grandes amigos. Eres bueno, Eucles.

Fue entonces cuando Eucles se relajó. Agarró el brazo de Filípides y lo trajo hacia sí.

—Y yo te presento a otro gran amigo, Filípides. ¿Lo conoces?

—¿Quién no conoce a Filípides? —respondió Tersipo—. Es un vencedor. Me gustan los vencedores. Si eres amigo de mi amigo, entonces también eres amigo mío... —añadió, dándole la mano y sujetando el hombro de Eucles.

El campamento griego había cambiado de rostro en el curso de pocos instantes. Una especie de desorientación se había adueñado de los hoplitas, como si el enemigo estuviera a punto de atacar. Y en cambio, se estaba marchando. Ni siquiera los esclavos se explicaban de lo que ocurría. ¿Qué es lo que estaba pasando? Los mismos oficiales no sabían si armar a sus propios hombres y tenerlos listos para una eventual persecución, o dejarlos en libertad y esperar las ordenes del Estado Mayor. Muchos se amontonaban a lo largo de la barrera para intentar captar, en la velada bruma del alba, los movimientos de los persas.

También Tersipo, Filípides y Eucles corrieron hasta los márgenes del campamento. Sus encendidas discusiones se habían apagado de repente, en cuanto habían recibido la noticia. Encontraron allí a Cinegiro.

—¿Sabes algo? —preguntó Filípides al amigo.

—Nada más que lo que se escucha decir. Los soldados en avanzadilla han anunciado que los persas se están embarcando. Pero será un asunto largo, visto cuántos son. Y no sabemos cuál es su plan. Los estrategas se están reuniendo con el polemenco para deliberar un plan de acción.

—¿Está el consejo de guerra? Entonces voy para allá... —dijo inmediatamente Tersipo, suscitando también alguna sonrisita en sus amigos.

—No recuerdo que hayas sido nombrado estratega en los últimos tiempos —comentó con ironía Eucles.

Tersipo respondió con una sonrisa llena de suficiencia.

—No. Todavía no, al menos. Pero mi estratega Temístocles no me impedirá presenciar la reunión. Es más, imagino que me necesitará para distribuir las órdenes a los *lochagos* después. Me he ocupado intensamente de su elección, y ahora me considera insustituible.

Filípides movió la cabeza, mientras le observaba marcharse.

—¿Y a ese quién le para? Sabe bien cómo prometer tierra y mar a la gente, y los poderosos se valen de ello. Ahora lo hace por los demás, pero luego lo hará para sí mismo...

—¿Y qué hay de malo? —objetó Eucles—. A fin de cuentas, en democracia la gente decide por quién tiene que ser guiada en base a la confianza que atribuye a uno u otro candidato.

—Precisamente. Basta suscitar confianza en los ciudadanos contando un montón de mentiras. Mientras tanto, los decepciones o no, no podrás ser elegido de nuevo en

breve. Y cuando te vuelvas a presentar, al cabo del tiempo, la gente estará tan decepcionada con el que llegó después, que estará lista para concederte de nuevo la confianza con tal de cambiar. Es un sistema de gobierno que se basa en las promesas más que en los hechos.

—Se diría que tú echas de menos la tiranía... Mira que Hippias se encuentra a sólo pocos estadios de nosotros, allí delante, si tanto te importa... —dijo Eucles, indicando el mar.

—Ese viejo ha cumplido ya su tiempo. Y desde que le asesinaron a su hermano, se ha vuelto loco. Digo sólo que quizás son de verdad demasiados en el poder para tomar decisiones. Demasiados, y entre ellos también muchos que no tienen idea de qué es lo que quieren y se dejan manipular, u otros que lo saben demasiado bien y venden su propio voto. Digo sólo que deberá pasar mucho tiempo antes de que seamos dignos de democracia. Para que la democracia funcione se necesita madurez, y nosotros no la tenemos. Se necesita una cultura difundida en el respeto por el bien común. Hasta que no se difunda, se necesita a alguien que nos la imponga. En caso contrario, es sólo una lucha continua de todos contra todos, cada uno ocupado en acapararse un trozo de la tarta dañando a los demás.

Eucles reflexionó sobre las palabras del amigo. Sobre todo porque quien las había dicho había sido Filípides. Parecían más cercanas a la naturaleza de Tersipo, que soñaba con convertirse en un jefe y actuaba preparándose el camino para lograrlo. Y en cambio, Tersipo era un tenaz defensor de la democracia. Filípides, por el contrario, tenía una índole tolerante y amoldable, profundamente democrática, y sin embargo buscaba continuamente la vuelta de una guía superior. Todas las personas, concluyó, tenían que tener dos naturalezas. Como mínimo.

Se preguntó cuáles eran las suyas. Una, quizás, era aquella romántica que le inducía a soñar una existencia tranquila junto a la mujer de la que se había enamorado, y a comportarse con ella con un respeto incluso excesivo, que a fin de cuentas lo castigaba en vez de ayudarlo. La otra le llevaba, en cambio, a destacar, a ponerse a la vista, y aquello no debería haber admitido un peso como el que representaban sus sentimientos. La ambición no se puede dejar distraer por tonterías como el amor. Quien quiere alcanzar altos objetivos no debe ponerse obstáculos y escrúpulos de ese tipo.

Quizás sus dos naturalezas hacían que pudiera tomar decisiones. O quizás, si sumaba ambas, le permitirían conseguir ambos objetivos. El deseo de destacar, esta vez, le habría consentido conquistar a Ismene. A fin de cuentas, si había sido precisamente ella quien había propuesto la competición, como afirmaba Tersipo, quería decir que le contemplaba también a él como posible compañero, en contra de las apariencias. Pero la prueba había terminado en igualdad.

Por ahora.

Tersipo indicó el sector donde se había reunido el Estado Mayor y llegó hasta él corriendo, confirmando que cuanto había dicho a sus amigos era absolutamente cierto, pues Temístocles lo llamó para que se acercara en cuanto lo vio.

—Menos mal que has llegado. Quédate aquí, podría necesitarte —le dijo el estratega.

Mientras tanto estaban llegando también los últimos comandantes del regimiento, y muchos más que estarían presentes por diferentes motivos. Tersipo sonrió. Había muchos efectivos de los estrategas allí presentes, pero muchos otros estaban allí sólo por alguna conexión familiar o de amistad con los jefes más importantes. Filípides lo juzgaría como otra de las pruebas de que la democracia ateniense estaba todavía verde y carente de reglas. O mejor, carente de alguien que pudiera hacer respetar las que ya había.

Los estrategas llegaron a la reunión divididos. Como no se fiaban los unos de los otros, cada uno intentaba asumir cuantas más noticias les fuera posible de sus propios informadores, antes de discutir con los otros. Pero el tiempo apremiaba, los acontecimientos se precipitaban y Calimaco, el polemenco, quería comenzar, si bien habría sido inoportuno tomar decisiones antes de que todos los comandantes estuvieran presentes. Sobre todo sin Milcíades, que había obtenido de su parte una buena mitad del consejo de guerra. Él y parte de sus seguidores estaban seguramente acordando una línea de acción antes de exponerla al comandante supremo, y el ex tirano del Quersoneso tracio querría estar seguro de que tenía los números para imponer su punto de vista en el consejo.

Tersipo sabía bien que, si había alguien hábil que buscara consensos en Atenas, éste era precisamente Milcíades.

Desde el principio de la campaña, el estratega de Oneida había logrado modificar a su propio favor la rígida alternancia diaria del mando, que tocaba a cada estratega en rotación. Algunos jefes de tribus, corruptos por sus regalías, ablandados por sus promesas, o turbados por sus veladas amenazas, le cedían voluntariamente el mando, de forma que Milcíades se encontraba acumulando en su persona un poder continuativo parecido al del polemenco. Es más, frente al apoyo que el ex tirano había sabido procurarse, el papel de Calimaco corría el riesgo de revelarse puramente honorífico.

Tersipo, en contraste a la antipatía que Temístocles sentía hacia aquel, le admiraba, y respetaba su punto de vista. Por un lado, Milcíades había comprendido hasta el fondo los defectos del sistema democrático y los utilizaba para obtener una ventaja personal, constituyendo así un modelo para las ambiciones del joven; por otra parte, era probablemente el hombre más parecido a Hipias que se pudiera encontrar en la ciudad, por lo que era también el más apropiado para combatirlo. El hoplita

deseó que los otros comandantes, y el propio estratega en particular, le reconocieran al menos este beneficio por el bien de la patria.

Por otro lado, el propio Temístocles detestaba a cualquiera que amenazara con hacerle sombra, comenzando por Arístides, el estratega de Antioquea con quien estaba siempre en contra. Era toda ella gente terriblemente ambiciosa, personas a quienes las mallas de la democracia se les quedaban pequeñas. Querían todos salvar la patria, pero ninguno quería ser el artífice principal de aquella empresa.

Todos menos el comandante en jefe. Calimaco de Afidnas era el único que mostraba un puro instinto de servicio, la voluntad de interpretar el propio papel para ser útil a la patria sin apuntar a la propia gloria personal. Precisamente por esto Tersipo tenía la impresión de que los otros le despreciaban o que apenas le tenían en cuenta. El mismo, por otro lado, no conseguía tomar de verdad en serio a un hombre que, por su naturaleza, parecía más indicado para seguir las normas que para mandar. Era verdad que había ganado los Juegos, y en el pasado se había demostrado un valiente guerrero. El pueblo lo aclamaba y lo consideraba también un amuleto de la suerte, porque había conseguido la victoria deportiva como polemarco. Pero los otros poderosos no lo veían como a un rival y, por lo tanto, no lo respetaban. Ni siquiera él, Tersipo, que quería llegar a ser un potentado, conseguía atribuirle mucho crédito.

Milcíades no había llegado todavía cuando Arimnestos, el comandante del contingente platense, indicó con sus protestas que comenzara el consejo de guerra.

—¿Pero qué está ocurriendo? ¿Los persas se mueven y nosotros nos quedamos aquí a charlar? —preguntó levantando la voz, molesto por la aparente pasividad de los otros comandantes.

—¿Y de qué te preocupas? Los persas se han asustado y se están marchando. Es así de sencillo...

El comentario era de Estesilao, estratega de Ayántide, la tribu de Esquilo y Cinegiro. Un exaltado capaz únicamente de mover las manos.

Calimaco se apresuró a hablar de forma más diplomática y sensata.

—Sabes bien que no podemos dar comienzo al consejo sin que estén presentes todos los estrategas. Ten todavía un poco de paciencia. No nos están atacando, tenlo en cuenta.

—¡No nos están atacando pero podrían estar atacando a cualquier otro! —insistía Arimnestos—. ¿Quieres esperar a que zarpen para bordear Ática y atacar Platea, lo que obligaría a los atenienses a alejarse más de Atenas y dejarla sin protección?

—Absurdo. Es una maniobra demasiado complicada para una flota de seiscientas naves. Emplearían demasiado tiempo en llegar a la altura de Beocia. Probablemente están sólo intentando cansarnos antes de que lleguen los espartanos —imaginó Calimaco.

—Ambos tenéis razón, en realidad.

Quien había hablado había sido justamente Milcíades, dando un codazo a los dos estrategas, individuos de igual grado que él pero, de hecho, componentes de su Estado Mayor personal.

Todos se dieron la vuelta hacia el ex tirano. Calimaco se hizo portavoz de la curiosidad de los demás.

—¿Qué quieres decir?

—Los persas no se están embarcando. O por lo menos, no se están embarcando todos. Mis exploradores han visto que una parte del ejército ni ha desmontado las cortinas ni movido las provisiones.

—¿Qué es lo que quieren hacernos creer? —se preguntó Estesilao en voz alta.

—Nada. Una parte del ejército está efectivamente embarcándose. Diría que aproximadamente la mitad...

—La mitad que se queda equivale aproximadamente a la fuerza de nuestro ejército, entonces. Y con la llegada de los espartanos se encontrarían en inferioridad numérica además de táctica —dijo Calimaco—. Y entonces, ¿por qué Datis se priva de una parte de sus fuerzas? ¿Adónde las está llevando?

—Me parece evidente —respondió Milcíades—. A Atenas. Cuenta con sorprender la ciudad mientras su ejército está lejos, y considera que una parte de su armada será suficiente para tenernos entretenidos.

Durante unos instantes caló hondo el silencio, pero sólo durante unos segundos.

—¡Claro que no! Para mí que nos infravaloran y están enviando parte de sus hombres a consolidar la posesión de las islas, considerando que les basta la mitad de la armada para vencernos, estén ya o no los espartanos —objetó Estesilao.

—Yo creo, en cambio, que su meta es Platea —insistía Arimnestos.

—¿Y si fuera como dices tú? —contestó en cambio Calimaco, dirigiéndose a Milcíades—. No podría lograrlo nunca con diez mil hombres contra Atenas y sus murallas.

—No podría si Hipias no tuviera personas que le apoyan y están listas a abrir las puertas a quien ha venido a colocarlo en el poder. Pero todos sabemos que algunos son favorables a su regreso... —especificó Milcíades. No tuvo necesidad de realizar explícitas referencias a la facción partidaria de que los persas estuvieran presentes en la ciudad. Los Alcmeónidas, que contaban con numerosos clientes, no habían ocultado nunca que les gustaba el regreso de Hipias y que, por otro lado, no consideraban tan despreciable una genérica soberanía del lejano rey Persa. Sobre todo si la alternativa amenazaba con ser una sumisión hacia la ciudad más cercana, Esparta, que en más de una ocasión se había entrometido en la vida interna de Atenas en los últimos años.

Vamos, se dijo Tersipo, el partido entre los griegos y los persas era un desafío que se jugaban en diferentes frentes, no sólo militar, sino también político y psicológico.

Precisamente como el partido que se estaba jugando entre él, Eucles y Filípides, que ya no era sólo por Ismene.

—¡Es verdad! —gritó Arístides, cuyo juicio de valor Tersipo lo consideraba siempre independiente, o al máximo unido a la necesidad de contradecir a Temístocles—. Muchos en la ciudad no considerarían una locura nuestra derrota. Si los persas e Hippias se dejan ver en el Falero, sería pura locura que no haya nadie listo para abrir las puertas.

—Es más, la aparición del tirano y de sus acólitos asiáticos podría incluso desencadenar una guerra civil dentro de las murallas —tuvo que convenir Temístocles.

—¿Es posible que nadie se encuentre dispuesto a considerar la eventualidad de que la mitad de la flota persa esté en Platea? —insistía Arimnestos.

—Esto queda excluido —cortó Milcíades—. ¿Por qué subir la costa hasta Beocia cuando son capaces de amenazar directamente a Atenas en un tiempo todavía más corto?

Arimnestos no encontró argumentos con los que responder. Lo hizo Temístocles.

—Pero entonces, si su verdadero objetivo es entrar en Atenas mientras nosotros estamos lejos, y me parece que en esto estamos todos de acuerdo, ¿por qué se llevan casi la mitad del ejército? Si están seguros de poder contar con un apoyo dentro de la ciudad, les bastaría un tercio, o incluso un cuarto. La flota sería más ágil y bordearía más rápidamente Ática, y aquí tendrían mayores posibilidades de tenernos bloqueados. O de ganarnos si saliéramos a su encuentro en una batalla, incluso si llegan los espartanos...

—Has centrado la cuestión —siguió Milcíades—. Datis tiene una doble finalidad: llegar a Atenas y obligarnos a luchar antes de la llegada de los espartanos. Por lo tanto, pretende dejar aquí en Maratón un número de soldados más o menos equivalente al nuestro, porque piensa que querremos aprovecharnos y atacarle enseguida para luego correr en ayuda de la ciudad.

—¡Pero nosotros no estamos tan locos como para caer en ese juego! —exclamó Arístides—. La llegada de los espartanos es cuestión de horas.

—También la llegada de los persas a Falero es cuestión de horas, si seguimos así —le respondió Milcíades—. Y yo creo que deberíamos atacar enseguida. Podemos vencer, porque nosotros somos superiores.

—¡Pero es demasiado arriesgado! —intervino Temístocles—. Si perdemos la batalla perdemos cualquier posibilidad de socorrer la ciudad, o de reconquistarla, si los persas entran antes que nosotros...

—Y además, nuestros hombres no han combatido jamás contra los persas. No saben qué esperar y podrían encontrarse en dificultades al no conseguir contentarse —dijo Arimnestos.

—Ya están nerviosos y asustados... No es una batalla como todas las demás. Y un enemigo desconocido da miedo —convino otro estratega.

—Vosotros sabéis que yo nunca doy marcha atrás —añadió Estesilao—. Pero aquella es gente que ha conquistado el mundo entero. A los jonios les fue mal, y cuando lo intentaron eran más que nosotros. Afrontarles siguiendo exactamente su juego, y sin que estén los espartanos, significa enviar a los hombres al precipicio.

—¡No si sabemos motivarlos! Y adoptar la táctica apropiada —insistió Milcíades, con una extraña luz en los ojos.

VIII

Filípides está tomando ventaja. Uno tenía que esperárselo, se dice Eucles. Era una locura esperar que el esfuerzo de la batalla hubiera hecho mella en él más que en los demás. Y además, ¿por qué debería haber ocurrido? El hemerodromo está más entrenado que cualquier otro, más acostumbrado al esfuerzo, y si hay alguien capaz de gastar energías durante un largo enfrentamiento, y luego en una carrera de fondo, es precisamente él.

Ahora sólo queda esperar que se haga daño, que sufra un esguince. Pero también esto es bastante improbable. Filípides ha corrido por caminos accidentados y llenos de piedras en el Peloponeso, cuando fue a avisar a los espartanos; sabe dónde pone los pies, conoce sus piernas y sabe cómo moverse sin endurecerlas.

Eucles se maldice por no haberse empeñado todavía más a fondo en la batalla. Probablemente ha sido la última ocasión que ha tenido para vencer su particular apuesta. Tendría más posibilidades en un duelo con los otros dos contendientes. En cambio ahora se ha reducido todo a disputarse Ismene precisamente en el terreno preferido de Filípides.

Cualquier otra competición habría sido preferible. *Cualquier otra*. El *stadion*, el *diaulos*, el salto de longitud, la lucha, el pancracio, los lanzamientos... No son especialidades en las que pueda estar seguro de ganar pero, seguramente, con Filípides y Tersipo al menos no estaría seguro tampoco de perder. En el pancracio, la lucha sin exclusión de golpes, no se había jamás enfrentado al hemerodromo, pero durante el efebato lo había hecho con Tersipo. Y precisamente porque se habían convertido en grandes amigos, no habían llegado mucho más lejos de los golpes «limpios», transformando su enfrentamiento, de hecho, en una lucha normal. Habían ganado una vez cada uno y habían sido reprimidos por sus respectivos instructores por el escaso empeño demostrado.

Pero para dar el máximo en el pancracio, se tiene que llegar a odiar al propio antagonista. Es necesario convencerse de que es un enemigo y que, si no se le hace daño, será él quien lo haga. Entonces Eucles se sentía demasiado unido a Tersipo para provocarle daño, incluso tratándose de una competición oficial. Y lo mismo valía para el amigo, que por otro lado tenía un físico muy apropiado para la lucha.

Por ello, cuando los jueces asignaron la victoria a Eucles, su camino se vio interrumpido poco después, mucho antes de la fase final. Cuando en cambio había sido Tersipo quien había prevalecido, éste había llegado hasta la final, donde había cedido frente al otro competidor sólo después de un enfrentamiento durísimo y equilibrado. Se podía decir que Tersipo, en la ocasión en la que se había dejado ganar por él, había renunciado a un resultado de prestigio. Un resultado que luego alcanzaría también en las panateneas.

Así como Filípides, cuya única pena era no haber tenido nunca la posibilidad de ganar una Olimpiada, los dos son estrellas de primera categoría en sus respectivas especialidades, mientras que Eucles, justo tal y como había querido su entrenador, conseguía salir airoso en todo sin destacar en nada. Sabe que es bueno sobre todo en las carreras de resistencia, pero no podría jamás vencer en alguna competición importante mientras Filípides estuviera en activo. Así que su desafío al hemerodromo quedaba sin esperanza. Por el contrario, si su prueba hubiera sido el pancracio, habría podido jugarse la partida esta vez, si bien Tersipo es un campeón. La carrera es una cuestión de talento, pero la lucha sin exclusión de golpes es un asunto de fuerza, maldad, rabia y desesperación. Y él, ahora, tenía mucho de todas aquellas características.

Si ahora se hubieran desafiado en el pancracio en vez de en la carrera, no habría sido seguro que hubiera ganado el mejor, el más técnico y preparado. Estaba claro que habría sido todo muy distinto de cuanto había ocurrido durante el efebato. La amistad que los unía entonces, aquel vínculo de fraternidad que les había impedido empeñarse a fondo en el enfrentamiento, se había disuelto en la competición de Maratón, comenzada con la acción nocturna, continuada con la batalla y a punto de concluirse ahora con la carrera.

En el momento, en cambio, Eucles estaba convencido de que habría sabido emplear todas las fuerzas de las que disponía para superar a Tersipo en un enfrentamiento físico. Y estaba igualmente convencido de que el amigo habría hecho igual. Es un enemigo ahora, un obstáculo entre él mismo e Ismene, así como él es un obstáculo entre Tersipo y la riqueza de Ismene, y también entre Filípides y la gloria eterna. Su amistad está destinada a no superar la prueba definitiva.

Y bien, transformaría esta carrera en un pancracio si era necesario.

La transformaría en un desafío sin exclusión de golpes, seguro de que ellos dos habrían hecho lo mismo esta vez.

No hay una única corona de olivo en juego. Por razones diferentes, cada uno de ellos la considera la carrera de su vida. No es un desafío por una victoria. Es el desafío por la victoria.

Si ganas, ganas todo, Eucles. ¡Recuérdalo! No serás únicamente el mejor y más valiente ante los ojos de Ismene. Serás más que un pentatleta que ha ganado las cinco especialidades en las Olimpiadas. Serás el triatleta que ha demostrado ser el mejor en las pruebas más complicadas que pudieran disputar seres humanos durante la campaña más memorable en la historia militar de Atenas. El triunfador de tres especialidades difíciles y arriesgadas como la incursión nocturna en un campamento enemigo, el enfrentamiento y la carrera más larga después de la batalla.

Cualquiera que sea capaz de prevalecer en un desafío de estas características es un dios ante los ojos de los otros. Es por esto que Filípides desea vencerla: él se ha

considerado siempre un semidiós y ambiciona demostrarlo. Y es por esto que también Tersipo quiere vencer, pues un hombre que todos consideran un dios tiene más probabilidades de ascender en el poder.

Ismene es únicamente un pretexto para ellos. Está seguro de eso. Pero no para él, se dice Eucles. El está enamorado de Ismene, y siempre lo ha estado, y el empeño que realiza para conquistarla es la demostración más evidente. No desea la gloria, no aspira al poder. No quiere más gloria ni más poder que aquel suficiente para que su propia dama esté orgullosa de él. Nada más a lo que aspira cualquier ciudadano que quiera ser útil para la patria. Justo como le ha enseñado Epizelo. Quedan lejos los tiempos del efebato, en los que quería destacar a toda costa también él. Ahora lo ha entendido, que un ciudadano tiene que conformar sus propias ambiciones con las de la ciudad, y ha colocado sus propias aspiraciones en el amor por una persona a la que desea cuidar.

Y para cuidar de ella, esta vez tiene que ganar.

Sí, esta vez tiene la estimulación necesaria para dar el máximo, la motivación que le sirve para conseguir el objetivo. Esta vez sabe que utilizará todas sus energías, físicas y mentales, para conquistarse la victoria. Como había hecho venciendo el *dolicos* en su primera competición del efebato, cuando había empleado todos los recursos interiores para empatar la apuesta en la distancia con Tersipo. Entonces, y sólo entonces, se habría dejado llevar por una motivación, por una fuerza de voluntad que le había faltado siempre.

Eucles vuelve con la mente a la última competición del efebato. Había sido en aquella ocasión, era consciente de ello, cuando había intuido por primera vez que no poseía nada que los dos amigos no tuvieran, y se tuvo que resignar con un papel de comprimario. Había sido durante la final de la prueba de danza pírrica, la prueba final del bienio.

Terminado el primer año de adiestramiento físico, Eucles había sido enviado cerca de las fronteras para aprender el arte de la lucha y, al mismo tiempo, para desarrollar un servicio en la guarnición. En base al sorteo, había terminado en el territorio de Platea, en Beocia, donde Atenas mantenía una guarnición para la salvaguarda de sus propios intereses contra la veleidad jamás sofocada de Tebas. Como todos los efebos, durante todo el año el joven se había dedicado casi exclusivamente al adiestramiento militar, transcurriendo el tiempo en el cuartel cuando estaba descansando, en las torres de guardia o en marcha cuando estaba de servicio.

El Estado le había ofrecido una panoplia, y Epizelo le había pacientemente enseñado las técnicas de enfrentamiento con la lanza y la espada, la utilización del escudo en defensa y también en ataque, a colaborar con los compañeros de la propia línea y a ejecutar rápidamente las órdenes de los oficiales.

También en aquel segundo año no habían faltado las competiciones, pero habían tenido todas la finalidad de mejorar la pericia bélica del recluta. El único tipo de carrera que se tenía era el hoplitódromos, en los primeros tiempos con los escudos ligeros, los *aspikiskoi*, y sin casco. Luego con el casco y con el *aspis*, el clásico escudo de hoplita, amplio y pesado.

Los instructores también prestaban particular atención a la danza pírrica. Se procedía en equipos, y los participantes, dotados sólo de una lanza, escudo y casco, tenían que simular un enfrentamiento siguiendo el sonido de una flauta, con movimientos que los jueces tenían que premiar por elegancia a la par de eficaces. La competición excluía cualquier forma de agresión o violencia hacia el otro competidor. Es más, si alguien tocaba a otro efebo con la punta de la lanza quedaba descalificado. Algún amante más severo que los otros castigaba, en estos casos, al propio alumno obligándolo a quedarse una noche entera de pie con el escudo.

Eucles había adquirido particular habilidad en este tipo de competiciones. Era elegante en los movimientos, sabía moverse en perfecta armonía con la música y era capaz de aportar golpes en profundidad sin hacer nunca daño a nadie. Todos los efebos competían para tenerlo en su equipo, no sólo porque su presencia les procuraba una puntuación alta, sino también porque con él no se arriesgaban en accidentes que de vez en cuando veían implicados a los menos habilidosos.

Eucles se complacía mucho de aquella popularidad que tenía ante los compañeros, y se sentía ya un guerrero de verdad. Si bien, Epizelo le regañaba continuamente. Saber usar la danza y realizar los movimientos justos con el cuerpo y con el escudo era sólo una parte del bagaje necesario para formar a un hoplita. La otra parte, más esencial todavía para la supervivencia, era la crueldad, el instinto homicida unido a la voluntad de supervivencia, la capacidad de ver al adversario como un peligro del que deshacerse.

Luego había llegado el momento de la competición final. Al finalizar el segundo año, hacia el final del verano, los efebos habían regresado todos a Atenas y habían tenido a su disposición el ágora, la plaza principal, donde se desarrollaban también las pruebas de atletismo de las panateneas. El público había acudido en gran número a los márgenes de la plaza, en particular familiares y amigos de los competidores, que se habían quedado un año lejos de sus seres queridos. Para cada efebo era la primera verdadera ocasión de dejarse ver y de que su nombre circulara.

Eucles había visto también a Tersipo después de un año. Su amigo había sido enviado cerca de la frontera meridional de Ática y se había ensanchado notablemente respecto a cómo lo recordaba. Lo había encontrado también más seguro de sí mismo y siempre rodeado de una nube de efebos que parecían considerarlo una especie de modelo a seguir. Los dos habían recibido los ánimos de Filípides, que se había acercado a presenciar las pruebas y a saludar a sus amigos.

Luego habían comenzado las competiciones y las finales habían sido muy diferentes a como se las esperaba Eucles. A diferencia de Tersipo, que había dominado el *stadion*, Eucles había llegado de hecho a la última prueba sin haber ganado nada. En el *dolicos*, su especialidad en atletismo, había llegado segundo, constatando que, en el curso del bienio, otros efebos habían hecho más progresos que él. En el pentatlón, la otra competición que le era más favorable, había recogido una felicitación por su tercer puesto en la clasificación general, que le había dejado sin embargo insatisfecho. Epizelo le había felicitado por la posición alcanzada, y también Tersipo le había dado una entusiasta felicitación, pero él no veía qué es lo que había de tan maravilloso en aquellas dos posiciones, de las que nadie se acordaría, y se había sorprendido a sí mismo al sentir envidia de su amigo por la victoria.

Pero tampoco se preocupó mucho. La prueba en la que consideraba que de verdad no tenía rivales era precisamente la última. Cuando llegó el turno de la danza pírrica, Eucles estaba convencido de poder causar una buena impresión, y más cuando la prueba en equipos había sido sustituida por una individual. Y en efecto había superado fácilmente las eliminatorias, durante las que los cinco jueces elegían a los mejores entre las cinco parejas que se exhibían al mismo tiempo.

La duración de los encuentros era variable y dependía del tiempo que empleaban los jueces para expresar su voto. Cuando el último de ellos declaraba lo que había decidido, los competidores se detenían y esperaban la respuesta. Y después del primer y segundo turno, sólo en el caso del grupo de Eucles había habido unanimidad sobre el nombre del vencedor. Era lógico, por lo tanto, que todos le miraran a él como el favorito para la victoria.

Pero también Tersipo lo había hecho bien. Sus victorias no le procuraban un juicio único, pero Eucles tuvo que admitir observándolo en acción que era hábil. Quizás menos elegante que él en los movimientos, pero igualmente, si no más capaz, en acercar la punta de la lanza a menos de una palma del cuerpo del adversario sin ni siquiera rozarlo. Y precisamente para compensar la falta de estilo al ritmo de la música, Tersipo realizaba frecuentemente incursiones, ganándose los aplausos del público.

Más aplausos que Eucles.

La final entre ellos dos era ampliamente previsible. Y fueron precisamente Eucles y Tersipo quienes se encontraron frente a frente en la última prueba del último día del efebato.

Su desafío quedaría grabado en los otros efebos, en sus instructores y en el abundante público que se había acercado al ágora en aquella ocasión. Eucles la encaró con una cierta emoción, también porque no estaba seguro de poseer la justa determinación para jugarse el partido final precisamente con su amigo. De alguna forma sentía que la alegría por la eventual victoria quedaría mitigada por el sinsabor

de haberlo derrotado.

No sabía qué es lo que pasaba por la cabeza de Tersipo. Esperaba sólo que también él tuviera un cierto resquemor, cuando uno de los jueces indicó el comienzo del encuentro. Los cinco instrumentistas de aulos encargados de tocar juntos, para que la música llegara también a los oídos de los espectadores más lejanos, comenzó a entonar una melodía lenta, con ritmo y sufrida. Al principio de cada desafío estaba previsto que los contendientes se exhibieran en sus movimientos más espectaculares simulando una fase de estudio antes del contacto.

Era esta la fase en la que Eucles impresionaba más a la gente. Epizelo le había transmitido un estilo magnífico, que él había enriquecido con amplios pasos y vueltas. Una verdadera danza, acompañada por elegantes evoluciones en el lanzamiento, que Eucles sabía arrojar en el aire y retomar, hacer girar como si fuera un molino en la mano, encima de la cabeza, moviéndose con el ritmo de la música. Su cuerpo atlético, los músculos bien definidos y relucientes por el aceite y el sudor, lograban dar la impresión, en el mismo instante, de potencia y elegancia, provocando en el público gritos de admiración y asombro.

Tersipo era mucho más marcial. Sus movimientos con los brazos y con el busto eran mucho más esenciales y planos, y su danza con las piernas era más torpe y pesada. Ningún juez habría tenido dudas sobre a quién asignar la victoria, si se hubiera tratado sólo de eso. Pero era necesario también demostrar que se combatía, y Tersipo había demostrado que no era segundón de nadie en este campo.

Cuando se concluyeron los preliminares, Eucles estaba seguro de ir en neta ventaja, pero igualmente consciente de tener que realizar al menos un par de incursiones correctas y sin tocar el escudo si quería estar seguro de la victoria.

Pero mientras tanto el primero en realizar tal actuación fue Tersipo. Eucles se percató de lo mucho que el amigo había ganado en rapidez. Su lanza no la vio ni siquiera llegar. Se la encontró entre los dedos del pecho antes incluso de pensar en repararse con el escudo, que todavía sujetaba junto al costado izquierdo. Los jueces asignaron un punto al adversario, que en ese momento había reducido las distancias. Pero Eucles juzgaba que, para compensar la desventaja que le había infligido en la fase preliminar, Tersipo debería de rozarlo al menos tres veces. Y sin que él consiguiera jamás llegar tan cerca.

Decidió restablecer las distancias y atacó a su vez. Su movimiento fue tan amplio que resultó previsible, y su lanza alcanzó el escudo del amigo. Eucles se dio cuenta de que tenía que poner a un lado el estilo si quería obtener algún resultado contra un adversario tan rápido, y redujo el radio de acción del brazo. Luego retiró cualquier belleza exhibicionista y mantuvo el asta de la lanza bien sujeta en la mano, listo para atacar de nuevo. Se mantuvo cubierto con el escudo y atacó de nuevo con la lanza, con un movimiento del brazo por encima del hombro.

Esta vez Tersipo no había mantenido el escudo suficientemente alto y dejó que le pillaran con el pecho parcialmente descubierto. Eucles se detuvo a un palmo de la base del cuello, con el típico control que sabía ejercitar sobre el propio brazo, pero vio al amigo moverse ligeramente hacia adelante y encontró una ligera oposición. Inmediatamente después dio un paso atrás, listo para levantar el brazo para el éxito pero vio que el pecho de Tersipo sangraba. Y esto significaba sólo una cosa: quedaba descalificado.

Tersipo, de hecho, se dio la vuelta hacia los jueces y les mostró la pequeña herida. Aquellos no pudieron hacer otra cosa que suspender el encuentro y decretar su victoria, entre los gritos de desilusión de los espectadores, que habían esperado un desafío más largo y espectacular. Sólo entonces Tersipo arrojó al suelo la lanza y el escudo y levantó los brazos al cielo. Luego se acercó a Eucles, le dio una palmada en el hombro y le dijo:

—No te lo tomes a mal. Tú eres el mejor. Pero para ganar la prueba se necesita también suerte. —Y se fue junto a los jueces para recibir la corona de ramas de olivo.

Eucles se lo quedó mirando con el escudo y la lanza todavía en la mano. No, se dijo, no había sido la fortuna quien había establecido el vencedor. Había sido un truco de Tersipo. Cuando él había atacado con la lanza, el amigo no sólo no se había echado hacia atrás instintivamente como hacían todos, sino que había realizado un imperceptible movimiento hacia delante.

Debería haber sido descalificado Tersipo y no él. Un truco de ese tipo no estaba permitido. Pero su amigo era tan rápido que había engañado a los jueces, y también al público.

Eucles se sintió desorientado. Le hubiera gustado denunciarlo, pero difícilmente le habrían creído. Y además pondría en entredicho su amistad. Por último, parecía que a Tersipo le importaba mucho más que a él la victoria y no le apetecía quitársela.

Había sido entonces cuando Eucles había entendido de qué hablaba Epizelo. Él no deseaba suficientemente la victoria. Para él, mostrarse el mejor no era una motivación suficiente para destacar sobre los demás. La única vez en la que había tenido de verdad el deseo de ganar lo había logrado. Había sido capaz de sacar todas las energías y capacidades. Y toda su maldad.

Y ahora, a distancia de un par de años, ahora que corre por algo que de verdad le importa, ahora que se siente empujado por una motivación en la que cree, quizás sea finalmente capaz de poner a un lado los escrúpulos, el respeto por el prójimo, las dudas que le han condicionado en cada competición, impidiéndole expresar toda su potencialidad.

Y finalmente podrá saborear la inmensa gloria de la victoria, como había ocurrido en su primer *dolicos*, la única circunstancia en la que alguien, precisamente Tersipo, había sabido hacerle sentir un vencedor.

—¡Calimaco! —dijo Milcíades, que estaba monopolizando la atención en el consejo de guerra—. Cómo pretendes tú guiar la batalla.

Calimaco se había quedado en silencio escuchando las opiniones de los otros comandantes. Como Tersipo había previsto, el polemenco pertenecía a esa rara especie de jefes supremos que escuchan las opiniones de los otros, sobre todo de los más expertos, y luego llegan a conclusiones teniendo en cuenta todo lo que han escuchado antes. Algo raro en aquellos tiempos. Quizás en todos los tiempos. Era un demócrata de verdad, por eso parecía un pez fuera del agua en una democracia inmadura como la de ellos.

—Parece que decidimos dar batalla sin esperar a los espartanos... —dijo Temístocles, recogiendo diferentes consensos, incluido el de Arístides.

—¡Pero tenemos que dar guerra! —insistía Milcíades—. Así, con un ejército de tierra por detrás, ¿no podemos ni siquiera marchar en ayuda de la ciudad mientras la flota la amenaza!

Datis se ha reído de nosotros, obligándonos a permanecer aquí. ¿Si no nos movemos inmediatamente, Atenas quedará vendida!

—¡Si nos movemos enseguida, nos vendemos nosotros y también Atenas! —replicó Arístides.

—Os he dicho que conozco el modo de ganarles. He militado en el ejército de Darío, ¿no? Repito mi pregunta, Calimaco. ¿Qué táctica adoptarás contra los persas?

El polemenco respiró profundamente.

—La única que los hoplitas saben aplicar desde los tiempos de la guerra de Troya. Los llevaré contra el ejército enemigo al paso y luego, a pocos pies de distancia, daré orden para que se lancen contra su primera fila... Como siempre.

—¡Entonces sí que perderemos! —exclamó Milcíades—. Y es esto lo que espera Datis de nosotros, que marchemos en orden disperso y nos dejemos aniquilar por sus arqueros antes de llegar al contacto con su infantería. Sin contar que la caballería tendría toda la comodidad para atacarnos por los lados, donde no tenemos ninguna protección.

—Pero es el único modo en que sabemos combatir. Es el coraje de los hoplitas el que debería marcar la diferencia —dijo desconsolado Calimaco.

—Ya. Pero alguien de nosotros, justamente, ha puesto en duda el coraje de los hoplitas esta vez. Estamos frente a un enemigo nuevo, que transmite temor. No lo afrontarán con la típica determinación... si cada soldado se encuentra solo frente a la alineación enemiga.

—¿Solo? ¿En una armada completa?

—Claro. Si les hacemos avanzar como siempre, distantes unos pasos los unos de los otros, y en un orden desordenado, se sentirán protegidos únicamente por su

escudo, y dudarán entregándose a las flechas adversarias y al contraataque de los *sparabara*.

—Precisamente por eso tenemos que esperar al menos a que tengamos superioridad numérica.

—¡No si los sorprendemos con una táctica que no se esperan! —se enfadó Milcíades—. Escuchadme. La llave de todo es resistir la lluvia de dardos que nos caerá encima en cuanto nos movamos. Tenemos que llegar al cuerpo a cuerpo todavía íntegros en las formaciones si queremos romper la línea enemiga.

—¿Y cómo piensas lograrlo? —preguntó Temístocles, que estaba muy pendiente. Tersipo se felicitó por ello.

—Haciendo avanzar a nuestros soldados uno junto al otro, de forma que el escudo de un hoplita cubra parcialmente también el cuerpo del compañero del lado izquierdo. Los espartanos ya hacen algo parecido, ¿no? Saben crear un muro de escudos, dejando sólo unas intersecciones para los arqueros.

—Los espartanos se entrenan continuamente en este tipo de táctica. No hacen otra cosa que dedicarse al adiestramiento militar. Del resto se ocupan los esclavos. Nosotros tenemos también que sacar adelante una ciudad, en cambio... —opinó Arístides.

—Además, cerrar los escudos no nos protegerá de la lluvia de flechas que nos llegará desde arriba —añadió Temístocles.

—De hecho, no pretendo que nuestros soldados sepan mantener la formación hasta el impacto —explicó Milcíades—. Es precisamente por esto que les haremos correr desde el momento en el que entren en el campo de tiro de los arqueros enemigos. Más o menos dos estadios, diría, para estar seguros. Cuanto más rápido corran, menos tiempo quedarán expuestos a los dardos.

—¿Correr? ¿Y mantener unidos los rangos? No se ha visto nunca. Ni siquiera los espartanos...

—¡Esta vez seremos nosotros quienes les enseñemos algo a los espartanos! —se calentó Milcíades—. Se puede correr y permanecer relativamente compactos, si los *lochagos* y sus ayudantes se ponen a la cabeza y en la cola de cada reparto y lo mantienen unido. Así obtendremos un doble resultado. Asustaremos al enemigo, que no se esperará que vayamos corriendo contra sus filas, y aprovecharemos la carrera para usar la potencia y romper la línea enemiga.

—No es una mala idea... —dijo Temístocles—. Las filas posteriores podrían empujar a las de delante y crear una fuerza que obligaría al enemigo a abrirse...

Milcíades se quedó complacido.

—¡Exacto! Precisamente es lo que pretendo obtener. Todos participarían en el choque, también las filas posteriores, si bien sólo empujando a los compañeros que tienen delante. No como en las típicas batallas entre hoplitas, donde quienes

combaten son sólo los de las primeras filas y los otros se quedan mirando y lo único que hacen es incitar a los compañeros.

—Te olvidas de una cosa que hará que todo el asunto sea impracticable —dijo seriamente Calimaco—. Si dejamos correr a los nuestros durante dos estadios con toda la panoplia encima, llegarán agotados al enfrentamiento y no tendrán fuerza ni para aguantar un cuerpo a cuerpo.

—No si los enviamos al ataque sin armadura —dijo Milcíades.

—¿Sin armadura? ¡Pero es absurdo! —protestó Estesilao—. ¡Se verán más expuestos durante la lluvia de flechas!

—¡Y también luego, en el cuerpo a cuerpo! —añadió Arimnestos.

—En absoluto. Si consiguen marchar compactos durante el avance, la armadura es superflua. Y si luego consiguen romper, en el cuerpo a cuerpo gozarán de la superioridad del empuje. Y de una mayor agilidad.

Muchos movieron la cabeza. Otros se quedaron en silencio, con una expresión de perplejidad en el rostro.

—Escuchad —insistía Milcíades—. Imaginad la sorpresa de los persas cuando vieran caerles encima una selva de soldados que corren veloces como atletas. Los nuestros están acostumbrados a disputar habitualmente el *hoplitódromos*. Saben correr rápidos con el casco, el escudo y la lanza. En cuanto comiencen a correr, los persas estarán desorientados y, antes de que se recuperen, los nuestros ya les estarán encima. ¡Si comenzamos con esta ventaja, no se conseguirán recuperar!

Todavía silencio. Pero el número de los estrategas que movía la cabeza había disminuido.

—Yo digo que atacemos inmediatamente, y atacemos de esta forma. Todos unidos, todos corriendo con el casco, el escudo, la lanza, la espada, las espinilleras y la túnica. Y la victoria será nuestra antes de que la flota persa haya llegado a Atenas. Polemarco, venga, ¡vayamos al voto! —concluyó Milcíades, con el tono firme que un superior habría tenido con un subalterno.

Tersipo encontraba excelentes sus ideas, pero consideraba que el antiguo tirano tenía que demostrar más deferencia hacia el polemarco. Si seguía tratándolo de aquella forma, corría el riesgo de que el comandante negara sus proyectos sólo para afirmar su propia autoridad. También un personaje equilibrado y distante como Calimaco podía al final resentirse.

Pero Calimaco no pareció en absoluto molesto. O al menos no lo dio a entender.

—Quien es favorable al ataque inmediato y con las modalidades descritas por Milcíades que levante la mano —dijo seco.

Milcíades levantó inmediatamente la mano. Lo imitaron los dos que habían llegado con él, sus simpatizantes, notoriamente pagados por él.

—Yo estoy a favor de la táctica propuesta por Milcíades pero sólo cuando lleguen

los espartanos —se sintió en deber de especificar Temístocles.

—Yo, en cambio, soy partidario de atacar ahora, a fin de cuentas. Pero siguiendo la modalidad de siempre, como estamos acostumbrados a hacer —especificó Arístides.

Cinco contra cinco.

Todos miraron a Calimaco.

—Los estrategas estamos igualados. Ahora le toca al polemenco decidir —dijo Milcíades dirigiéndose al comandante supremo.

IX

Eucles lleva ya un buen tiempo corriendo. Tiene la sensación de haber recorrido un camino más largo que un *dolicos* desde que ha dejado el campamento de la batalla en Maratón. De todos modos, debería estar a una distancia que Tersipo ni siquiera ha probado alguna vez. Su amigo desde hace ya un tiempo se ha negado a realizar entrenamientos de resistencia, prefiriendo más bien concentrar sus energías en la potencia.

Eucles está seguro de haberlo dejado bastante atrás. Se da la vuelta, convencido de que incluso debería haber desaparecido de su vista, pero se queda decepcionado. Tersipo está siempre allí. Más lejos de él, quizás, más cansado, con peor pinta y tambaleándose demasiado en su carrera. *Pero está ahí.*

Filípides, en cambio, no se da la vuelta nunca para controlar a sus adversarios. No lo hacía tampoco en las competiciones oficiales, por otro lado. ¿Por qué debería hacerlo ahora que compite contra dos corredores claramente inferiores? Está tan seguro de sí mismo que no los teme. Sigue su propia carrera, sin tener en cuenta la presencia de los dos adversarios. Sería precioso ganarle incluso sólo para que se tragara su arrogancia, esa convicción que tiene de ser un semidiós, muy lejos de los comunes mortales...

Y sería precioso ganar a Tersipo, para humillar a un hombre que se cree destinado a alcanzar los vértices del Estado y convertirse en uno de los personajes más importantes y potentes de Atenas. Sería una gran revancha para uno como Eucles que no ha destacado nunca de verdad. En ningún campo. Y quitarles a Ismene, que desean por la conveniencia sólo, sería la victoria más entusiasmante de todas.

Sólo ahora consigue pensar en ella, que ella sea un estímulo que prevalega sobre el desafío. Durante la batalla, estaba demasiado ocupado en salvarse el pellejo para pensar en otra cosa que no fueran los adversarios. Pero los persas, lo había descubierto enfrentándose a ellos, estaban a su alcance, en el fondo. Ahora, en cambio, tiene que vérselas con al menos un contrincante de otro nivel, y pensar en Ismene le parece el argumento más eficaz para transformarse en Hermes, para sentir las alas en los pies y ponerse en el mismo nivel que un presunto semidiós.

Si ella los pudiera observar... las alas en los pies las sentiría de verdad, piensa Eucles. La mirada de la mujer que ama doblaría sus fuerzas, le haría recorrer toda la distancia hasta Atenas a la misma velocidad con la que se corre un *dolicos*, quizás incluso un *diaulos*. Entonces Filípides también debería agacharse ante su superioridad. Se ha tratado siempre de una cuestión de estímulos apropiados. Como la primera vez, en las competiciones del efebato. Y como ahora, que consigue casi tener el paso del hemerodromo más grande de Helas. Si luego sintiera sus ojos encima, esos ojos oscuros y vitales que él es capaz de apreciar también sin

maquillaje, está seguro de que podría superar sus propios límites.

Ha escuchado muchas veces a sus amigos hablar de Ismene como de una mujer que necesita precisos retoques para parecer más joven y bella. También ellos han podido verla sin maquillaje y observar sin piedad sus primeras arrugas a los lados de los ojos, en sus órbitas marcadas y en la nariz que sobresale, que ni siquiera el tratamiento específico del rostro que la mujer realiza cada mañana consigue esconder un poco. Ismene no es el tipo de mujer que se niega a recibir visitas si no se siente presentable. No podría gestionar los negocios del marido en caso contrario. Los clientes y sus socios se presentan en casa en las horas más impensables, y ella les permite a todos comparar su aspecto de antes y después del tratamiento.

La diferencia existe, no hay lugar a dudas, pero para Eucles, no tiene que ver con la mejoría de su aspecto. Se trata sólo de un cambio, como podría ser el de un vestido. Es más, a diferencia de sus dos amigos, él consigue apreciar la belleza natural de su espontaneidad. Para él, Ismene no es una persona, es un icono, y como tal no se espera de ella la perfección sino sólo que sea fiel a sí misma, a su imagen. O lo que es lo mismo, que sea natural, llevando bien incluso sus defectos. Ella ha entrado dentro de él así y no es necesario que mejore, que esconda sus límites. Es más, la Ismene más verdadera le conmueve más, le inspira más ternura.

Si solo ella hubiera estado en las gradas por él, durante su primera competición importante... Pero todavía no la conocía. No sabía que pudiera existir un propulsor tan poderoso que consintiera a un atleta ir más allá de sus propios límites. Había sido en ocasión de las primeras panateneas en las que Eucles había participado. Ismene, entonces, se encontraba entre los espectadores. Se lo había pedido, y la mujer había asistido. Ella formaba parte de aquel reducido grupo de mujeres que seguía las competiciones, sin importarle la desconfianza con la que se veía la presencia de las mujeres durante las pruebas. Y cuando, posteriormente, había estado junto a él durante las pruebas en las que no participaba, la había observado, entre la vergüenza y la diversión, gritar y apoyar con modos groseros parecidos a un hombre.

Recordaba con que dedicación se había entregado entonces al entrenamiento para la preparación del encuentro. Epizelo había continuado siguiéndole, a pesar de que ya no estaba obligado a ocuparse de él después de terminar el efebato. Y a pesar de que Eucles tuviera la sensación de que no era el mejor entrenador para él. Pero Epizelo daba la impresión de estar muy interesado, y él era un rutinario, hostil a la hora de cambiar métodos de entrenamiento e incluso de relaciones humanas, aunque se había convencido, después del fracaso de las últimas pruebas del bienio, de que tenía que recurrir a alguien con una mentalidad más ganadora y sin prejuicios.

Y junto a Epizelo había decidido centrarse en el pentatlón. Aunque el *dolicos* fuera su especialidad, de hecho, el camino para la victoria, en aquella competición se encontraba barrado por Filípides. Epizelo había sido siempre un partidario del

pentatlón, en plena coherencia con su convicción sobre la versatilidad de un atleta como ciudadano y guerrero. Según él, el competidor capaz de acumular una puntuación más alta en tantas especialidades, capaz de prescindir de una cantidad de victorias individuales, no era únicamente el atleta más completo, sino también el ciudadano que podía ser más útil a la patria en cualquier circunstancia.

Durante días Epizelo había intentado convencer a Eucles de que no era necesario llegar antes que los demás en una única especialidad para conseguir la victoria final. Era suficiente llegar siempre junto a los primeros, mostrarse constante y capaz de lograrlo en cualquiera, tanto en la carrera de velocidad como en el salto de longitud, en el lanzamiento de peso o en el de jabalina. Hasta en el pancracio. Y Eucles, al final, se había casi persuadido. No tanto porque deseaba ser un ciudadano modelo, sino porque sentía que no estaba capacitado para destacar en una única especialidad. Con el pentatlón, quizás, habría podido vencer sin destacar en ningún lado, sin llegar delante de los demás. A fin de cuentas, parecía una competición hecha adrede para él. Por eso se había dedicado a ella. Durante días, durante semanas, había dejado a un lado las salidas y otras actividades, dividiendo rígidamente sus días entre entrenamientos y descanso, sin distracción alguna. Y había retomado las costumbres del primer año del efebato, cuando Epizelo le obligaba a dedicarse cada día a todas las especialidades, para que entraran a formar parte de su gestualidad cotidiana.

Las horas transcurrían precisamente como durante el bienio de adiestramiento. El día quedaba repartido en decenas y decenas de lanzamientos, de saltos con pesos en el *gymnasion*, y de enfrentamientos de lucha con su entrenador y con otros atletas en la palestra. Pasaba largos momentos corrigiendo los pocos defectos técnicos que limitaban sus prestaciones. En verdad pocos, en realidad. Siempre impecable bajo el aspecto estilístico en cada especialidad, Eucles sabía bien que sus límites residían sobre todo en el carácter.

Ocasionalmente se confrontaba también con Tersipo, y a menudo le ganaba lanzando y saltando más que él, o doblegándole en el suelo durante la lucha. En la carrera el tema cambiaba, pero Eucles no esperaba poder competir con el amigo en el *stadion*. De sí mismo pretendía sólo colocarse entre los primeros y estaba convencido de que lo podría lograr.

De todos modos, no se hacía ilusiones. Por muchos éxitos que pudiera obtener en los entrenamientos sobre su amigo, en la competición se trataría de otra cosa. Como siempre la emoción, la falta de espíritu competitivo, su carencia de ambiciones, le condicionarían, y las distancias entre él y Tersipo (que parecía en cambio impermeable ante cualquier influencia emotiva) se reducirían. Lo sabía demasiado bien, y por eso esperaba llegar a los juegos entrenado al máximo. Si se presentaba en el ágora en plena forma, quizás esta vez no permitiría que los límites de su personalidad mortificaran sus potenciales atléticas. O al menos, no demasiado.

Cuando comenzaron los juegos descuidó las pruebas artísticas que precedían durante cinco días el desfile de los atletas, y siguió en la palestra. Como siempre, de hecho, las panateneas se abrían con las pruebas de poesía, donde los competidores se disputaban la victoria declamando, interpretando o cantando los versos de Homero. Seguían las pruebas de música, en el Odeón, el teatro al cubierto. Se celebraban cuatro acontecimientos musicales y otros dos estaban destinados a los efebos, a quienes se les daba la posibilidad de exhibirse con la lira y la flauta. Los competidores que participaban en las pruebas principales, en cambio, se exhibían cantando y tocando la lira, cantando siguiendo la melodía de la flauta con un acompañante, o tocando ellos mismos la lira o la flauta.

Eucles había perdido cualquier interés por ese tipo de actividad desde que había conocido a Filípides y Tersipo. Ambos amigos estaban convencidos de poder alcanzar la gloria sin perder el tiempo en pasatiempos que podían llevar a cabo también las mujeres, y habían terminado por persuadirle también a él. Esquilo, a quien había conocido después del efebato por trámite de su hermano mayor Cinegiro, se encontraba siempre en el centro de sus bromas. Los dos ambiciosos jóvenes se mostraban serios exclusivamente cuando les anticipaba que un día escribiría poemas de sus hazañas.

Renunció al aislamiento solo cuando llegó el momento del desfile, al que estaba obligado a participar todo atleta que pretendiera competir en aquellos juegos. Luego regresó al gimnasio durante dos días más, aquellos dedicados a las competiciones entre los jóvenes de doce a dieciséis años, y luego de dieciséis a veinte. Y se presentó en el primer día de las pruebas de atletismo, en la que se disputaba el *stadion*, completamente serio y concentrado.

Jamás se había sentido tan bien, jamás había tenido tantas sensaciones positivas mientras esperaba su momento para entrar en la pista. Mientras tanto, estaba sentado en un banco del gimnasio junto al ágora y se pasaba el estrígil por todo el cuerpo, para expandir el aceite y resaltar su musculatura armoniosa y elegante. Epizelo lo observaba complacido, y le daba los últimos consejos.

—Cuando pases de los bloques de la salida presta atención desde el principio en la zancada. Tú no tienes la velocidad de tu amigo, de Tersipo, así que intenta no forzar los movimientos. Produce el máximo esfuerzo en la segunda parte de la competición, alargando el paso y aumentando la frecuencia sólo gradualmente. Eres y seguirás siendo un atleta de carreras de resistencia, y no puedes transformarte en lo que no eres. No te asustes y no te bloques si ves que los otros atletas están delante de ti tras los primeros pasos. Esto cuenta poco. Una vez que llegues a la zancada larga y a la frecuencia apropiada, podrás aprovechar tus cualidades y alcanzarles.

Aquellas palabras las recordaba demasiado bien. Incluso hoy, con muchos años de distancia. Y las tenía en su mente mientras se situaba en la parrilla de salida.

Se trataba de un sistema más bien complicado y sofisticado, utilizado sólo en las competiciones importantes. Lo había siempre contemplado desde las gradas, sentado en los bancos de madera que se preparaban para los espectadores alrededor del ágora en cada edición de los juegos, sin haber tenido nunca antes la oportunidad de probarlo.

La línea de salida, donde él ocupaba una de las posiciones hacia el interior, era la base de un triángulo isósceles, y se encontraba dividida en quince palillos que marcaban igualmente las otras calles. En correspondencia con el ángulo se encontraba un agujero, en el que se situaba el responsable del mecanismo de la salida. Aquel tenía en una mano los cabos de las quince cuerdas, cada uno de los cuales se encontraban atados a una barra horizontal unida al palito en la calle donde se habían situado los corredores.

Eucles se sentía listo, los músculos tensos, la mirada fija hacia delante, el busto arqueado, las piernas y el brazo izquierdo más allá del cuerpo. Sabía bien que, de un momento a otro, el hombre del agujero daría un tirón a las cuerdecillas, bajando al tiempo las quince barras horizontales y permitiendo a los atletas saltar hacia delante.

Tersipo no se encontraba en su serie, y tampoco Filípides. Pero ambos estaban en las gradas, observándolo. El hemerodromo había decidido participar también en el pentatlón, para demostrar que un semidiós no es capaz de vencer sólo en las carreras de resistencia, pero Eucles no lo consideraba entre los favoritos. Tersipo, por su parte, habría dominado la prueba de velocidad, pero en las otras especialidades no había destacado jamás. En líneas generales, no los consideraba sus dos competidores más peligrosos. Pero eran también rivales contra los que Eucles corría. Ganar la corona de olivo le habría dado una satisfacción particular si detrás de él estuvieran también sus dos amigos.

Se movió imperceptiblemente hacia delante, antes incluso de comenzar, llegando a rozar el palito con el brazo que se encontraba por delante. Se le pasó por la mente que, de alguna forma, advertiría antes que los otros el movimiento. No había hablado de ello con su entrenador, pero consideró que era una buena solución para ganar en la salida lo que la táctica sugerida por Epizelo le habría hecho perder. Hizo de forma que mantuviera un ligero contacto con la barra y esperó.

Y el tirón llegó. Todas las barritas se movieron hacia abajo y los competidores saltaron casi juntos. Todos menos la de Eucles.

Cuando el mecanismo se accionó, de hecho, la barra al bajar encontró la oposición de su brazo y no completó el movimiento. Eucles, al ver a los otros saltar hacia delante, se había arrojado instintivamente a la salida, encontrando una oposición parcial. Perdió el equilibrio y se tambaleó, saliendo de los tacos de una forma completamente descompuesta y quedándose de pie con mucha dificultad. Mientras, los otros se encontraban muy avanzados.

Quizás demasiado.

Dio algunos pasos casi con ritmo de marcha. Se había puesto ya demasiado en ridículo y temía comprometer todavía más su posición intentado una remontada con la que no lograría nada. Pensó por un instante en invocar la repetición de la prueba, lamentando el mal funcionamiento del mecanismo de salida. Pero luego recordó que, anteriormente, en una circunstancia parecida un atleta había sido descalificado por no haber asumido la posición correcta en el inicio, así que decidió abandonar aquella posibilidad y comenzar a correr.

Pero mientras tanto los otros atletas habían llegado ya. Realizó todo el rectilíneo con la cabeza agachada, con la zancada corta del *dolicos*, avergonzándose al mirar hacia donde se encontraban sus amigos y su entrenador. Cuando cruzó la meta, netamente en la última posición, se había dado cuenta de que su competición había terminado incluso antes de comenzar. Privándose de la posibilidad de puntuar en una de las cinco especialidades, de hecho, no lograría obtener la victoria final ni siquiera ganando las otras cuatro pruebas, victorias que, por otro lado, quedaban en su mayoría fuera de su alcance.

Aquella había sido una derrota particularmente hiriente. Y era todavía más dolorosa por el hecho de ser Tersipo quien ganó la corona de olivo. Añadiendo encima que Filípides había llegado a encabezarla antes de la prueba final, o lo que es lo mismo, el pancracio, y había renunciado a la misma sólo para no correr el riesgo de hacerse daño y comprometer así la victoria asegurada en el *dolicos*. De todos modos el hemerodromo había obtenido lo que se había propuesto: demostrar a todos que era el más fuerte.

Aquella actuación había terminado por condicionarlo en todas las competiciones posteriores. Si antes encaraba una prueba con el ánimo angustiado, posteriormente se presentaría en los puestos de salida en una situación de pánico total, y seguiría siendo un perdedor.

Hasta aquel momento, por lo menos. Ahora, seguía diciéndose Eucles mirando fijamente la espalda de Filípides, tiene un motivo válido para vencer sus temores, y para demostrar que, sin el peso de su emotividad, no vale menos que Filípides y Tersipo.

—Y así, al final ha sido el polemenco quien ha decidido —dijo Tersipo a sus amigos, después de volver del consejo de guerra.

La armada al completo se encontraba en plena movilización. Todos los hoplitas se estaban equipando para la batalla inminente y los oficiales llamaban a los hombres para que formaran filas. Pero mientras tanto, en cuanto Tersipo había aparecido de nuevo en la tropa, sus amigos le habían acorralado para conocer los detalles.

—Habrás decidido el polemenco —dijo Cinegiro—, pero al final se hace lo que

quiere Milcíades, ¿no? Quería que atacáramos enseguida y será así. Quiere que ataquemos sin la coraza y por lo que se ve nos están obligando a realizar esta locura.

—Diría que es precisamente ésta la fuerza de Calimaco —afirmó Tersipo—. Si fuera débil se habría aprovechado de su posición para indicar que Milcíades está equivocado, que pretende quitarle presencia en la escena... En cambio ha elegido lo mejor, sin prejuicios mezquinos.

—Sí, y mientras tanto hemos perdido un montón de tiempo en discusiones inútiles —se lamentó Filípides—. Tiempo que podría revelarse fatal. Si sólo uno de los dos se hubiera encontrado en el mando sin condicionarse, ya estaríamos encima de los persas mientras se están ocupando de las operaciones de embarco.

—¿Pero qué estás diciendo? —protestó Tersipo—. En una tiranía, nadie puede expresar una idea salvo el jefe supremo, y un buen plan como el de Milcíades se habría perdido. No pierdes ocasión para ir en contra de nuestro sistema, por lo que veo. Diré a tu *lochago* que te controle. Quién sabe si tú no quieres que los persas ganen al igual que Hippias, en realidad.

—¿Pero cómo te atreves? —se enfadó Filípides—. ¡Quiero sólo que las cosas funcionen de forma más eficiente, a diferencia de ti, que prosperas en la ineficacia y esperas aprovecharte de ella para lograr el poder! —dijo—. Y luego se arrojó sobre el amigo.

Pero Eucles se entrometió entre los dos, antes incluso de que lo pensara hacer Cinegiro.

—¿Pero os parece este el momento de seguir con vuestras discusiones políticas? Estamos a punto de enfrentarnos contra un enemigo temible, y sin la protección de la armadura.

—¿Pero qué discusiones políticas! ¡Éste me ha robado la victoria en nuestra apuesta! ¡Y sigue provocándome, además! —insistía Filípides.

—¿Quieres continuar con el desafío? ¡Precisamente ahora tenemos la ocasión! —gritó Eucles.

—¿Qué? —dijeron casi al unísono los otros dos.

—La prueba de los prisioneros de Eretria ha terminado en empate. Y bien, intentémoslo con otra. Ismene será para el soldado que más se diferencie en esta batalla.

Bueno, ya lo había dicho. Esta vez había sido él quien había iniciado el desafío. La iniciativa, al menos, surtió el efecto de que los otros dos se callaran durante unos instantes. Pero no afectó a Cinegiro.

—Pero vosotros estáis locos... Combatir por una mujer. Para mí es demasiado. Me marchó —dijo. Y se marchó de verdad. Lo vieron recoger su armadura, que se había llevado consigo, y comenzar a abrochársela. Luego, instintivamente, tuvo que recordar las órdenes, porque la arrojó al suelo con asco.

—En el fondo, ¿por qué no? Una batalla vale más que una incursión nocturna para establecer quién es más hombre entre nosotros... —dijo Filípides.

—Ya. Yo me apunto. ¿Pero quién hará la valoración? No podemos contar el número de muertos que cada uno logre. De vosotros no me fío... —dijo Tersipo.

—Si es por esto, tampoco yo me fío de ti —le dijo Filípides con un tono lleno de odio.

—Serán nuestros oficiales quienes hagan un informe sobre nosotros —propuso Eucles—. Compararemos todos los informes ante el polemenco, y será él quien elija el mejor entre nosotros.

Después de unos instantes de silencio, Filípides y Tersipo asintieron.

—Está bien —dijo el segundo—. Y esta vez dudo que termine en empate.

—¿Y si alguien no sale vivo? —objetó Eucles.

—Si muere queda descalificado —comentó Tersipo, soltando una vistosa carcajada.

—Aunque se haya demostrado el más valiente —bromeó Filípides, riéndose todavía más.

Luego el hemerodromo tendió el brazo a los dos amigos, esperando que se lo apretaran, para firmar el acuerdo y desearse buena suerte. Los otros respondieron con rapidez.

—Hemos tenido malentendidos, pero ahora todo ha terminado. Seguimos siendo los tres amigos de siempre —declaró solemnemente Tersipo.

Eucles sintió un nudo en la garganta. Esperó que fuera así, pero no estaba tan seguro. Luego se separaron para ir a recuperar, en los respectivos jergones, las armas necesarias para el enfrentamiento: el casco, el escudo, la lanza y la espada.

Nada de coraza.

Pero después de pocos pasos, Eucles se chocó contra un hoplita que iba armado con todo, incluida la coraza.

—¡Yo la armadura no me la quito! ¡Nuestros comandantes están locos! —gritó el soldado. Sus protestas estaban dirigidas al *lochago* que le seguía.

—¡No se discute lo que el alto comando decide! ¡Quítate la coraza! —le replicó el oficial.

—¡Tiene razón! ¿Por qué tenemos que ir a suicidarnos? —dijo otra voz detrás del *lochago*.

—¿No es suficiente afrontar a un enemigo en superioridad numérica? —preguntó otra voz más.

—Nos habéis dicho durante años que los persas son los más poderosos en la faz de la tierra, y nos mandáis contra ellos de forma alocada —protestó otro.

Muy pronto hubo un coro de quejas.

—¿Pero cómo queréis que combatamos? ¿Juntos y desnudos? ¿Y cómo puedo

defenderme si tengo que estar pendiente de no perder el contacto con mi compañero del lado izquierdo?

—¿Y cómo conseguimos correr y permanecer unidos? ¡Es absurdo!

—¡Llevamos combatiendo de una única manera desde hace siglos! ¿Por qué cambiamos ahora?

—¡No estamos en un *gymnasion*! ¿Por qué tenemos que ponernos a experimentar ahora?

—¿Pero qué es? ¿Una competición deportiva por equipos?

Había pasado tiempo, pero la armada parecía cualquier cosa menos estar lista para el enfrentamiento. Eucles se quedó muy contento de haberse separado de sus amigos. Seguramente los habría escuchado retomar la discusión. Seguramente entre los persas nadie se permitía dudar de las órdenes de los comandantes. Por otro lado los persas eran todos esclavos y no hombres libres... Si ser un hombre libre significaba estar siempre en el borde del precipicio, rozar un estado de caos permanente, pues él prefería el caos.

Pero no prefería la derrota y, si las cosas seguían así, los persas tendrían todo el tiempo para llegar a Atenas y entrar en la ciudad. Y probablemente, terminarían incluso por aprovecharse de la confusión que reinaba en el campamento griego para hacerse con una victoria campal fácil.

El oficial se encontraba a esas alturas rodeado de soldados. Había quien comenzaba a dar empujones al *lochago*. Este parecía haber perdido el control de la situación. Gritaba alocadamente, pero no lograba atemorizar a nadie. De repente intentó arrancarle la armadura al hoplita, que reaccionó dándole un puñetazo en la cara. El oficial perdió el equilibrio y otro soldado lo ayudó a terminar en el suelo con una zancadilla. Otros se fueron hacia él y comenzaron a darle patadas, cubriéndolo de insultos que, probablemente, habrían querido destinar al Estado Mayor.

El caos.

Corrieron al encuentro otros oficiales. Con la lanza en la mano. Con las cúspides, comenzaron a empujar a los soldados para que se alejaran del *lochago* tirado en el suelo. Algunos de los más exaltados intentaron agarrar las astas, pero en general la mayoría se echó hacia atrás, si bien no dejaron de protestar. Los oficiales intimidaron a los soldados para que regresaran a sus filas y se equiparan para el enfrentamiento, pero nadie se movió. Mientras tanto, las filas de los que habían protestado iban en aumento. Y Eucles, mirando a su alrededor, se dio cuenta de que en otros puntos del campamento se habían formado también corrillos.

La situación no podía ser más preocupante. Si incluso un personaje tan querido como Calimaco de Afidnas, y uno estimado y temido como Milcíades, habían sido protestados, entonces la anarquía había alcanzado de verdad niveles insostenibles. Y todo aquello ocurría precisamente mientras a pocos estadios de distancia estaba

alineado un ejército enemigo. Y mientras una flota de seiscientas naves comenzaba a soltar sus velas hacia Atenas. Y precisamente cuando dentro de Atenas había gente que no esperaba otra cosa que abrir las puertas a los persas.

El asunto del ataque sin armadura, con los hoplitas pegados unos a otros, le asustaba también a él. Las objeciones tenían de verdad sentido. Si un hombre se veía obligado a afrontar al enemigo preocupándose en mantener una posición, ¿cómo lograba liberar toda su fuerza? ¿Cómo podría concentrarse en el adversario?

Una falange compacta, una especie de impenetrable muro de escudos, un puercoespín con una única armadura de la que salían las espinas representadas por las lanzas, era una imagen bella, y podía incluso ser una mortal arma de guerra.

Los espartanos lo estaban intentando desde hacía tiempo, por otro lado, y eran los guerreros más expertos de Helas. Pero así, de repente, no le parecía una empresa realizable. Demasiados complicados los mecanismos de coordinación entre los hombres y entre los repartos, demasiada la atención que era necesaria prestar a los compañeros para poderse concentrar seriamente sobre los adversarios, como era necesario tenerla en una batalla, cuando basta un instante de distracción para terminar con la garganta dividida en dos.

Eucles dudaba de que aquello funcionara. Pero no era el tipo que contestaba las decisiones de sus superiores. No formaba parte de su mentalidad. No tenía esa personalidad. Y además, Tersipo parecía tener confianza en el plan, y Tersipo generalmente acertaba.

El problema, ahora, estaba en que el ejército no quería saber nada del asunto. Estaban listos para atacar, probablemente, pero siguiendo el procedimiento de siempre: marchando hacia delante y luego chocando contra el enemigo en el último momento, cada uno por cuenta propia. Así lo describían los poemas de Homero, así enseñaban las gestas de los héroes de la guerra de Troya. Y era así que se procuraba uno la gloria, no seguramente escondiéndose detrás de un escudo, únicamente para confundirse con cualquier otro conmilitón, como si no hubiera ninguna diferencia entre un soldado y otro.

Por otro lado, ¿cómo podrían los comandantes establecer quién era el mejor entre él, Filípides y Tersipo, si no podrían más que limitarse a actuar en concierto con los otros, sin hacer nada más que crear una muralla de escudos y apuntar con la lanza hacia delante? ¿Podrían saber alguna vez qué lanza había sido más letal si el que la empuñaba se escondía detrás de un muro, resultando imposible de diferenciar incluso a sus mismos oficiales?

Sonrió, pensando en Epizelo. Una sonrisa amarga. Por lo que se veía, el plan de Milcíades no era otra cosa que la aplicación rígida de los principios que su entrenador, ahora su conmilitón, había intentado inculcarle desde siempre. Esos mismos principios que habían hecho de él un perdedor. El ciudadano completamente

al servicio de la patria, sin alguna ostentación de gloria personal, sin ninguna posibilidad de diferenciarse.

La guerra ya no quedaba equiparada a la competición deportiva, como había sido hasta entonces. Se convertía en una actividad meramente práctica, utilitaria, y como tal —temía— encontraría un interés todavía más bajo entre los atenienses. Era extraño que el polemarco, un campeón deportivo acostumbrado a diferenciarse, hubiera aprobado una táctica con estas características. Es más difícil que un hombre se empeñe en algo si no piensa poder obtener una ventaja personal.

En Esparta era diferente. El sistema era diferente. No había democracia. Los reyes y los éforos imponían sus disposiciones a los iguales, que a su vez las imponían a todos los demás, a los esclavos. Y contaba sólo Esparta, nada más. Nadie aspiraba a ser algo diferente del papel en el que la sociedad lo había colocado desde niño. Los criaban así, con la convicción de formar parte de un conjunto, sin dejar espacio alguno al espíritu crítico o a la duda.

Ellos sí, quizás, podían obtener una falange cohesionada, homogénea, compacta. Ellos eran los iguales, todos idénticos e intercambiables, sin una identidad individual, diferenciables sólo por el nombre: Aristodemo, Eurito, Marone, Alfeo, Pantites... Eran sólo números para el Estado. No se habría podido convencer jamás a un ateniense de que se comportara de la misma forma, de que se sintiera tan consagrado al bien común que renunciase a la gloria personal. La prospectiva de atraer la luz del sol hacia sí mismo más que hacia los otros, bien para conquistar la gloria como Filípides, el poder como Tersipo o a una mujer como él, era el verdadero estímulo sobre el que los jefes podían contar para empujar a la tropa a que diera lo mejor de sí misma.

De todos modos, frente a los persas salvar la piel era siempre un objetivo suficiente para motivar a un hombre. Pero para él no era suficiente. Él tenía también otros objetivos, y una táctica de esas características lo impedía. Una táctica parecida, una mentalidad parecida, aquella que Epizelo exaltaba tanto, era precisamente lo que le había impedido tener éxito.

Se apoderó de él la tentación de querer atribuir a su entrenador la culpa de sus fracasos. Si no tenía mentalidad ganadora era porque Epizelo no le había forjado en el modo apropiado. Lo había adiestrado como un animal sin ambiciones, para que se convirtiera en un instrumento útil a la patria, y si ahora no tuviera el espejismo de Ismene, quizás habría sido uno de los más disponibles a aceptar lo que el comando supremo indicara.

Pero había que conquistar a Ismene, y él tenía la necesidad de diferenciarse, de ganar el premio como mejor combatiente. Decidió guiarse por el instinto. Se movió repentinamente hacia delante y se acercó hasta donde estaban quienes protestaban, que de nuevo se habían acercado a los oficiales.

Parecía una prueba general de la batalla que el Estado Mayor quería obligar a combatir a los hoplitas. Los tres oficiales estaban alineados uno junto al otro, con filas muy cerradas, con las lanzas inclinadas hacia delante. Los hoplitas avanzaban, sin armas, pero en un número mucho mayor, intentando rodearles.

Los oficiales estaban destinados a perder, probablemente igual a lo que les ocurriría a ellos frente a los persas.

Ahora, lo único seguro era que pronto habría un muerto. Una de las consecuencias del caos, se dijo Eucles. Pero luego vio llegar a Tersipo junto a un grupo de hoplitas armados con todo.

—¡Parad! ¡El polemenco y los estrategas quieran hablar con el ejército! ¡Reuniros en el sector de Oneida! —gritó Tersipo, mientras los hoplitas que estaban con él dirigían sus lanzas hacia los sediciosos.

—¡Parad y haremos como que no ha ocurrido nada! Nadie será denunciado, por ahora —añadió, cruzando su mirada con Eucles.

Eucles bajó la suya, sintiendo vergüenza. Vio que la reunión se disolvía y se encaminó también él hacia el lugar indicado, el punto donde se paraba la tribu de Milcíades, no la tribu del polemenco. Esto decía mucho sobre quién mandaba en el ejército. Pero quizás Milcíades era de verdad el único capaz de convencer a los soldados para que atacaran de aquella forma tan absurda. Se vería, de una vez por todas, hasta dónde podía llegar su autoridad.

Llegó hasta el lugar de la asamblea, donde ya parte del ejército se había reunido. Había una enorme confusión. Algunos murmuraban, otros protestaban en voz alta. En general, no parecía que hubiera alguien dispuesto a aceptar de buen grado aquellas disposiciones del mando. La tensión recorría todas las unidades, todos los repartos, y no era parecida a la que precedía a un enfrentamiento campal. Había aumentado, se había multiplicado, duplicado por enésima vez ante la presencia inminente de un enemigo nuevo, desconocido y temible, y por la imposición de una táctica igualmente nueva y desconocida.

Y quizás también por la falta de un mando claro e unívoco.

Apareció el Estado Mayor. Muy serios, tensos y con el rostro contraído, los comandantes procedían todos juntos para dar a la tropa la impresión de estar unidos, al menos ellos. Pero no eran creíbles. ¿A quién pretendían hacérselo creer? Calimaco contra Milcíades, Temístocles contra Arístides, Estesilao contra Arimnestos, quizás... ¿De quién habrían podido fiarse los soldados, si sus jefes no se fiaban los unos de los otros? ¡Si en los días, en las semanas anteriores a la campaña, e incluso durante la campaña, no habían hecho otra cosa que deslegitimarse los unos a los otros!

Luego, cada estratega se acercó a la tribu sobre la que ejercía el mando. Con vistosos movimientos de los brazos, con gritos y saltos, los jefes intentaban llamar la atención de sus hombres para invitarles a que se callaran. Pero no se atrevían a

acercarse demasiado ni mucho menos a adentrarse en los rangos. Todos, menos Milcíades, que se había quedado en el palco de las arengas junto a Calimaco. Y esto decía mucho sobre el papel que el ex tirano del Quersoneso se atribuía en todo el asunto. No era una casualidad, notó Eucles, que el polemenco pareciera molesto y que estuviera probablemente decepcionado porque Milcíades no había imitado a sus otros colegas.

Los esfuerzos de los estrategas tuvieron un efecto limitado. Cuando volvieron al palco, la tropa murmuraba todavía, pero Milcíades habría podido hablar levantando la voz. Porque nadie tenía dudas: sería él quien hablara.

Y fue precisamente Milcíades quien levantó el brazo, para llamar la atención de los más turbulentos.

—¡Soldados! ¡Ciudadanos de Atenas! ¡Ciudadanos de Platea! ¡El enemigo está cerca y nos amenaza! ¡No podemos permitirnos malgastar el tiempo en inútiles discusiones! —comenzó. Pero parte de sus palabras se perdieron entre los gritos que todavía se escuchaban provenir de algún sector de la armada.

Antes de continuar, Calimaco le puso una mano en el hombro. Milcíades se detuvo y su expresión sorprendida traicionó la molestia que tenía que sentir.

—Sí, soldados. Si ha habido un momento en el que hemos tenido la necesidad de ir con prisas, es precisamente éste —dijo el polemenco. Más que sus palabras, lo que llamaba la atención de los soldados fue precisamente su iniciativa. *Había obligado a Milcíades a que no hablara.*

Fue la curiosidad, más que el respeto, lo que finalmente hizo callar al auditorio.

—El acontecimiento es especial, la hora es suprema, soldados —continuaba Calimaco, que no era conocido por su habilidad oratoria, ciertamente. Mientras, Milcíades se había puesto colorado—. Estamos frente al desafío más difícil que Atenas haya tenido jamás que afrontar. Por lo tanto, necesitamos unir nuestras fuerzas y actuar como un único hombre si queremos ser recordados en la eternidad como vencedores, además de proveer la salvación de nuestra patria en peligro. Tenemos que adoptar soluciones inéditas frente a una amenaza inédita si queremos tener la esperanza de prevalecer. Tenemos que sorprender al enemigo, que cree saber ya lo que haremos, y tenemos que sorprendernos también a nosotros mismos, poniéndonos a prueba para superar nuestros límites. Porque el único límite que nosotros tenemos, soldados de Atenas, soldados de Platea, es nuestra ambición. ¡Es nuestra ambición personal que nos lleva a contar sólo con nuestros músculos, con nuestra fuerza, para derrotar a un enemigo que sería más fácil superar utilizando también los músculos y la fuerza de los compañeros! Cada uno de nosotros, si colabora con los otros, verá duplicadas las propias fuerzas, y tendremos superioridad numérica en cada sector, ¡incluso allí donde los adversarios son más!

Increíblemente, la tropa se había calmado. Y escuchaba a su polemenco con

atención. Calimaco quiso tener una confirmación, dejando de hablar durante unos instantes. Nadie respiró.

—Ellos saben que nosotros estamos asustados —retomó el comandante—. ¡Saben que el eco de sus gestas ha llegado a Ática, que sus conquistas, sus matanzas, nos han llevado a una situación de pánico! Cuentan también con ello para derrotarnos. Se han permitido incluso dividir el ejército, considerando suficiente dejar la mitad en tierra para acabar con nosotros o sólo para mantenernos a raya. ¡Pero no saben lo que valen los atenienses y sus aliados de confianza, los platenses! Saben sólo cuánto vale cada uno de nosotros, ¡pero no saben cuánto valemos todos juntos!

Esperan que avancemos contra ellos de golpe, como siempre, y han preparado sus medidas. Sobre todo cuentan con más arqueros de los que haya tenido alguna vez un ejército griego. Y pretenden exterminarnos con una lluvia de flechas incluso antes de que hayamos llegado junto a ellos. Y además, creen que ya saben lo que tienen que hacer una vez que lleguemos allí. Tienen esos enormes escudos, detrás de los que se esconden, y donde se resguardan de nuestros ataques, y saben estar inmóviles, todos unidos. Piensan que no tendrán dificultad en aguantar el asalto descoordinado de guerreros valerosos y poderosos pero aislados, que llegan junto a ellos poco a poco. ¡Pero nosotros les sorprenderemos! Y les sorprenderemos dos veces. En primer lugar, dejaremos boquiabiertos a sus arqueros corriendo desde el momento en el que entremos en el radio de acción de sus flechas, abreviando así el tiempo de exposición de sus dardos. Y lo haremos sin armadura, para poder correr más veloces de lo que ellos se esperan. ¡Más rápidos que sus flechas! Luego nos mantendremos compactos, uno junto a otro, uno detrás del otro, escudo junto al otro escudo, en el momento del impacto. Si no lo conseguimos, y yo estoy convencido de que sí, caeremos sobre ellos todos a la vez y su línea de escudos caerá. *Tendrá* que caer. También porque no estarán tan firmes después de habernos visto correr hacia ellos como locos. ¡Tendrán miedo! También ellos tendrán miedo, ¡porque también ellos son hombres! Es más, peor, ¡son esclavos! Esclavos que no combaten por su propia libertad como nosotros, ya que saben que, aunque ganen, seguirán siendo esclavos.

Y así se abrirán espacios para vosotros, hoplitas valientes. Pero tampoco ahora estaréis solos dentro de las filas enemigas. Porque esta vez podrán participar también en la batalla las filas posteriores. Será gracias a ellas, a su empujón, que los que están en primera fila podrán penetrar todavía más en profundidad, abrir la alineación enemiga y separar las unidades las unas de las otras. La fuerza de los hoplitas más avanzados quedará multiplicada por cien si detrás de cada uno de ellos hay una fila de conmlitones que los empuja hacia el enemigo.

No tengáis miedo, por lo tanto, porque somos mucho más de lo que parecemos. Es la forma más segura que tenemos para ganar, y la única que tenemos para vencer rápidamente. Porque vencer tarde no nos sirve. Para salvar Atenas tenemos que

liberarnos enseguida de las fuerzas terrestres de Datis, y sólo atacándolo y embistiéndole con todas las fuerzas que disponemos conseguiremos acortar los tiempos de la batalla.

Dejó entender que había terminado. Eucles miró fijamente a Milcíades para ver su reacción. Por muy hábil que fuera como orador, difícilmente habría sabido explicarlo mejor, difícilmente habría sabido exponer mejor su propio plan.

—¡Sí! —dejó escapar la multitud, que demostró que Calimaco había centrado la cuestión.

—¡Ataquemos todos juntos! —gritaron otros.

—¡Ataquemos inmediatamente! ¡Unos con otros!

—¡Demostrémosles lo que somos!

—¡Echémoslos de vuelta a Asia!

En breve se produjo una repetición de voces entusiastas de la multitud, progresivamente transformadas en gritos de júbilo. Muchos hoplitas ya equipados se quitaron la coraza y la arrojaron con ostentación al suelo. Otros sacaron sus lanzas, otros golpearon las astas contra los escudos. Y muchas voces se levantaron para alabar a Calimaco.

Milcíades bajó del palco, visiblemente contrariado. Era comprensible, pensó Eucles. El polemarco le había permitido introducir sólo su arenga, impidiéndole continuar y dejando que pareciera lo que debería haber parecido desde el principio: un subalterno. Y si bien todos sabían que la idea de atacar corriendo, sin armadura y en filas compactas, era del estratega, el polemarco lo había expuesto tan bien y con tal convicción que parecía haber convencido a la tropa de que Milcíades había ideado el plan como si fuera un encargado suyo y no de su cosecha. Y entonces, el mérito no podía ser más que de Calimaco.

El polemarco había tenido una brillante reacción ante la invasión del estratega. Quizás Milcíades se lo haría pagar, quizás no fuese algo bueno para las relaciones y el ya precario equilibrio en el Estado Mayor. Si bien la respuesta de los soldados había sido inequívoca: estaban contentos y ansiosos por poner en acción el plan. Ahora, finalmente, los griegos tenían un jefe.

X

Persipo da la impresión de haberse acercado. O quizás no. Algunas veces Eucles siente cerca la respiración del perseguidor, pero luego se da cuenta de que es sólo la suya, que produce eco en el rocoso valle por el que están corriendo. Y sin embargo, cuando Eucles gira la cabeza, le parece ver a su antagonista más grande que la vez anterior, más definido, antes de darse cuenta de que es otra cosa, un árbol, una piedra o un matorral que el velo que cubre sus ojos ha transformado en una figura diferente, incluso dinámica.

Le ocurre cada vez con mayor frecuencia. El esfuerzo le nubla la vista. Lo pensaba tener en cuenta pero más tarde, cerca de la meta. Ahora es demasiado pronto para que esto le ocurra. Pero no puede ser la tensión. Ha aprendido a dominarla, con Ismene en juego. Quizás es el físico, que le está presentando la cuenta después del largo enfrentamiento. No el dolor por las contusiones, no el escozor por las heridas, no la musculatura dolorida, y ni siquiera las ampollas en los pies. No, es sencillamente el cansancio, el agotamiento quizás, después de todo un día de esfuerzos casi más allá de los propios límites.

Se pregunta si es algo bueno que el cuerpo se demuestre menos fuerte que la mente. Hasta ahora Eucles ha fallado en los objetivos más importantes, en las citas decisivas, a causa de sus carencias interiores, por falta de carácter y de aguante en los nervios, no porque el físico no haya aguantado. La tensión, el miedo y la inseguridad le han jugado siempre malas pasadas, incluso cuando llegaba al acontecimiento preparado de la mejor forma, entrenado al máximo y con la tonificación justa.

Esta vez, en cambio, Ismene ha realizado un prodigio: la esperanza por conquistarla le ha regalado, por fin, la determinación y la concentración que le permite obtener del cuerpo todo lo que posee. Claro, posee menos que otras veces porque acaba de combatir. Pero también lo han hecho los otros dos, y no está dicho que ellos, esta vez, estén dotados de su misma determinación. Si el cuero está cediendo, el pensamiento de Ismene le dará seguramente el empujón necesario para llegar a Atenas.

Están lejos los tiempos durante los que únicamente la vista de Ismene le paralizaba. Y sin embargo, había ocurrido sólo pocos días antes, en las últimas panateneas anuales. Aquellas que habían visto el favorable triunfo del polemenco en el *Stadion* y el típico éxito de Filípides en el *dolicos*. Y la sorprendente victoria de Tersipo en el *diaulos*.

Faltaba sólo él, Eucles, a la cita con el primer lugar. Los dos amigos le animaban a concentrar sus energías en la última prueba, el *hoplitódromos*, la carrera con la panoplia. No tenía el mismo prestigio de las otras, pero sería de todos modos una victoria si lograba conquistarla. Y además, año tras año, los vencedores de las

competiciones gozaban de un crédito cada vez mayor en el ejército.

También Epizelo consideraba que se trataba de una competición importante. Es más, según él, en pocos años se convertiría en la *más* importante y prestigiosa. Muy pronto todos se darían cuenta de que se trataba de la competición que más reflejaba el valor de un ciudadano como soldado, su unidad como ateniense, antes incluso que como atleta. Precisamente era lo que Epizelo había siempre sostenido y que había intentado transmitirle, lográndolo demasiado bien quizás.

Al final se había convencido. Fuera importante o no, era la única, entre las que quedaban, en la que podía tener la posibilidad de ganar la corona de olivo. Un premio que tenía la intención de ofrecer a Ismene, presente en todas las pruebas. Tersipo y Filípides, en ocasión de sus victorias, no lo habían hecho. Él se diferenciaría de los otros dos frente a la mujer y quizás así lograría que le tomaran en serio.

Por ello había dejado a un lado cualquier veleidad sobre las otras competiciones y se había concentrado en la carrera de los hoplitas. La última carrera. Había renunciado a las pruebas del día anterior para cuidar los mecanismos de la carrera con el casco y el escudo, que requería una atención en la frecuencia de los pasos. La natural asimetría determinada por el peso del escudo sobre el brazo izquierdo, de hecho, llevaba instintivamente al atleta a balancearse y a correr con una cadencia irregular.

Si se hubiera tratado de una carrera más larga, habría sido diferente. Los brazos no habrían empujado hacia arriba y hacia delante, la zancada no habría sido amplia, y el único problema con el que hacer las cuentas habría sido el cansancio. Pero se trataba de un *stadion*, y entonces necesitaba soltar toda la potencia que tenía a disposición, con movimientos amplios, similares a latigazos. Justo igual que en una batalla.

Se entrenó en la palestra todo el día, precisamente para reforzar la musculatura en el brazo izquierdo y coordinar los movimientos para evitar excesivas torsiones compensativas del busto. E hizo todo ello solo, porque no quería privar a Epizelo del placer de presenciar las otras pruebas de la competición. Prestó mucha atención a no dejar nada a la improvisación, consciente de tener como adversario al temible Cinegiro, el hermano de Esquilo, aquel exaltado cuyo único pensamiento era la guerra, si es que no dormía con el escudo y el casco e incluso hacía el amor con ellos puestos. Para él correr con la panoplia encima era tan natural como correr sin ello para cualquier otra persona.

No era raro, de hecho, encontrar a Cinegiro por las calles de Atenas con el traje militar. Es más, hasta el año anterior había incluso tenido el coraje de pasearse con armadura y lanza, pero luego los arcontes le habían sugerido dejar en casa al menos la coraza y el arma de ofensa para no transmitir temor a los que paseaban. En realidad, Epizelo sostenía que los magistrados no se fiaban de su equilibrio mental, lo

consideraban uno que iba buscando peleas y temían que usara la lanza en un eventual y más que probable enfrentamiento.

Aquel hombre formaba un extraño contraste con el hermano más joven, decididamente poco atraído por las cuestiones bélicas y mucho más por las artísticas. Pero por diferentes que fueran, Eucles los veía siempre juntos y le parecía que estaban muy unidos, si bien estaban siempre discutiendo. Cinegiro le echaba en cara a Esquilo su escasa virilidad, por su indolencia en los asuntos militares y su timidez, mientras el más joven protestaba al hermano, si bien con mayor circunspección, por su ausencia de curiosidad hacia cualquier cosa que no tuviera que ver con Ares.

En general, parecían complementarios. Cada uno poseía en medida acentuada lo que al otro le faltaba por completo, y quizás por eso eran inseparables. Se daban cuenta de sus respectivos límites y buscaban maquillarlos, teniendo siempre al alcance de la mano quien pudiera hacer que pasaran inadvertidos.

Cinegiro era fuerte en el *hoplitódromos*, pero no imbatible como Filípides en el *dolicos*. Era un hombre tan potente y fuerte que pecaba en agilidad, y quedaba la esperanza de que cediera en la segunda parte del *stadion*. Era necesario únicamente evitar perder demasiado terreno al principio. Eucles practicó una salida tras otra, cuidando a fondo el salto inicial y estudiando durante mucho tiempo el modo para no dejarse frenar por el peso del escudo. Pronto la sien comenzó a latir con fuerza, casi retumbando dentro del casco, que acentuaba cada sonido de su cabeza y con cada salto se hacía más fuerte. Como su escudo, por otro lado.

Y mientras tanto fantaseaba sobre el momento en el que se daría la vuelta hacia Ismene, después de haber pasado la línea de la meta, para recoger su sonrisa y las felicitaciones. Luego su mente se perdía imaginando las escenas siguientes, el premio y su regalo a la mujer, su reacción y las celebraciones juntos: un paseo por el Falero y un beso apasionado al atardecer.

Con el paso del tiempo, terminó por correr más pensando en ella que en los mecanismos a los que tenía que prestar atención. Se repetía a sí mismo las frases con efecto que le habría dicho delante del mar e imaginaba las reacciones de la mujer, su comportamiento al principio frío y distante como siempre, la expresión de sorpresa, luego el cambio repentino, la decisión casi consciente de abandonarse y dejarse arrastrar por el amor con el que sólo él sabía cubrirla.

Y mientras tanto, corría, corría con el escudo, de una punta a la otra, agitando el brazo izquierdo para compensar la menor movilidad respecto al derecho. Y sólo después de haberse parado un poco para retomar aliento se dio cuenta de que el hombro le dolía. Mucho.

El dolor del músculo casi le impedía mover el brazo. El pinchazo que advertía en cada intento por levantar la articulación le sugirió que debía tenerlo pegado al cuerpo. Sintió inmediatamente terror: si se sentía así en aquel momento, ¿cómo se despertaría

a la mañana siguiente? Sin lugar a dudas, mucho más tenso. En aquellas condiciones no sólo quedaba en duda la victoria en la prueba, la que debería ganar para sí mismo, para los amigos, y sobre todo para Ismene, sino incluso su misma participación en la competición.

No dio un paso más. Terminó el entrenamiento, cogió un estrígil y se pasó durante un largo tiempo el aceite por el músculo dolorido. Luego volvió a casa, antes incluso de que terminaran las competiciones del día, sin pasar por el ágora. Podría haberse cruzado con Ismene en las gradas, compartir con ella alguna broma, pero no tenía ganas de risas. Ni siquiera con ella.

Además, era probable que Tersipo y Filípides estuvieran con la mujer, y le ocurría que se sentía a disgusto en su presencia. Ellos dos eran mucho más extrovertidos y se tomaban con Ismene ciertas libertades que él ni siquiera osaba, y que no eran propias de él. A menudo la tocaban por todas partes y ella les dejaba actuar, si bien parecía no dar ninguna importancia a su comportamiento. Ni siquiera se mostraba escandalizada, en realidad. Parecía sólo considerarles jovencitos inocuos a quienes no quería quitarles aquella modesta diversión. Y seguía riendo y bromeando con ellos como si no hubiera ocurrido nada.

Eucles, por el contrario, evitaba incluso rozarla, salvo cuando la atmósfera era tan alegre que no daba espacio a las dudas. Y de todos modos, lo hacía siempre prestando atención en tocarla en puntos neutros como los hombros, la cintura, el brazo y durante un periodo breve de tiempo. No quería faltarle el respeto pero tampoco dejar ver el gran deseo que tenía por tocarla, por buscar el contacto con su piel, y temía que cada gesto fuese demasiado explícito y le traicionase. Para los demás era un juego, no para él.

Transcurrió una noche insomne, recriminándose por su propia estupidez. Si hubiera aceptado la oferta de ayuda de Epizelo, su entrenador, no se habría hecho daño y le habría preparado de la mejor forma para la prueba del día siguiente. ¿Por qué en las circunstancias más importantes tomaba siempre las decisiones equivocadas? Se dijo que los vencedores no son sólo más fuertes, sino también más afortunados. Los dioses les donan la intuición para evitar que se compliquen la vida y para que rindan lo mejor que pueden en las ocasiones que cuentan. Porque nunca es suficiente ser bueno: es necesario también ponerse en la condición de serlo. Y para ello se necesitan muchas otras cualidades que él poseía sólo en una mínima parte.

Su primer gesto al levantarse de la cama la mañana después fue levantar el brazo izquierdo. Un pinchazo fortísimo le impidió subirlo más allá del hombro. Cogió el escudo, lo sacó de la funda de cuero en el que cada hoplita lo guardaba y se lo puso, respirando profundamente. La superficie del objeto, una sutil lámina de bronce pegada a la estructura de madera con brea, representaba un trípode y el calderón en el que la sacerdotisa de Apolo entregaba sus profecías a Delfos. Lo había elegido años

antes para invocar la protección del dios pero, por lo que parecía, ni siquiera esta vez Apolo le había protegido de su candidez. Por otro lado, Esquilo diría que los dioses no aman propiciar la ruina de los hombres, que se la provocan ellos mismos.

Luego levantó el escudo con el brazo derecho y metió el antebrazo en el *porpax*, la manga interior, agarrando con la mano el cordón que corría por el borde interior. Intentó mover hacia delante y hacia atrás el brazo, al principio lentamente y con un recorrido corto, y luego levantándolo de forma más pronunciada. Y no pudo evitar detenerse enseguida después del primer movimiento más acentuado.

No lo podía hacer. Incluso admitiendo que, en caliente y bajo esfuerzo, sintiera menos dolor, se vería demasiado condicionado para rendir de forma decente. Pero se encontraba bien entrenado físicamente, los músculos de las piernas eran capaces de aguantar un gran esfuerzo y seguirle tras la salida. Era absurdo perder una ocasión de ese tipo.

Decidió por último ponerse el escudo en el brazo derecho. No había ninguna ley que prohibiera a los diestros que fueran zurdos, en el caso de que lo desearan. En una danza pírrica sería más difícil, porque los movimientos de la lanza con la izquierda resultarían mucho más torpes, pero en una carrera, ¿qué cambiaría? Claro, se corría el riesgo de que los músculos del brazo derecho no se acostumbraran a sujetar un peso parecido, y era muy probable que derivase en una lesión cualquiera incluso en aquel caso. Pero eso sucedería luego, no en caliente. Y después, después de la meta todo sería irrelevante.

Fue al ágora con el ánimo de nuevo lleno de esperanza. Entró en la pista para las eliminatorias analizando las gradas y buscando con la mirada a Ismene. Fue precisamente la mujer quien llamó su atención, gritando su nombre con todas sus fuerzas. Se había levantado y agitaba los brazos para hacerse notar. Estaba llena de adornos y vestida con el típico *himation* llamativo, la larga toga de un vistoso color naranja encima de la túnica. Su pelo estaba trenzado en forma de cono con la punta hacia arriba y envuelto en un lazo también de color naranja.

Junto a la mujer, uno en el lado derecho y el otro en el izquierdo, estaban Filípides y Tersipo. También ellos le animaban, si bien de forma mucho más comedida, riendo y bromeando con ella. Daban la impresión de divertirse mucho los tres. Mientras, él estaba allí, muerto de miedo por la tensión. Pero quién podía saberlo. Muy pronto se reirían de él si no conseguía evitar la penosa actuación, y terminaría definitivamente fuera de la carrera que los tres mantenían para conquistar el amor de aquella mujer. Una carrera que, en aquel entonces, no se había oficializado como un verdadero desafío.

Les saludó majestuosamente con un gesto del brazo, mostrando que se había dado cuenta de su presencia. Luego se dijo que tenía que dar un poco más de satisfacción a la mujer que amaba e intentó parecer atrevido, mostrando los músculos y una sonrisa

con más convencimiento.

Se presentó particularmente tenso en el triángulo de la salida. Tomó posición preguntándose cómo sería correr con el brazo derecho más pesado. Para él se trataba de una novedad absoluta. Ante el temor de dañar también aquella articulación, no había ni siquiera probado un salto con el escudo en aquella inhabitual posición, y seguramente, si se hubiera tratado de ir a una batalla, no habría encomendado su propia vida a una protección situada en el sitio equivocado.

Estaba seguro de pasar al menos aquel turno. Por lo que, cuando la barra transversal bajó, saltó hacia delante prestando atención en no empujar demasiado los brazos: el izquierdo para no dañar el músculo y el derecho para no dañarlo en vista de esfuerzos todavía mayores. Se encontró de esa forma corriendo con una mezcla extraña de técnica más propia de una carrera larga y corta. Respecto a la larga, porque tenía los brazos bajos, y respecto a la corta, porque la zancada de las piernas era más amplia y las rodillas iban altas.

Fue bien, tal y como había previsto. Llegó segundo y con amplio margen. Se habría incluso abandonado a la esperanza de ganar la corona de olivo sin demasiadas angustias si luego, en la serie siguiente, no hubiera visto correr a Cinegiro. El amigo se dejó atrás a todos y con una ventaja demoledora, dando prueba de su superioridad.

—Por lo que parece, mi hermano no tiene rivales —le dijo Esquilo muy complacido. Eucles tuvo que admitir que Cinegiro había mantenido las previsiones, que lo veían netamente favorito en la prueba. Lo único era esperar que, en su obtusidad, el hermano de Esquilo diera siempre el máximo en los turnos eliminatorios y llegara cansado a la final.

Y en efecto, una hora después lo vio de nuevo empeñarse con ahínco en la serie de la semifinal. Y dominar, como en el turno anterior. Pero esta vez lo vio también jadear de forma más pronunciada, una vez que había cruzado la meta, y agacharse sobre las rodillas.

Bien. Muy bien.

Cuando le tocó a él disputar el turno de la semifinal, salió del triángulo con la intención de repetir la prestación de la primera serie. Se marchó sin forzar los brazos, pero después de pocos pasos se vio ya atrás respecto a buena mitad de los adversarios. Tuvo entonces que ampliar los movimientos de los brazos, pero prestó atención en tenerlos bajo control. Sintió dolor en el izquierdo, pero vio también que recuperaba rápidamente y siguió conteniéndose. Cuando tuvo la seguridad de encontrarse entre los primeros, se relajó, cruzando la meta el cuarto. Inmediatamente después advirtió un ligero pinchazo en el hombro derecho. El escudo comenzaba a dejar su huella.

Para la final, de todos modos, todo sería diferente. Se fue dando cuenta poco a poco de que ocuparía la calle junto a Cinegiro, quien fue inmediatamente a tomarle el

pelo.

—Te veo algo cansado, amigo. Temo que, ocupando un sitio junto a mí, se verá todavía más la diferencia entre nosotros. ¡Si fuera tú me retiraría aduciendo un pretexto cualquiera!

Lo decía con la sonrisa en los labios, como el simpático y exaltado bromista que era. Pero se consideraba de verdad un fenómeno capaz de superar a cualquiera cuando iba armado. Aunque no hubiera nada que combatir, era como si el sencillo contacto con las armas le transformara en Ares en persona.

Curioso, reflexionaba Eucles mientras se concentraba para la final untándose aceite, sobre todo en los hombros. Filípides se consideraba un descendiente de Teseo y un semidiós. Cinegiro la personificación de Ares. Tersipo era demasiado pragmático para asociarse con los dioses, pero estaba profundamente convencido de estar destinado a ocupar un sitio de relevancia en la historia y en la ciudad ateniense, quizás incluso helénica. Él era el único que se consideraba sólo aquello que era, un sencillo hombre con modestas ambiciones y con confianza en sí mismo. Aquella convicción en los propios medios le llevaba a menudo a que se intercambiara con pura exaltación. Quizás era precisamente ésta la causa de su estado de perdedor crónico: siempre apuntaba abajo y terminaba todavía más abajo. Quién apuntaba mucho, pero mucho más arriba, algún éxito terminaba siempre por conseguir...

Fue con estas reflexiones que se presentó en los palos de la salida para la final, bajo los ojos atentos de Ismene, Filípides y Tersipo, a los que se había unido también Epizelo. Se tocó los hombros, primero el izquierdo, luego el derecho, intentando levantar el escudo. En ambos sentía dolor. Se resignó a un nuevo desafío: contra los adversarios, contra Cinegiro en particular, y contra su propio dolor. Debería vencer antes a éste último para luego poder superar a los demás.

Depuso el escudo en el suelo y se colocó el gorro, que le repararía del roce con el metal del casco. Luego llegó el momento del casco, e inmediatamente su visión se redujo al único pasillo frontal. Las únicas aperturas eran los foros para los ojos y una cobertura de la nariz ligeramente levantada para permitirle respirar. Una sutil fisura a lo largo de la confluencia entre los resguarda-mejillas le habría consentido, si bien con fatiga, comunicar con cierta claridad.

Sobre Cinegiro. Tenía que realizar la carrera sobre Cinegiro, que saltaba precisamente junto a él, soltando sus músculos. Intentó imitarlo, moviéndose con mucho cuidado, pero le sirvió sólo para relajarse, ni mucho menos para soltar el dolor. Y cuando más seguro estaba que aquellos pinchazos le condicionarían, mucho más nervioso se ponía, y furioso por no haber sabido preparar ni siquiera aquella vez una prueba tan importante.

Llamaron a la salida. En las gradas caló repentinamente el silencio. Los competidores tomaron posiciones, escudo y pierna hacia el frente, la cabeza

ligeramente doblada hacia delante. Quince escudos diferentes se acercaron a la barrera transversal, con los dibujos, los monogramas y los símbolos más dispares. Junto al brasero de Apolo, que aparecía en el de Eucles, se veían los símbolos de la diosa Atenas, un alfa o un pentáculo con dos alfas sobrepuestas, un pulpo, un gallo en homenaje al dios Helios, una copa de vino dedicada a Dionisio, un ojo, y un león.

Y más allá de la barra, quince espesas crestas rojas y negras cubrían los cascos mediante enlaces decorados con cuadros, mostrando a los hoplitas como gigantes con una espesa melena.

La barra bajó y los competidores saltaron hacia delante casi al unísono, unos de forma descompuesta. Algunos escudos se rozaron o incluso se chocaron entre ellos. Eucles se encontró inmediatamente a Cinegiro al menos dos pasos por delante. Intentó buscar la mirada en él, pero le resultó más bien difícil.

La escasa visión le obligaba a doblar ligeramente el cuello hacia la derecha, empujándole instintivamente a torcer también el busto en la misma dirección. El peso del escudo sobre el brazo derecho acentuaba la posición poco natural y se dio cuenta de que seguía perdiendo terreno.

Pero aquello era sólo uno de sus problemas. Intentó empujar con todas sus fuerzas, llevando ambos brazos hacia arriba. E inmediatamente sintió cómo se endurecían los músculos de los hombros. No había recorrido ni siquiera un cuarto de la prueba y no conseguía ya levantar el escudo. Recorrió el resto del trayecto casi con el brazo colgando y con el izquierdo algo más vital, mientras Cinegiro se alejaba cada vez más. Y no sólo él.

Se sintió apoderado por el pánico de llegar el último. *Esta vez no. No delante de Ismene. No después de haber visto ganar a Filípides y a Tersipo.* Intentó alargar el paso, esperando encontrar en las piernas el apoyo del que le habían privado los brazos, y se descompuso todavía más girando la cabeza hacia la derecha y hacia la izquierda para controlar la posición de los otros atletas.

Era consciente de que corría de forma poco agraciada, precisamente él que había sido considerado siempre un ejemplo en cuanto al estilo. Y se encontraba igualmente incómodo por haber perdido la concentración necesaria para alcanzar la meta, siempre y sólo la meta, como hacía cualquier corredor que aspiraba a la victoria. Pero él no aspiraba ya a la victoria. Aspiraba sólo a no llegar el último, y la suya era una carrera contra los más lentos. Eran ellos su meta, y era en ellos en los que se tenía que concentrar.

Mil puñales le afligían en los músculos de los hombros. El escudo parecía arrastrarlo hacia atrás y hacia abajo, como si se tratara de un ancla que no quiere separarse del fondo ni dejar que la nave parta. Una fuerza invisible le zarandeaba, le hacía tambalearse, obligándole a correr siguiendo un recorrido extraño en zigzag.

Con la única fuerza de la desesperación alcanzó a un competidor, y luego a otro y

a otro. Por último, en la línea de meta, consiguió poner su propia cresta delante de otro. Luego, inmediatamente después de la llegada, vio que otros tres se habían quedado atrás. Se desplomó en el suelo, con los hombros que le dolían de forma casi insoportable, mientras Esquilo irrumpía en la pista y abrazaba al hermano, vencedor indiscutible.

Lo había logrado, a pesar de todo: había llegado a la mitad de la clasificación. Había evitado una imagen ridícula ante los ojos de Ismene, pero había perdido otra ocasión. Corriendo de la peor forma posible, se había defendido. Si sólo hubiera tenido la posibilidad de realizar una prueba normal, con toda probabilidad le hubiera disputado la victoria a Cinegiro.

Pero era una amarga consolación. Le había salido todo al revés, en realidad. Ismene seguiría sin considerarlo seriamente. Y seguiría siendo el único de su grupo de amigos que no había logrado ganar nada en una competición oficial. El único que no había sido capaz de demostrarse un atleta de verdad, contrariamente a lo que podría decirse por su físico, que no tenía nada que envidiar a los otros. A cualquiera.

Una vez más se había dado cuenta de que se encontraba regañándose a sí mismo por sus errores, por su comportamiento de perdedor, invocando a los dioses para poder volver atrás y afrontar la competición de otra forma. Su vida estaba llena de «y si». ¿Llegaría alguna vez el día en el que no sería el peor adversario de sí mismo?

¿Qué es lo que les esperaba de verdad al otro lado del campamento? ¿Cuántos eran los persas que seguían en la tierra firme, alineados y protegiendo el embargo de las otras tropas dispuestos a combatir hasta la muerte para impedir a los atenienses que socorrieran Atenas? Las preguntas serpenteaban entre las filas de la armada griega, mientras los hombres conversaban en los sectores de las respectivas tribus, componiendo la alineación de marcha siguiendo las órdenes de oficiales y estrategas, listos para salir del campamento.

El enemigo estaba lejos, unos ocho estadios, demasiados para poder incluso ver únicamente algunas sombras en la tenue luz de un día decisivo para el futuro de toda Grecia. Y los informes de los hombres enviados en avanzadilla eran inciertos, confusos, y sobre todo incompletos y poco actualizados. La situación en el campamento persa estaba en continua evolución, y no se podía saber cuándo se pararía el embarque. Si se quería conseguir una victoria absoluta, era necesario esperar a que las naves zarparan, con cuantos más hombres posibles a bordo. Si se quería salvar Atenas, era necesario atacar inmediatamente, incluso a costa de seguir estando en inferioridad numérica.

Un dilema terrible, que el mando había superado decidiéndose por un ataque inmediato. Inmediato por decirlo de algún modo, puesto que las discusiones se habían alargado hasta permitir al sol casi levantarse mucho más allá de Eubea, restando

esperanzas a Atenas y no suficientes hombres al ejército persa, probablemente todavía en tierra la mayoría de ellos. Y más tiempo se perdería explicando a los hombres cómo mantener unidos los rangos.

Eucles se preguntó si no era el modo peor para preparar una batalla: le parecía una estrategia de perdedor, como aquellas que él afrontaba en sus propios desafíos...

En vez de reunir las fuerzas y concentrarse en lo que les atendía, los hoplitas se abalanzaban sobre sus propios oficiales preguntándoles cómo disponerse, cómo lograr juntar los bordes de los escudos y mantenerse en contacto durante el avance. Muchos hacían pruebas, en parejas o en grupos, e intentaban llamar la atención de los *lochagos* para tener una confirmación de su disposición. Algún oficial perdía la paciencia y mandaba a tomar viento a sus subalternos más insistentes. Otros discutían entre ellos acusándose los unos a los otros de no saber construir una formación cerrada.

—¡Será por tu culpa si nos alcanza una flecha en el muslo! —era una de las frases que más se escuchaban.

Eucles llegó donde estaba Filípides, y juntos se pusieron a disposición de su *lochago*, ocupando la primera fila. No tenían ninguna intención de agobiar al oficial con peticiones y aclaraciones y se habían resignado a probar rangos cerrados durante la primera fase de la marcha hacia el enemigo. Por hábiles y numerosos que fueran los arqueros persas, era probable que no les estorbaran en la primera parte del recorrido.

—Por otro lado, no tiene mucho sentido intentar cerrar los escudos estando quietos —dijo Eucles al amigo—. Tendremos que hacerlo mientras marchamos con un paso cerrado, o incluso mientras corremos, e intentarlo durante el trayecto será sin lugar a dudas mucho más eficaz.

—Puedes jurarlo —comentó Filípides que había tomado asiento a la derecha de Eucles—. Sin embargo, por lo que parece, yo tendré que contar con la protección de tu escudo. Algo paradójico entregarte mi vida a ti, considerando la apuesta que tenemos en curso...

Eucles no pudo evitar indignarse.

—Sería paradójico para cualquier otro quizás —protestó—. ¡Pero no para mí! ¡Somos amigos desde hace mucho tiempo, y ésta es la mejor garantía de nuestra recíproca estima! —dijo. Y, al menos, así lo deseaba. Estaba seguro de su propia lealtad, pero no de sus propias reacciones bajo presión y frente a la posibilidad de ganar el premio para él más deseado. Y además, no podía garantizarlo totalmente por su amigo. Por la gloria, Filípides, habría hecho cualquier cosa, probablemente.

—¡Tú! ¿Qué es lo que haces en primera fila? —El *lochago* se dirigió de repente a Filípides.

—¿Qué quieres que haga? ¡Lo que hago siempre! —respondió el soldado,

sorprendido.

—No. Tú hoy irás en la última fila. Ordenes del alto comando —respondió el oficial, que luego se dio la vuelta para marcharse.

Filípides lo siguió y lo detuvo.

—¿Y eso por qué? En la guerra contra Egina he combatido en primera fila y he destacado. ¿Por qué tengo que retroceder?

—Éste no es el tema. Nos sirves vivo, por lo que sé, y con fuerzas. Inmediatamente después de la batalla necesitaremos mensajeros rápidos para ser enviados a Atenas, independientemente de cómo termine —explicó. Y se marchó de nuevo.

Filípides no lograba entenderlo.

—¡Sabía que destacar como corredor sería un impedimento! ¡No es la primera vez que pretenden usarme como heraldo en vez de como hoplita!

—Bueno, si están así las cosas... estás fuera de nuestra apuesta —dijo Eucles. En lo más profundo de su corazón, no lo sentía en absoluto. Y no porque las últimas filas dieran al amigo una mayor garantía de supervivencia. Ahora tendría un adversario menos para lograr a Ismene, y además el más peligroso. Siendo más mayor que él y Tersipo, de hecho, Filípides tenía mayor experiencia bélica y más probabilidades de dar desahogo al valor en batalla.

—¡Ni hablar! —protestó Filípides—. ¡Filípides no pasará a la historia como un corredor que aprovecha su talento para evitar los riesgos de la batalla!

—Se trata de una orden del polemenco. ¿Cómo piensas cambiarla?

—Vayamos a ver a Arístides. Este asunto tiene que quedar resuelto —dijo Filípides. Eucles intentó primero retenerlo, pero luego vio que el amigo estaba muy determinado y lo siguió sin demasiado entusiasmo.

El estratega de su tribu estaba llegando precisamente en ese momento, con una corona de olivo en la cabeza. Le acompañaban dos hombres. Transportaban un pequeño altar de madera, e iban seguidos a su vez por otros dos oficiales que llevaban consigo a un cerdo. Cerraba el pequeño cortejo un soldado con una cesta y otro con una jarra de agua.

Por lo que parecía, Filípides había elegido el momento peor para protestar con su propio comandante. El estratega estaba a punto de celebrar el sacrificio del rito, y molestarlo habría podido incluso comprometer el resultado. Pero el corredor, después de un instante de duda, retomó el camino en su dirección.

—¿Estás loco? —le dijo Eucles, asustado, intentando retenerle—. ¿Quieres terminar arrestado? O todavía peor, ¿quieres arruinar el sacrificio a los dioses?

—Los dioses no se la tomarán con un descendiente de Teseo. Y Arístides no se enfadará con el heraldo que ha sido capaz de obtener la ayuda de Esparta.

Eucles tenía sus dudas. También sobre la ayuda de Esparta: los lacedemonios no

se habían visto todavía y dudaba de que llegaran a tiempo para la batalla. No obstante siguió al amigo, a una distancia prudencial para no verse implicado en su eventual ruina. La prisa con la que se había decidido combatir había ya hecho precario y aproximativo el tributo a los dioses, con el riesgo de descontentarlos y no poder obtener su ayuda. En lugar de la típica ceremonia única, ante todo el ejército, que debería haber realizado el polemenco con un buey como víctima, el Estado Mayor había decidido efectuar apresurados sacrificios individuales en cada unidad. Cada estratega debería degollar a un cerdo, homenajando a los dioses y en particular a Heracles, cuyo santuario les había acogido desde entonces, y luego dar la orden de marcha.

Por lo tanto, no se prepararía a la víctima con lazos, ni se realizaría un examen de sus tripas, ni una libación, ni se cocinaría y distribuiría su carne entre los soldados. El único modo que el oficiante tendría para comprobar el favor de los dioses sería la extensión de las salpicaduras de la sangre. Pero Eucles no tenía dudas: ningún estratega, y todavía menos el astuto Arístides, degollaría a la víctima sin salpicar todo el altar.

Arístides tenía fama de ser un hombre equilibrado, y con él generalmente se podía razonar. Pero en aquel momento era improbable que se lo tomara a bien. Además, Filípides casi se abalanzó sobre él, a pesar de que el comandante había ya llamado al portador del agua y se estaba enjuagando las manos. Mientras tanto sus hombres colocaban el altar y predisponían a la víctima para el sacrificio, cogiendo a su vez agua de la garrafa del sacrificio y salpicando al cerdo. La bestia reaccionó moviendo la cabeza, molesta, lo que ya significaba una señal favorable.

—¡Estratega, he sabido que quieres ponerme en la última fila! ¿Acaso quieres que me marquen como un cobarde?

Eucles sentía curiosidad por la reacción del comandante. Pero no pudo evitar darse la vuelta para observar el comportamiento de los otros soldados del regimiento. Todos observaban incrédulos. Ante sus ojos, Filípides estaba impidiendo el sacrificio propiciatorio, el rito del que probablemente dependía, todavía más que del valor, el resultado de la batalla.

Arístides no hizo caso. Siguió ignorando al hoplita invasivo y metió la mano en el cesto lleno de granos de orzo, extrayendo el cuchillo. Entonces levantó el *himación* y se lo puso en la cabeza. Un sacerdote en pleno ejercicio de sus funciones tenía que tener la cabeza cubierta, por respeto a los dioses. Quizás pretendía también con aquel gesto hacer entender a Filípides que el rito había comenzado y que no podía interrumpirlo. Puede incluso que tuviera de verdad miedo por las consecuencias que se crearían con la interrupción del ritual. Pero el soldado no se dejó desanimar, provocando murmullos y protestas entre el regimiento.

—Te lo ruego, comandante, tienes que darme la oportunidad de mostrar mi valor.

Los dioses me han favorecido siempre, y ponerme en primera fila puede ser sólo una ventaja ¡También para Atenas! —exclamó. Al menos usaba un tono de deferencia, pero su comportamiento quedaba fuera de lugar. Eucles se sintió profundamente avergonzado.

—¡A los dioses los estás ofendiendo ahora! Difícilmente te favorecerán de nuevo, después de lo que estás haciendo... —dijo Arístides, casi susurrando. Su expresión no traicionaba el malestar que sin lugar a dudas sentía.

—Con todo el respeto, estratega... Ningún dios puede dañar a un soldado que desea realizar su propio deber y defender la ciudad a la que pertenece, y que lucha por ello. Estoy seguro de que los dioses me favorecerán todavía más, ahora.

Arístides respiró a fondo, medio cerrando los ojos, y habló con aparente calma, midiendo las palabras:

—Sólo tú puedes cubrir en breve tiempo y sin detenerte la distancia entre Maratón y Atenas. Y aquí cada instante puede revelarse precioso. Nadie desprecia tus cualidades de combatiente, lo sabes.

—¡Pero ponme en las primeras filas como un joven fresco del efebato! Ahora me gustaría que los dioses no me hubieran concedido el don de la resistencia. ¿De qué me sirve si no para quedar en mal lugar? —se lamentó Filípides, alargando los brazos.

—No podemos permitirnos que te ocurra algo. No sólo que mueras, sino también que seas herido, aunque sea superficialmente. Tu carrera y tu resistencia se resentirían...

—¡Pues entonces envíad a otro!

—No hay nadie tan bueno como tú. Lo acabas de demostrar yendo a Esparta y volviendo en un tiempo que ningún hombre habría sido capaz de emplear...

—No es verdad. Estoy seguro de que Eucles sería capaz de cubrir la misma distancia en un tiempo apenas superior al mío. También él tiene una gran resistencia —dijo Filípides indicando a su amigo.

Eucles abrió los ojos asombrado. Empleó unos instantes todavía para absorber el concepto y decidió que el tema no le desagradaría. A fin de cuentas, tendría la posibilidad de adelantar el tiempo de la vuelta, de ver inmediatamente a Ismene y de contarle él mismo cómo iban las cosas. Pero si hubiera seguido a Filípides y se hubiera declarado disponible, ¿le habrían también consentido continuar en la apuesta? ¿O era precisamente eso lo que quería Filípides evitar?

—¿Acaso no es verdad, Eucles, que eres capaz de correr hasta Atenas sin detenerte? ¡Has presumido siempre de ser el más hábil en las carreras largas, detrás de mí! —insistía Filípides.

No podía eximirse. Si bien le hubiera gustado mucho.

—Pues claro. Quizás tendría que detenerme de vez en cuando, pero te aseguro

Arístides que conmigo las noticias llegarán a Atenas incluso más rápidamente que con cualquier otro —dijo al final, esforzándose en parecer convincente.

Arístides reflexionó unos instantes.

—Pues que sea así. Hablaré con el polemenco. A fin de cuentas sería una pena privarse de un combatiente experto para limitar su acción simplemente a la presión. Y además, tus capacidades de carrera pueden consentirte llegar al enemigo sin cansarte. ¡Esto debería hacer de ti uno de los hoplitas más eficaces en el cuerpo a cuerpo!

—¡Bien! —asintió Filípides, que era el vivo retrato de la felicidad—. Ahora podemos regresar a los rangos. ¡Ven Eucles!

—¡Espera! —le llamó Arístides—. ¿Sabes lo que te digo? Justo porque no te cansarás corriendo contra el enemigo, quiero que tú y sólo tú lleves la coraza.

Filípides cambió de nuevo su expresión.

—Pero los otros... pensarán que soy un privilegiado y que tengo más miedo.

—Éstas son mis condiciones. Tómalas o déjalas. Quiero de todos modos que sigas siendo tú quien se marche a Atenas, y me disgustaría que no fueras sólo porque una flecha se te ha clavado en un hombro... ¡Y ahora regresad inmediatamente a los rangos! Comunicad vosotros mismos mi decisión al *lochago*.

XI

Sombras. La sombra del crepúsculo que se inmiscuye sobre el desafío, sobre su loca carrera. Sombras fugaces que el ojo de Eucles ve en la luz incierta del atardecer. Sombras inquietantes en movimiento, quizás animales en estado salvaje, quizás civiles en fuga o persas alocados, o puede que sólo reflejos de sus miedos.

Eucles siente que debería acelerar el paso. No sólo porque Tersipo está más cerca de él. No sólo porque Filípides está cada vez más lejos. Cala la oscuridad y el riesgo de perder el camino aumenta. O quizás se trata únicamente de no ver el terreno bajo los pies, aumentando las probabilidades de un infortunio. Y de perder a Ismene. Y con ella, la última posibilidad para demostrarse a sí mismo que no es un perdedor innato.

Pero el aliento, los músculos, los huesos, la cabeza, la vista... todo parece conjurarse para complicarle la vida. Se da cuenta de que no tiene la mínima idea de cuánto falta para llegar a Atenas, y de que no ha establecido ni siquiera con los otros dos cuál es la meta. ¿Es necesario llegar y tocar la muralla? ¿Vence quien gana el primero en el ágora? ¿Quién consigue hablar con un arconte? ¿O quien pone el pie antes que los otros en el edificio que acoge la asamblea de los Quinientos?

Si llegan en volandas, terminarán por discutir también sobre este punto. Como ha ocurrido desde la noche de la incursión para liberar a los prisioneros eretrios. Pero por cómo se están poniendo las cosas, parece difícil que se llegue codo con codo, salvo que Filípides ceda de repente.

Pero... ¿quién puede saberlo? Si de verdad se presentaran delante de la muralla de Atenas juntos, podría ocurrir cualquier cosa. Los dos derrotados, que con toda probabilidad serán Eucles y Tersipo, podrían ponerse de acuerdo y desconocer la meta que Filípides haya elegido. Podrían protestar por su victoria y no reconocerle el derecho de pedir la mano de Ismene. Y entonces sería necesario comenzar todo desde el principio, recurrir a otro tipo de apuesta, algo excelente considerando que no hay una competición en la que Filípides sea tan superior respecto a los otros que la que están disputando.

Quizás podrían resolverlo en ese momento, combatiendo entre ellos: un encuentro de pancracio, donde se consiente cualquier ataque. Un encuentro donde estén los tres, todos contra todos... Eucles se pregunta si estarían también dispuestos a realizarlo con las espadas, pero luego prefiere alejar esta idea desagradable en un rincón de su mente. No está tan seguro de que pueda emplear toda su maldad contra los dos hombres que hasta hace pocos días consideraba sus mejores amigos. Por otro lado, tampoco está tan seguro de que pueda decir lo mismo de ellos dos. Así que perdería de nuevo también esta vez. No, mejor el pancracio, por si acaso.

Algo estúpido, se dice Eucles. Se está convenciendo de que está dispuesto a

cualquier cosa con tal de superar a sus dos amigos. *A cualquier cosa*. Pero para estar dispuestos a todo, también a privarse de los escrúpulos, es necesario odiar. Y él no odia ni a Filípides ni a Tersipo. Por lo menos los detesta, porque constituyen el obstáculo principal ante su objetivo, es más, quieren arrebatarse su objetivo, que para él tiene más valor que para ellos. Pero no es suficiente para considerarles enemigos de verdad y actuar en consecuencia, como si se tratara de una guerra.

Y además, no consigue apartar tantos recuerdos como los que le unen a los otros dos jóvenes. Es un peso demasiado contundente para liberarse de él en un instante. Significaría, casi, liberarse de una vida para convertirse en otro hombre, y no seguramente mejor.

Sólo diez días antes, bajo el monumento de los Héroes, jamás habría podido pensar que vería a sus amigos como adversarios, salvo cuando ejercían de atletas, naturalmente. Hueles recuerda con claridad aquel último momento de serenidad unida a la exaltación, que representaba quizás su último momento de felicidad.

Era el día de la movilización. Como en cualquier campaña, cada ciudadano hábil al servicio del hoplita se acercaba al ágora para ver si su nombre estaba incluido en las listas tribales de los reclutas. Los listados se colgaban bajo cada una de las diez estatuas de los Héroes epónimos que daban el nombre a las tribus en las que, sólo veinte años antes, habían sido agrupados por Clístenes los demos de Atenas. El monumento estaba situado en la plaza junto al *Bouleuterion*, y consistía en un largo y macizo paralelepípedo de mármol, rodeado por un recinto alto hasta el pecho de un hombre. Sobre esta base de mármol se levantaban, a ambos lados, dos braseros dedicados a Apolo, y en medio de las estatuas de bronce de los héroes, elegidos por la *pizia* de una lista de cien, los antiguos reyes de Atenas: Erecteo, Pandión II y Cécrope II, Egeo (padre de Teseo), Leonte, Acarne (hijo de Teseo), Eneas (rey de Calidonia), Hipótoo, Áyax y el hijo de Heracles, Antioco.

Eucles se había citado al alba no sólo con Filípides, que pertenecía como él a la tribu de Antioquea, y con Tersipo, de Leóntidas, sino también con Cinegiro y Esquilo, encuadrados en la tribu de Ayántide. El sol acababa de salir y a pesar de ello había una gran afluencia alrededor del monumento. Eucles escuchó que los encargados de colgar las listas habían llegado incluso antes del alba y, sin embargo, se habían visto obligados a abrirse camino entre la multitud, y sólo con gran dificultad habían conseguido alcanzar la base de mármol, entrar en el recinto y colgar las listas con los nombres de los que habían sido llamados.

Jamás antes una campaña se había sentido tanto en la población ateniense, por otro lado. Las guerras de corto alcance contra los vecinos en Helas no suscitaban tanto interés, y a menudo los reclutados respondían a la llamada con sufrimiento, lamentándose porque tenían que interrumpir sus propias actividades para arriesgar la vida en conflictos que no les reportarían ninguna ventaja personal.

Pero esta vez todo era diferente. La amenaza era concreta y cada uno se sentía en peligro y en deber de reaccionar, de dar su propia contribución a la salvación de la ciudad. Se escuchaban voces de que el gran rey Darío quería hacer pagar a Atenas su apoyo en la Revuelta Jónica, y sobre todo el incendio de Sardes. Muchos temían que la ciudad pudiera correr la misma suerte que las tropas atenienses habían dado a la sede de la satrapía persa en Asia menor, y habían comenzado a sacarle brillo a las armas todavía antes de saber si serían llamados de nuevo.

Eucles acababa de entrar en la plaza y ya escuchaba a quienes protestaban por no haber sido reclutados. Generalmente, quienes quedaban excluidos respiraban aliviados. En cambio, esta vez protestaron. Pero, en una circunstancia parecida, nadie habría quedado de verdad excluido. Se sabía que los más jóvenes y los más ancianos, no incluidos en las listas, les tocaría el servicio de guarnición de la ciudad, para hacer frente a eventuales ataques desde el mar.

La reunión en el ágora se estaba también transformando en una ocasión para comparar las noticias que cada uno tenía sobre el avance persa. Corrían las voces más dispares sobre la entidad de la flota asiática, que alguien indicaba que estaba formada por miles de naves de guerra diferentes, y sobre las matanzas que el ejército había protagonizado en las islas en las que se detenía. Incluso antes de llegar a Jonia, se decía que los persas habían llegado a Rodos y habían asediado la ciudad de Lindos. Luego habían asaltado la costa asiática y habían pasado de Cos y Samos, antes de girar y dirigirse hacia occidente.

En las Cicladas habían dejado un largo rastro de muertes y de destrucción. Los más informados afirmaban que Naxos había prácticamente desaparecido de la faz de la tierra. Ya diez años antes el centro principal de la isla había padecido el ataque de los persas, pero los habitantes habían conseguido esconderse sobre las colinas antes de ser capturados. Esta vez, en cambio, la ciudad había sido asediada duramente y ningún ciudadano había podido evitar ser masacrado o esclavizado.

En Paros, además, parecía que el comandante supremo, Datis, hubiera obligado a los habitantes a servir en la flota persa. No eran los únicos griegos que combatían por el gran rey, por otro lado. Muchos marineros y remadores de las naves eran jonios. Y había quien contaba que los persas se habían incluso llevado de la isla un bloque de mármol con el que pretendía modelar el trofeo de la victoria sobre los atenienses, como si ya hubieran vencido. También por esto, muchos ciudadanos se habían mostrado ansiosos para demostrar que no era fácil superar a los hoplitas de la ciudad consagrada de Atenas.

Entre ellos, el más convencido era seguramente Cinegiro. El hermano de Esquilo acababa de leer su propio nombre sobre la lista que colgaba bajo la estatua de bronce de Áyax.

—¿Cuánto queremos apostar que los derrotamos? Les sustraeremos ese bloque de

mármol y levantaremos nuestro trofeo de la victoria. ¡Qué ganas tengo de enfadar al gran rey! —exclamó en cuanto vio a Eucles.

La expresión de Esquilo, que siempre estaba a su lado, dejaba entender que también él había sido seleccionado. Un perro enderezado. Parecía uno de aquellos descontentos por haber sido excluido. Pero su rechazo por los asuntos bélicos era conocido.

—Incluso Esquilo se lo demostrará esta vez. ¿No es verdad, hermano? —continuó Cinegiro, dando a Esquilo un enérgico manotazo en el hombro.

Esquilo hizo un gesto que demostraba todo lo que pensaba.

—Mira que esa gente ha conquistado el mundo... ¿Qué te hace pensar que serán adversarios dóciles?

—¡El hecho de que los dioses han decidido preservar la libertad de Grecia! —había llegado a tiempo de decir Tersipo. Se encontraba en compañía de Filípides. Ambos parecían muy sonrientes.

—¿Y en qué basas esta afirmación? —preguntó Esquilo, sin disimular su propio escepticismo.

—¿Habéis ido ya a ver las listas? —preguntó en cambio Eucles, esperando poder ahorrarse los empujones que se estaba dando la multitud alrededor del recinto.

—Sí, y estamos todos —respondió Filípides.

—Para responder a nuestro pávido amigo —dijo Tersipo, dirigiéndose a Esquilo—, deberíamos llevar aquí al prófugo de Delos con quien ha hablado Temístocles. ¡Entonces estoy seguro de que te tranquilizarías, querido artista! Pero tengo miedo de que no creas mis palabras, y sigas cagándote de miedo...

Esquilo no se mostró particularmente molesto por la provocación del amigo. Estaba acostumbrado a sus propias ironías sobre la falta de capacidad militar que tenía. Por otro lado Tersipo se reía de él sin maldad, y siempre con la sonrisa en los labios. Convencido como estaba de estar destinado a otras metas, le había elegido como futuro cantor de sus empresas.

—Intenta contármelo y veremos —dijo Esquilo—. Si tú estás interesado en los asuntos militares, a mí me interesan los de los dioses.

—Bien, los habitantes de Delos se han escapado casi todos a Tinos, en cuanto han sabido de la matanza hecha por los persas en Naxos. Pero no habría sido necesario. Por lo que se dice, el gran rey Darío no pretendía violar la isla donde nació Apolo y Artemisia. Pensad que Datis ha encargado incluso que quemaran cantidades enormes de incienso bajo el altar en honor de los dioses gemelos. A pesar de todo ello, en cuanto los persas zarparon se produjo un terremoto devastador. Los habitantes han contado que no recordaban otro terremoto igual en el pasado...

—¿Y esto qué significaría? —preguntó Eucles, asombrado.

—Pregúntaselo a Esquilo. Es él el experto en los asuntos de los dioses, por lo que

ha dicho... —replicó Tersipo, indicando al poeta.

—Significa que los dioses no se lo han agradecido. A pesar del gran tributo ofrecido a Artemisia y a Apolo, ahora Datis sabe que los tiene en contra —le explicó Esquilo.

—Es exactamente así como lo ven los habitantes de Delos —confirmó Tersipo—. Y es así como también lo veo yo.

Los dioses nos dieron el intelecto y los medios para derrotar a Asia ya hace tiempo, en Troya, ¡y lo haremos también ahora!

—Ya. Quieren conservarnos para ellos, para hacer de nosotros el objeto de sus juegos, de sus enfrentamientos y de sus apuestas. Como han hecho siempre, por otro lado —comentó con amargura Esquilo.

—Uf... ¡haced que se calle, hoplitas! Los dioses nos ayudarán, claro, ¡pero únicamente si ven que nos ayudamos nosotros mismos! —dijo solemnemente Cinegiro—. Y nos han enviado ya una señal haciendo que el polemenco recién elegido venciera el *stadion* en las panateneas recién concluidas. Es un claro indicio de nuestra victoria. ¡Quiere decir que la suerte ha señalado al hombre justo para llevarnos al éxito! ¡Y la suerte la llevan los dioses!

—Pero no creo que Milcíades se quede a un lado para recibir órdenes —intervino Eucles—. Tiene demasiado peso político y un consenso demasiado amplio para limitarse a un papel que le deje en un segundo plano... ¡Preveo contrastes en los altos comandos!

—Por no hablar de Temístocles y Arístides, que no se soportan —convino Tersipo, dirigiéndose a Filípides y Eucles—. Esperamos que su rivalidad no implique a nuestras tribus. Sería desagradable que yo tuviera que seguir las órdenes que pusieran en dificultad a mis queridos amigos sólo porque mi comandante pretendiera hacerle un feo al vuestro.

—¡Por cualquier cosa que ocurra, nuestra amistad no se verá enturbiada! —declaró solemnemente Eucles.

—¡Es más, estoy seguro de que de esta guerra nuestra unión saldrá reforzada! —añadió Filípides—. Todos sabemos que los riesgos y las privaciones de una batalla refuerzan la unión entre camaradas. Después del conflicto, tendremos más recuerdos por compartir, ¡y esto nos unirá todavía más!

—¡Pues claro! No es necesario ni siquiera jurarlo. ¡Estamos destinados a estar unidos eternamente en una única persona! —confirmó entonces Eucles. Y lo creía de verdad.

Entonces...

Era tarde, para una batalla. Como muchos hoplitas, Eucles estaba acostumbrado, en la guerra, a asociar la salida del sol con el comienzo de la marcha contra el

enemigo, o en buscar un territorio por devastar. Se hacía para evitar a los soldados, con la panoplia completa, que marcharan bajo los rayos del sol en el calor veraniego y que llegaran cansados, pesados y sedientos en el momento del enfrentamiento. Era una especie de mutuo acuerdo entre los comandantes adversarios, que regulaban desde hacía siglos las batallas entre los griegos.

Entre griegos.

Pero esta vez quien les esperaba no era un adversario, era un enemigo. Un enemigo con el que el Estado Mayor no había ni siquiera intentado entablar una negociación, establecer unas reglas o tomar unos acuerdos. Un enemigo de verdad, contra el que se combatiría una batalla donde nada era un juego. Un enfrentamiento no por la supremacía, sino por la supervivencia. Excluyendo a Milcíades, nadie en la armada, ni siquiera los veteranos más expertos como Epizelo, habían vivido antes una experiencia parecida. Ni siquiera aquellos que habían participado en la expedición de Sardess o que habían ayudado a los jonios en su revuelta. En aquellas ocasiones, enfrentarse a los persas había sido un desafío, no el recurso extremo, el acontecimiento crucial de la propia carrera militar. Quizás de la propia vida.

Era como unas Olimpiadas, la suprema competición donde cada uno estaba obligado a afrontar rivales y a soportar presiones como nunca anteriormente. Pero si allí se jugaba la reputación, aquí era la vida misma lo que estaba en juego.

El horizonte en el mar era insólitamente tranquilo. Las olas iban plácidamente desplegándose en la playa, y su ligero rumor no era más que un eco lejano, como si el Egeo estuviera distante y no a pocos pasos. La espuma en el agua comenzaba a brillar bajo los tenues rayos del sol, confirmando al inminente escenario de la batalla una corona de plata que parecía enmarcar el acontecimiento, como una barrera que la aislaba del resto del mundo, arrojándola en las fauces de aquel enemigo despiadado.

Los regimientos habían salido del campamento a través de las entradas en cada sector de origen. Luego, una vez en campo abierto, se habían situado ya en orden de batalla. Si bien el horizonte se veía todavía confuso y no se divisaba ningún persa claramente, nadie tenía dudas de que los soldados enemigos más avanzados se habían dado cuenta ya del avance del ejército griego. En compensación se veían las sombras de sus naves, unas pocas cerca de la playa y la gran parte más lejos, y un ir y venir de pequeñas embarcaciones que no dejaban de moverse hacia la tierra firme y aquellas.

Inmediatamente los comandantes de las unidades se dispusieron a la cabeza y en la cola de cualquier regimiento, intentando compactar a sus hombres. Los choques entre los escudos eran frecuentes, como en las batallas, y hacía que los soldados estuvieran nerviosos, acostumbrados a avanzar sin sentir la respiración de sus compañeros encima. Los oficiales les empujaban con fuerzan, les incitaban golpeando las astas de sus lanzas contra los escudos, ya fueran los propios o los de los otros.

—Un gran desastre —comentó Filípides, dirigiéndose a Eucles, con quien buscaba desesperadamente seguir en contacto—. Nos estamos ocupando de todo menos del enemigo. Somos carne directa al matadero...

—Al menos nuestra profundidad es limitada —respondió Eucles, intentando soltarse con los movimientos—. Piensa si nos hubiéramos alineado en doce o dieciséis filas, como siempre. Terminaríamos por pisarnos los pies unos a otros y cada uno terminaría encima de aquel que le precede —dijo.

Y mientras tanto estaba pendiente de no pisar los pies del compañero de la derecha, del que buscaba la protección del escudo, ocupándose al tiempo en asegurar la cobertura de Filípides en el lado izquierdo.

Caminando con el paso rápido, los diez regimientos, de un millar de hombres cada uno además del de Platea, se habían alineado en ocho líneas para extender cuanto fuera posible el frente y evitar así eventuales rodeos o movimientos en las alas, siempre posibles cuando se tenía enfrente a un enemigo numéricamente superior. El Estado Mayor había considerado necesario sacrificar la profundidad a favor de la amplitud del alineamiento. Los griegos, sin embargo, no disponían de caballería, y los arqueros, inútiles con la estrategia dinámica ideada por Milcíades, se habían quedado en el campamento con los esclavos. Por lo tanto, los laterales estaban completamente carentes de protección.

El regimiento de los dos amigos había sido colocado precisamente en el centro. A su lado marchaba el de Leóntidas, donde militaba Tersipo. En el ala izquierda, hacia las alturas, estaban colocados los platenses de Arimnestos. En el extremo derecho, hacia el mar, estaba Ayántide con Esquilo y Cinegiro. Y siempre a la derecha militaba, según la tradición, el polemárcos, cuyo pueblo pertenecía precisamente a la tribu de Ayántide. El regimiento mandado por Milcíades, el de Oneida, se encontraba a mitad de la alineación.

—A mí me parece que así es ya complicado. Yo corro solo. Combato solo. No pienso cuando lo hago. En cambio, así, me veo obligado siempre a pensar dónde estoy. Es horrible... se lamentaba Filípides.

Eucles había crecido en la escuela de Epizelo. Para él, aquella táctica era una consecuencia natural de la mentalidad de su entrenador. No se escandalizaba tanto. Pero eran pocos los que se comportaban como él. La mayoría eran contrarios a las disposiciones de los oficiales, y otros objetivamente mostraban gran dificultad, por lo que la alineación se encontraba bastante lejos de haber alcanzado la cohesión que Milcíades había ideado.

Y ocho estadios, con un paso acelerado, se recorrían rápido.

Eucles se sintió condicionado por el pesimismo de Filípides. ¿Qué ocurriría si llegaban cerca de los persas todavía sin preparación para cerrar los rangos? Con líneas desordenadas, sin corazas, nerviosos y desorientados, se verían indefensos

frente a cualquier cosa que los adversarios quisieran hacerles. Ni sabían todavía cuánto se encontrarían delante, por otro lado. Si el embarque acababa de iniciarse o procedía despacio, se encontrarían encima un número desproporcionado de guerreros.

Se podía dudar de la salud mental de los jefes, dada la situación. Porque ninguno, con un mínimo de raciocinio, habría enviado un ejército de once mil hombres sin orden alguno. O lo que era lo mismo, todo lo que Atenas disponía en aquel momento.

Quizás los soldados se estaban arrepintiendo de haber acogido con entusiasmo la estrategia de Calimaco y Milcíades. Quizás el único motivo por el que seguían avanzando era el éxito favorable del sacrificio; al menos los dioses estaban de parte de los guerreros.

O al menos eso era lo que había que desear.

Para Esquilo el único problema era seguir el paso de los que estaban delante. Lo habían situado en la última fila, la octava, junto a los más torpes y a los reclutas. Gente que tenía dificultad de todo tipo para manejarse con una lanza y un escudo, y marchar al unísono con los otros. Para él era diferente. Las cosas las sabía hacer, pero le faltaba la actitud de hacerlo.

Sus temores prescindían completamente de la táctica. Tenían que ver principalmente con el tener que dar muerte, el tener que afrontar la muerte. La guerra, más en general. Nunca había conseguido odiar lo suficiente a un enemigo como para matarlo, ni siquiera cuando se lo había encontrado de frente manejando la lanza o la espada contra él. A pesar de haber participado ya en alguna campaña de corto alcance, no había tenido nunca la ocasión de cimentarse en un cuerpo a cuerpo. Había marchado, como todos los reclutas, en las últimas filas, y como no se había diferenciado nunca en el campo de batalla, en las últimas filas se había quedado, preparado en la eventualidad de suplir a los compañeros que se encontraban más adelantados en el caso de que el enfrentamiento se hubiera alargado más allá de sus capacidades de resistencia.

Pero aquello nunca había ocurrido. Los enfrentamientos entre hoplitas que había presenciado se habían resuelto de forma repentina, en el primer ataque de los adversarios, y no había surgido la necesidad de hacer el cambio. El resto habían sido sólo marchas en territorio hostil. Había incendiado casas y exterminado reses del enemigo, y se había desahogado contra civiles inermes que jamás habían constituido obviamente una amenaza.

Por lo tanto, Esquilo seguía marchando, preguntándose cómo se desenvolvería delante del enemigo. Y no se refería a un enemigo cualquiera, sino delante de un persa.

¿Sería mejor o peor? ¿Sería más o menos capaz de afrontar al adversario? Se sentía preocupado por esta pregunta. Con un hoplita habría dudado frente a la

obligación de matar a un griego como él, y su lentitud de reflejos habría sido fatal. Pero contra un persa, un desconocido, un hombre de otra cultura y de otro continente, quizás tuviera menos dudas. Pero, por otro lado, los persas tenían fama de grandes combatientes, y quizás se viese paralizado por el terror, resultando así una víctima todavía más fácil.

Independientemente de cómo lo planteara, tenía miedo, esa era la verdad. Era tan cerebral que podía profundizar en todos los aspectos de su existencia. Era su valor como artista, pero también su límite como guerrero. Él se sentía inclinado a valorar todas las implicaciones de los actos en los que se veía implicado, y la implicación más obvia de una batalla era que las probabilidades de morir o de matar eran muy altas. Y él no quería hacer ni una cosa ni la otra. Acababa de comenzar a recibir aprobaciones sobre su arte, y estaba convencido de que estaba destinado a otras metas que le podían llevar a ser inmortal, y no pretendía morir antes de lograrlo.

Pero el miedo le detenía, le hacía todavía ser menos válido como soldado, disminuyendo sus probabilidades de supervivencia. Había siempre compadecido a su hermano por ser instintivo, por su índole primitiva y por el reducido número de conceptos que albergaban en su cerebro. Pero ahora habría deseado ser como él, para no preocuparse sobre las consecuencias de sus propias acciones y de las de otros, para disfrutar de ese mínimo de inconsciencia que le permitiría afrontar el peligro con mayor determinación y, por tanto, con mayor capacidad de defenderse.

—¡No! ¡Yo me niego! ¡No lograré jamás aniquilar a nadie si tengo que ser la niñera de todos estos! —se oyó de pronto. Eran unos gritos que provenían de la primera fila. Y aquella voz, era inconfundible: Cinegiro.

Esquilo vio plumas que se movían de forma brusca, por delante. Y el *lochago*, junto a la alineación, se movió hacia el hermano, que se había salido de su puesto.

—¡Vuelve a tu puesto, soldado! ¡Así comprometes la cohesión de la formación!

—¡No! ¡Así comprometo mi fuerza! —replicó Cinegiro—. ¡Yo combato como me parece y tú no puedes detenerme! Cinegiro es el hoplita más valiente de Atenas, y pretende demostrarlo, ¡hoy más que nunca!

—¡Vuelve a tus líneas o llamo al estratega! —insistía el oficial.

—Si quieres puedes llamar también al polemenco. ¡Yo sigo por mi camino!

—¿Pero quieres morir enseguida? Llevas sólo tu escudo. ¿Quieres quedar enterrado por una lluvia de flechas incluso antes de ver a un persa?

—¡Yo sé correr tan rápido que serán los persas los que no tendrán tiempo de verme antes de que los degüelle a todos!

Esquilo no podía ver la cara de su hermano, pero tenía muy presente su expresión emocionada cuando tomaba una decisión. Los ojos se le inyectaban de sangre, casi parecía que salpicaban, y su comportamiento guerrero habría asustado al más prestigioso de los comandantes. El resultado, de hecho, fue que el *lochago* se echó

hacia atrás murmurando algo sobre el hecho de que, si quería morir, pues que lo hiciera...

Quizás no había que desear tanto ser como el hermano mayor. Cinegiro era un loco.

Ansia. El ansia que crecía en las filas de la armada griega conforme se acercaba al enemigo. Poco tiempo a disposición, tanto por aprender todavía. Eucles guiñó los ojos, buscando con la mirada alguna señal que le revelara la entidad del enemigo que tenía delante de la gran marisma. Formas indistintas se delineaban más allá de sus posibilidades visuales, sombras diseminadas en un frente que llenaba todo el horizonte, desde el río Carandro hasta el mar.

Del río Carandro hasta el mar.

Y cómo lo veía él, también lo veían los que estaban en primera fila. Los persas todavía en tierra eran muchos, por lo que parecía. *Todavía muchos*. Lo que significaba que los griegos se encontraban aún a tiempo para detenerles antes de que zarparan hacia Atenas. Pero también para sufrir una dolorosa derrota, que condenaría de todos modos a la ciudad.

Todos se estaban dando cuenta de que, por mucho que los comandantes hubieran extendido el frente de la armada, la amplitud no garantizaba a los griegos que no se vieran rodeados. Aún disponiendo las unidades sobre sólo ocho filas, las alas no llegaban ni al mar ni al Carandro. Y los persas tenían mucha caballería, demasiada. Para ellos se trataría de un juego arrojarse sobre los laterales enemigos y atacar. En ese momento era todavía más necesario avanzar rápidamente, para no darles tiempo de maniobrar con los repartos a caballo.

Y naturalmente para no dejarse matar por sus arqueros, visto que las cohesiones de las líneas dejaban mucho que desear.

Filípides obtuvo confirmación de sus pensamientos.

—Quién sabe cómo le va a Tersipo. Me encantaría verle, él que tiene tanta confianza en los altos mandos. No somos capaces ni de estar unidos, y los persas, probablemente, son todavía muchos más que nosotros.

—¿Pero cuándo nos van a decir cuántos son? A esta hora, los exploradores que Calimaco ha enviado en avanzadilla deberían haber vuelto ya para decirnos el número de los enemigos... —indicó Eucles.

—No funciona en absoluto. Los mandos están tomando iodo tipo de decisiones. Si no fuera Hippias, a quien tenemos delante junto a los asiáticos, diría que Atenas necesita un tirano y no la democracia.

—¿Todavía sigues con estos discursos tan peligrosos? Da las gracias a los dioses de que yo no soy Tersipo.

—Tersipo profesa la democracia sólo en apariencia. Quiere usarla para sus

propios fines. En realidad, se siente más preparado que los demás, y quiere levantarse sobre ellos. Aunque no lo admita nunca, también él, como yo, está convencido de que no todos los ciudadanos somos iguales. Y él quiere usar la democracia para sus finalidades, préstame atención...

—Si le escuchas a él, eres tú quien quiere usar la democracia para tus finalidades.

—Bueno. Serán los hechos los que demuestren quién miente. Ahora, por otro lado, tenemos problemas más urgentes que resolver —dijo Filípides en tono conclusivo, indicando con un gesto de la cabeza la dirección del enemigo, ligeramente hacia la derecha.

Un caballo estaba avanzando hacia sus líneas. No quedaba muy claro si en la silla había o no un caballero. Pero conforme se acercaba, se notó que llevaba una carga encima. Los griegos tuvieron que esperar todavía para entender de qué se trataba. Y cuando lo entendieron, no se quedaron en absoluto contentos.

El caballo se detuvo sólo ante la primera línea, levantando las patas posteriores y dejando caer la carga que llevaba en la grupa.

Era uno de los exploradores, que se había transformado en una alfombrilla de flechas.

Cada vez peor, pensó Eucles. Ahora no tendrían ni siquiera el modo de saber contra cuántos enemigos se tenían que enfrentar, salvo cuando se encontraran en el radio de alcance de sus tiros de dardos. Los persas protegían sus líneas quién sabía con cuántos arqueros, que impedían a los hombres enviados en avanzadilla por Calimaco hacer su trabajo. Todos los hombres se dieron cuenta, y un escalofrío de terror recorrió las filas del ejército griego.

Y sin embargo, aquel espectáculo y el ansia por un enemigo que hacía de todo para mantenerse desconocido e inquietante, terminaron por solicitar, si no el sentido de la responsabilidad, al menos el instinto de supervivencia. De repente, notó Eucles, los oficiales no tuvieron ya la necesidad de obligar a los soldados a cerrar las líneas y a respetar la posición. El empeño de cada combatiente se multiplicó, su concentración aumentó y, como por una especie de magia, las filas se compactaron, aún manteniendo un ritmo rápido de marcha. Todavía quedaban muchos agujeros, gente que perdía el paso respecto a quien le precedía, soldados que discutían con los compañeros que tenían a su lado. Pero la situación había cambiado de repente.

El propio Eucles se dio cuenta de que Filípides ya no se lamentaba más por el modo en que él le protegía su costado descubierto. También él, evidentemente, se sentía responsabilizado e, instintivamente, aplicaba las disposiciones tácticas de forma más cuidadosa. Le ocurría todavía que de vez en cuando pisaba los pies al hoplita del que buscaba la protección en el lado derecho, y sentía a muchos guerreros lamentarse de los pisotones de sus compañeros, pero todo el asunto parecía por fin funcionar.

Intentó imaginar cómo tenían que aparecer las unidades griegas desde fuera, desde una posición elevada como los puentes de las naves persas que seguían ancladas en la playa de Esquema. Se imaginó una amplia coraza con placas, llena de espinas y extendida por todo el terreno, que tenía que causar también su efecto. Quizás también ellos conseguirían causar miedo al enemigo, apareciendo inquietantes como los persas aparecían ante ellos.

—¡Son tantos! ¡Tantísimos! —sintió gritar desde algunas filas más allá. Levantó la mirada, que había mantenido constantemente sobre los conmlitones que estaban a su lado, y tuvo finalmente la ocasión de hacerse una idea más exacta de lo que les esperaba.

Los persas también se estaban alineando para una batalla. Si antes, desde lejos, había visto todo el frente entre el río y el mar como si fueran hormigas en movimiento, era porque su campamento se extendía entre los dos márgenes. Lo que había visto eran los perfiles de las tiendas y de algunas torres de vigilancia, los repartos de caballería que iban de un lado a otro registrando, y las unidades de arqueros avanzadas en cobertura. Era obvio que el frente entero estaba ocupado por su presencia. Lo que veía ahora, en cambio, era justamente el ejército alineado.

Y se extendía también éste por todo el frente.

Los persas no necesitaban hacer llegar su infantería hasta el río y el mar. Tenían la caballería, y la tenían ya dispuesta en las alas, lista para atacar a los griegos en cuanto intentaran llegar cerca de la primera línea. En todos los demás sectores se estaba disponiendo una densa línea de *sparabara*, como los llamaba Milcíades. Eran unos guerreros con enormes escudos, cuya disposición probablemente hacía peligrar la táctica que estaban intentando realizar los griegos.

Eucles se repitió lo que ya habían dicho los oficiales: los escudos persas eran grandes pero de mimbre, por lo tanto poco consistentes. Los infantes enemigos no iban armados demasiado y no aguantarían un ataque a la carrera. Se lo repitió una vez más, luego, otra vez más, intentando que se transformara en una letanía.

Pero seguía persistiendo el problema de la protección sobre las alas. Con los costados así expuestos, no había táctica alguna que pudiera consentir a los griegos salir victoriosos. Los caballeros enemigos parecían no esperar otra cosa que cargar contra los lados cortos del amplio rectángulo formado por los hoplitas griegos. Largo, pero no suficiente. Eucles vio a los oficiales discutir entre ellos y luego hablar con Arístides, que a su vez se movió hacia Temístocles. Y mientras los soldados seguían avanzando hacia aquella trampa, los comandantes hablaban entre ellos de forma excitada.

Cada soldado se preguntó qué es lo que habrían decidido. Se encontraban ya a menos de cuatro estadios del enemigo. En breve entrarían en el radio de alcance de los temibles arqueros persas, y con las ideas todavía confundidas. En ese punto, vista

la consistencia de los asiáticos todavía en el suelo, estaba también la posibilidad de que Calimaco y los otros decidieran retirarse y esperar de verdad el ataque enemigo. O que volvieran a las viejas tácticas, liberando los vínculos y los lazos a los hoplitas y dejando que cada uno desahogara toda su agresividad.

El consejo, imprevisto y mantenido siguiendo el paso de marcha, se disolvió de repente y cada comandante volvió a su propia unidad. Eucles vio a Arístides hablar con su *lochago*, y este último ir hacia ellos.

—¡Abriros de forma que el compañero que está detrás de cada uno llegue a vuestro costado! ¡Tenemos que ponernos en cuatro filas y alargar nuestro frente! —gritó el *lochago*.

Los soldados se quedaron desconcertados. Miraron a su alrededor, desorientados, si saber qué era lo que tenían que hacer.

—¡Rápido! ¡Dentro de poco nos alcanzarán los dardos persas! ¡Rápido! ¡Adoptad la nueva posición y cerrad inmediatamente filas! —insistía el *lochago*, que volvió a empujar y tirar de los hoplitas de forma más intensa que al principio de la marcha.

—¿Todo el ejército en cuatro filas? ¡Así no aguantaremos el choque contra el enemigo! —protestó Filípides—. Y además, ¿qué necesidad hay? ¡Si doblamos la longitud llegaremos al mar!

—De hecho, doblamos la longitud solamente nosotros y Leóntidas. ¡Moveos! —respondió el oficial.

Tras el desconcierto llegó el miedo. Eucles miró a Filípides y estuvo seguro de que estaba pensando lo mismo. Para evitar amenazas sobre las alas, el Estado Mayor había decidido debilitar el centro, tanto para alargar la alineación e igualar la extensión del enemigo, como para inducir a los persas a converger hacia el centro. En la práctica, Arístides y Temístocles habían aceptado sacrificar a sus hombres para aumentar las posibilidades de supervivencia del resto del ejército.

Había terminado. Todos morirían, no se salvaría ni uno. No era posible lanzarse contra aquella muralla de escudos con una línea tan fina y sin armadura, o lo que era lo mismo, sin ninguna fuerza en el choque inicial. Ni serían capaces de sujetar el probable contraataque persa, destinado a arrasarles en un instante.

Ningún desafío con Filípides y Tersipo. Ismene fuera, probablemente. El único desafío posible era ya consigo mismo, se dijo Eucles. Y ese reto era sólo por la supervivencia.

XII

La zancada es siempre más corta. Eucles prueba a alargarla, pero se da cuenta de que se esfuerza demasiado y teme endurecerse. De esa forma sigue las pocas posibilidades que le ofrece ahora su cuerpo y se deja arrastrar. Está convencido de que se encuentra más allá de la mitad del recorrido, lo que quiere decir que ya ha corrido como jamás antes en su vida. Y después de una batalla. Siempre después de una batalla, tiene que tenerlo presente, para convencerse de ser de verdad un atleta de primer orden.

Un hombre de primer orden.

Lo sabía. Sabía que tenía todas aquellas potencialidades, que los límites le habían siempre mortificado, incluso humillado. Un hombre capaz de tanto habría podido coleccionar docenas de coronas de olivo, en cualquier competición entre helenos, incluso en las Olimpiadas. En cambio, nada, ni siquiera un resultado prestigioso. Sólo pésimas actuaciones como consecuencia de sus temores, de sus inseguridades. De su instinto de perdedor.

Pero se encuentra todavía a tiempo, ¡por todos los dioses! Ha ocurrido, en el pasado, que una molestia se haya desbloqueado de repente, haya adquirido conciencia de sus propias potencialidades y haya comenzado a ir fuerte para hacer de uno un vencedor. Es todavía joven y puede conseguir todavía las victorias que su espíritu pávido le ha negado constantemente. Siempre que se acuerde de lo que ha sido capaz de hacer con ocasión de la batalla de Maratón. Siempre que venza, esta vez.

Superar a los dos amigos que, a diferencia de él, han sido siempre vencedores, conquistar a la mujer que ama, una mujer que nunca le ha tomado en serio —quizás porque su intuición femenina le había ya clasificado como perdedor—, convertirse en un hombre que salva a Atenas, impidiendo que los partidarios de Hipias abran las puertas a los persas... Hay suficiente para dar a un hombre la convicción necesaria para alcanzar otras metas. Esa misma convicción de estar destinado a algo más grande que han poseído siempre Filípides y Tersipo, pero también, a su manera, cada uno en su propio campo, Cinegiro y Esquilo.

Sin embargo también ellos dos van fuertes, maldita sea. Lo de Filípides lo sabía, les está desafiando en su propio terreno. Pero de Tersipo... Tersipo no había tenido nunca la capacidad de resistencia y, sin embargo, está todavía ahí. Quizás también Tersipo se está dando cuenta de ser capaz de ir más allá de sus propios límites cuando la puesta en juego es alta. Y para él es alta, sin lugar a dudas: no se trata tanto de Ismene como de la popularidad que le otorgaría una hazaña parecida, y, por lo tanto, el poder que podría lograr con ello.

Ellos afirman que luchan por Ismene, pero en realidad luchan por afirmarse a sí mismos y sus ambiciones. Sólo él la ama de verdad. Es más, su amor es verdadero,

porque no tiene en cuenta los sentimientos de ella, no se deja condicionar por las ventajas que podría obtener y no necesita ser alimentado por su afecto.

No hace otra cosa que repetírselo, para darse fuerzas, el empujón para resistir, para seguir superando los propios límites.

La pérdida de fuerzas llega sin más, de repente, de forma imprevista. La pierna izquierda pierde apoyo, se resbala, se alarga hacia el exterior y arrastra consigo a todo el cuerpo, Eucles se encuentra tirado en el suelo. Rueda, siente una herida en la rodilla. Y sólo ahora se da cuenta de que se encuentra en un terreno resquebrajado, que ha cedido bajo su propio peso.

Pero no hay tiempo que perder. Se levanta inmediatamente, se mira la rodilla. La encuentra arañada y sucia de tierra. Intenta limpiársela con la mano. Peor, sigue sucia. Y le duele. Le duele mucho.

No hace nada. Las heridas de la batalla son todavía peores. No será seguramente una quemadura en la pierna lo que le detenga, ni siquiera que ralentice su acción. Vuelve a correr, si bien con esfuerzo cuando apoya la pierna dolorida. Y rápidamente se da cuenta de que le cuesta mantener el mismo ritmo de antes. Era el ritmo que había asumido lo que le empujaba, le daba la fuerza para mantener una cadencia instintiva, mecánica, que le evitaba sentir excesivamente el esfuerzo.

Ahora el esfuerzo lo siente plenamente, y todo a la vez. Ponerse de nuevo en acción, retomar ese ritmo mágico, casi hipnótico, es una empresa. Ahora, con cada paso, con cada intento por producir una zancada apenas más amplia que un sencillo ritmo de marcha, se siente encima toda la fatiga de ese día campal, de los golpes y ataques que ha realizado durante la batalla, de los estadios recorridos hasta ese momento.

Y siente también la fuerte respiración de Tersipo detrás de él.

—¿Es duro, eh? —le escucha decir, entre una respiración y la otra.

—Aguanto. Todavía aguanto. Lo siento por ti —se siente en deber de decir. Jamás hay que revelar las propias debilidades a un adversario. Ni siquiera si se trata de un amigo que debería conocerte a fondo.

Mientras tanto, Tersipo se ha situado junto a él. Y parece poder aguantar su ritmo.

—Pues claro... No lo ponía en duda —dice el amigo, siempre jadeando—. El problema es que Filípides lleva otro ritmo...

—Ya... le alcanzaremos, antes de llegar a Atenas. *Tengo que alcanzarlo...* y en la meta le gano, de eso estoy seguro.

—Lo dudo... para alcanzarle deberemos usar todas nuestras energías... y el resultado... será que el que nos quede para el final... Filípides sabía que no podría perder contra nosotros. Quizás contra nadie en este tipo de prueba...

—No... Ha habido una batalla, recuérdalo. Se ha comportado como un valiente... más que cualquier otro. Y tenía encima la armadura. Por lo que también se ha

cansado más que cualquier otro... Tarde o temprano cederá. Es humano también él, a diferencia de lo que afirma que es... —Eucles lo dice esperando que de verdad fuese así.

—Y precisamente porque es humano... tiene debilidades típicamente humanas, que quizás nos ponen a todos en un peligro extremo. *Quizás...* —sentencia Tersipo, contando bien las palabras. A pesar de resoplar y de los suspiros con los que ha acompañado las palabras, Eucles advierte cierta insinuación en sus palabras.

—Qué... ¿qué quieres decir? —pregunta. Pero ya lo sabe todo. Hace días que Tersipo no oculta algunas suposiciones sobre Filípides, y que se abandona a sugerencias francamente molestas.

—¿Pero no lo ves? Filípides quiere que vuelva la tiranía. Habla siempre de los males de la democracia... no se encuentra a gusto en este sistema...

—Pero si odia a Hipias...

—A Hipias, claro. Pero no al que podría venir después de él...

—¿Qué sería? Explícate mejor...

—Los Alcmeónidas. Lo saben todos aquellos que apoyan a Hipias... y que están dispuestos a aceptar la genérica y poco aparatosa soberanía del lejano Darío con tal de hacer lo mejor para ellos y tomar el poder de Atenas...

Tersipo calla, quizás sólo para retomar aliento. Eucles no habla. Y no por tomar aliento.

Luego el amigo, viendo a Eucles dispuesto a escucharle, retoma la palabras entre la selva de suspiros que le obliga la carrera.

—Si los persas permiten a Hipias recuperar el poder... ¿cuánto quieres que dure? Es viejo, está cansado, quizás a estas alturas es un incapaz... Pero para apoyar sus tiranías las dejaría en manos de los Alcmeónidas. Gente como Calíxeno y Megacles están listos a recoger su herencia... Y mantienen negocios con Ismene. Casándose con ella, Filípides tendría relaciones con la familia más poderosa de Atenas... Y con la popularidad adquirida con esta empresa, te dejo imaginar a lo que puede aspirar... ¡Incluso a ser el próximo heredero de Hipias!

Eucles esta vez habló.

—¿Y en qué modo piensas que pueda obtener todo esto? ¿Sólo... ganando nuestra apuesta?

—Ése sería el camino más largo. Pero eficaz y practicable, tienes que admitirlo. Si bien hay otra, más rápida. Puede allanar la calle hacia el poder incluso solo... llegando a Atenas antes que nosotros y... *mintiendo sobre el éxito de la batalla.*

Eucles se niega a pensar eso. No quiere reflexionar sobre la posibilidad de que Filípides, su viejo amigo, sea capaz de traicionar a su propio país.

—¿Y cómo podría hacerlo? Nosotros llegaremos tarde o temprano... y lo negaremos. Y además, ¿qué puede suceder si dice que han ganado los persas?

—¿Qué ocurriría? ¿Pero no lo entiendes? Los Alcmeónidas... tardarían muy poco en convencer a la población de que cualquier resistencia es inútil. ¡Abrirían las puertas a Hipias y a los persas y todo terminaría!

Tersipo parece muy acalorado, tanto que consigue hablar incluso sin interrumpirse ni tomar aliento.

—Pero nosotros podríamos siempre decir que miente. Y sería nuestra palabra contra la suya... —insiste Eucles.

—¿La palabra de dos derrotados envidiosos? Filípides ya goza de mucha más popularidad que nosotros. Para muchos es casi un semidiós. Nuestra palabra vale poco en comparación. Y además, podríamos llegar demasiado tarde. No sabemos cuánto nos puede sacar todavía. Y además...

Silencio.

—¿Y además?

—Recuerda que tenemos los tres las espadas. ¿Quién te dice que Filípides no nos espera en las puertas de Atenas para que callemos para siempre, contando con el hecho de que nos fiamos de él?

—¿Pero estás de broma? ¡Eso no es posible! ¡Lo conozco desde hace una vida!

Ahora Tersipo parece de verdad convencido de lo que está afirmando.

—Conoces a otro Filípides. Ninguno de los dos puede saber en qué se puede transformar un hombre que tiene ante él la posibilidad de dar un giro a su propia vida. Puede ser que no pensara en ello antes. Pero ahora, las ventajas que puede obtener con esta situación son demasiadas para dejarlas de lado. En la mejor de las hipótesis, constituyen una gran tentación. ¿Sabrías tú resistir a las tentaciones? ¡Siempre ha deseado la gloria, recuérdalo!

Ya. La tentación. Ni siquiera él era capaz de resistir a las tentaciones. También él sentía estar dispuesto a todo con tal de conquistar a Ismene. Y no estaba seguro de que resistiera ante la posibilidad de alcanzarla rompiendo algún código ético, violando la ley o pasando por encima de sus propios escrúpulos...

—Pero Filípides siempre ha deseado la gloria deportiva y no otra... —intenta decir Eucles en un tono poco convencido, y no porque le cueste trabajo hablar.

—¿Y por qué se tiene que quedar en la deportiva ahora que puede obtener mucho más? El poder no asquea a nadie, cuando no es necesario esforzarse mucho para conquistarlo. *Es suficiente únicamente con traicionar a la propia patria...*

En ese punto, las palabras explícitas de Tersipo provocan en Eucles una reacción impulsiva.

—No. ¡Me niego a pensarlo! Filípides ha tenido siempre un alma noble. Y con ambiciones sencillas, cristalinas. No le ha hecho nunca daño a nadie si no se ha visto obligado. Es una de las mejores personas que he conocido nunca. Y siempre lo ha demostrado, incluso ahora. ¡Es más, en Maratón lo ha demostrado todavía más!

¡Incluso me ha salvado la vida! Uno no cambia de un momento a otro, ni siquiera frente a la perspectiva de obtener unas ventajas parecidas.

Pero no está tan seguro de lo que ha dicho.

—Está bien, está bien —se apresura a replicar Tersipo—. Quería sólo decir que es una posibilidad. Remota, pero una posibilidad. Y mientras exista una lejana posibilidad de que alguien pueda entregar a los persas y al tirano nuestra ciudad, nosotros que somos los únicos que podemos impedirlo tenemos al menos que plantearnos la pregunta.

—¡Yo no tengo dudas! —exclama molesto Eucles, corriendo el riesgo casi de ahogarse por el esfuerzo.

Justo entonces nota una sombra pasarle a poca distancia por la pendiente.

Una sombra con escudo y lanza.

Eucles no se había percatado de ellos antes. Se encontraba demasiado distraído para seguir con la mirada la interminable muralla de escudos que se extendía delante de él, inmóvil como para darse cuenta de aquella barrera casi imperceptible, justo ante sus ojos. Se vio informado gracias a los gritos de los otros conmitones menos distraídos.

—¡Flechas! ¡Flechas clavadas en el terreno! ¡Centenares! ¡Miles!

Y entonces las vio también él. Pero mientras tanto, los oficiales habían dado la orden de detenerse. Unos pasos más y terminarían en medio de una poco natural plantación, en una selva de palitos clavados en el suelo. Dardos, dardos arrojados con anterioridad por los arqueros persas más avanzados. Quizás los mismos dardos que habían alcanzado a los hombres enviados por Calimaco en avanzadilla.

Y no era una barrera regular. Se encontraban clavados en el terreno durante muchos pasos, y habrían roto cualquier alineación si hubieran intentado avanzar de forma compacta.

—¿Y ahora qué hacemos? —se preguntó Filípides—. ¿Se trata del máximo alcance de los arqueros persas posicionados entre las líneas enemigas o el radio alcanzado por aquellos más avanzados anteriormente?

—En el primer caso, comenzaremos a ser el blanco de sus flechas en cuanto comencemos a andar, y no tendremos modo de retomar la cohesión. En el segundo caso, tenemos todavía un margen para superar la barrera y unirnos respondió Eucles, que había entendido inmediatamente el significado de las palabras del amigo.

Se quedaron a la espera de que el mando decidiera lo que tenían que hacer. Increíble: se encontraban a dos estadios casi del enemigo y todavía el estado mayor dudaba a la hora de decidir qué táctica tenía que adoptar. Todavía peor, de qué modo aplicar la nueva táctica concebida, planificada de forma aproximada y apenas ejecutada.

Y ellos estaban precisamente en el sector más débil de toda aquella frágil construcción, en el punto donde la alineación era más improvisada, con un espesor y una profundidad absolutamente ridículos.

Cuatro filas.

Encima sin armadura.

Algo propio de un suicidio.

Eucles aprovechó su pausa para valorar las fuerzas adversarias y su comportamiento. Pero no se encontraba todavía suficientemente cerca para observar el conjunto. De los escudos se veía con dificultad las siluetas, pero los colores resultaban difíciles de distinguir bajo el reflejo de los rayos de sol, que sólo entonces estaban perdiendo su propia timidez para iluminar con más decisión la llanura. Es más, parecía casi que los millones de brazos del astro estuvieran convergiendo en el escenario de la inminente batalla para poner en el centro del universo a los protagonistas de tal acontecimiento.

Aún así, la visión en campo abierto, no obstruida por algún árbol o alturas, les consentía ver de forma aceptable la actividad a lo largo de la playa, no escondida por la línea de escudos ni por las tiendas detrás del ejército alineado. Algunas naves parecían haber zarpado ya, y se asemejaban a puntitos negros en la lejanía. O al menos era lo que pensaba para poder interpretar aquellas manchas oscuras en la superficie del agua, justo cerca del perfil del Eubea. Pero en su rastro había otras más cercanas, que con las velas abiertas procedían hacia el sur. Otras, en cambio, se estaban alejando de los fondos más bajos e izaban las velas, pero el núcleo de la flota se encontraba todavía cerca de la playa. Es más, diferentes barcos se encontraban todavía en la zona seca, y alrededor de estos se movían como hormigas hombres ocupados, con palos y pasarelas para ponerlos en el agua.

Lo que más llamaba la atención sobre todo, y le asustaba, era el presumible número de enemigos. Muchos habían zarpado ya, muchos otros trabajaban alrededor de las naves, y sin embargo aquel muro de escudos se extendía desde el mar hasta el Carandro. Con la disposición adoptada por los mandos griegos, de ocho líneas con cuatro en el centro por un total de once mil efectivos, Eucles había calculado que formaba parte de un frente de casi mil quinientos hombres más o menos. Pero era demasiado esperar que la profundidad de la alineación enemiga fuera igualmente tan estrecha. Entonces, no sólo los hombres dispuestos frente a ellos eran mucho más de once mil, y les esperaban de pie, firmes, bien unidos y ordenados, sino que el conjunto de las tropas persas, si sólo hubieran querido empeñar todos los efectivos a disposición, habría sido muy superior al de los atenienses.

Quizás esperar a los espartanos no habría sido una idea mala, después de todo.

Pero ya era tarde. El enfrentamiento tendría lugar en contra de todas las condiciones adversas que habían surgido durante el avance de la armada griega. Pero

todavía no se podía saber cómo.

—Ninguno de nuestros comandantes daría ahora la orden de retirada. Sería como admitir que han cometido una serie de estupideces —comentó, de hecho, Filípides—. Nos han condenado a ir al encuentro de una muerte segura, y lo saben. Pero si nos retiráramos quedarían en ridículo, independientemente de cómo pueda terminar, y sus vidas políticas estarían acabadas. Habría quien incluso sería castigado con el ostracismo y no podría volver a poner un pie en Atenas... Prefieren morir, creo, y pasar por unos locos valientes, que entregarse a la historia y al juicio de los ciudadanos como unos incompetentes. Así que atacaremos, ya verás. Y encima lo haremos respetando el previsto avance como falange.

—¿Quieres decirme que con un tirano esto no ocurriría? —le respondió Eucles—. ¿Que un tirano no tendría miedo de perder consensos, y que una vez aceptado que su plan es un fracaso volvería atrás sin suponerle un problema?

Filípides sonrió. Una sonrisa llena de amargura.

—¿Tú qué dices?

—Digo que de todos modos se ha terminado. Con o sin espartanos. Así, pues, vale la pena morir con dignidad, como hombres libres que han decidido su propio destino.

—¿Por qué? ¿Acaso has decidido tú venir aquí para que te maten por nada? Di la verdad, si hubieras podido decidir, ¿no hubieras esperado a los espartanos? ¿Y no te retirarías, tú que no tienes intereses en política ni ambiciones?

Aquella referencia a su falta de ambiciones hirió a Eucles.

—No, no he decidido venir aquí para que me maten ni para quedarme. Lo que he elegido yo es quién tenía que decidir por mí. Se lo he concedido... —respondió al final.

—Bien para ti. Pero esto no hará que tu muerte sea menos amarga, creo...

Eucles miró a su alrededor. Se dio la vuelta y observó a los connilitones que estaban detrás de él. Si alguna vez los cascos ocultaban las expresiones, por su comportamiento se veía con suficiente claridad que todos se daban cuenta de que se encontraban en una situación sin vía de escape.

Una situación desesperada.

Pero no por ello estaban desanimados. Desesperados, claro, pero no desanimados ni desorientados.

—¡Dejad que vayamos al ataque! ¿Os movéis? —sintió gritar de otro sector.

—Venga, ¡moveos los que estáis delante! Terminemos de una vez —llegaba desde las últimas filas.

Poco a poco se escucharon gritos del regimiento por todas partes.

—¡Enseñémosles cuánto valen estos atenienses!

—¡Obliguémosles a tener miedo de nosotros!

—¡Quiero cruzar el Estigia junto a todos los persas que he matado!

—¡Quiero que los dioses se sientan orgullosos de mí!

—¡Quiero morir como un héroe!

Eucles se avergonzó por haberse desanimado. Ellos, a diferencia de él, sabían que se encontraban en un callejón sin salida pero, precisamente por esto, parecían muy decididos a vender cara su piel. A llevarse consigo a cuantos más persas mejor, antes de marcharse. Aunque fuera únicamente para sustraer efectivos al ejército que se encaminaba a conquistar Atenas. Se encontraban todos dispuestos a sacrificarse por la patria.

Miró a Filípides. Había dejado de hablar, pero también él parecía estar preparado para aceptar su propio destino, a pesar de sus declaraciones. Miraba fijamente al frente, con el cuerpo recto, la lanza apuntando hacia el suelo con la cúspide posterior. Absolutamente tranquilo y sereno, al menos en apariencia. Ningún temor en su físico seco, ninguna oscilación de la cabeza. Una estatua lista a saltar, un semidiós que reunía las fuerzas para dar lo mejor de sí mismo. Igual que antes de una prueba, estaba concentrado sólo sobre el objetivo para conseguir el mejor resultado posible que, en este caso, era tumbar al mayor número de enemigos. Y no sólo por la apuesta en juego, que quizás había pasado a un segundo lugar, sino por la patria. Quizás no pensaba ni siquiera en Ismene, quizás no se ocupaba de ningún otro problema más que el de la supervivencia. Es más, probablemente quería sólo salvar a su propio país y morir con dignidad, sintiéndose orgulloso de sí mismo. Y todo ello mientras él, Eucles, pensaba todavía en Ismene y en cómo salvar el pellejo.

Filípides era mejor hombre que él.

Le costó admitirlo. La evidencia lo hería, pero esta vez más que nunca se le echaba en cara. Lo había sabido siempre. Pero no porque su amigo fuera un ganador y él un perdedor. No porque quizás era un semidiós y él un hombre normal. Sólo porque Filípides era un *hombre* y a él le costaba trabajo serlo.

Luego, de repente, llegó la orden.

Locura. Pura locura. Parecían incluso felices de ir al encuentro con la muerte. Esquilo no se hacía a la idea de ello. Y no se avergonzaba en absoluto de no ser como ellos. Escuchaba a sus compañeros, con Cinegiro a la cabeza, invocar el enfrentamiento, el asalto de aquel muro de escudos aparentemente impenetrable, aún sabiendo todos que no saldrían vivos del mismo.

Una manada de exaltados, eso es lo que eran. Borrachos de valores suicidas, de un malentendido amor patrio que restaba valor a la vida para dársela sólo a términos abstractos como la patria precisamente, como la democracia o el poder del pueblo, un poder para elegir cómo morir. No había nacido para aquello. No podía matar, y no podía ser útil a nadie en el campo de batalla. A sus compañeros los admiraba y los

detestaba al mismo tiempo, precisamente como había siempre admirado y detestado a su propio hermano, por su locura y su coraje. Pero no podría ser nunca como ellos. No *quería* ser como ellos.

Parecía una epidemia. Una enfermedad que hacía sufrir a Cinegiro y que, a partir de él, se había propagado por todo el ejército. Todos estaban convencidos de que no había otra elección que inmolarsse por la causa de la libertad. Pero ¿qué sentido tenía ser libres durante unos pocos instantes y luego morir? Mejor seguir estando vivos y esclavos: la esclavitud siempre puede ser temporal. No hay nada más mutable, más fluctuante que el destino político de un país. Y además, la política no es una condición el alma. Lo es el arte, pero no la política. La política es sólo una cobertura, como una coraza, un accesorio exterior que condiciona sólo parcialmente la libertad interior. Un artista es libre de ánimo y puede prescindir de las condiciones exteriores.

Y él había nacido para ello, para crear, para narrar historias de los héroes. Él no era un héroe, sino un hombre destinado a cantar las gestas de los héroes condenados, de hombres osados como Prometeos, que se había situado al nivel de los dioses y había sido castigado por su soberbia.

Precisamente como ellos, sus amigos. Y si hubiese sido uno de ellos, ¿cómo podría contarlo luego?

Se encontraba preparado para arrojar el escudo, justo como Archiloco. Si lo había hecho él, que había sido celebrado como uno de los poetas griegos más grandes, no veía qué había de malo en imitarlo. ¿Por qué tenía que morir si podía evitarlo? ¿Por qué tenía que renunciar a llegar a ser también él uno de los más grandes poetas griegos si su sacrificio, como parecía probable, no podría cambiar de todos modos el destino de Atenas?

Se encontraba en las últimas filas y estaba listo para preparar el escudo y escapar si las cosas se ponían mal. Y no sería el único. Los reclutas junto a él invocaban el ataque, claro, pero con menor convicción que los veteranos. Podía percibir su miedo, imaginar sus expresiones asustadas detrás de la cobertura de bronce del casco. Y estaba seguro de que, una vez frente a la muerte, sin el apoyo de los compañeros, ya destrozados por el enemigo en el primer impacto, su seguridad se habría disuelto al instante y pensarían únicamente en salvar el pellejo.

Pero ¿y Cinegiro? Él se dejaría alcanzar por las miles de lanzas antes de desplomarse de rodillas. Y en el futuro sus padres no tardarían en reprochar al hermano superviviente la diferencia entre los dos hijos: uno, dispuesto a morir por la patria y anclado en la primera fila; el otro, escapado del campo de batalla antes incluso de enfrentarse al enemigo.

Cinegiro lo condenaba a actuar como héroe. Lo detestaba todavía más por ello. Y lo admiraba y lo envidiaba también, por aquella determinación que tenía en cubrir un papel de protagonista en las tragedias que Esquilo habría sabido escribir pero no

vivir.

—¡Basta! ¿Qué es lo que esperamos? ¡Yo voy! ¡Quien desee una muerte honrada que me siga! —se oyó. Ahí estaba la voz de Cinegiro, delante, en primera fila.

Esquilo vio una cresta separarse de las filas. La del casco de su hermano, sin lugar a dudas. Luego vio otra, y otra, y otra. El *lochago* comenzó a gritar, primero intentando detener a quienes continuaban, luego intentando que mantuvieran una apariencia de cohesión en los rangos. Desde la extrema derecha de la alineación, Calimaco se movió hacia el centro del regimiento y comenzó a gritar también él:

—¡Sí! ¡Ataquemos! ¡Devolvamos al mar a esos cerdos que han venido para privarnos de nuestra libertad! ¡Pero todos junios! ¡Mantened la cohesión! ¡Mantened las filas unidas!

Mientras tanto el polemarco empujaba a los hoplitas unos con otros, induciéndoles a que llevaran un avance costado con costado, corriendo transversalmente, de una punta a la otra de la formación, estableciendo las líneas y cerrando los rangos. Esquilo fue forzado a retomar la marcha, primero con un paso rápido, luego corriendo, derribando las puntas de las flechas que estaban clavadas en el suelo a pocos pasos de donde había comenzado de nuevo.

Los dardos se le aparecieron delante de repente, bajo el talón del conmlitón que le precedía, corriendo el riesgo de hacerle tropezar en cada paso. Algunos dardos ya estaban tirados en el suelo y otros rotos. Imposible mantenerse tan cerca para protegerse los unos a los otros con los escudos. Alguien tenía que encargarse de quitar los obstáculos, realizando movimientos repentinos que hacían ondear la formación. Había quien terminaba por caer, arrastrando al suelo a quien le seguía. Pero nadie se caía al suelo. Quien perdía la posición se apresuraba a recuperarla para no sentirse responsable por haber minado la cohesión de la formación y haber comprometido la seguridad de los compañeros.

Aquellos que estaban en primera fila, pensó Esquilo cada vez más asombrado por la determinación de los conmlitones, iban aventajados. Podían ver con largo anticipo los obstáculos. Pero estaban también más expuestos a los proyectiles que, de un momento a otro, caerían del cielo como si fuera una lluvia. Las flechas clavadas y diseminadas por el terreno no eran nada, pero aquellas que llovían desde arriba serían letales para muchos.

Esperaba. Y sabía que los dardos listos para herir no los vería llegar. Le alcanzarían sin avisar, salvo por un ligero silbido demasiado repentino para ser percibido en tiempo real, demasiado indefinido para valorar la dirección y apartarse. Sentía un vacío en el estómago sólo con la idea. Los ejércitos griegos contra quienes había combatido disponían de escasos contingentes de arqueros, que tiraban pocas descargas de flechas hacia las primeras filas enemigas y que luego se echaban a un lado. Y él no había estado nunca en primera fila. Si no hubiera sido por el bienio del

efebato no habría ni siquiera tenido idea de cuál era el silbido de una flecha.

Pero ahora afrontaba un ejército de arqueros. Gente que combatía sobre todo de lejos, y que llegaba al cuerpo a cuerpo sólo para terminar con el enemigo, o cuando la acción de los arqueros no había sido suficiente.

Sólo para terminar al enemigo.

Su batalla, se decía, los persas la combatían con las flechas. Eran capaces de oscurecer el sol, dejando caer encima de los enemigos una lluvia de dardos, un tiro constante alternando los distintos regimientos, gracias a una velocidad y a una precisión de tiro que no tenía igual en el mundo. Y si de una flecha se defiende uno amparado en la fortuna, de una selva de flechas ni siquiera la fortuna te puede llegar a salvar. Porque donde no llega una puede llegar la otra.

—¡Cerrar las filas! ¡Cerrar las filas! ¡Sujetad los escudos! ¡Subirlos hacia arriba! —oyó gritar al *lochago*. Estaban dentro. Dentro del radio de alcance de aquellos pájaros rapaces, más insidiosos, más pequeños, más invisibles y letales que un águila.

Y no podía hacer nada.

Rogó a los dioses que fuera el primero en ser alcanzado. No habría podido resistir ver a sus propios compañeros caer a su lado uno tras otro y esperar su turno sin ni siquiera saber quién le habría matado y por dónde llegaría el ataque, ni cuándo se produciría el golpe fatal. Sentía un nudo atroz en el estómago y temía tener que liberar el intestino de un momento a otro.

Un ruido sordo. Escudo.

Uno acolchado. Terreno.

Uno suave, y luego un grito.

El primer caído.

Había ocurrido en las filas anteriores.

Ahora le tocaba a él.

XIII

La sombra no está sola. Hay al menos otra, a juzgar por los movimientos que Eucles nota por la ladera cercana al valle que él, Filípides y Tersipo están recorriendo.

Civiles en fuga, quizás.

Quizás. Le ha parecido ver un escudo y una lanza, pero podría tratarse del habitante de un pueblo que se ha preparado para defenderse.

Quizás.

Pues claro, a estas alturas está demasiado adelantado para encontrar a persas que salgan despavoridos. Serán sin lugar a dudas civiles del contado que no saben todavía nada del éxito de la batalla, y no quieren dejarse ver. A fin de cuentas, desde lejos Eucles y Tersipo podrían incluso parecer persas. Quizás también de cerca.

Eucles mira a Tersipo, que se encuentra claramente agotado. Al amigo le cuesta mantener su peso y se ve que está pagando el esfuerzo realizado para alcanzarlo. Percibe preocupación en su rostro contraído. ¿Y quizás no es únicamente porque teme separarse de nuevo?

—¿Serán civiles, no? A estas alturas estamos demasiado cerca de Atenas para encontrarnos con persas... —le dice, más bien buscando una confirmación.

—Pueden... pueden ser cualquier cosa —responde Tersipo con seguridad—. Campesinos en fuga, pero también persas en fuga, o...

—¿O?

—O... persas enviados adrede durante los días pasados, para detener a cualquiera de nosotros que fuera enviado con el intento de comunicar con la retaguardia...

Eucles siente que su corazón le da un vuelco.

—En ese caso, estamos acabados. ¿Cómo nos defendemos si van armados hasta los dientes?

—Tenemos la espada. Y somos atenienses. Lo acabamos de demostrar en el campo de batalla, ¿no?

A Eucles le gustaría tener la misma confianza en sus propias posibilidades. Como Filípides, Tersipo cree en sí mismo, y ya esta actitud le permite reunir fuerzas en los movimientos decisivos. Decide que lo tiene que intentar también él esta vez. Está convencido de las propias posibilidades. Tiene que ser fantástico creerlo de verdad, vivir con el optimismo de poder lograrlo en cualquier empresa que se proponga. Se vive mejor así, sin atormentarse, sin sufrir por sus propios límites. Y sin perder, perder siempre.

—Tenemos que estar pendientes, entonces —le dice su amigo—. Pueden agredirnos de un momento a otro. Ni siquiera ellos sabrán cómo ha ido la batalla, pero ganan de todos modos eliminando a los corredores enemigos. El rodeo de la flota tiene que haber sido ordenado con anterioridad...

A Tersipo le cuesta trabajo hablar.

—De cualquier forma, como demuestra el asunto del bloque de mármol, Datis estaba seguro de vencer... Yo creo...

Que ha enviado a gente en avanzadilla, precisamente para cortar el camino de los que se han marchado corriendo del ejército derrotado... y evitar así que sus noticias den a los arcontes el tiempo para organizar la resistencia.

—Entonces podrían ser muchos. Estamos perdidos —exclamo decepcionado Eucles.

—Eso no está dicho. Muchos... no habrían pasado nunca. Tenemos controlados todos los pasos, ¿recuerdas? Pueden sólo haberlos evitado por las montañas, ¿pero cuántos crees que lo han hecho?

—Creo que lo descubriremos pronto —replica Eucles, indicando con el brazo las laderas extremas del monte Parnés situado a la derecha.

Tersipo, que se encuentra unos pasos por detrás de su amigo, se da la vuelta. Están dirigiéndose decididamente hacia ellos.

Y son guerreros persas, con la panoplia completa.

Eucles disminuye la velocidad, desenvaina la espada que lleva colgada de la cintura y espera al conmlitón. Porque ahora Tersipo es sólo un compañero, un hombre con el que contar si quiere salir airoso. Ha funcionado antes y durante la batalla: los hoplitas han sido parte de un conjunto, como querían Calímaco y Milcíades, como había sostenido siempre Epizelo. Y funcionaría también ahora.

Bien, es así que se tiene que pensar. Positivo.

Pues claro, funcionará, incluso si esos dos se encuentran destruidos por la fatiga de los más de cien estadios recorridos con un buen ritmo. Deben tener los reflejos lentos y la vista nublada, y sus adversarios se encuentran frescos y descansados. Aunque ellos dos tienen sólo espada y los otros un casco, la coraza, el escudo y la lanza, además de tener también una espada a disposición...

Espadas con hojas cortas contra largas lanzas y escudos.

¿Pero cómo puede estar Tersipo tan seguro de sí mismo, maldición?

Eucles ve al amigo agacharse y recoger una piedra.

—¡Hazlo también tú! —grita Tersipo, como si una piedra pudiera colmar la brecha entre ellos y los enemigos.

Y sin embargo lo imita. Ha decidido creer en ello, y pretende hacerlo hasta el final. Al menos quiere morir pensando como vencedor después de haber transcurrido una vida como perdedor. Se sitúa a su lado y juntos se quedan inmóviles, con las piedras en la mano derecha y la espada en la izquierda, para esperar el asalto de los dos persas que se acercan a la carrera sin decir una palabra.

—¡No la tires hasta que yo no te lo diga! —susurra Tersipo—. Tirémonos sobre el de la derecha, juntos. Yo haré de forma que se abalance sobre mí. Le lanzamos las

piedras, tú lo atacas de lado y le quitas la lanza.

Lo dice como si fuera fácil. Pero es que durante la batalla han sido capaces ambos de realizar empresas mucho más complicadas y se puede lograr.

Los persas continúan callados. Parecen dos espíritus inmersos en el Hades. Quizás dos de aquellos que los atenienses han matado en la batalla poco antes y que vuelven para vengarse. O quizás son otros dos componentes del ejército exterminado y quieren solamente evitar llamar la atención en el supuesto de que otros griegos estén por los alrededores.

Como Filípides, si no lo han matado ya.

Queda sólo esperar que no sean espíritus, sino seres humanos. Eucles, como Tersipo, tiene todavía encima la sangre de aquellos a los que ha matado antes. Ahora sabe que los persas, los temibles persas, mueren, y también con una cierta facilidad si se les sabe matar.

Ahí están, frente a ellos. Tersipo se mueve, se aparta unos pasos de Eucles y va al encuentro del enemigo que está más a la derecha. Ése se queda un instante desconcertado, no se lo esperaba.

—¡Ahora! —grita Tersipo, y lanza la piedra, pasándose luego la espada a la mano derecha.

Eucles hace lo mismo, luego avanza unos pasos en la misma dirección. El persa se encuentra desequilibrado, su lanza está en vertical, no puede usarla. Eucles suelta un golpe con el *kopis*, pero de forma plana. El asta se cae de la mano del enemigo y él se agacha para recogerla, rodando por el suelo para evitar el asalto del otro adversario.

Mientras tanto, Tersipo reacciona. Ataca con la espada y, después de un primer impacto con el escudo, logra alcanzarlo con un segundo golpe que el persa no puede ya evitar. El asiático se cae al suelo mientras Tersipo le extrae el *kopis* sangrante de la ingle.

El otro persa se queda unos instantes desconcertado. Luego vuelve a apuntarle con la lanza. No es algo sencillo acercarse, sabe lo que está haciendo.

—¡Pásame el asta! ¡Pásame el asta! ¡Me ocupo yo! —grita Tersipo, acercándose a Eucles que, mientras tanto, mueve la lanza con la derecha y se ha pasado la espada a la mano izquierda.

Eucles tiembla con malestar. ¿Pero por qué él no ha de ser capaz de lograrlo con la lanza? No ha sido menos que Tersipo, ni que ningún otro, en la batalla, y en cambio ahora el amigo no se fía de su valor. ¿Tanto peso tiene su vida de perdedor que suprime cualquier residuo de confianza hacia él?

—¡Ni hablar! ¡Tú sígueme! —responde, con un tono autoritario. Ahora es él quien tiene la lanza y es él quien da las órdenes. Tersipo ha ideado el plan de acción, pero será él quien lo complete y lo concluya.

—¡Como quieras!

Tersipo no parece haberse enfadado por ello. Rodea al adversario y se sitúa detrás de él, mientras aquel está obligado a ocuparse de los movimientos de la lanza de Eucles.

El persa, sin embargo, es hábil. Y posee sangre fría. Por lo que parece, Datis, convencido de que podía ganar la batalla incluso con los reclutas, se ha privado de un experto veterano. Logra girar sobre sí mismo continuamente, abriendo los brazos y defendiéndose con el escudo de Tersipo y con la lanza de Eucles.

Después de unos instantes, Eucles se da cuenta de que es demasiado lento. Mucho más lento que en la batalla, y mucho más lento que el adversario. Pero no se puede sorprender por ello, se encontraba ya agotado después de todo lo que había corrido. Observa a Tersipo para ver si también él arranca. Debería esperar a que al menos el amigo sea capaz de enfrentarse al persa, pero se descubre a sí mismo deseando que también él se demuestre extenuado. Incluso a costa de que los maten a ambos.

No pretende reconocerle ninguna forma de superioridad. Jamás.

Pues claro, también él parece lento. Sus ojos se ven profundamente marcados, el sudor le cae por la frente, donde su flequillo se ha pegado a la piel y a las espesas cejas. Parece más encorvado que de costumbre, con las piernas abiertas y los brazos anchos. Actúa sólo en defensa. Y jadea... El pecho se le llena y se le vacía continuamente pero sin ritmo alguno, como si estuviera haciendo uso de las últimas fuerzas.

Eucles repara en que se ha concentrado en estudiar más a Tersipo que al adversario cuando éste realiza un movimiento que le roza el brazo. El brazo derecho, aquel con el que sujeta la lanza. El hoplita siente un pinchazo en el punto en el que ha sido alcanzado, e instintivamente abre la mano, dejando caer al suelo el asta.

¡No! ¡No! ¡No puede dar la razón a Tersipo! ¡Ahora no! El arañazo no es mucho. Podría recoger la lanza, pero tiene que estar atento en no ofrecer el costado para que el enemigo le ataque. Y sin embargo, tiene que cogerla. Un hombre con el *kopis* está vencido cuando encuentra a un hombre con la lanza. Incluso *dos* hombres con el *kopis* pueden no lograrlo contra un hombre con la lanza. Y con el escudo encima.

No hay otro modo. Eucles se tira al suelo, sobre la lanza. Espera sólo ser lo suficientemente rápido para agarrarla y clavársela al adversario antes de que aquel le alcance o le tire al suelo. Y se trata de un instante. Un instante durante el que el persa, frente a un contrincante a su merced, tiene que decidir si avanzar un paso y alcanzarlo o quedarse donde está y arrojar la lanza para realizar un tiro demasiado premeditado.

Ese instante de indecisión es suficiente para Tersipo para clavar el *kopis* en el trasero del adversario. Aquel reacciona dándose la vuelta y realizando un poderoso revés con el escudo, pero el ataque ha sido letal. Tersipo ya se ha tirado hacia atrás, sustrayéndose a la reacción del enemigo y observándolo desplomarse en el suelo,

contorsionarse en los últimos espasmos de la muerte. Luego mueve unos pasos hacia Eucles y le ayuda a levantarse.

—¡Muy bien! ¡Has sido muy hábil distrayéndole para permitirme que acabara con él! —le dice Tersipo con una amplia sonrisa.

Eucles tiene la impresión de que su amigo le está tomando el pelo. O quizás Tersipo está tan seguro de sí mismo que no tiene jamás dudas sobre quién es el mejor de ellos, y le está sinceramente agradecido por la colaboración. Está furioso, pero consigo mismo sobre todo, por no haber logrado demostrar ser más hábil que el amigo, ni siquiera esta vez. Ha pretendido tener el asta y la ha perdido. Y poco importa que haya salido de todos modos bien. Tenía que ir *mejor*.

—Sé que es dura, pero tenemos que seguir corriendo... —le dice Tersipo.

Eucles manifiesta con una mueca sus molestias. ¡Ahora encima tiene que escuchar lo que tiene que hacer!

—¡No hace falta que me lo digas! —responde asqueado. Y se pone a correr. Pero inmediatamente se da cuenta de que no es tan fácil. Los músculos le duelen más que nunca, ahora. Detenerse ha comprometido esos mecanismos que alimentaban su movimiento casi instintivamente. Pero continúa. Sabe que sólo corriendo retomará el dominio del dolor y el cansancio, y se esfuerza. Controla al amigo y ve que también él se encuentra ante esa muralla inicial que hay que saltar.

—¡Ah! Antes de que sigamos... —le dice Tersipo, agarrándole el brazo mientras intenta realizar unos pasos que más se parecen a una marcha que a una carrera—. Filípides...

—Se encontrará lejísimos ya. Podemos sólo esperar que se haya hecho daño o algo parecido... —responde Eucles.

—O que esté muerto. Podrían haberle matado antes de intentar matarnos a nosotros. ¿Has visto de dónde provenían? Ésos se encontraban más adelantados que nosotros.

Eucles tiene un escalofrío de terror. No por la eventual muerte de su viejo amigo, sino porque tiene la sensación de que Tersipo lo está deseando.

—Pero si no está muerto... —añade Tersipo, en una forma casi insinuada.

—Si no está muerto, ¿qué?

—Quiere decir que le han dejado pasar.

Una carrera de obstáculos. Obstáculos en el suelo, obstáculos por el cielo, obstáculos delante de sus ojos. Eucles se preguntó qué es lo que quedaría de la armada griega después de aquellos dos estados que recorrían hasta alcanzar las líneas enemigas. La barrera de flechas clavadas en el suelo se extendían por muchos pasos, señal de que los persas tenían muchos dardos que tirar antes incluso de comenzar a atacarles directamente a ellos. Y mientras avanzaban poco a poco en aquella selva de

arbustos artificiales, se hacía más densa la lluvia de flechas desde arriba, y más precisa su dirección. Por último, la línea de los persas comenzaba a materializarse delante de sus ojos. Ya no eran personajes abstractos e indefinidos en su imaginario, sino guerreros determinados, listos para aprovechar cualquier mínima debilidad de los griegos.

Eucles no conseguía encontrar un elemento que le animara en aquella locura que estaban realizando. Ni siquiera ahora que habían tornado a marchar decididos hacia el enemigo, después de aquellos instantes de desorientación frente a la barrera. Habían retomado la iniciativa del ala derecha, de repente, antes de recibir cualquier orden oficial, quizás por la iniciativa de algún exaltado como Cinegiro o del propio polemenco, y luego todo el frente había continuado. Para no quedarse atrás respecto a los compañeros del regimiento de Ayántide, para no sentirse unos cobardes junto a los conmitones, y para no resultar más expuestos a la reacción enemiga, poco a poco habían ido marchando todos. También los platenses en el ala izquierda, incluso más solícitos que algunos regimientos de la zona central.

Pero la cohesión de los repartos había sufrido. Si no bastaba la selva de dardos clavados en el suelo y la lluvia de aquellos que llegaban desde arriba, el ataque dejado en manos ya de la iniciativa personal de cada hoplita corría el riesgo de descomparar definitivamente los rangos de la armada, condenándola a llegar en pequeños grupos cuando entraran en contacto con los persas. Condenándola, por lo tanto, a la derrota.

En su fila, la de Antioquea, Filípides había iniciado la maniobra antes que cualquier otro, en cuanto había visto que el ala derecha se movía hacia delante. Un salto digno de aquellos de Tersipo, se había dicho Eucles. También aquella vez el amigo había demostrado ser mejor que él. Más valiente, más determinado. Eucles le había seguido inmediatamente después, movido por el instinto y la frustración. A fin de cuentas, le tocaba a él teparlo con el escudo. El otro hoplita situado a su derecha se había sentido responsable de su protección y había saltado a su vez, y así hasta que en pocos instantes toda la primera línea, y luego las otras, habían retomado la marcha.

Los oficiales se habían apresurado a ponerse a la cabeza del renovado lanzamiento de sus hombres, dictando un paso más rápido, pero luego habían tenido que hacer las cuentas con los obstáculos, al principio sólo por el terreno, y luego también desde el cielo. Por mucho que los hoplitas se esforzaran en seguir unidos, los dardos en el suelo se lo impedían. Al principio los hombres intentaban bordearlos, distanciándose unos de otros y terminando por chocarse contra alguien que no debería haber estado allí. Algún hoplita perdía el equilibrio y terminaba por caer al suelo, y Eucles vio incluso a un compañero herirse el costado por haberse inclinado con todo su peso hacia la parte posterior de un dardo clavado en el terreno.

Luego, sin embargo, cuando ya no tenían que vérselas con flechas inmóviles sino

con aquellas en movimiento provenientes de las líneas enemigas, todos habían instintivamente intentado acortar el recorrido para recuperar el contacto con el escudo del compañero de la derecha. Eucles había cogido ejemplo de Filípides, que se había puesto a romper los palitos con las canilleras. Pasaba por encima, confiando en la protección de metal que cubría sus espinillas. También en esto, se había dicho Eucles desconsolado, su amigo demostraba ser mejor que él.

De cualquier forma, Eucles había terminado por adoptar el mismo sistema, como todos los demás, y había descubierto que era fácil tirar los obstáculos. Pero también tropezarse, como le había ocurrido al compañero de la derecha que, en el intento por alcanzarle, no había mirado con atención donde apoyaba los pies y había terminado en el suelo. Eucles disminuyó unos instantes, dándole tiempo para levantarse y alcanzarlo, pero mientras tanto Filípides había seguido avanzando y se vio obligado a aumentar de nuevo el paso hasta casi correr para recuperar su posición. Una posición que lo mantenía constantemente en primera fila, delante de todos los otros del regimiento, pero con respecto a la línea del frente.

Se estaba creando, de hecho, una alineación en semicírculo, con las alas más avanzadas respecto al centro. Y no porque los lados hubieran comenzado antes. Los arqueros persas, de hecho, habían apuntado instintivamente para que sus dardos fueran hacia el centro y por lo tanto la barrera, en aquel sector, era mucho más profunda y densa que por los lados.

La recuperación de las alas llegó cuando comenzaron a llover las primeras flechas desde el cielo. Los primeros en verse bombardeados fueron precisamente los costados más avanzados. Eucles, en primera fila, podía ver con suficiente claridad lo que ocurría en cada sector del frente helénico, y percibió claramente la repentina frenada del ala derecha, a la que miraba para valorar la distancia de la línea persa. Los hombres de Ayántide casi se detuvieron durante unos instantes, intentando compactarse para alcanzar aquella recíproca protección de los escudos que el alto comando había mientras tanto invocado.

Les tocaría a ellos dentro de poco. Alguna flecha aislada había llegado ya, pero la ligera brisa que provenía del mar y la poca fuerza que le quedaba al dardo, después de haber recorrido una distancia tan larga, había atenuado su eficacia. Habían llegado casi apagadas, cansadas, como atontadas por encima de las cabezas de los hoplitas. Habían casi interrumpido su trayectoria y habían caído planas, y algunas por la parte posterior o torcidas, jamás con posibilidades de dañar a los griegos.

Pero se trataban únicamente de avisos.

Todos se daban cuenta de que aquellas eran pruebas generales de una tempestad que les alcanzaría, incluso les destrozaría, de un momento a otro. Y por mucho que no hicieran daño alguno las flechas caídas hasta entonces, incidían, y mucho, en la moral de los hombres. Tarde o temprano no caerían tan planas. ¿Quién sería el

primero en recibir una en la garganta? ¿Cuál sería el primer silbido mortal? Eucles no podía ver las expresiones de los hombres, escondidas bajo los cascos de los corintios que apenas dejaban transpirar el rostro. Pero bastaba ver con cuanta frecuencia levantaban la cabeza al cielo para percibir su preocupación, la misma que estaba viviendo él.

Pero no Filípides.

El amigo avanzaba decidido, mirando fijamente frente a sí mismo, sin ni siquiera asegurarse de que tenía el escudo de Eucles junto al propio costado descubierto. No parecía preocupado demasiado en su propia integridad. Como cualquier guerrero valiente, por otro lado.

Como cualquier otro guerrero mucho mejor que él.

Probablemente, también Tersipo se estaba comportando de la misma manera. También Tersipo era mejor que él. Y como ellos, docenas de otros guerreros avanzaban audaces, desafiando a los persas para que se echaran hacia delante, e insultándoles con todas las ofensas que se le podía pasar por la mente a un soldado experimentado. Eucles no tenía dudas: si no hubiera habido órdenes superiores que obligaban a los hoplitas a buscar la cohesión y la colaboración de los compañeros, una buena mitad de ellos se habría lanzado ya al ataque, cada uno por su propia cuenta.

Precisamente como en un duelo de Homero. Muchos hoplitas, de hecho, conscientes de la importancia épica del acontecimiento, estaban ansiosos por obtener un sitio en la memoria colectiva del pueblo ateniense, por entrar a formar parte de la larga lista de héroes griegos que había tenido origen sobre todo con la guerra de Troya. Muchos estaban convencidos de que eran el nuevo Aquiles, el nuevo Ajax, incluso el nuevo Patroclo, y estaban bien dispuestos a intercambiar una muerte rápida con la gloria de la perpetuidad.

Muchos, no él. Eucles no tiene ninguna intención en echarse atrás, ni de perder la figura frente a sus compañeros y amigos. Epizelo le había enseñado la importancia de la contribución que podía dar a la propia ciudad, pero prefería seguir estando vivo y transcurrir el resto de la vida con Ismene, quizás en el anonimato, antes que morir demasiado pronto. Algo estaba claro, cualquier cosa era preferible a morir como un cobarde, y estaba bien decidido a afrontar el peligro. Pero, como en las competiciones deportivas, había siempre algo en él que le llevaba a pensar demasiado y a plantearse demasiados problemas.

Y quien piensa demasiado se frena, siempre.

Quien piensa demasiado termina por combatir contra sus propios miedos, antes incluso que contra sus adversarios.

Se lo dijo precisamente mientras una flecha iba a chocarse contra el escudo del compañero más cercano. Un sonido neto, poderoso, señal de que los dardos persas

estaban comenzando a ser eficaces. No llegaban ya de punta, pero en breve sus puntas comenzarían a chocar contra el bronce y la madera de los escudos.

O en la piel y en las carnes de los hombres.

Mientras tanto notó que los hoplitas estaban ocupándose en levantar los respectivos escudos y flechas igualmente. En primera fila se sentía expuesto al tiro en horizontal, y hasta entonces había tenido su arma defensiva delante de él. Pero desde aquella distancia los persas tendían a tirar con una trayectoria muy vertical y por lo tanto el peligro llegaba ahora desde arriba. Llegaría el momento de enfrentarse al tiro directo, pero todavía era muy pronto.

Intentó acercarse a Filípides, que era más bien contrario a dejarse acercar, incluso por el conmitón que debería protegerlo. Seguía avanzando, mirando fijamente al enemigo, manifestando una seguridad en sí mismo absoluta. Justo como un semidiós convencido de ser invulnerable. ¿Qué era ese truco? De todos modos, para ser uno que despreciaba a los gobernantes y al sistema de gobierno de la ciudad, era de verdad celoso. Quién sabe lo que sería capaz de hacer por una patria en la que creyera hasta el fondo...

En compensación, el compañero de la derecha de Eucles era más dócil y le venía detrás esforzándose al máximo por proteger su hombro derecho. Pero la formación se quedaba todavía bien lejos de haber alcanzado la unidad pretendida por los comandantes. Los palos se doblegaban o se rompían bajo sus piernas, pero esta vez la espinilla encontraba resistencia y su marcha fue disminuyendo de intensidad bruscamente. Les ocurría también a los demás, y los espacios se abrían en cada paso de aquel improbable muro ambulante de escudos.

Luego llegó el primer grito de dolor. Ni siquiera tuvo tiempo de darse cuenta con exactitud de dónde provenía e inmediatamente escuchó otro. Ambos lejos de la posición de Eucles. Había comenzado. Eucles sintió pasar por encima de sí horribles silbidos, como rayos enviados por Zeus. E inmediatamente sintió aquella sensación de impotencia que había temido sentir. De repente llegaban sin ser anunciados, salvo por un ligero silbido un instante antes de herir, y él no podía hacer nada.

Silbidos a decenas, luego a centenas. En pocos instantes fue un flujo continuo, una lluvia sin interrupción, fuerte, densa, contra la que los hoplitas no encontraban otra forma de defenderse que frenar, agachándose detrás de los propios escudos. Ahora seguían avanzando, pero era como si se encontraran con el viento en contra, casi empujados por la fuerza rutilante de los dardos incesantes que los persas arrojaban cada vez más cerca de sus líneas precarias.

El impacto de las flechas sobre los escudos se había convertido en un sonido continuo, como el que se produce en los tejados al caer el granizo. Era frecuente el rumor sordo que creaban los dardos clavándose en el terreno. Los gritos de dolor aumentaban con cada paso, pero justamente el peligro que crecía fue lo que llevó

instintivamente a los hoplitas a buscar la protección el uno en el otro. En breve, aquello que no habían conseguido obtener los oficiales, que se habían desgañado para lograr mantener cerrados los rangos, lo pudo la lluvia de dardos, o lo que era lo mismo, el instinto de supervivencia.

El techo de los escudos se fue constituyendo naturalmente, en contra de la rapidez en el avance, claro, pero en ese punto era importante seguir vivos hasta el momento del impacto para poder esperar romper la alineación enemiga. Eucles vio a Arístides moverse por todo el frente de su línea, protegido por otros dos subalternos, para exhortar a los soldados a mantenerse unidos.

—¡Ir más despacio si queréis, si no podéis manteneros unidos! ¡Luego daréis rienda suelta a toda vuestra rabia a pocos pasos del enemigo! —gritaba el estratega.

También él era un valiente. No temía exponerse a aquella lluvia mortal, y tomaba sólo las precauciones mínimas para no convertirse en el siguiente muerto. El comandante se acercó y empujó hasta los rangos a Filípides, que tendía constantemente a quedarse un poco hacia delante respecto de la línea. El amigo, finalmente, se colocó en un costado y éste pudo protegerlo.

Era duro diferenciarse en aquella selva de valientes o exaltados, compuesta por gente que no tenía la más mínima intención de pasar como un cobarde. Exactamente como él. Y sin embargo, tenía que hacerlo para superar a los dos amigos y conquistar a Ismene. Para ser digno de ella, pero también para sentirse orgulloso de sí mismo.

Montones de flechas se clavaban a pocas palmas de sus pies, retumbaban sobre su escudo, veía incluso algunas puntas a través de las maderas. Flechas que alcanzaban a sus compañeros, que chocaban contra los cascos de metal. Flechas que silbaban entre un hoplita y otro y se perdían detrás de ellos. Pero los gritos de dolor que escuchaba eran menos frecuentes que aquellos, más lejanos, provenientes de otros regimientos. La alineación más sutil de Antioquea y Leóntidas, con sólo cuatro líneas de profundidad, rendía las unidades menos expuestas a la amenaza enemiga.

Por ahora...

Después, en el momento del impacto, precisamente su alineación les haría más vulnerables a la reacción del adversario.

Miró fijamente frente a sí mismo, como Filípides. Se dio cuenta de que los bordes de los persas eran más definidos. Tenían que encontrarse a poco más de un estadio, en grandes líneas. Conseguía visualizar los gorros, además del borde de los grandes escudos rectangulares, sobre los que podía incluso intuir ya los dibujos. Había líneas en la superficie, de vez en cuando dispuestas formando un tablero y otras una tabla de zigzag.

De repente sintió el escudo de quien estaba a su lado derecho caerse sobre su hombro derecho, con violencia. Se dio la vuelta un poco, lo justo para ver al compañero alcanzado en pleno pecho por una flecha.

Otro.

Los persas habían comenzado a encuadrar al frente. Al menos a aquellos que estaban en primera línea. Mucha flechas no llegaban hasta los griegos, pero alguna arrojada con mayor fuerza llegaba hasta la primera fila, en horizontal, mientras todavía los atenienses estaban ocupados en defenderse de los dardos provenientes desde arriba manteniendo los escudos levantados.

Era el momento más difícil. El momento en el que cada hoplita habría deseado tener dos escudos, uno para cada brazo.

Otro compañero fue alcanzado en el muslo. Y otro más que se resguardaba el pecho, fue tocado en el hombro. Eucles comenzó a mover el escudo arriba y abajo, aún notando que Filípides lo tenía fijo frente a sí mismo, en perfecta postura de guerra, como una estatua. Oyó nuevos impactos sin entender si las flechas habían llegado desde arriba o desde abajo.

Vio a Arístides. Estaba a punto de pedirle que diera la orden, pero luego el estratega levantó el brazo y gritó:

—¡A correr! ¡A correr contra los persas! ¡Todos juntos, con líneas cerradas y con los escudos por delante!

Comenzaba el *stadion* más difícil de su vida.

XIV

Tersipo se ha descolgado de nuevo. Eucles lo escucha jadear cada vez más lejos. A Filípides no se le ve, ni a él ni a su cadáver. Y Atenas no está muy lejos. Ismene, en cambio, está muy distante, porque entre ella y él está precisamente Filípides.

Eucles continúa buscando el cadáver del amigo, pero no ve rastro de él. ¿Ha conseguido acaso escapar de los persas con su carrera? Pero si así hubiera sido, ¿por qué no ha hecho nada para avisar a sus dos amigos del peligro? Quizás porque no los considera ya más sus amigos, sino sólo adversarios que se entrometen entre él y la gloria, la riqueza y el poder.

¿O tiene razón Tersipo? Filípides se ha cruzado con los persas y los ha convencido, quizás a través de una señal convenida por Hippias con los Alcmeónidas, para que le dejen llegar a la ciudad y anunciar una inexistente derrota del ejército ateniense. O lo que es todavía peor, ha sugerido incluso a los dos persas que eliminen a los dos incómodos testigos, Eucles y Tersipo...

Pero a estas alturas, una única cosa es cierta: los dos asiáticos no han matado a Filípides. Su cadáver no está por el camino, y por muy rápido que haya ido no puede llevarles tanta distancia. Ha usado muchas energías en la batalla para poder mantener el ritmo, incluso estando muy lejos del que tiene en las competiciones oficiales, en las que llegaba entrenado y descansado. A pesar de sus declaraciones, Filípides es un hombre, no un semidiós, ¡maldita sea!

—Quédate... ¡quédate pendiente si lo alcanzas! —Tersipo boquea, pero encuentra la fuerza para gritarle desde detrás.

Bonita perspectiva. Con la vista ya nublada por el esfuerzo prolongado, corre incluso el riesgo de que ni siquiera lo reconozca, se dice Eucles. ¡Imagínate una agresión! Siente las pulsaciones en la frente, la cabeza que le da vueltas, haciendo inestable el ambiente a su alrededor y el terreno bajo sus pies, y los reflejos son más lentos que nunca, entorpeciendo cualquier gesto que realiza. Incluso un niño ahora podría tener superioridad sobre él.

Pero nunca ha deseado tanto vencer como en este momento. Y sin embargo, no se ha encontrado nunca tan lejos de la victoria. Todo aquello que se ha dicho para animarse, para motivarse, se enfrenta ahora con sus posibilidades físicas, a las que ha dado fondo más allá de cualquier expectativa. Habría ganado si no hubiera tenido que vérselas con una persona tan excepcional como Filípides. Ha superado incluso a Tersipo, quien ha estado siempre por delante de él en cualquier cosa.

Pero ahora le está ocurriendo de nuevo. El comportamiento ambiguo de Filípides lo autoriza a sospechar. La duda. Las inseguridades. Todo aquello que le ha condicionado siempre, que ha limitado sus prestaciones y sus posibilidades, está de nuevo allí, para frenarlo. Si Filípides únicamente hubiera muerto, el problema no

subsistiría. Si tuviera la certeza de su traición, lo eliminaría directamente, o por lo menos lo intentaría... Pero así, con la duda que le ha insinuado Tersipo, no se siente capaz de actuar. No puede detener al hemerodromo y pedirle explicaciones mientras Atenas está en peligro y su salvación depende de su celeridad. Por eso se deja sólo arrastrar por la cansada y suave carrera, en espera de la cada vez más previsible derrota...

El peso de una posibilidad parecida lo derrumba, lo agota mucho más que la propia fatiga, lo paraliza con sus ancestrales miedos. Y hace de él, por enésima vez, un perdedor. Filípides no ha sido sólo su mejor amigo. Ha sido también un modelo, tanto para él como para la gran parte de la ciudad. Ha demostrado que merece todos sus honores, incluso en la batalla que acaba de combatir. Y lo está demostrando también ahora, ofreciéndoles una posibilidad. Una posibilidad que ellos dos no le habrían jamás concedido si se hubieran encontrado en sus condiciones, después la batalla.

Movimiento. De nuevo figuras armadas que se ven entre las rocas. ¿De nuevo persas? Entonces todo ha terminado. No tiene fuerzas para enfrentarse a otros enemigos, no ya, y no ahora. Eucles casi se resigna. No quiere ni siquiera fatigarse para defenderse. Qué más da, es inútil. Le viene incluso la tentación de entregarse directamente a sus lanzas para terminar enseguida, sin más recriminaciones, sin más sufrimientos. No estaba esto en su destino, evidentemente. Los dioses establecieron ya desde su nacimiento que sería un perdedor nato.

Luego lanza un suspiro de alivio. No son persas, son griegos los que vienen, armados de casco, coraza y lanza de hoplita. ¿Quizás los espartanos están por fin llegando? Ahora los ve mejor. Parecen atenienses: no tienen la *lambda* en el escudo. Los guerreros salen de sus escondites y se acercan.

Tres, con una actitud desconfiada y las lanzas apuntadas hacia delante.

—¡Parar! —le grita uno de ellos. La voz es joven, casi temblorosa. Se trata de un recluta. Y no podría ser de otra forma si no fue llamado para la campaña contra los persas.

Eucles baja el ritmo, pero no se detiene. Espera a que salgan a su encuentro.

—¡Se te ha dicho que pares! —dice esta vez el otro. La voz es también temblorosa, pero es de un viejo. Otro reservista que los arcontes no han considerado capacitado para enfrentarse a los persas.

Va frenando. Ya están casi a su lado. Se paran delante de él. Antes de chocarse contra sus robustas panoplias, o peor todavía, contra las cúspides de sus lanzas, Eucles se detiene. Y empuña de nuevo la espada, para mayor seguridad.

—¿Qué queréis? —les pregunta jadeando, con las manos en los costados y doblando ligeramente las rodillas. Luego se da cuenta de que está demasiado expuesto, demasiado indefenso, e intenta ponerse de pie. Tersipo le ha enseñado a ser

desconfiado.

—Dilo tú, ¿qué es lo que quieres? —dice el más viejo de los tres. Quiere parecer duro, pero ha vivido seguramente días mejores. Su cuerpo está chupado, la coraza le queda grande y la túnica amplia. Tiene un aspecto ridículo y no parece temible en absoluto ante los ojos de un hombre que se acaba de enfrentar a miles de persas.

—Deberías saberlo. ¿Acaba de pasar Filípides, no? —responde Eucles, moviendo la mirada sobre cada uno de los tres. Los otros dos son mucho más jóvenes, incluso puede que estén en el segundo año de efebato.

—¿Y si fuera así? Podrías no querer lo mismo... —replica el viejo.

Eucles se les queda mirando. ¿Acaso sospechan de él? ¿Qué es lo que les ha dicho Filípides para inducirles a ser tan desconfiados? Podría pasar por cualquier cosa, menos por un persa...

—Depende de lo que quiera él. Yo quiero salvar a Atenas, ¿y vosotros? —termina por responder. Pero tiene que hacerlo rápidamente—. Escuchadme, dejad que pase. ¡Tengo una misión muy importante por llevar a cabo! —añade en el tono perentorio que sus condiciones le consienten.

—Es precisamente éste el asunto —replica el viejo—. Tú no quieres salvar a Atenas, ¡tú quieres condenarla a la anarquía!

Eucles siente un grito a su lado. Uno de los otros dos guardias sujeta la lanza contra él, pero su brazo se encuentra paralizado en el aire. Los ojos se cristalizan en una expresión de horror más allá del casco, un reguero de sangre le sale de la boca. Se desploma en el suelo, con un *kopis* clavado en la espalda.

—¡Ataca! ¡Ataca también tú! —grita Tersipo, mientras se acerca, ya desarmado y cada vez respirando con mayor dificultad.

Un sólo instante de desorientación. Pero luego todo queda claro. Eucles suelta un golpe contra el viejo. Del revés, a la altura de la garganta. Un violento chorro de sangre le riega, antes de que su víctima se desplome a su vez en el suelo.

El tercer hoplita no reacciona. Está asustado, confundido, demasiado joven para enfrentarse al peligro sin dudarlo. Termina por dar unos pasos hacia atrás, darse la vuelta y escapar.

—¡Persíguelo! ¡No dejes que escape! ¡Tenemos que saber! —grita Tersipo, agachándose sobre el cadáver para recuperar la espada.

Eucles no deja que se lo repitan dos veces. También él quiere saber. Retoma la carrera, si bien le cuesta mucho más que antes. Combate los dolores, la falta de aliento, los escozores de las heridas. Es como si muchos hombres lo sujetaran y lo golpearan para sujetarlo con las uñas y con los dientes en un intento de detenerlo.

Pero el joven que está escapando se encuentra condicionado por el peso del escudo y el casco. No puede aguantar mucho. Eucles siente que está jadeando, con la respiración entrecortada propia de quien no tiene grandes capacidades para la carrera.

De hecho, después de pocos pasos, arroja el escudo y también la lanza. Está ya cansado. Éste a la batalla no podría haber ido, no habría servido para nada. Es más, se habría transformado en un problema para los demás conmlitones de la falange. En el enfrentamiento se necesita a gente como Tersipo, gente lista, determinada, hábil y valiente.

Alguien como el hombre que le acaba de salvar la vida.

También Tersipo está demostrando ser mejor que él. Ha sido muy rápido al darse cuenta de que el otro hoplita le iba a matar, y muy hábil en alcanzar con tanta puntería desde lejos, a pesar de que sus condiciones eran muy críticas, a pesar del esfuerzo realizado. Él, que no es un fondista, es todavía capaz de realizar grandes hazañas. También humanas. Si aquel hoplita le hubiera matado, Tersipo habría tenido un adversario menos, quizás dos en el supuesto de que aquellos soldados hubieran matado también a Filípides.

Filípides...

El joven frena. Ya no puede más. Le cuesta trabajo respirar. Pone las manos sobre el casco, se lo quita y lo arroja lejos. Pero ya está tambaleándose. Si Eucles estuviera en unas condiciones más decentes le habría ya alcanzado hace un rato, pero está agotado también él y el esfuerzo para ganarle terreno es enorme. Se da la vuelta por un instante, sólo para ver dónde se encuentra Tersipo. Está corriendo también él para venir a darle una mano, pero sus pasos son cada vez más lentos.

Un último esfuerzo y será tuyo, se dice Eucles mirando al joven correr cada vez más alocado. Ya está casi encima, lo alcanza, lo agarra por la túnica y tira hacia él. Luego le pone una zancadilla. El otro se deja tirar al suelo, con las manos por delante, boca abajo. Eucles le da la vuelta y le pone la punta de la espada en el cuello.

—¿Por qué estabas aquí? ¡Habla! —le grita en la cara.

Pero el joven se calla. Quizás es sólo para retomar el aliento. Jadea bastante.

—¿Por qué queríais matarme? —insiste Eucles, apretando la hoja hasta herir levemente el cuello, del que saltan unas gotas de sangre.

De nuevo silencio. Y una respiración pesada.

—¿Quién os ha enviado aquí? —la hoja incide todavía más en la piel.

—Ca... Calíxeno —murmura el joven.

De nuevo una salpicadura de sangre mancha a Eucles. De nuevo hay un cuello degollado frente a él.

Eucles se da la vuelta hacia Tersipo.

—Pero ¿por qué le has matado? Estaba hablando por fin... —protesta el amigo.

—Hemos sabido lo que necesitábamos —dice Tersipo, mirando más allá, hacia Atenas.

Y hacia Filípides.

—Pero... nos podría haber dicho más. Por ejemplo, acerca de Filípides...

—¿Aún te es necesario saber más? ¿Quieres seguir perdiendo el tiempo mientras el traidor va ganando más ventaja a cada instante?

—¿Co... cómo puedes estar tan seguro? —balbucea pero también él lo está.

—Eran gente de los Alcmeónidas. Lo ha dicho él, que le ha enviado Calíxeno. Y a Filípides le han dejado pasar, es obvio. Quizás ha sido incluso él quien les ha dicho que nos eliminaran.

Eucles se levanta, moviendo la cabeza.

—No me lo puedo creer...

Tersipo se pone a gritar.

—¿Pero qué necesitas más? Él no les ha matado, y ellos no le han matado a él, ¡estoy seguro de ello! ¡Tenemos que correr para alcanzarle antes de que llegue a Atenas y mienta a los arcontes!

—Lo han matado, lo han matado... —insiste. Pero no le ha parecido que las cúspides de las lanzas de los tres hoplitas estuvieran manchadas de sangre.

—Te es muy fácil comprobarlo. Es suficiente con que te alejes un poco. Si lo han matado, esta vez encontraremos el cadáver. Pero yo estoy seguro de que no está. ¡Tenemos que movernos enseguida! ¿Quieres salvar a tu patria o no? —dice Tersipo, poniéndose a correr de nuevo y animando al amigo para que haga lo mismo.

—Pero Filípides lleva demasiada ventaja. ¡No lo alcanzaremos nunca!

—Él sigue corriendo con un ritmo de carrera larga, convencido de que nosotros no aguantamos su carrera. Pero nosotros, ahora, nos pondremos a correr como si tuviéramos que recorrer un *stadion*. Si no lo alcanzamos, el partido está terminado de todos modos. En cambio, si lo alcanzamos podremos ir más relajados después de haber ajustado las cuentas...

Eucles siente un escalofrío.

—Y luego... cuando le alcancemos, ¿qué hacemos?

—Lo matamos.

El impacto de los dardos sobre los escudos era más frecuente que el de los pasos de los hoplitas sobre el terreno. O del choque de los escudos. Era increíble la velocidad con la que los arqueros persas conseguían tirar. Tenían que ser una infinidad, y dispuestos tan bien que conseguían moverse sin obstaculizarse los unos a los otros, incluso desde las filas posteriores de su alineación.

Los mandos tenían razón, se dijo Eucles. Se necesitaba recorrer aquel *stadion* en el menor tiempo posible. Pero prestando atención en permanecer con los rangos unidos, al menos hasta las últimas decenas de pasos, cuando los arqueros no podrían tirar en horizontal.

A cada paso, Eucles temía que una flecha arrojada con particular fuerza penetrara en el escudo mucho más allá de la cúspide, y que llegara a alcanzarlo debajo del

casco o en pleno pecho. O temía terminar con un pie clavado en el suelo. Continuaba andando hacia delante casi a ciegas, esforzándose sólo en mantenerse en línea con los compañeros a derecha y a izquierda, arrodillado con el rostro detrás del escudo sin darse cuenta de la distancia del enemigo. Esperaba únicamente percibir la presencia cuando se encontrara cara a cara con los infantes adversarios.

Mantener las líneas en aquellas condiciones, con la lluvia horizontal de dardos y un paso de carrera fuerte, era ya una empresa enorme. No digamos permanecer vivos. Los hoplitas no tenían todos el mismo paso. Había quien era capaz de proceder más rápidamente, quien era más lento y torpe, y quien, viendo abrirse de repente un espacio junto a él, se veía obligado a disminuir para esperar a que el compañero en la fila posterior tomara el sitio del que se acababa de caer.

Paso tras paso, de todos modos, la frecuencia de los dardos fue disminuyendo. Conforme los hoplitas se acercaban más, los persas encontraban más dificultad en mirar al frente, y aquellos de las filas posteriores no podían ya permitirse tirar sin correr el riesgo de alcanzar a los compañeros que estaban por delante. Era probable que actuaran sólo los arqueros de las primeras filas, porque las descargas tenían intervalos cada vez más frecuentes y durante aquellas pausas los hoplitas aumentaban el paso.

Tenían que estar muy cerca. En base a su experiencia de atleta, Eucles calculó encontrarse a menos de un estadio desde la primera línea enemiga. Avanzó de nuevo y el silbido de las flechas desapareció. El primer gran riesgo había pasado. Ahora llegaban todos los demás. Comenzando por el impacto. Era necesario caer sobre el muro de escudos todos juntos, pero con velocidad, para romper las filas del enemigo. Algo no tan complicado.

Bajó el escudo para ver finalmente con claridad lo que le esperaba. Hasta entonces lo había sólo sentido. Sí, estaban allí, todos delante, alineados con las filas bien cerradas. Se veían sólo las cabezas, cubiertas con gorros de cuero y de fieltro, con la punta dirigida hacia delante y tres mechones que caían por los hombros. Bien. A la cabeza estaban los más vulnerables. Sería mucho menos difícil de lo previsto degollarlos. Si bien los hoplitas quedaban expuestos, era también verdad que los escudos les ofrecerían un poco de protección durante el cuerpo a cuerpo. Los persas, en cambio, no habrían podido combatir sujetando el escudo sobre el rostro o sobre la cabeza, y ésta última se transformaría en un accesible punto débil.

Luego vio que algún arquero tendía todavía el arco. Había uno precisamente frente a él, en línea recta. Probablemente aquel contra el que estaba destinado a enfrentarse. Instintivamente levantó de nuevo el escudo y se curvó sobre sí mismo, pero no pudo renunciar a mantener un poco de visión mirando entre su propio escudo y el del compañero para poder entender cuándo llegaría el momento del impacto. Vio al conmlitón hacer lo mismo. Luego observó al arquero lanzar la flecha. La última

flecha.

Llegó precisa. El silbido mortal precedió a un impacto brutal. No un impacto sobre la madera, sino sobre el metal. Eucles vio al compañero que estaba a su lado desplomarse, con el casco perforado por el dardo.

Desde aquella distancia las flechas eran capaces de penetrar lo que fuera. Había salido airoso. Los dioses habían querido que el blanco del arquero enemigo fuera el conmlitón y no él. ¿Quería quizás decir que pretendían concederle la posibilidad de seguir con la apuesta contra Filípides y Tersipo? Se sintió animado y lleno de confianza, pero sólo durante un instante. Tuvo que frenar y esperar a que el conmlitón de la fila posterior se pusiera a su lado.

—¡Aumenta el paso! ¡No lograremos romper sus filas si no llegamos a la carrera! —le gritó en el oído Filípides.

—¡No lo lograremos si no llegamos unidos! —respondió asqueado—. ¡Tenemos que reconstruir la primea línea!

Las dos únicas esperanzas de abrir la alineación enemiga se estaban revelando inconciliables. Y mucho más teniendo en cuenta que el propio regimiento, junto al de Tersipo, tenía sólo cuatro líneas con las que hacer frente. No había suficiente fuerza para el impacto ni suficiente reserva para llevarla hasta la primera línea.

Ellos, más que cualquier otro sector de la armada, estaban condenados a padecer.

Filípides lo cogió por el brazo y lo arrastró junto a él, sin prestar atención a lo que Eucles le acababa de decir. Éste miró desesperado a su derecha y vio al compañero proveniente de la segunda fila intentar desesperadamente retomar el equilibrio, después de haberse tropezado con el cadáver del hoplita que había sido alcanzado a través del casco.

Eucles tuvo que bajar el escudo y hacer lo que decía Filípides para no perder el equilibrio a su vez. Pero aquello significaba ir a sostener el impacto con el enemigo sin la protección del lado derecho. Detestó a Filípides porque le obligaba a hacerlo, y al mismo tiempo le envidió porque no se preocupaba por sí mismo como estaba haciendo él.

Los persas estaban tan cerca ya que podía ver sus expresiones. No estaban asustados. Seguramente no se trataban de reclutas, sino de guerreros expertos. No veía caras demasiado jóvenes entre ellos, y aquello tenía que valer para toda la extensión de las primeras filas. Pero se encontraban sorprendidos. Alguna cara estaba al menos asombrada. Seguramente no se esperaban que los hoplitas, casi desnudos, en inferioridad numérica, carentes de la armadura de una infantería ligera y de caballería, se lanzaran contra ellos manteniendo además una discreta cohesión.

La única esperanza era que siguieran desvalorizando a los griegos. Si los atenienses habían conseguido asombrarlos hasta ese momento, era lícito esperar que lo lograran también en el cuerpo a cuerpo. Bien fuera por miedo a los castigos de los

oficiales o al mero sentido del deber, habían conseguido constituir rangos compactos, incluso también durante las operaciones de embarque de una consistente parte de la armada, frente al caos que tenía que reinar en el campamento. Eucles no se atrevía a pensar qué le habría ocurrido en las alas, donde se encontraban los platenses, donde estaban Cinegiro y Esquilo. Por aquellas zonas los persas disponían de caballería, y entonces los hoplitas tenían que protegerse también los costados.

Por suerte, componer los repartos de caballería era más complicado y no parecía que hubiera muchos efectivos listos en ese momento.

Filípides lanzó un grito de guerra. Invocó a Ares, invocó la muerte para los invasores, y todos le imitaron. En el breve espacio que separaba a los exaltados hoplitas de las filas de escudos persas comenzaron a levantarse gritos feroces, casi bestiales. Eucles se descubrió a sí mismo haciendo igual que los demás, más para darse coraje, ánimo y fuerza, que para asustar al enemigo. Luego levantó el brazo derecho, doblando el codo y manteniéndolo en línea con el hombro, listo para atacar.

El terreno pareció retumbar bajo sus pies, la llanura padeció el eco de sus gritos. Algo terrible estaba a punto de ocurrir. Algo que jamás se había visto anteriormente, nada que recordara la memoria del hombre: la colisión entre dos ejércitos donde cada uno arrastraba consigo el peso de una cultura, una tradición, un sistema político plurisecular.

El mundo, desde entonces, no sería el mismo.

Era precisamente esta toma de conciencia lo que daba a todos los combatientes, tanto de la parte griega como de la persa, la determinación para combatir lo mejor que pudieran, el coraje en busca de una muerte que les haría inmortales, independientemente del resultado. Aquel era el escenario principal de la historia, y ofrecía a cualquiera que participase la posibilidad de convertirse en un protagonista. Bastaba saber coger la ocasión. Bastaba estar dispuestos a morir llevándose detrás el mayor número posible de guerreros.

Eucles intentó liberarse del pensamiento de Ismene. La esperanza de tenerla le llevaba a seguir vivo, le quitaba aquella lúcida locura que le consentiría intentar lo imposible. Pero si lograba quedar vivo, sin realizar una gesta digna de un héroe, la perdería de todos modos, por lo que valía más arriesgar la muerte como cualquier otro, y como habría hecho también él si no hubiera sido ella el objeto que estaba en juego con la apuesta.

Miró fijamente al adversario más cercano. Gritó todo lo fuerte que pudo. Lo vio tambalearse. Por fin lo había logrado: lo había asustado. No intentó de nuevo esperar al compañero de su derecha. Siguió a Filípides, y cerca del impacto fue incluso él quien lo empujó hacia delante.

Los enemigos les esperaban con las lanzas debajo de las axilas, resguardados detrás de la barrera de los enormes escudos. Los arqueros habían dejado los arcos y

desenvainado las espadas, más cortas y curvas todavía que las griegas. Les tocaba a ellos, a los hoplitas, romper aquel muro con la fuerza del asalto, con la potencia de su ataque.

Durante un instante, poco antes del impacto, Eucles esperó que su adversario directo, aquel contra el que contaba chocar, estuviera tan muerto de miedo por su mirada asesina que vacilara y escapara. Pero no fue así. El hombre estaba sin lugar a dudas turbado, quizás incluso asustado, pero seguía en su lugar y tenía el brazo con la espada en el aire, listo para usarlo.

Para usarlo precisamente contra él, que no tenía ya la protección del compañero de la derecha.

Se le ocurrió una idea.

—¡Ve hacia el que está frente a mí! —le gritó a Filípides. Su amigo le miró y luego su expresión se iluminó. Sonrió, se dio la vuelta apenas hacia el compañero de la izquierda y le indicó el hombre que estaba frente a Eucles.

Un instante antes del impacto, Eucles se dijo que no lo hacía para protegerse y salvarse, sino para concentrar la fuerza del impacto en un punto específico y abrir inmediatamente una brecha en la muralla adversaria.

Cayeron los tres a la vez sobre el hombre que estaba delante. El soldado se vio arrasado por una fuerza terrible que procedía de tres hombres dotados de un escudo y un casco, que llevaban la potencia de al menos dos estadios en sus pies. Cayó hacia atrás, como las flechas clavadas en el terreno que los griegos habían pisoteado tras pasar varios estadios antes, sin un grito ni un intento de mover el arma que tenía en la mano. Inmediatamente Eucles sintió bajo sus pies el rumor de los huesos que se rompían, músculos que se resquebrajaban, piel que se abría. Luego comenzó a clavar con la lanza a su alrededor, para alejar a los persas que a su lado intentaban hacer frente a su penetración y a la presión de los hoplitas que todavía tenían que llegar.

Estaban ahora dentro. En las fauces del animal feroz y gigantesco. Se trataba de no dejarse triturar por sus garras.

Allí delante tenía que haberse verificado un impacto de una violencia inimaginable. En el costado expuesto, en cambio, los hoplitas habían padecido la agresión de los caballeros persas que habían caído por detrás sobre la alineación de Ayántide. No eran muchos, pero estaban haciendo mucho daño. El lado extremo hacia el mar de la alineación griega se había casi disuelto, al menos en las filas más exteriores. «Qué suerte», pensó Esquilo, «estar en el lado interior del regimiento, y encima en primera fila». No tenía que padecer el impacto contra la infantería, ni el asalto de la caballería. Después, probablemente, les tocaría también a ellos, pero por ahora estaban sólo analizando.

El *lochago* encargado de ejecutar las órdenes del comandante les dijo que empujaran. El regimiento intentaba mantener cierta cohesión para dar modo a cuantos

permanecían en las primeras filas para que rompieran la línea persa. Por suerte los caballeros enemigos se habían organizado tarde, y no habían atacado antes del impacto. Si lo hubieran hecho, el regimiento habría llegado al impacto ya roto y sin ninguna fuerza de penetración. En cambio, los repartos a caballo se habían movido sólo al final, casi en consonancia con el impacto entre las infanterías, sin poder impedir que Cinegiro y sus compañeros se arrojaron sobre las filas de escudos de los *sparabara*.

Era como encontrarse en un rompeolas. Como estar atrapado en un mar en tempestad. Pero en el agua, no sobre una nave. Esquilo empujaba contra la espalda del compañero que le precedía, pero no conseguía avanzar. Sentía los efectos de las primeras filas, ya empeñadas en el cuerpo a cuerpo sin verse capaz de romper. Es más, quizás habían sido empujadas unos pasos. Y mientras tanto, le llegaban también los pisotones en el costado a causa de los asaltos de los caballeros enemigos, que llegaban en oleadas obligando a los hoplitas a dar marcha atrás y a construir pequeñas fortalezas con sus escudos. De vez en cuando un caballo caía, alcanzado por una lanza de los griegos, y entonces el caballero se encontraba a merced de la infantería, que le saltaba encima acabando con él a la vez. Pero así abandonaban la posición e inmediatamente otros caballeros se aprovechaban de la situación, cargando de nuevo y ampliando el espacio que se había creado en la alineación.

Esquilo intentaba mirar hacia delante, esperando ver a Cinegiro, y a la derecha, para ver si sus compañeros habían conseguido retomar el control del costado. Pero en la primera fila las crestas de los hoplitas se confundían ya con los gorros de los persas, en una mezcla salvaje en la que era imposible entender quién prevalecía. Y en el costado veía cómo los caballeros enemigos, con sus amplias crestas rojas en los cascos y los curiosos escudos con forma de semicírculo pero con el borde irregular, seguían cargando sin ser molestados, sin que su número hubiera disminuido en absoluto. Es más, tuvo la impresión de que había aumentado. ¡Pues claro! Mientras tanto, los comandantes persas habían logrado organizar otros repartos.

La única forma para evitar que la caballería siguiera dañando era penetrar lo más rápidamente posible dentro de las filas de la infantería. Sólo entonces las cargas no se volverían a producir y la caballería persa se quedaría fuera de la batalla. Entonces era necesario empujar. Pero esto significaba también, se dijo Esquilo, apresurar la propia participación activa en el enfrentamiento. Muy pronto, a fuerza de avanzar, todas las filas entrarían en contacto con el enemigo y entrarían a formar parte del conjunto.

También la suya.

Tendría que matar. O bien ser matado.

Dos alternativas que no habría querido jamás tomar en consideración. No quería tener sobre su conciencia la muerte de un hombre. Sospechaba que el remordimiento le habría consumado. Cada hombre, por muy lejano que se encontrara de él, por muy

extraño que fuera, era protagonista de un drama que tenía como escenario su mundo. Matarlo significaría para él borrar en un instante un mundo entero. Una responsabilidad que no habría querido asumir jamás.

Pero por otro lado, si no mataba, su asesino borraría el suyo, su mundo. Un mundo rico en figuras dramáticas que morirían con él al no haber tenido el tiempo suficiente para darles forma y que se pudieran representar por toda Grecia. Debería defender su propio mundo, y daría cualquier cosa para poderlo hacer sin dañar a los demás. Su miedo de vivir con el remordimiento era igual al de morir, por lo que se dijo que no era exactamente cobardía. Un cobarde piensa sólo en salvar su propio pellejo, no en salvar también el de los demás. Un cobarde no piensa que la guerra también le necesitara. Era él, si acaso, quien necesitaba de la guerra para poder obtener inspiración para sus dramas, para comprender hasta el fondo lo que lleva a los seres humanos a arriesgar la vida y a matar por algo que, a menudo, no entienden en absoluto.

Era un dilema insoluble, el suyo. Lo resolvería, se dijo, sólo cuando se encontrara frente a la alternativa entre matar o ser matado. Luego le faltó repentinamente el apoyo delante de él. La espalda del compañero que le precedía había avanzado unos pasos. La penetración había comenzado, a pesar de las incursiones por el costado.

Al parecer, resolvería pronto su dilema.

XV

Los ojos clavados en el terreno, en busca de un cadáver. Un cadáver que no está. Eucles desea encontrarlo como jamás ha deseado nada en su vida. Más de lo que haya deseado ganar una corona de olivo en las panateneas. Más de lo que desea a Ismene.

La muerte de Filípides devolvería todo a su sitio. Pero todo. Borraría cualquier sospecha de traición de su amigo y le devolvería la fama de héroe que había logrado no sólo con sus victorias, sino también con sus hazañas en la batalla. Consentiría a Eucles mismo vencer su desafío, ya que el único competidor que queda, Tersipo, no es capaz de llegar a Atenas antes que él. Y por último le evitaría la desagradable misión de matarlo, de eliminar a su mejor amigo, el atleta más celebrado de Atenas y uno de sus guerreros más aclamados.

Matar a Filípides. Jamás habría pensado llegar sólo a concebir una cosa parecida. Pero Tersipo tiene razón. Si no lo han matado los persas, si no han acabado con él los hombres de Alcmeónidas, no puede ser otra cosa que un traidor, y es su deber eliminarlo para impedirle que llegue a Atenas antes que ellos y comprometer la extraordinaria victoria del ejército griego. Y cuanto más pasa el tiempo, más disminuyen las posibilidades de encontrarlo muerto.

Pero también cuanto más pasa el tiempo, más aumentan las probabilidades de que Filípides se encuentre lejos de su alcance. Atenas está cerca, y colmar la distancia con el mejor hemerodromo de Grecia parece una empresa imposible. Tanto más si él no ha sido ni siquiera detenido por los enemigos que ellos, en cambio, han tenido que combatir y matar.

Después de haber eliminado a los dos enviados de los Alcmeónidas, Eucles vuelve a correr sin demasiada convicción. Espera todavía encontrar el cadáver del amigo, o al menos de aquel que consideraba todavía como tal, y prefiere no gastar todas las energías residuales. Nunca se sabe qué recurso puede tener todavía en la reserva Tersipo, que no se da por vencido a pesar de ser ampliamente el más desfavorecido. Pero ahora que ha realizado un paso tras otro, recorrido algún que otro estadio, no hay ya un amigo por el que llorar, sino un traidor que encontrar, y aquello le induce a aumentar el ritmo, a pesar del esfuerzo enorme que ello le comporta.

¿Y si Filípides ha llegado ya a Atenas? Eucles no es capaz de valorar cuánto falta, en realidad, pero seguramente quedan todavía varias decenas de estadios. Pero no, es imposible, debería haber volado. Por mucho que sea el hemerodromo, por cuantas dificultades hayan tenido ellos a lo largo del recorrido, no puede haberles sacado tanta ventaja. Lo veía todavía, a lo lejos, antes de ser bloqueado por los persas, y no había transcurrido tanto tiempo desde entonces.

Pero es de vital importancia que Filípides no haya tomado mucha distancia. No podrán remontar si el trayecto que tienen que recorrer con ese ritmo es muy largo. No

se puede correr con ritmos casi de *Stadion* durante muchos estadios. Si no aparece en pocos pasos, todo habrá terminado. Habrá terminado para Atenas, y su apuesta también podrá darse por terminada.

Un brasero le arde en la garganta. Eucles no consigue ya tener la boca cerrada, la nariz no le basta ya para respirar. Pero cuanto más aire ingiere, más alimenta el fuego que le arde por dentro. Tersipo está justo detrás. Eucles lo siente respirar con dificultad. Parecen rugidos los suyos. A estas alturas recurre también él a cualquier recurso para continuar la persecución de Filípides.

Pero Filípides no se ve. Los músculos se endurecen, el aire parece transformarse en un poderoso viento contrario que disminuye y entorpece los movimientos. Eucles recurre a todos los recursos que se le pasan por la cabeza para darse nuevos empujones. Lágrimas le van cayendo cada vez con más esfuerzo y se le insinúan en la boca, haciéndole percibir el sabor acre de la sal. Mira un punto fijo delante de sí mismo, una piedra a medio estadio aproximadamente de él, y se dirige a ella como si fuera la meta, corriendo alocadamente. Luego, después de haberla superada, se deja ir durante unos instantes y busca otro objetivo. Un árbol, quizás más de medio estadio más adelante, y comienza a correr como si se tratara de los últimos pasos de una carrera. Llega también allí. Le gustaría desplomarse al suelo, pero no, simplemente disminuye el ritmo para luego buscar algo más...

Corre a tirones, como empujado cada vez por alguien. Busca a Tersipo con la mirada. Está siempre allí, pocos pasos atrás. También él corre con tirones, se produce con tirones poderosos, luego baja el ritmo, casi parece que se detiene. Siempre ha sido muy bueno en las salidas. Quizás prefiere aprovechar sólo los impulsos, lo que le sale mejor. Pero no podrá durar mucho tiempo así.

Ni siquiera él, por otro lado. Ya no consigue ni siquiera visualizar el punto que tiene que alcanzar. Mucho menos mirarlo fijamente. Todo aparece indiferente, confundido, nublado, en constante movimiento como si fuera un remolino. No hay ya un punto firme, no una naturaleza inmóvil. Todo da vueltas como si fueran hojas en movimiento por el viento. ¿Qué es lo que podrá hacer si alcanza a Filípides? ¿Tendrá el coraje de matar a un hombre con el que ha compartido tantos momentos de alegría? Pregunta muy ociosa. La que es apropiada es: ¿tendrá la fuerza de hacerlo? Se da una vez más la vuelta. Le sirve Tersipo, su determinación, su fuerza físico. Los dos, aunque estén extenuados, quizás podrán acabar con el traidor.

El traidor.

Es así que le llama ya... Su cadáver no está. Filípides no puede haber elegido a Hipias. Tiene razón Tersipo. Tiene que haber hecho alguna señal convenida a los persas y a los hombres de Alcmeónidas, y quizás les dijo también a los otros que mataran a los dos que le seguían. Si gana, si llega a Atenas antes que ellos, la ciudad no sólo quedará vendida, sino que también lo estarán ellos dos. Filípides no puede

permitirse dejarles con vida. Les eliminará inmediatamente después de que Hippias haya tomado el poder de nuevo. Es más, quizás quienes les están esperando en las puertas de la ciudad son otros partidarios de los Alcmeónidas, preparados para matarles en cuanto reciban una señal suya.

Si Filípides forma parte de la conjura de los que apoyan al tirano, cualquier esperanza se pierde. Todo ha sido preparado para ofrecer la ciudad de Atenas a los persas, para darles una segunda posibilidad en la eventualidad de que se produzca una derrota en Maratón. Eucles y Tersipo se están dejando la piel por nada. Eucles tiene la tentación de dejarse ir, de arrojarse al suelo y quedarse ahí hasta que los acontecimientos no se produzcan, esperando que alguien venga a matarlo. Siente que ya no tiene fuerzas para influir en los acontecimientos.

De nuevo baja el ritmo. Siente las pulsaciones en el pecho, en la frente, como si tuviera unos tambores dentro de la cabeza. Quiere morir. Se detiene. Y se desploma sobre las rodillas.

—¿Pero qué haces? Ahora no, ¡ahora no! —le grita con fuerza Tersipo.

—No... puedo.

—¡Claro que puedes! La salvación de Atenas... depende de nosotros —también él se encuentra agotado. Y sin embargo, se para e intenta poner de pie a su amigo.

Ha sido siempre mejor que él. Como Filípides.

Eucles se queda de rodillas. No tiene ni siquiera fuerzas para tirarse al suelo.

—Tendrás... que hacerlo solo...

—¡No! ¡No puedes renunciar ahora! ¿Quieres ser una vez más un perdedor? ¿Quieres perder a Ismene?

Noble, por su parte. Tersipo sabe que si se quedan ellos dos, Eucles tiene más posibilidades de superarlo en la resistencia, y sin embargo quiere que se levante.

—Ismene es vuestra. Ha sido ya vuestra... se ha entregado a vosotros... yo no he sido ni siquiera considerado...

—¡No, no es verdad! Nosotros lo hacíamos sólo para presumir. ¡No se ha entregado a nosotros como no se ha entregado a ti!

La atención de Eucles se despierta de repente.

—Tú mientes, ¡quieres sólo animarme! ¡He visto cómo os tomabais ciertas libertades con ella!

—¿Y bien? Se deja tocar, de acuerdo, pero más allá de eso... no nos ha dejado nunca... Tú eres únicamente demasiado tímido y respetuoso. Si la hubieras tocado también tú, no te habría puesto las manos en tu sitio... Y además, ¿te ha incluido en la apuesta, no?

Ya. Lo ha incluido en la apuesta. Quizás Tersipo está diciendo la verdad. Si ella no tuviera interés en él, no habría dicho su nombre entre los posibles pretendientes. Puede todavía conquistarla. Puede todavía vencer y demostrarse a sí mismo que vale

como ellos dos, si no más. Lo importante es que tenga confianza en sí mismo. Se levanta y se pone en acción. Primero despacio, para no tropezarse, y luego comienza con su zancada larga, empujando con los brazos para levantar las manos a la altura del rostro.

El fuego vuelve a arder dentro de la garganta. No se ha parado nunca, pero ahora siente que se trata de un incendio. El remolino a su alrededor se acentúa. Los tambores en su cabeza suenan más fuertes. El viento contrario se ha convertido en una pared que hay que derribar, una piedra tras otra. Intenta mirar fijamente la meta. Pero incluso las alturas a su alrededor se mueven. Intenta coger un árbol como punto de referencia. Está lejos. Si lo alcanza habrá realizado otro bonito paso hacia Atenas. Se desafía a sí mismo para llegar. Un desafío en el desafío. El árbol ondea, parece caminar, moverse de derecha a izquierda, pero él tiene la mirada clavada en él. Se acerca, y el árbol aparece cada vez más definido. Parece un olivo. No puede diferenciar las hojas de las ramas. Conforme se acerca, su tronco parece estabilizarse. Ahí está, casi lo ha alcanzado. Si fuera esta la meta lo habría conseguido. Ahí está, lo toca, ha llegado. Ahora tiene que comenzar y ponerse un nuevo objetivo.

Otro árbol, más lejos. Comienza de nuevo. Y también ese árbol se mueve. Pero volver a alargar la zancada es cada vez más difícil. Levantar los brazos es siempre más complicado. Coordinar los movimientos es toda una proeza. Dominar el fuego que arde en la garganta es imposible. Y además, aquel árbol no parece acercarse. Se queda siempre pequeño, cada vez más pequeño. Eucles salta, salta de nuevo, intentando imitar a Tersipo, que ahora está a su lado. Lo suyo ya no es una carrera, es apoyarse a toda costa, una escalada por una montaña, con manos y pies.

Ahora ese árbol está cada vez más cerca. Pero Eucles tiene la impresión de que no lo alcanzará jamás. Ahora, cada paso le parece el último. Puede sólo esperar poder conseguir otro. Sus límites los ha superado desde hace tiempo, de eso es consciente. No hay nada más que pueda hacer. No hay salvación de Atenas que aguante. Ni siquiera la manía por demostrarse a sí mismo que no es un perdedor lo sostiene ya. Y ni siquiera el deseo que siente por Ismene.

Siente que ya no tiene fuerza. No hay nada más que valga para darle un nuevo empujón, porque ya no le queda nada dentro a lo que agarrarse, ni en el cuerpo ni en la mente. Pero sigue mirando fijamente su próxima meta, lo ve moverse, se empequeñece y luego aumenta. Es un árbol de verdad muy fino.

Demasiado fino para ser un árbol.

Parece otra cosa.

Parece un hombre.

Filípides.

Ya no hay rangos. Ya no hay protección recíproca. Ya no hay cohesión. Cada

hoplita tenía cerca de sí mismo no a un compañero, sino a un enemigo contra el que combatir, un adversario contra el que enfrentarse. De vez en cuando más de uno, porque la superioridad numérica de los persas en el centro era aplastante. Eucles no tenía tiempo para evitar un golpe de un guerrero y ya tenía que defenderse de otro. No podía ni disfrutar de haber matado a uno, porque tenía que evitar ser matado por otro.

Y sin embargo, el primer ataque con la lanza había salido de un grito de triunfo. Había puesto la mira en la cabeza del primer persa que se había encontrado delante, inmediatamente después del impacto. Un objetivo alcanzado, en plena cavidad orbital. El enemigo había alargado los brazos y había lanzado un grito de dolor al mismo tiempo que el suyo. Eucles había extraído la lanza antes incluso de que aquel cayera al suelo, llevándose detrás restos del bulbo ocular. Luego se había visto obligado a empujar con la punta posterior el asalto de otro persa. Un movimiento nada natural, hacia atrás con el brazo, levantando el codo hasta la altura de la frente, que le había hecho tambalearse.

No había sido suficiente. Su nuevo adversario se había visto sorprendido en la coraza y, después de un instante inmóvil, había retomado el ataque. Pero él no había recuperado completamente el equilibrio. Por suerte, un ataque con la espada había llegado para arrancar el cuello al persa. Eucles se había dado la vuelta para ver a Filípides sonreír y reutilizar la espada para parar el ataque de otro enemigo. El amigo había utilizado ya la lanza y combatía con el *kopis*.

Y le acababa de salvar la vida.

No podía tolerarlo. Si tenía que deberle su vida a Filípides, no podría nunca pretender superarlo en la apuesta. Apretó con fuerza la lanza y se encaminó a abrirse camino en el lado opuesto, para poner entre él y su amigo cuantos más guerreros posibles. Clavó más veces, sin un objetivo preciso, con la única finalidad de inducir a los adversarios a pelear o a dar marcha atrás. Pero eran muchos y tenían una multitud de conmlitones detrás. Además, en su mayoría estaban dotados de corazas. Los mandos persas habían concentrado en el centro la infantería más pesada, disponiendo a los arqueros sobre todo en los lados de la alineación, en el centro, precisamente en el sector en el que los griegos eran más débiles.

Un frente casi imposible de romper. Se podía considerar una hazaña no presentar ninguna herida por el ataque de ningún hombre hasta el final.

Tenía sólo que hacer frente al peligro, uno a uno —ya se tratara de uno o más adversarios—, y esperar mientras tanto que en los otros sectores ocurriera algo que favoreciera a los griegos, algo que llevara a los persas a aflojar la presión. El enemigo no retrocedía ni siquiera un paso. *Ningún enemigo*. Movían las lanzas y las espadas sin dejarse impresionar por sus gestos furiosos. Les esperaban de pie, firmes. Le tocaba a él abrirse camino.

Decidió liberarse de la lanza, esperando que causara efecto. Muy pronto la multitud quedaría tan concentrada que sería inútil un arma tan larga. Si acaso, posteriormente, se haría con otra. Si seguía vivo. Lanzó un grito, cargó el brazo y se arrojó hacia el enemigo más cercano, imprimiendo al asta un movimiento rotatorio gracias al lazo que envolvía la madera a la altura de la empuñadura.

El hombre tuvo tiempo de oponerle el escudo. Eucles estaba a punto de desanimarse cuando vio que la fuerza del tiro y la proximidad del contrincante habían conseguido que la lanza traspasara el escudo. El persa se desplomó de rodillas, sujetándose la ingle, y luego se agachó hacia delante y se quedó así, sostenido por la punta posterior de la lanza, transformándose en una curiosa y macabra escultura humana.

Sólo entonces Eucles desenvainó la espada. Y ya dos persas se habían arrojado sobre él. Pero el asta que había atravesado al anterior enemigo, y que estaba cruzada, obligó a uno de los dos a dar una vuelta más amplia. El hoplita tuvo entonces el tiempo necesario para enfrentarse al primero, que avanzaba como un alocado. Quizás era un amigo de aquel que había matado y pretendía vengarse. Pero se movía de forma descoordinada, empujado más por la ira, quizás incluso por la desesperación, que por la prudencia.

Para Eucles fue fácil sorprenderlo en el costado descubierto, localizando la axila. Justo a tiempo para darse la vuelta hacia el otro. Detuvo su golpe con el escudo, un impacto potente, llevado por un brazo musculoso y experto, que se repitió un instante después. Esta vez el brazo de Eucles sujetó con dificultad el impacto y el escudo, que de rebote llegó a golpearle el casco. Dio marcha atrás de un paso, por temor a no conseguir sujetar un tercer ataque que, de hecho, se quedó vacío. Pero aquel coloso seguía dando vueltas al brazo con un vigor que, en vez de disminuir, parecía aumentar. No había forma de acercarse. Se arrepintió de haber malgastado la lanza.

Y era hábil el persa. Incluso cuando caminaba sin nadie alrededor, evitaba desestabilizarse. Sabía siempre detenerse, manteniendo el control de los ataques. Y era más alto y más robusto que él. El peor adversario que le podía haber tocado. Y acababa de comenzar. Eucles movió la cabeza. Estaba obligado a actuar a la defensiva y mientras tanto, quizás, Filípides y Tersipo realizaban una matanza de enemigos. De todos modos, aunque hubiera logrado matar a aquel energúmeno, ningún comandante tendría en cuenta el valor de los adversarios eliminados.

Tuvo la tentación de lanzarle la espada a la cara, pero si hubiera fallado se habría quedado a su merced y de cualquier otro que hubiera querido acabar con la vida de los griegos sin mucho esfuerzo. Luego se dejó acercar, estudiando el modo de golpear el brazo en movimiento. Pero el guerrero era un gigante y ejecutaba los golpes desde arriba. Eucles estaba obligado a sujetar el escudo casi por encima del casco y aquello obstaculizaba sus movimientos incluso con el brazo derecho. Y en cada instante

alguien se chocaba con él, le empujaba, se tropezaba con su propio escudo, obligándole a un equilibrio cada vez más precario.

No lograría salir de aquella situación sin un gesto desesperado, se dijo. Pero luego vio a otro persa acercarse al adversario y también a él. El coloso se revolvió de mala manera, empujándolo. Por lo que se veía, había decidido que Eucles tenía que ser suyo. El otro hizo un gesto de protesta. Era ese el momento. Eucles se soltó el brazalete con el que sujetaba el escudo, agarró el arma por el borde con ambas manos y lo arrojó hacia el enemigo, precisamente mientras el compañero se alejaba para enfrentarse a otro hoplita.

El escudo salió volando. Alcanzó al persa justo en el cuello, y no lo tiró al suelo únicamente porque la coraza lo protegía. Pero durante unos instantes el coloso se tambaleó, dañado y sorprendido. Fue entonces cuando Eucles avanzó dos pasos y le asestó un golpe en el brazo derecho.

Se lo arrancó de cuajo. Todo el antebrazo cayó al suelo mientras todavía sujetaba la espada, mientras el muñón seguía salpicando sangre en todas las direcciones. Eucles no perdió el tiempo en acabar con él. Ya no dañaría a nadie más, aunque sobreviviera. Se recordó a sí mismo que sería oportuno combatir siempre cerca de otros hoplitas, no tanto para usar su colaboración y aumentar así las posibilidades de supervivencia, como sobre todo para tener más testigos posibles que confirmaran su propia valentía.

Pasó por encima de su reciente víctima, que todavía gritaba y se contorsionaba sujetándose el brazo arrancado, y se acercó a otro hoplita que se encontraba en una mala situación contra tres persas al mismo tiempo. Si lo salvaba, su compañero hablaría bien de él.

—¡Tú concéntrate en el que tienes enfrente! —gritó al conmlitón en dificultad. Luego arreó golpes para llamar la atención de los otros dos persas. Agredió a uno con determinación, pero inmediatamente tuvo que vérselas también con el otro. Mejor. Si el hoplita le veía matar a dos a la vez, testificaría a su favor. Y no parecían dos fenómenos como el coloso.

Valoró la situación. Uno tenía la espada, el otro la lanza. Y sin embargo le parecía que juntos no valían lo que el adversario anterior. Quizás había adquirido por fin confianza en sí mismo. Decidió acabar antes con el de la lanza, que veía como una amenaza mayor. Casi se agachó detrás del escudo, manteniendo el brazo derecho a lo largo del cuerpo, la punta de la espada dirigida hacia el suelo, aún dando un paso hacia el contrincante. Aquel contraatacó con la lanza, él desvió el golpe con el escudo y luego, con un movimiento ascendente, dirigió la hoja en medio de las piernas del persa.

Logró alcanzarle plenamente. El bajo vientre se inundó de sangre, y éste se desplomó al suelo, llevándose las manos a la ingle. El otro dudó unos instantes, lo

que hizo que Eucles se complaciera. ¡Tenía que haber notado cuán valiente era el hoplita que tenía enfrente! Se sintió invadido por una confianza inmensa. Se sintió invencible. Ahora entendía lo que tenían que sentir Filípides y Tersipo cuando llevaban a cabo los desafíos para los que creían estar hechos.

Lanzó un nuevo grito de triunfo, que se confundió con los otros gritos de dolor, de esfuerzo, de victoria, con los lamentos de los heridos, con el choque de las espadas, con los impactos de las armaduras contra el suelo o entre ellas, con el choque de los escudos contra las astas de las lanzas, con el ruido de decena de miles de pies que pisaban la llanura, con las olas que rompían contra las naves que fondeaban, poco distantes del campo de batalla.

Y después del grito, saltó. Con el escudo delante, protegiéndose, el brazo levantado y la espada dirigida hacia arriba, la pierna izquierda doblada hacia delante, la pierna derecha tendida hacia atrás. El salto le llevó a caer sobre un persa que intentó dar marcha atrás unos pasos. Pero detrás de él había mucha más gente. Chocó contra un conmillón, a su vez empeñado con un hoplita, que rebotó hacia delante y ofreció la garganta a Eucles, que metió su espada enseguida, después de haber colocado los pies en el suelo. Cuando la sacó, otro abundante chorro de sangre le manchó la túnica.

Ahora le tocaba al tercero de los persas ocupados con su compañero. Este último no había todavía conseguido liberarse. Bien. Si se ocupaba él, el hoplita le quedaría inmensamente agradecido, tanto que magnificaría sus hazañas en el momento oportuno. Avanzó hacia los dos y levantó el brazo para atacar al persa pero, precisamente en ese momento, el hoplita se quedó con la guardia al descubierto y al enemigo le fue fácil llegar con la espada a su pecho. La punta le traspasó las carnes, la blanca túnica se tiñó del color de la sangre y el griego se desplomó al suelo.

El persa no tuvo tiempo para extraer la espada. Eucles le atacó inmediatamente, más por rabia que con conciencia de lo que estaba haciendo. La espada le penetró a la altura de la axila, por el borde de la armadura. Eucles hizo palanca con el arma y al extraerla arrojó al enemigo contra los otros asiáticos. Buscó a sus propios compañeros, pero frente a él había sólo enemigos. Miró detrás. También detrás de él los persas habían superado la primera línea de los caídos griegos y estaban avanzando hacia delante.

Se encontró que era el más avanzado del regimiento. ¡Los otros tenían que haberle visto abrirse camino entre los enemigos! O quizás estaban demasiado ocupados en salvar su propio pellejo para mirar más allá del adversario más cercano. En cualquier caso, no podía seguir estando allí. Su unidad se estaba replegando, pero no por orden de los oficiales: los suyos estaban cediendo terreno bajo el empujón superior de los persas. La penetración no había salido como esperaban, y ahora se trataba sólo de limitar los daños.

Comenzó también él a dar unos pasos hacia atrás. Sólo podía esperar que aquella actuación no se transformara en una retirada.

Parecía exactamente que los persas estaban cediendo, allá delante. Esquilo se dio cuenta de que estaba por delante varios pasos, desde el momento en el que había comenzado a empujar a sus compañeros de las filas anteriores. Los caballeros persas continuaban molestando por el lateral griego, pero cuanto más penetraban los atenienses en la alineación enemiga, más inútil resultaba la caballería.

Las cosas se estaban poniendo bien. Quedaba incluso la posibilidad, pensó el poeta, de que la batalla se resolviera todavía antes de que él se hubiera visto obligado a soltar sus propios nudos. La que se estaba enfrentando contra la Ayántide era nada más y nada menos que la infantería ligera, arqueros en su mayoría, carentes de coraza y escasamente preparados para aguantar el choque de los hoplitas lanzados a la carrera y en formación cohesionada. Otra historia distinta era contra la infantería pesada: sin corazas, difícilmente los griegos habrían logrado proceder más allá tras el impacto. Se preguntó qué era lo que estaba ocurriendo en el centro, donde Filípides, Eucles y Tersipo estaban obligados a enfrentarse a los infantes y a los lanceros acorazados.

—¡Los de las últimas filas, daos la vuelta! ¡En posición! ¡Detened a la caballería enemiga! —ordenó el *lochago*, que se dejaba la garganta moviendo los brazos para llamar la atención de los hoplitas de las filas posteriores. Y Esquilo descubrió inmediatamente el motivo. La caballería enemiga se había reunido y, no pudiendo ya romper las filas por el costado, estaba operando una maniobra de conversión para atacar al regimiento por detrás.

Exactamente en su sector.

—¡Más cerca! ¡Estad cerca o romperán la alineación! ¡Cerrad cualquier hueco, vamos! —dijo el oficial, recorriendo toda la fila y empujando a los hoplitas unos contra otros.

Esquilo los vio llegar. Decenas a caballo, al galope, los caballeros con las lanzas apuntadas hacia él. *Todos hacia él.* Sintió sobrecogerse por el pánico. No imaginó qué dios podía darle la fuerza de resistir el choque de una bestia más alta que él y de un caballero acorazado. Sintió el estómago cerrarse en un puño, el bajo vientre arder, la garganta secarse y el estómago y el intestino vaciarse. Tuvo la tentación de escapar, de dar marcha atrás hasta confundirse con las filas anteriores. Pero también allí se luchaba, y con más fuerza. Y su conducta habría manchado el honor de Cinegiro que, sin lugar a dudas, se estaba diferenciando como el más valiente de los guerreros en primera fila.

—¡Las lanzas! ¡Levantad las lanzas a la altura del cuello de las bestias! —gritó el oficial.

Esquilo se dio cuenta de que estaba temblando. Obedeció al *lochago*, pero no conseguía mantener el asta firme a media altura. El arma vibraba, y el poeta se dio cuenta de que no era por el ruido producido por las patas de los caballos, cada vez más cercanos. Se acercó a los conmitones que tenía a su lado, apretó el asta con los puños, cerró los ojos esperándose el impacto de un momento a otro. Alargó las piernas para encontrar estabilidad en el terreno, dobló las rodillas para reducir el campo de choque, y metió la cabeza detrás del escudo.

Y sintió cómo se lanzaban hacia él aquellos gigantes de músculos y metal.

Sus relinches le sonaron en los oídos, pudo casi sentir en su rostro los resoplidos, el choque de las patas que le dieron la impresión de que estaban saltando sobre el terreno. Abrió durante un instante los ojos y vio el brillo del manto del caballo encima de él. La punta de su lanza rozó su bocado. El animal se había detenido justo a pocos pasos delante de la primera fila de hoplitas, y así lo habían hecho también los otros caballos. Sus dueños no habían conseguido inducirles a arrojarse contra el muro de escudos.

Las bestias, alocadas, daban coces, se levantaban sobre sus patas posteriores, daban vueltas impidiendo a sus caballeros aprovechar su posición por encima del resto y arrojar las lanzas por delante. Muchos persas tenían dificultades para lograr permanecer en sus sillas.

Los hoplitas ya no tenían que temer a los seres humanos, por ahora. La coza de un caballo alcanzó en todo el casco al compañero situado a la derecha de Esquilo. El soldado cayó al suelo, tocado por el golpe. El poeta se apresuró a superarlo y buscar la protección del hoplita inmediatamente posterior, y mientras tanto movió tímidamente hacia delante la lanza, intentando inducir al animal a alejarse.

—¡Golpead las astas contra los escudos! ¡Hacer ruido! ¡Gritad! —gritaba mientras tanto el oficial. Fueron muchos los que le obedecieron. De un momento a otro, aumentó la intensidad de cualquier sonido audible en ese sector del campo de batalla. Esquilo sintió una lluvia de rumores que le entraba por el oído, y luego se dio cuenta de que estaba gritando también él, con todas sus fuerzas. Pero mientras tanto las patas del caballo más cercano eran la amenaza más próxima. El animal se encontraba asustado, repartía coces por todas partes, y el dueño se encontraba completamente dominado por éste.

Una pata chocó contra el escudo de Esquilo, desde arriba. El impacto fue tan violento que su brazo salió del brazalete, pero de forma traumática. Fue como si le hubieran arrancado el arma. Y mientras tanto el caballo seguía dando coces. Otro caballero, más estable en la silla, vio que el hoplita no tenía ya otra protección y cargó el brazo, apuntándole con la lanza.

Coces por un lado, lanzas por otra. Y ningún escudo que lo protegiera. Esquilo se sintió vencido. Si se movía para buscar refugio detrás de la sombra del caballo, se

vería arrollado. Si se alejaba de la bestia, sería un blanco todavía más fácil para el caballero. Y detrás, donde se amontonaban los conmlitones, no podía ir. Paralizado por el terror, se quedó esperando la muerte.

El persa arrojó la lanza contra él.

El caballo alocado se movió repentinamente, llegando a rozar su figura.

La lanza zigzagueó ante Esquilo. El poeta pudo sentir como el silbido era cada vez más fuerte. La punta lo buscaba, parecía casi mirarlo fijamente, ir directo al centro de la frente, justo encima de la nariz.

El caballo dio más coces, alargó las piernas hasta casi rozarle la cresta alta del casco.

La lanza llegó a un palmo de él. La pata también.

La lanza chocó contra la pata del animal, que se dobló y cayó al suelo, a los pies de Esquilo.

Estaba vivo. Entendió que lo había logrado. Una intervención divina, se diría. Quizás los dioses querían que escribiera dramas, en el fondo. Pero tenía todavía el caballo furioso encima. Movié la lanza hacia delante y apuntó contra el cuello. Lo estaban haciendo también sus compañeros. Se la clavó en la piel dura como el cuero. El caballero intentó impedirselo, alargando el brazo a su vez, pero su lanza ondeaba demasiado para captar un blanco cualquiera. Esquilo apretó de nuevo, y esta vez la punta penetró todavía más en profundidad en el cuello del animal.

Evitó por un segundo una nueva coz. La última, porque el caballo se desplomó, rompiendo los huesos de las piernas del caballero, que se encontró bajo el animal desde la cintura hacia abajo. Esquilo pudo finalmente recoger el escudo, pero vio que se había doblado. Serviría bien poco.

Por suerte, en ese instante no parecía que lo necesitara. Sus camaradas habían obtenido el mismo éxito. Frente a ellos se veían a varios caballos sin caballeros. Los persas estaban en el suelo, muertos bajo las patas de un animal o alcanzados por las lanzas de los hoplitas. La cantidad de caballería persa en plena eficiencia se había notablemente reducido, sus rangos se encontraban todavía descompaginados, y no parecían capaces de reunirse y producir un nuevo asalto. De hecho, un oficial impartió una orden y los otros se replegaron para galopar hacia las naves.

Lo habían logrado. La amenaza que venía por detrás había sido derrotada. Esquilo se dio cuenta de que había combatido de una forma o de otra. Quizás no de la forma que Cinegiro hubiera aprobado, pero su parte había sido realizada, a fin de cuentas.

—¡Bien! ¡Hemos impartido una lección! —dijo el *lochago*, que había aparecido de nuevo junto a él—. ¡Ahora ayudemos a nuestros compañeros que están delante a enseñar también a la infantería persa cuánto valen los atenienses!

El oficial los exhortó a darse de nuevo la vuelta. Esquilo se dio cuenta de que las filas anteriores ya no estaban junto a él. Habían ganado terreno. Los persas se estaban

retirando, sin lugar a dudas. Y los hoplitas, ya libres de las amenazas que provenían por los lados o por detrás, estaban ganando terreno. Ya no eran sólo las primeras filas las que habían penetrado en la alineación enemiga. Ahora también aquellas intermedias habían llegado a estar en contacto con los persas. Y cada hoplita tenía al menos un adversario contra el que combatir.

Dentro de poco le tocaría también a él.

XVI

Es él, finalmente: Filípides. Eucles lo reconoce por su forma de caminar ágil y armoniosa. Un perfecto ejemplo de economía de las energías: movimientos reducidos a lo esencial, rítmicos, y cadenciosos. Después de tantos, tantísimos estadios recorridos, no parece en absoluto cansado, no se encuentra aturullado, no va arrastrándose, no está ni descompuesto ni desordenado. Corre exactamente igual que como comenzó.

Siempre con el mismo ritmo.

Había ido lento cuando la carrera comenzó. No era una casualidad, ambos habían conseguido mantenerle el paso casi durante la mitad del trayecto. Pero ahora va rápido, a pesar de tener ya tantos estadios en las piernas. Filípides lo sabe, y es por esto que ha viajado con ahorro durante tanto tiempo.

El traidor tiene tal control de su propia carrera, se dice Eucles, que ha sido absurdo temer que le ocurriera algo, que se tropezara o que se hiciera un esguince. Está lúcido, no tiene la vista borrosa por el esfuerzo y puede ver siempre dónde pone los pies. Se ve que tiene todavía energías para malgastar, a pesar de todo.

Vencerá él, con las manos bajas y sin fatiga. No podrían batirlo ni siquiera si él y Tersipo realizaran un relevo en el que cada uno hiciera la mitad del trayecto. Quizás ni siquiera si fueran ocho los que se pasaran el testigo, uno por cada *dolicos*. Ahora Eucles se siente ridículo por haber pensado que podía ganar. Menos mal que es un traidor; si hubiera tenido el mismo espíritu patriótico que él y Tersipo, ellos no habrían podido hacer nada para impedir la victoria.

Pero ahora... ahora todo es otra historia. La traición evidente de Filípides les autoriza a eliminarlo.

Siempre que consigan alcanzarlo.

Eucles se da la vuelta hacia Tersipo. El amigo está más atrás, mucho más atrás. Eucles le indica al hemerodromo, y el otro le hace una señal con la mano para indicarle que lo ha visto. Pero por lo que parece, Tersipo ya no es capaz de mantener su paso. Parece que le va a tocar a él alcanzarlo. Precisamente lo que quería evitar.

¿Qué decirle al amigo de un tiempo atrás si consigue acercársele? ¿Cómo puede inducirlo a que se detenga? Intenta imaginarse con la espada ensangrentada, mientras lo amenaza. E intenta imaginarse la propia reacción, en el supuesto de que Filípides no se dé por enterado. No, no se ve precisamente clavando el *kopis* en el cuerpo del amigo. Ni siquiera sabiendo que lo hace por el bien de Atenas.

Pero precisamente porque el destino de Atenas está en sus manos tiene que actuar. Y apresurarse: podrían aparecer otros guerreros de los Alcmeónidas, y a estas alturas ya no es capaz de enfrentarse a nadie. Ni siquiera a Filípides, en efecto. La única esperanza es que el amigo no sospeche que ha sido descubierto y actúe haciendo

como que no ha ocurrido nada, contando sólo sobre su propia superioridad en la carrera.

Eucles acelera el paso, mientras tanto. La vista del objetivo parece haberle dado nuevas fuerzas, nueva vitalidad, pero sabe que la luz puede apagarse de un momento a otro. Se da cuenta de que no hay de verdad nada más que pueda pedirle a su propio cuerpo, a su propia determinación. Le gustaría ser ligero, casi invisible ante el temor de que Filípides, oyéndolo llegar, acelere a su vez y sea inalcanzable. Pero está jadeando demasiado, y casi siente la propia respiración resoplar en el valle.

Se da la vuelta de nuevo, esperando que Tersipo se haya acercado. Pero no, el amigo se atrasa cada vez más. Lo ve hacerle gestos de que vaya, de una forma muy decisiva. Es obvio, ¿cómo podría perdonarle jamás si Eucles, pudiendo, no alcanza al traidor? Lo matamos, le ha dicho hace poco Tersipo. Pero no él. En todo caso Tersipo. El tiene demasiados recuerdos que le unen a Filípides, y si le quitase personalmente la vida se vería perseguido durante el resto de sus días por los remordimientos. No, mejor darle un poco de ventaja al amigo, como recompensa por haber asumido el desagradable honor de eliminarlo. Qué más daba, estaba seguro de que lograría ganarlo al final. Entre él y Tersipo, en la carrera de resistencia, hay la misma diferencia que entre él y Filípides: un abismo. Ahora que lo ha visto caminar penosamente detrás de él, está convencido. No lo teme ya. ¡Por fin demostrará que es un vencedor!

Esta certeza le pone las alas en los pies. Y no sólo ésta. Será un héroe para la ciudadanía. No sólo se ha distinguido en la batalla, sino que con la muerte de Filípides será él quien haya realizado en un tiempo más corto que nadie el trayecto desde Maratón a Atenas. Impedirá a la ciudad entregarse a los persas y al tirano, eliminando a un traidor. Quizás podrá también lograr cargos importantes en política, incluso más que Tersipo, poder que al sin lugar a dudas ha aspirado siempre. A partir de ahora el propio Tersipo, pero también Milcíades, Temístocles y Arístides, Calíxeno y Megacles, todos los personajes más vistosos y más ambiciosos de la ciudad, tendrán que hacer cuentas con él, con su popularidad.

Siente el propio cuerpo resquebrajarse bajo la enorme presión del último esfuerzo. Siente el dolor de la garganta aumentar y difundirse por todas partes. Pero no le importa. Sabe que le será suficiente alcanzar a Filípides, detenerlo. Del resto se ocupará Tersipo.

Tersipo sabe siempre lo que hay que hacer.

Va ganando terreno. Está a pocos pasos ya. Espera que, de un momento a otro, Filípides se dé cuenta de él y se dé la vuelta. O por otro lado, que intente forzar el ritmo para dejarlo atrás. Se acerca más. Ahora Filípides tiene que haberse dado cuenta. No puede ser de otra forma. Eucles está resoplando como un caballo, los pies los arrastra por el suelo levantando polvo y arañando incluso con los talones.

Sin embargo, Filípides no se da la vuelta. Ahora Eucles tiene miedo. Quizás Filípides se ha percatado. Sabe que ha sido descubierto y quizá está desenvainando la espada para traspasarlo. No puede oponer resistencia. No será capaz. Quizás por esto Tersipo le ha dejado ir el primero. Quiere ver cómo reacciona Filípides. Tersipo sabe hacer muy bien las cuentas. Es un político, y no le asombraría que estuviera dispuesto a sacrificarlo. Hay mucho en juego. El destino de cada uno de ellos puede cambiar radicalmente en función de lo que ocurra en los siguientes instantes.

—¿No piensas que has hecho un esfuerzo excesivo para tus posibilidades? —dice la voz de Filípides sin darse la vuelta. Ningún resoplo, ningún suspiro entre una palabra y la otra. Como si estuviera parado.

—Cómo sabías... —tartamudea Eucles.

—¿Qué eras tú? Tersipo tiene un paso mucho más marcado... —dice. Es imbatible. Despejado. Quizás es de verdad un semidiós. Pero entonces, ¿cómo se mata a un semidiós?

—Para —le dice Eucles, recurriendo a sus últimas fuerzas para ponerse a su lado.

—¿Bromeas? Falta tan poco... y Atenas quedará a salvo.

—¿Salvada... de Hippias... o de la... de la democracia? —balbucea Eucles, que está casi sobre él. Alarga las manos, se echa hacia delante, lo para, lo tira al suelo, y se caen juntos. Una caída fea. Él es casi un peso muerto. Filípides, que no se lo esperaba, cae con un salto hacia delante, sin tener tiempo para detener la caída con las manos. El hemerodromo se golpea la cara en el suelo, se queda atontado durante unos instantes, entorna los ojos y le mira sin entender. Mientras tanto, Eucles se ha puesto de rodillas y le mira fijamente, alargando la mano para quitarle la espada que lleva en la cintura.

Pero Filípides se lleva la mano al arma y se aparta ligeramente.

—¿Qué haces? ¿Estás jugando sucio? ¿Quieres ganar poniéndome una zancadilla? —dice. Las palabras no le salen de la boca todavía demasiado claras.

Eucles desenvaina la espada.

—¿No has visto a los soldados persas?

—Claro que los he visto. Había muchos en los alrededores, guerreros que iban sin rumbo. Pero los he evitado, y ellos no me han prestado mucha atención.

—¿Y los guardias atenienses?

—También los he visto. Pero les he despistado. Podían haber sido enviados por los Alcmeónidas. ¿Por qué?

Parece seguro de sí mismo. Tan seguro que no saca ni siquiera la espada. Y parece también sincero. *Parece*. Quiere sólo inducirlo a fiarse, a bajar la guardia. Es hábil, muy hábil. Filípides pretende matarlo y espera sólo que él reponga la espada en el cinturón. Pero Eucles sabe que es un traidor. No puede ser de otra forma. No le habrían dejado pasar.

—Eres un traidor —consigue decir.

—¿Estás tonto?

—Sí, eres un traidor —repite, a Filípides y a sí mismo.

—Eres tú el traidor si no me dejas marchar. Estamos regalándole tiempo a los persas...

—No te dejes ir. Eres un traidor —repite. Es una letanía lo suyo.

—¿Pero qué estás esperando? ¿Por qué no lo matas? —escucha. Ha llegado también Tersipo. Se encuentra todavía a unos pasos cuando le anima a actuar.

Y es entonces cuando Filípides se aparta y desenvaina el *kopis*. Eucles no se atreve a acercarse mientras se encuentre a solas, dando de esa forma tiempo al otro para que se levante.

Mientras tanto ha aparecido también Tersipo, y con la espada desenvainada. Jadeando bastante, se mueve de forma que obliga a Filípides a quedarse en medio, entre él y Eucles. Filípides mira primero a uno y luego al otro.

—¿Habéis decidido acabar conmigo, eh? Pero descubriréis que no es tan fácil. Estáis agotados... —dice Filípides.

Eucles no habla. Deja que sea Tersipo quien haga el primer movimiento. Pero ni siquiera el amigo abre la boca, si no es para tomar aliento. De todos modos, sigue con un paso adelante y realiza el primer ataque, que Filípides aparta con total facilidad. Pero haciendo así, el hemerodromo se ve obligado a acercarse a Eucles, que sin embargo todavía no está listo para atacar. Cuando se mueve también él poco convencido, ya es tarde. Filípides ha vuelto a su posición.

Tersipo mira a Eucles seriamente, y le hace un gesto con la barbilla. Quizás, se dice Eucles, quiere tomar la iniciativa de una vez. Por eso ataca. Pero inmediatamente se da cuenta de que tiene los reflejos terriblemente lentos, más lentos que nunca. Filípides, en cambio, está todavía despejado y reactivo, no como lo ha visto en la batalla pero lo suficientemente entero para convertirse en un enemigo difícil de superar. Sería imposible si estuviera él solo.

Pero está Tersipo. De todos modos, Eucles no pretende exponerse demasiado. No tiene ninguna intención de dejarse matar sólo para distraer a Filípides y permitir al otro matar al traidor y salir volando hacia Atenas. Está claro que no quiere realizar favor alguno a Tersipo. Se limita, por lo tanto, a tener ocupado al adversario, estando encima de él pero sin jamás realizar un ataque demasiado profundo para no exponerse a su contraataque. Ni siquiera Filípides puede realizarlo, para no dar durante demasiado tiempo la espalda al otro enemigo.

Nadie habla. Ya no. Nadie intenta dar explicaciones, nadie las ofrece. A estas alturas nadie espera convencer a los demás. Cuenta sólo ganar. Cada ataque de Eucles se detiene en la espada de Filípides, cada reacción de Filípides queda anticipada por un paso hacia atrás de Eucles, mientras que Tersipo parece sobre todo estar

recuperándose. Los golpes y movimientos de Eucles son previsibles y lentos, pero Filípides no puede aprovechar las ocasiones mientras Tersipo se mantenga detrás de él.

Pero los ataques de Eucles son cada vez más débiles. Con mucha dificultad aguanta la espada en la mano, la figura de Filípides le parece desdoblada, se diferencia de la de Tersipo con dificultad.

Mientras tanto, el otro está recuperando sus fuerzas aún.

Todavía siguen los choques de espadas. Después de la incursión nocturna, después de la batalla, después de los enfrentamientos con los persas extraviados y con los hombres de los Alcmeónidas. Eucles no había pensado nunca que tendría que mantener un nuevo ataque, y encima contra su amigo de siempre. Encuentra cada vez más difícil esquivar los ataques encubiertos de Filípides, e igualmente complicado mantener el equilibrio. Teme caer al suelo de un momento al otro, por cansancio, porque a estas alturas se encuentra carente de cualquier coordinación, porque ha tropezado con algún obstáculo que su vista nublada no ha notado.

Luego siente de repente una quemadura en el hombro izquierdo. Sangre que le sale de una herida no demasiado profunda. Ha sido Filípides, y él ni siquiera ha visto que el ataque llegaba. Reacciona moviendo la espada alocadamente, más para mantener alejado al adversario que para alcanzarle. El escozor que siente en el hombro se une a los numerosos dolores que se reparten por todo el cuerpo y, sin embargo, sigue gesticulando alocadamente, como si fuera otro quien le estuviera moviendo. Y sigue un buen rato, incluso cuando siente que Tersipo le llama.

—¡Para! ¡Para! ¡Todo ha terminado! —le grita su amigo.

Eucles no consigue pararse inmediatamente. El instinto de supervivencia y una cierta, desesperada mecánica, le inducen a continuar. Pero su mirada reacciona antes, y se queda mirando fijamente al frente, donde ya no ve a nadie. Entonces va disminuyendo los movimientos hasta casi detenerse y mira a su alrededor. Luego mira el suelo, intentando localizar una escena que le cuesta trabajo creer.

Tersipo está de rodillas, extrayendo la espada del costado de Filípides que aparece tumbado en el terreno.

Un reguero de sangre cae de la boca del hemerodromo más famoso de Grecia. Sus ojos están cerrados. Sólo un escalofrío sobre su cuerpo rígido. Luego nada más.

Incluso Filípides se retrasaba. Eucles se acababa de dar cuenta de que el regimiento no aguantaba más, y había tenido confirmación de ello después de haber visto dar marcha atrás unos pasos también a su amigo. Los dos eran los hoplitas que más se habían adentrado en la alineación enemiga. Su acción había ido abriéndose poco a poco, y habían terminado por combatir más bien uno distante del otro en vez de protegerse. Pero luego habían tenido que dar marcha atrás para no quedarse aislados entre las alineaciones enemigas que llegaban.

Después de un primer momento de desorientación, los persas habían reaccionado de forma vigorosa. Había guerreros válidos entre ellos, y pronto habían aprovechado su neta superioridad numérica en el centro para reconstruir los rangos y ejercitar una presión constante sobre la fila de Antioquea. Eucles dedujo que lo mismo tenía que haber ocurrido en el sector contiguo a Leóntidas. La muchedumbre impedía ver qué es lo que estaba ocurriendo en el regimiento de Tersipo, pero visto que la unidad de Temístocles se había enfrentado al enemigo en las mismas condiciones, era probable que estuvieran replegándose también ellos.

Si no se había quedado ya dividida por completo.

Prefirió perder un instante y agacharse para recoger la lanza de un hoplita que había caído. Con la espada no conseguía evitar ya que los persas le llegaran encima. Empuñó el arma de nuevo en cuanto tuvo el tiempo para frenar el asalto del enemigo, contra el que se chocó de frente con la parte afilada. Eucles se la encontró rota por la mitad. Le dio la vuelta con los dedos y empleó la punta posterior. Lo que le quedaba en la mano era siempre más largo que una espada, a fin de cuentas.

El persa le estaba siempre encima. Eucles era consciente de encontrarse bajo la mirada de los conmlitones. Como punta avanzada del regimiento, era el griego más sometido a presión junto con Filípides. Arrojó una rápida mirada al amigo. Veía su cresta levantarse por encima de los cascos de los persas, dar vueltas sobre sí misma, otras veces girar, y de vez en cuando la cabeza de un enemigo desaparecía, presumiblemente separada o abatida por un valeroso hoplita.

Habría sido difícil hacer algo mejor. Por sí mismo, Filípides estaba manteniendo ocupado a un abultado número de enemigos, dando modo a los compañeros de atrás de replegarse con relativa tranquilidad. Había quien intentaba ir a ayudarle, pero la multitud era tal que ninguno conseguía moverse más allá de unos pasos desde la posición que ocupaba. A pesar de ello, Filípides parecía lograr defenderse muy bien incluso él solo. Eucles se dijo que podría por lo menos intentar emularlo.

De repente se dio cuenta de que tenía que vérselas no con un persa, sino con dos. Se había replegado demasiado despacio. Detuvo sus ataques con el escudo e intentó mantenerlos alejados con el resto del tronco que le quedaba de la lanza, mirando a su alrededor para ver si conseguía encontrar una entera. La vio, pero los dos se le habían echado encima y tuvo que limitarse a pisotearla. Luego vio aparecer junto a él, de repente, a otro hoplita que se acercaba para darle una mano.

Eucles miró de nuevo a Filípides. Su cresta se encontraba todavía bailando entre los enemigos.

—¡Vuelve atrás! —gritó al compañero—. ¡Refuerza la línea de defensa de la retirada! ¡Aquí me ocupo yo!

Aquel no dejó que se lo dijeran dos veces. Luego Eucles tomó a contrapié a dos adversarios, avanzando un paso. No se lo esperaban. Uno de los dos en particular se

había distraído, siguiendo con la mirada el inexplicable comportamiento del otro hoplita. Eucles notó que los dos enemigos estaban separados a una distancia no muy superior a la de un tronco de lanza. Entonces levantó la lanza apenas en el aire, la agarró como si fuera un puñal, avanzó de nuevo con otro paso y se puso entre los dos. Fue así como hirió en el ojo al guerrero de la izquierda. Extrajo rápidamente la punta y con un movimiento de codo hacia el exterior, alcanzó también el ojo del adversario de la derecha.

Dos gritos le atontaron casi al unísono. El primer persa herido había caído al suelo al instante, muerto en el acto, y el otro tenía el bulbo ocular colgando. El enemigo se había detenido asustado. Gritos de triunfo se habían levantado de las filas de Antioquea.

Todos habían visto cuán bueno era.

De todos modos, estaban también admirando desde mucho antes el valor de Filípides. Tendría que hacer mucho más para conseguir equipararse a él. Pero su actuación había sido una hazaña importante, sobre todo para la propia moral. Cada vez más adquiría la certeza de no ser inferior a sus dos amigos, con quienes mantenía la apuesta en juego. Le gustaba esta sensación. Sentía tener el poder en las propias manos, la fuerza de dar vida y muerte, de determinar los ánimos de la tropa, de dejar una señal tangible allá por donde pasaba. Estaba alejando de sí mismo la sombra de la duda, el miedo a fracasar que le había transformado en un eterno perdedor.

Finalmente recogió una lanza íntegra. Luego invitó con gestos del brazo a los persas para que se asustaran. Algunos comenzaron a avanzar. Pero mientras, la alineación griega había tenido forma de compactarse de nuevo. Sus compañeros se encontraban inmediatamente detrás de él, listos para apoyarle, si bien su línea era demasiado fina para resistir la presión de las unidades persas, marcadas todavía por una notable profundidad. Se podía sólo contener el empujón, en la mejor de las hipótesis. Aún así, se dijo Eucles, los suyos habían visto que, gracias a él y Filípides, el regimiento había podido evitar romperse.

Hasta aquel momento, al menos.

Filípides había regresado dentro de los rangos, finalmente. Felicitado por todos con docenas de palmadas en los hombros, esperaba en primera fila el nuevo y previsible ataque de los persas. El oficial llamó también a Eucles, quien no pudo hacer otra cosa que adecuarse, también porque muy pronto se vería arrollado por un tornado. Entró en las filas esperando a su vez ser recibido por las felicitaciones, pero justo en ese momento la armada persa se arrojó sobre ellos. Los asiáticos gritaban y corrían como habían hecho los atenienses sólo poco tiempo antes, en sus ojos la misma oscura exaltación que habían imprimido los ojos de los hoplitas durante el ataque. Estaban recién compactados, por suerte, y esto les impidió llegar todos juntos sobre los griegos, atenuando su fuerza en el impacto. En caso contrario, los

atenienses habrían sido barridos en un instante.

Eucles se encontró frente a un persa mucho más rápido que sus compañeros. Él y el conmlitón que estaba a su lado le hirieron incluso antes de que los asiáticos llegaran a estar cerca, si bien a pocos pasos a la izquierda los enemigos cayeron sobre la línea en grupo y los hoplitas no consiguieron oponerse. Entre éstos estaba también Filípides. Se creó una mezcla encendida y tan confusa que Eucles no conseguía ya diferenciar a los oponentes. Mientras tanto él tenía distanciados a otros adversarios, que habían llegado poco a poco cerca de su sector y se habían visto obligados a abrirse camino con lanzas y espadas y no con empujones.

Eucles combatía, pero mientras tanto no perdía de vista a Filípides. Al cabo de pocos instantes el escenario fue más claro. Todos los hoplitas habían terminado en el suelo, arrollados por la oleada persa. Algunos habían sido pisoteados y luego rematados con las lanzas, y otros literalmente cortados en rodajas por los enemigos que habían tenido tiempo de ensañarse con ellos. Filípides, en cambio, seguía vivo. De rodillas, sujetaba el escudo encima de la cabeza para refugiarse de la granizada de golpes que habían dejado caer los adversarios, y mientras tanto atacaba con la espada, con golpes transversales, acabando con cada pantorrilla que se le acerca demasiado.

Eran ya dos los persas que se habían dejado por completo el pie a un paso del hoplita. Uno de los dos se había desplomado encima de los cuerpos amontonados de los griegos, sujetándose la pierna por donde salía una cantidad impresionante de sangre. El otro saltaba sobre la pierna buena hacia atrás, pero sus compañeros que avanzaban chocaron varias veces con él, haciendo que terminara pisoteado sin piedad en el suelo.

¡Maldición! Por mucho que se esforzaba, Filípides se encontraba siempre por delante de él. A Eucles le vino la tentación de salir de nuevo de su posición, pero ya la esperanza de supervivencia para cada uno de ellos se encontraba unida a la cercanía con sus compañeros. Los persas eran demasiados, y su presión insostenible. En su escudo seguía recibiendo un golpe iras otro. La inclinación que el primer adversario había provocado se había acentuado y los listones de madera se habían separado, creando una peligrosa hendidura que dejaba expuesto también su costado izquierdo.

Por último llegó el golpe más afortunado de todos. Un persa logró insinuar la cúspide de la lanza en la fractura, llegando a rozarle el pecho. Pero Eucles fue muy rápido al mover el brazo de forma oblicua, moviendo la punta y rompiendo la lanza. La cúspide y el último tramo de lanza cayeron a sus pies y el enemigo gritó por el fuerte dolor en el brazo. Luego atacó en profundidad con la lanza y le alcanzó en el cuello. Se liberó de su escudo, que ya era inutilizable, y extrajo la espada que se pasó a la mano derecha, transfiriendo hacia la izquierda la lanza.

Se encontraba cubierto de sangre, la de los adversarios que le habían regado cada

vez que había truncado arterias o articulaciones, y la propia debido a las heridas que había recibido, por suerte, sin profundidad. Su túnica estaba toda enrojecida y llena de sudor, rota y arrancada en varios puntos. El metal de su casco se había oscurecido por la pátina de color rojo que lo cubría. Miró hacia Filípides. Se había vuelto a poner de pie, también él cubierto de sangre, y seguía logrando víctimas sin parar.

Pero también él se había visto obligado a retirarse.

Eucles ahora usó la lanza como escudo, para tener alejados a los adversarios en el costado izquierdo, mientras con la espada les atacaba por la derecha. Consiguió realizar dos ataques sobre la cabeza de un adversario, abriéndosela en dos, y arrastrar otro brazo, que observó colgante del hombro de su víctima. Pero el espectáculo le distrajo durante un instante y un persa en el lado izquierdo, de un violento golpe con el escudo, le tiró la lanza y se le echó encima. Se lo encontró delante cuando ya era demasiado tarde para dar un paso atrás y evitar su ataque.

No le quedaba otra cosa que girar el tronco para parar el golpe con su espada. Levantó el brazo, pero el golpe del enemigo nunca llegó. Luego vio al persa desmoronarse, alcanzado por una lanza que le había penetrado por el hombro. Eucles dirigió su mirada a un lado. Epizelo extrajo la lanza y le miró.

—¡Juntos se logran más cosas, recuérdalo siempre! —le dijo su viejo instructor.

Eucles no respondió. Se limitó a realizar un gesto de asentimiento y luego volvió a enfrentarse contra un nuevo adversario. Pero ¿quién le había pedido ayuda? Lo habría logrado él solo si únicamente hubiera tenido tiempo. Ahora, todos habían visto que Epizelo le había ayudado, todos habrían comentado que todavía necesitaba a su tutor y tendría que aumentar el esfuerzo para mantener el paso de Filípides.

Pero mientras tanto seguían empujando. Se dio cuenta de que estaba pisoteando las flechas con las que, anteriormente, los persas habían levantado la barrera contra el avance griego. Esto significaba que estaban perdiendo contacto con los otros sectores de la alineación griega.

La cosa se estaba poniendo mal.

Casi costaba trabajo mantener el paso de los primeros. Cinegiro y los compañeros avanzaban tan rápidamente que los conmlitones de las últimas filas no tenían necesidad de empujarles. Es más, tenían que estar únicamente atentos para no perder el contacto si querían participar en la matanza. Esquilo sentía que lo decían todos aquellos que le precedían. Los persas habían cedido, y se estaban retirando sin oponer resistencia. Muchos se retiraban combatiendo, pero otros ofrecían la espalda a los hoplitas perseguidores y, sin coraza, acababan batidos por una espada o alcanzados por una lanza arrojada desde lejos. Ciertos hoplitas se divertían haciendo el tiro de la diana, otros tenían que esforzarse para aguantar la resistencia.

Los oficiales no parecían conseguir ya tener unidos a sus propios hombres. Cada

uno seguía su impulso y avanzaba donde consideraba más oportuno, algunos en busca de fáciles presas, otros todavía ansiosos por enfrentarse a enemigos combativos. Las unidades se habían confundido las unas con las otras, y ya nadie tenía a su lado a los compañeros con los que había comenzado la batalla. Esquilo se encontró más atrás que todos. Su naturaleza le llevaba a evitar hasta donde fuera posible los enfrentamientos todavía activos, pero también las persecuciones de los enemigos que habían dejado de combatir y pensaban sólo en salvarse. Avanzaba sin convicción, y así perdía terreno respecto a los conmlitones. Su único deseo era descubrir si Cinegiro estaba todavía vivo. No lo veía desde hacía tiempo. Demasiada distancia les separaba, demasiados hombres que se amontonaban entre él y el hermano.

Siguió caminando, pasando los enfrentamientos más encendidos e ignorando a los fugitivos aislados. Vio al polemárcos Calimaco a la cabeza de un grupo de hoplitas mientras cargaban contra un puñado de persas dispuestos a resistir. El comandante en jefe no se preocupaba de taparse con el escudo y se arrojaba arrogante sobre los enemigos, incitando a los otros a hacer lo mismo, sin temer las lanzas dispuestas contra ellos. Y funcionaba. Los hoplitas le seguían ciegamente, quizás con un poco de prudencia de más, pero mientras tanto eran capaces de arrastrar con sus espadas las astas de las lanzas persas y de abrirse camino para una nueva penetración.

Pero Cinegiro no se encontraba entre ellos. Esquilo pasó más allá. Se detuvo para mirar los cadáveres de los hoplitas que se cruzaban en su camino, pero su hermano, por suerte, no se encontraba en el terreno. Conociéndolo, si estaba todavía vivo constituiría la punta de la alineación desordenada de Ayántide.

Le tocaba ir más allá, precisamente entre las fauces de la alineación persa, donde no podría quedarse mirando.

Un enemigo le pasó al lado. Se encontraba sin escudo y sin coraza. Sólo una espada en la mano, que no parecía querer utilizar contra él. Pensaba sólo en escapar. Para Esquilo se habría tratado de dar algún paso hacia delante, seguirlo y herirlo por la espalda, pues tenía todavía la lanza consigo. Pero no tenía ningún interés en hacerlo. Siguió caminando, mirando a su alrededor, pero después de pocos instantes vio la cabeza del persa rodar por el suelo, pocos pasos delante de él. El tronco también se desplomó algo más tarde. Detrás apareció la silueta del estratega, Estesilao.

—Te he visto, hoplita. Le has dejado escapar —dijo el comandante del regimiento, con un evidente tono de acritud.

—Yo... no mato a gente indefensa...

—La batalla no ha terminado aún y nos lo podríamos haber encontrado de frente después, cuando los persas se aglutinen en defensa de sus naves que están a punto de zarpar, o quizás en Atenas, si hubiera conseguido subirse con los demás. Recuerda

que tenemos también que evitar que escapen y que lleguen a Atenas antes que nosotros. Cuantos más matemos ahora, menos encontraremos luego.

Esquilo sintió vergüenza por sí mismo. Agachó la cabeza, mortificado, y no dijo nada más.

—Intenta resarcirte, Esquilo. ¡Ve donde está tu hermano en primera fila y demuéstrame que eres digno de él! —le dijo el estratega, que luego corrió de nuevo.

Por un instante había esperado que no le hubiera reconocido. A fin de cuentas, llevaba todavía el caso. Pero todos conocían a Cinegiro, y por ello todos reconocían a su inútil hermano, incapaz de dar ni siquiera un poco de apoyo a la armada griega. Retomó la carrera, pero siguió ignorando a los persas que le pasaban al lado, o aquellos que le superaban, y dejó de nuevo de dar una mano a los compañeros que seguían combatiendo. Lo que más le importaba era encontrar a Cinegiro. La idea de que pudiera estar muerto lo aterraba. A pesar de que su hermano mayor no le ahorra humillaciones y tomaduras de pelo, le quería y estaba seguro de que él también sentía lo mismo.

Continuó hasta que llegó al campamento persa. No había un puesto de defensa, ni un cordón de guerreros. Los enemigos seguían escapando más allá de las tiendas, y los griegos les perseguían. Algunos hoplitas se detenían para saquear, irrumpiendo en los pabellones más grandes, que probablemente habían acogido a los generales y a los altos cargos, o para rebuscar entre los carros de las provisiones que los asiáticos no habían tenido tiempo de subir a las naves.

Pero la mayoría corrían, incitados por los oficiales a matar cuantos más enemigos posibles. Seguían más allá de las tiendas, más allá de las reservas de comida y de armas abandonadas en el terreno, hasta la gran marisma.

Esquilo la vio abrirse delante de sí mismo de repente. Y se detuvo precisamente en los márgenes del terreno fangoso. Como él, los otros hoplitas se detuvieron, limitándose a detener y destrozar a los persas más cercanos, sin haber todavía alcanzado las zonas más inestables. Más allá, ningún griego se atrevía a ir. Los persas se arrojaban en centenares, habiendo intuido que allí en medio lograrían huir de sus perseguidores.

Lo que no sabían es que encontrarían algo mucho peor que una hoja lista para degollarlos.

Esquilo los vio aparecer poco a poco. Uno tras otro. Atormentados y poco acostumbrados a las nubes de mosquitos, como si los insectos poseyeran su propia conciencia y se hubieran puesto de acuerdo para atacar todos juntos a las presas, los soldados se movían de forma convulsa, frenética, moviendo los brazos histéricamente, hasta tambalearse y caer, para ser tragados por el terreno. Otros eran lentamente absorbidos por el suelo movedizo, como si una mano gigantesca les arrastrara con fuerza hasta los infiernos. Los observaba mover los brazos pidiendo

ayuda a los conmitones, pero luego no podían hacer otra cosa que arrastrar consigo, debajo del fango, a quienes habían tenido el coraje de darles la mano. O los veía desplomarse de repente, víctimas del terror que sentían al presenciar el final de sus compañeros más cercanos. Y se les escuchaba gritar. Gritos lejanos, lúgubres, desesperados, que sonaban en el valle como un canto de muerte.

No consiguió sostener durante mucho tiempo el espectáculo. Prefirió retomar la búsqueda de su hermano. Dirigió los ojos a los compañeros que estaban a su lado, y vio que muchos estaban ajusticiando ahora a los prisioneros, después de haberles obligado a presenciar la muerte de sus compañeros en las marismas. Buscó a Cinegiro pero no le vio. Quizás había ido ya a la playa, objetivo último de Ayántide, a quien se le había encargado la misión de detener el embarque de los persas en las naves hasta que no hubieran llegado también los otros regimientos.

Se movió, recorriendo los márgenes de las marismas, abriéndose camino entre los compañeros que los oficiales estaban reuniendo para llevarlos en rangos más cerrados hacia el mar. Por fin lo vio. Estaba vivo, por suerte. Vivo y recubierto de sangre. No suya, a juzgar por la vehemencia con la que discutía con un oficial y por la energía con la que gesticulaba. Conociéndolo, estaba sin lugar a dudas intentando convencer al *lochago* para que le dejara ir el primero o que le permitiera retomar su camino sin perder más tiempo reconstruyendo las filas.

Y bien, se iría con él. En ningún lugar del mundo se sentía más seguro como cerca de su hermano.

Calimaco de Afidnas se encontraba a pocos pasos de Esquilo. También él estaba cubierto con la sangre de otros, y quizás también con la propia. Lo estaban los dos, menos él, Esquilo. En ese momento un hoplita llegó corriendo, habló con el polemenco y se alejó inmediatamente.

—¡Atención! ¡Los que están en este lado vienen conmigo! ¡Antioquea y Leóntidas están combatiendo en el centro! ¡Tenemos que ir a darles una mano enseguida! —gritó Calimaco.

E inmediatamente todos los hoplitas, menos el polemenco y Esquilo, se dirigieron hacia la dirección de la que provenía el poeta.

Esquilo casi se vio arrastrado por ellos.

XVII

Eucles mira fijamente, incrédulo, el cadáver de Filípides. Su amigo de un tiempo atrás, el corredor más grande de Grecia y uno de los guerreros que más se distinguió en el enfrentamiento contra los persas. Incluso quizás el descendiente de Teseo.

Pero también un traidor de la patria y el hombre que estaba a punto de quitarle a Ismene, junto a la gloria y el reconocimiento de los atenienses. No, no puede permitirse sentirse culpable.

Tersipo está con él, junto al cuerpo, sentado, todavía cansado. No parece encontrarse en situación de retomar la carrera, al menos por ahora. Ni siquiera Eucles se siente listo. Se deja caer al suelo también él. Qué más da, la situación ya está bajo control. Tersipo no es un adversario al que pueda temer.

—Podía haberme matado —dice Eucles con tono de reproche.

—Pero no lo hizo —contesta Tersipo. No lo mira a la cara mientras responde.

—Habría podido. Estaba mucho más fresco y activo que yo. Has dejado que combatiera yo sólo contra él...

—Era la única esperanza que teníamos para acabar con él. Tú mismo has visto lo que fue capaz de hacer en la batalla... Tenía que permitir que uno de los dos se recuperase mientras el otro lo mantenía ocupado. Nos habría matado a ambos si yo también le hubiera asaltado enseguida.

—Puede ser. Pero mientras tanto, ¿has pensado que te habría podido ayudar a deshacerte de mí? Sabes bien que ahora que quedamos nosotros dos, no tienes posibilidades de vencer.

—¿Ah, eso crees? ¿Y cómo me habría desenvuelto una vez que me hubiera quedado solo con él que estaba más fresco? Y no está aún claro en absoluto que tú venzas. Podrías estar mucho más cansado que yo, visto que has tenido que luchar un buen rato también contra él. Si pudieras retomar la carrera, ¿lo harías y me dejarías aquí?

Eucles se ve obligado a admitir que efectivamente es así. Y además, si llegaban a estar uno cerca del otro, Tersipo podría hacer valer sus dotes de saltador y velocista, y quizás con mayor determinación. No hay nada que se pueda dar por seguro. Y Tersipo, a fin de cuentas, le ha hecho un favor. Es verdad que él ha tenido que exponerse, arriesgar, pero todo ello forma parte del juego. La apuesta es alta y no la conseguirá sin asumir riesgos cada vez más complejos.

—¿Y ahora qué? —le pregunta el amigo.

—Ahora... que venza el mejor. Faltan pocos estadios para Atenas. Menos de un *dolicos*, creo. Nos la jugamos nosotros. Se entiende que Filípides ha sido víctima de un ataque de un grupo de persas extraviados... Si revelásemos que ha sido un traidor, se abriría una investigación y nuestra empresa se vería de todos modos manchada.

Los Alcmeónidas no admitirán jamás que lo han comprado y nos cubrirían de falsedades a los dos.

—Ya. Él mismo lo ha dicho, antes de que tú lo mataras, que había visto muchos más persas de los que hemos visto nosotros...

—Pues eso. Es más, tenemos que estar pendientes de que no haya otros asaltos. Pueden haberse acercado incluso a los alrededores de la muralla. Tengamos a mano las espadas cuando retomemos la carrera.

Correr. Ya le parece una palabra enorme. Pero algo tendrá que hacer para separarse de él. Es demasiado arriesgado llegar a Atenas con un celebrado velocista. Si tiene que ser el *dolicos* más importante de su vida, es justo realizarlo sin dejar que nada dependa de la casualidad.

—¿Qué hacemos entonces? —dice—. ¿Nos marchamos juntos... ahora? Juntos, como si fuera una carrera oficial...

—¿Te apetece? Qué suerte... Yo esperaría algo más, pero si tú te marchas, ten por seguro que no te suelto...

Eucles se calla. Sí, le gustaría comenzar, pero todavía no está seguro de que pueda separarse desde el principio. Difícilmente podrá hacer más que marchar con un ritmo algo más fuerte, levantando con dificultad los pies del suelo. Es necesario adoptar la táctica apropiada y no despreciar al adversario, ni sobrevalorar los propios recursos. Es demasiado importante ganar esta vez. Sería una victoria tal que anularía de una sola pasada las derrotas anteriores. Ahora que Filípides se ha revelado como traidor, no tiene ninguna razón para sentirse inferior a nadie. Él no traicionaría a la patria, jamás, y esto le hace ser automáticamente mejor que Filípides, al que, sin embargo, había considerado siempre el más noble vencedor entre los hombres.

Vencer este *dolicos* significa ganarlo *todo*. Todo lo que, durante toda la existencia, se le ha negado, o que por lo menos ha pensado que así era. Los propios límites, Tersipo, la gloria, quizás el poder de Ismene.

Observa al único adversario que le queda. Un adversario a su alcance. Pero no tiene que cometer errores. Demasiadas veces se ha enfrentado a desafíos con suficiencia y por eso se ha visto derrotado. Tersipo está completamente agotado. Quizás su amigo no se pondrá a correr hasta que no lo haga él. O quizás intentará sorprenderlo, saltando de repente e intentando buscar una ventaja ya en la salida. Lo analiza, controla los movimientos, la tensión de su rostro y la de sus músculos. No le parece que vaya a comenzar. Evidentemente, espera que sea él quien lo haga, y mientras tanto se toma todo el tiempo necesario para recuperar las fuerzas.

Eucles reflexiona. ¿Le conviene seguir esperando? ¿El tiempo corre a favor suyo o de Tersipo? ¿Si da modo a su adversario de recuperar las fuerzas, no corre el riesgo también de que reúna la suficiente para afrontar el *stadion* final, el último salto? ¿Y de esta forma, no anula la diferencia de resistencia que siempre ha habido entre los

dos?

Por otro lado, él ha gastado más energías consumiendo las residuales con Filípides. Marchándose enseguida iría demasiado lento, y Tersipo quizás no tendría dificultad para seguir atacándole y luego, al final, castigarle. Ya se ve cómo va bajando el ritmo y se va deteniendo pocos estadios antes, con las manos en la rodilla y abriendo la boca para intentar tomar más aire. El descanso, a fin de cuentas, también le beneficia a él.

De todos modos, analizando de nuevo a Tersipo, nota que los suspiros de su amigo son cada vez menos pronunciados. Se está recuperando rápido. *Demasiado rápido*. Muy pronto estará listo para aprovechar toda su capacidad. Es necesario tener bien presente en la mente que no se ha derrumbado nunca hasta ahora, a pesar de ser un especialista en *stadion*, a pesar de que no ha corrido antes un *dolicos*, a pesar de la batalla. Tersipo tiene determinación, es robusto, y no soltaría su presa ni siquiera ahora, eso lo puede jurar. No le será jamás suficiente llegar un poco por detrás de él. Lo que le interesaba de verdad es la visibilidad y el poder que puede derivar de la misma. Es demasiado ambicioso para contentarse con un segundo lugar.

Eucles se pone de pie. Es la mejor solución. Manda un gesto de asentimiento a Tersipo, que se levanta a su vez sin decir una sola palabra. Siente un gran peso encima, como si tuviera que salir de un derrumbamiento que le ha sepultado casi por completo. Dolores y magulladuras por todo el cuerpo, quemaduras y arañazos por todas partes. Pero también a Tersipo le cuesta ponerse en movimiento.

Se trata para ambos de una lucha entre los límites humanos.

Se ponen uno al lado del otro, precisamente como en una competición oficial, en un estadio delante de un público, como si estuviera frente a ellos en una línea imaginaria que no puede cruzarse hasta que alguien no dé la señal de salida.

Ya. Falta sólo alguien que señale el comienzo.

—Da tú la salida —dice Eucles.

Tersipo asiente. Espera todavía un instante, respira a fondo, suelta los músculos y flexiona las rodillas, mueve los brazos.

—¡Ahora! —grita al final.

El amigo podría haber aprovechado la oportunidad de establecer el momento de la salida para saltar hacia delante. En cambio, se sitúa tras él. Evidentemente, se dice Eucles, pretende medir sus propias fuerzas y controlar al adversario para luego superarlo. Eucles da inmediatamente unos pasos de ventaja. Lo siente jadear detrás y desea poder inmediatamente distanciarse todavía más. El problema está en que no consigue correr de verdad. Más bien se arrastra, y en esas condiciones es difícil separarse de cualquiera. De hecho, continúa notando el aliento de Tersipo en el cuello.

Los dolores le atormentan. Es con ellos con los que tiene que combatir, como si

no fuera suficiente el cansancio y Tersipo. Se han multiplicado, de la cabeza a los pies no hay una parte que no le duela, y cada moratón, cada herida, cada músculo endurecido contribuyen a detenerlo y a hacerle sufrir.

Luego, de repente, siente un dolor más fuerte que los demás. Sufre ya tanto que sólo después de unos instantes entiende que se trata de algo nuevo. Y es más intenso.

Se derrumba precisamente mientras ve a Tersipo extraer la espada de su costado.

Se siente sofocado. Alarga la mano hacia el otro que se ha detenido y le mira, sin expresión.

Se mira el costado herido. La sangre que le sale a borbotones. Luego mira a Tersipo.

—Pero... ¿por qué?

En el rostro de Tersipo aparece una sonrisa amarga.

—¿Por qué? Porque no puedo permitirme perder. Hay demasiado en juego. Quizás tú habrías hecho lo mismo dentro de unos estadios.

—No. Yo... yo no... lo habría hecho nunca —responde con un susurro.

—¿Estás seguro de ello? Mira lo que has hecho ya...

—Co... ¿cómo?

—Filípides.

—Filípides era un traidor...

—No que yo sepa.

—Pero si me has convencido precisamente tú...

—Te lo he hecho creer. Y no me ha costado mucho, la verdad. Se te hacía cómodo creerlo para tener el pretexto de librarte de un adversario que sabías que no podrías batir, y has captado al vuelo la ocasión que te he ofrecido.

Euclides calla durante unos instantes. Luego, con la fuerza residual, dice:

—¿Cómo piensas justificar nuestra muerte?

Tersipo se da la vuelta.

—¿Los persas, no? ¿No te acuerdas? Han acabado con vosotros dos. Y han acabado también con los centinelas de los Alcmeónidas.

—Eres... ¿eres tú el traidor?

—No lo necesitaría. Ahora tendré la ciudad a mis pies, y seré inmediatamente nombrado arconte. Pero arconte no significa tirano, y no representa el poder absoluto. Lo he pensado durante nuestra apuesta. A fin de cuentas, ponerme de acuerdo con Hipias me conviene. Me caso con su sobrina y me convierto en su heredero como tirano, sin vínculos con la democracia, sin tener que compartir el poder o dejarlo a algún otro después de un año.

Luego Tersipo avanza un paso y levanta de nuevo la espada, listo para acabar con él. Mira la herida, de la que sigue borboteando sangre. Mueve la cabeza.

—Es inútil que te remate. Te queda poco. Y además, conociéndote, te quedarás

ahí comiéndote las tripas por tus sentimientos de culpabilidad. Y esto me gusta. Hasta luego, Eucles —dice antes de darse la vuelta y encaminarse hacia Atenas con toda la calma de un hombre que sabe que no tiene rivales.

La cesión era siempre más palpable. Ahora la iniciativa había pasado a los persas, y ante la retirada de Antioquea era más bien imposible detener el ímpetu. Los asaltos del enemigo se producían a golpe de tambor, y cada defensa se revelaba más precaria. Los persas, en fuerte superioridad numérica, podían arrojar dentro siempre nuevos efectivos, que en el momento del impacto inicial se habían quedado a la espera en las filas posteriores, mientras los griegos estaban obligados a quedarse constantemente en primera línea. Y además, la progresiva recuperación del terreno daba más confianza a los asiáticos e inducía a combatir con tenacidad también a los más jóvenes y a los reclutas.

Eucles se había dado cuenta desde hacía un buen rato de que no había persas débiles o fáciles de derribar. Cada adversario se revelaba un hueso duro, incluso cuando los movimientos denunciaban una escasa experiencia. La moral lo es todo en las batallas, y la de los griegos estaba desplomándose. Él, Filípides, el propio estratega Arístides, Epizelo, combatían ininterrumpidamente desde el comienzo del enfrentamiento, y no podían pedir a nadie el cambio porque no había un hoplita que no se quedara sometido a presión. Por otro lado, se decía Eucles, mientras que Filípides no se hubiera trasladado hasta la primera línea tenía la obligación de quedarse también él, aunque hubiera tenido la posibilidad de evitarlo.

Le parecía retumbar en sus propios oídos el fragor del metal desde hacía días, por cuanto le era familiar el sonido de las espadas que se chocaban. No había tenido ni siquiera un momento para retomar aliento desde que se había encontrado luchando contra la alineación persa. Tampoco el estratega pretendía ordenar explícitamente la retirada. La única concesión que les permitía a los hombres era recuperar las fuerzas durante algún tiempo, antes de encontrarse de nuevo encima al enemigo. Arístides, de hecho, era consciente de que no debía perder definitivamente el contacto con los otros sectores de la armada si quería evitar verse rodeado. Además, sabía que en cuanto se hubiera recreado una cierta distancia entre las dos alineaciones, los persas comenzarían a lanzar flechas. Había muchos hombres que carecían de escudos. El hoplita seguía defendiéndose de los ataques enemigos agitando la lanza con la izquierda y clavando la espada con la mano derecha. Y siempre, con más frecuencia, sus ataques se quedaban vacíos. Y cada vez con más frecuencia las lanzas enemigas llegaban para clavársele en el brazo izquierdo, que se le había cubierto de cortes y aperturas. Sus reflejos eran cada vez más lentos, sus asaltos tardíos, y sus tiempos de reacción a los ataques de los adversarios más largos.

Y sus probabilidades de morir, más altas.

Había un persa que era particularmente emprendedor y no le quitaba los ojos de encima. Quizás porque en su propio sector Eucles era el único sin escudo, aquel asiático tenía que haberse convencido de que él era la presa más fácil e insistía en quererle herir con su propia lanza. Y era más bien hábil, mostrándose capaz de sustraerse en cada enfrentamiento con los hoplitas. Eucles no podía permitirse estarle demasiado encima, por temor a exponerse demasiado. El adversario lo entendió, y con el escudo por delante fue bajando, apuntando con mayor decisión a su brazo izquierdo. Con el escudo paraba cualquier ataque que Eucles realizaba con la espada, mientras que con la lanza intentaba alcanzar el brazo del griego.

Eucles no consiguió evitar la punta. El metal se le clavó en las carnes del antebrazo, obligándole a soltar la presa. El dolor, el enésimo que sentía en aquella batalla que parecía no tener fin, no lo apartó de la necesidad de tener que defenderse únicamente con la espada, con la que paró de nuevo otro movimiento del adversario. Pero ya el persa sentía que lo tenía casi en el puño e intensificó sus asaltos. El hoplita no podía hacer otra cosa que ir andando hacia atrás, terminando por pegarse a los compañeros.

—¡Al suelo! ¡Tiraos al suelo! —ordenó la voz de Epizelo.

No tenía mucha elección. Si se hubiera quedado de pie algún otro instante, habría sido el blanco de cualquier enemigo. Se arrojó sobre el terreno, pero no renunció a su objetivo.

—¡Éste es mío! ¡Mantenerlo únicamente ocupado! ¡Ése es mío! —respondió a su instructor de un tiempo atrás. No podía tolerar que lo salvara una segunda vez.

Epizelo pareció no escucharle. Se entremetió entre él y el persa quien, sin embargo, frente a un hoplita dotado todavía con un escudo y una lanza, se quedó a la expectativa. Se enfrentó primero con el adversario empleando las lanzas, que en la mayoría de las ocasiones finalizaban en el aire, o contra los escudos. Pero mientras, Eucles recuperaba las fuerzas. También Epizelo estaba obligado a retrasarse para no terminar en medio de los rangos enemigos que seguían avanzando. Y también Eucles tuvo que levantarse para no verse pisoteado por los persas que iban por delante.

Pero antes de que volviera a dar una mano a su maestro, éste sacó el codo derecho hacia fuera, empujó el ataque del adversario con la punta posterior de la lanza y al mismo tiempo se sacó el escudo y se lo ofreció a Eucles.

—¿Has dicho que es tuyo? ¡Veamos cómo te defiendes! —le gritó mientras se lo entregaba.

Eucles se quedó bloqueado pero instintivamente agarró el escudo, aunque, mientras el arma pasaba de una mano a la otra, el persa soltó un golpe contra el asta de la lanza de Epizelo, dispuesta todavía de forma transversal. El viejo soldado fue rápido a la hora de desviar la incursión, pero el asta se rompió en el punto en el que se había chocado con la otra. No consiguió controlar el ataque y la cúspide del propio

tronco de la lanza acabó contra el casco, a la altura de los ojos.

Epizelo se llevó las manos al rostro lanzando gritos demoledores. Eucles, que se acababa de poner el escudo en el brazo izquierdo pasando por encima de las heridas que se había hecho hasta aquel momento, se quedó un instante paralizado. El golpe no le había parecido tan fuerte, y de todos modos el casco tenía que haber protegido completamente a su amigo. Pero le quedaba todavía una misión por realizar y se arrojó contra el persa, cuya lanza ya era inutilizable. Se trató de un choque de espada contra espada, pero ahora Eucles había recuperado finalmente la confianza y fue él quien asumió la iniciativa. El otro combatía a la defensiva y no era ya tan agresivo. La espada del hoplita terminó por entrarle por la boca, para luego salir enrojecida y con algunos dientes pegados sobre la hoja.

Sólo entonces Eucles se dio la vuelta para ver lo que le había ocurrido a Epizelo.

Su instructor se tambaleaba. Los hoplitas a su alrededor le observaban pero no se detenían, ocupados como estaban en esquivar los golpes de sus enemigos. Eucles lo alcanzó, lo agarró por el brazo y lo condujo unos pasos más atrás, fuera del alcance de los persas que estaban más avanzados. Intentó quitarle el casco, pero Epizelo lo detuvo. Fue entonces cuando miró con más detenimiento y entendió la situación. La cúspide había penetrado en el intersticio del ojo derecho, excavando un surco en la arcada ocular. Luego había alcanzado también a la nariz, que se había deformado y había terminado también en el otro ojo.

Epizelo se había quedado ciego.

Eucles se sintió culpable. Había sido por su culpa que Epizelo había tenido que defenderse con la lanza en vez de con el escudo. Y, por lo que se veía, los dioses habían decidido que le ocurriese algo que tenía sólo una posibilidad entre cien millones de que le pasara.

¿El destino de un perdedor? ¿Era así como los dioses decidían herir a quienes no tenían ambiciones, así como terminaban por castigar a quienes tenían demasiadas? ¿Recibiría también él los coletazos de una suerte adversa, lamentándose continuamente y limitándose a sí mismo como había hecho hasta entonces?

—Lo siento, amigo mío —le dijo a Epizelo. Pero si lo pensaba mejor, no le disgustaba que su instructor le hubiera dado el escudo. A fin de cuentas lo que había ocurrido parecía más bien un castigo de los dioses, dirigido precisamente a él, para que se acordara de utilizar todos los recursos que estaban a su alcance si pretendía destacar.

Y pretendía hacerlo, esta vez.

—Siéntelo sólo si perdemos, Eucles. Lo que cuenta es la victoria de Atenas, nada más —respondió Epizelo.

En absoluto. Había muchas otras cosas en juego. La victoria de Atenas era sólo uno de los objetivos, pensó Eucles mientras conducía al viejo soldado hacia la

retaguardia. Pero cuando intentó regresar hasta la primera línea encontró el camino obstruido por hoplitas que no reconocía. Luego vio a Temístocles que iba a la cabeza del grupo. ¿Había terminado entre los soldados de Leóntidas? Había una gran confusión en realidad. Ninguna alineación, ni rangos compactos, sólo un montón indefinido de hoplitas que se amontonaban intentando marginar el avance persa inútilmente.

De todos modos, él tenía que volver a la primera línea. Filípides seguía acumulando ventajas, mientras él perdía el tiempo ejerciendo de cuidador de Epizelo. En cambio, vio que también Filípides había terminado en las filas posteriores, admitiendo que se pudiera todavía hablar de filas en aquel conglomerado. Le alcanzó inmediatamente.

—¿Qué es lo que está ocurriendo? ¿Dónde hemos terminado? —le preguntó.

—Aristides y Temístocles han hablado y han decidido alternar los regimientos de la primera línea —respondió el amigo—. No tenía sentido seguir teniendo un frente extendido pero sutil. Estaban únicamente perdiendo terreno, y corríamos el riesgo de ceder de forma aplastante de un momento a otro. Ahora nosotros hemos retrocedido detrás de ellos y dejamos que sea Leóntidas quien logre frenar al enemigo. Luego, cuando estén cansados, ¡entraremos de nuevo nosotros!

Alternancia. Exactamente igual a como lo estaban haciendo los persas. Pero esto significaba reducir las posibilidades de dejarse ver y colmar la diferencia que mantenía con Filípides.

—¡Vamos, que por lo que parece, ahora Tersipo se encarga de defendernos! —añadió Filípides.

—¿Sigue vivo? —preguntó Eucles.

Filípides no respondió. Le indicó un punto más allá de las crestas de los compañeros. Y Eucles lo vio aparecer y desaparecer entre la multitud. El físico robusto y compacto del amigo era inconfundible. Se encontraba en primera fila y parecía desenvolverse muy bien.

—Dentro de poco nos tocará de nuevo a nosotros, espero. También ellos han estado siempre en primera línea, hasta entonces... —dijo Eucles.

—Ya. Temístocles y Aristides han perdido el tiempo discutiendo sobre quien debería hacer el primer turno, de hecho. Creo que se lo han echado a suertes, al final.

Los hombres de Leóntidas parecían no aguantar. No habían tenido pausas, por otro lado. Antioquea no podía permitirse tirar demasiado de sus hombres. Aristides ordenó empujar hacia delante para reducir gradualmente la retirada de los hombres de Temístocles. Tanto Eucles como Filípides, entre los más avanzados del propio regimiento, comenzaron a amontonarse contra la hilera de hombres que ni siquiera conocían y con los que no habían combatido nunca. Pero era como intentar detener una manada de bueyes. La presión persa era tan fuerte que impedía a los hoplitas

anclarse en un terreno que parecía siempre que desaparecía bajo los pies.

—¡Por los lados! ¡Cuidado con los lados! —gritó Arístides llamando su atención. Luego realizó algunos ataques y los arrastró a todos con él. Eucles vio lo que pretendía hacer. Las dos tribus, poniéndose una al lado de la otra, habían reducido la extensión de la alineación casi a la mitad. Y si aquello había disminuido el empujón persa hacia delante, había sin embargo consentido al enemigo ampliar su propia línea y comenzar a rodear a los griegos.

Ahora los atenienses no tenían únicamente a los persas delante, sino también por los lados. Peor no podía ir. O mejor, sí que podía: muy pronto llegarían también por detrás, probablemente.

Filípides hizo una señal a Eucles. Los dos se movieron hacia el exterior, en el lado opuesto al que se había ido Arístides. Los de Leóntidas tenían que vérselas ya por ellos mismo. A Antioquea le tocaba presionar por ambos lados. Los dos hoplitas llegaron al cabo de pocos instantes al margen de la pequeña alineación de la unidad. Y vieron que los persas al asalto por el costado eran muchos. Demasiados.

Filípides gritó y se arrojó contra los enemigos. Eucles se apresuró a imitarlo, así como unas pocas decenas de hoplitas. Pero era inútil. Nadie habría podido lograrlo en aquella situación desesperada. Y muy pronto los persas, que aumentaban de número en poco tiempo, cerrarían cualquier salida de escape. Admitiendo que hubiera quien quisiera escapar.

Eucles comenzó a mover la espada contra los persas más cercanos, cuando escuchó un grito.

—¡Ayántide y los platenses están llegando! ¡Y están atacando a los persas por detrás! ¡Estamos salvados!

Esquilo se preguntó si sus amigos estaban todavía vivos. Filípides, Tersipo y Eucles estaban en los regimientos que más habían sufrido con el enfrentamiento, y en ese punto las dos unidades presentaban sólo pérdidas. Los persas, de hecho, estaban amontonados en las alas, pero en el centro habían concentrado toda la infantería pesada y unificado toda la potencia, encontrando además escasa oposición de formación, muy fina por necesidades tácticas.

Para ser más exactos, todo el peso del combate se había trasladado sobre Antioquea y Leóntidas. La maniobra de tenaza ideada por el polemárcos era el único modo para evitar a los dos regimientos la destrucción total. Y para evitar también que, una vez que se hubieran liberado del centro griego, los persas atacaran por detrás las alas helenas ocupadas en la persecución de los enemigos en fuga hacia la playa. Era necesario reconocer que Calimaco había ideado un plan brillante. Una conversión de parte de las fuerzas de Ayántide hacia el centro, contextualmente a un movimiento especular de los platenses hacia el ala opuesta, para atacar por detrás a la infantería

pesada de los persas, que a su vez se había echado demasiado hacia delante en la persecución del centro griego y se había aislado del resto de la armada durante la retirada.

Calimaco había dejado al estratega del regimiento, Estesilao, para que guiara la persecución hacia la playa y detuviera el embarco de los persas en sus naves, y había vuelto atrás dirigiéndose contra el lateral del centro persa, ya concentrado en el objetivo de exterminar los regimientos de Arístides y Temístocles. Arimnestos, el estratega de los platenses, había dado su consentimiento y, desde el campamento enemigo donde se había adentrado con los suyos, había hecho igual.

En pocos instantes caerían todos encima de las filas posteriores de la infantería pesada enemiga, y casi juntos si no fuera por Milcíades. El estratega de Oneida, de hecho, había cerrado el paso al polemarco en cuanto había sabido su maniobra. Esquilo recordaba cada una de las palabras de su conversación, decididamente irreal en una situación límite como aquella. Una parte del ejército cercana a la victoria y la otra cerca de la destrucción.

—¿Pero dónde estás yendo? —había pretendido saber Milcíades, alineando a los suyos frente a la columna de socorro dirigida por Calimaco.

—A atacar a los persas por el centro. Estoy de acuerdo con Arimnestos. ¡Ellos también van para allá! ¡Déjame pasar! —había contestado Calimaco, con la autoridad que derivaba de su cargo, y también del valor que había demostrado en la batalla. Un valor que un viejo de sesenta años no habría podido claramente demostrar.

—¡Es suficiente con los platenses! ¡Ahora todas las fuerzas disponibles son necesarias en la playa! ¡No podemos dejar que escapen los persas! —había replicado Milcíades.

—¡No sirve para nada ir detrás de los persas por el mar si luego dejamos la parte de atrás expuesta a un contraataque por parte de la infantería pesada! ¿Quieres terminar en el medio, atacado por delante y por detrás?

—¡Y no sirve para nada destruir el centro persa si dejamos que todo el ejército zarpe hacia Atenas! ¡Será la victoria más inútil que logremos jamás! ¡Incluso quizás la más dañina!

—¡En absoluto! ¡Si atacamos todos juntos, nosotros y los platenses, lo haremos con rapidez y volveremos a la playa! He dejado a Estesilao encargado de tener ocupados a los persas implicados en las operaciones de embarque.

—¡Pero si los persas estaban ya zarpando cuando hemos comenzado a atacar! ¿Cuántos pretendes detener si esperas más?

—¿Pero has visto cuántos han terminado en las marismas? Y además, gran parte de su infantería pesada está todavía en el campo de batalla. Tenemos la oportunidad de privarles de los contingentes más peligrosos y salvar así dos de nuestros regimientos, ¡y no dejaré escapar esta oportunidad!

Pero esta última eventualidad no parecía interesar mucho a Milcíades. Y era esto, más que cualquier otra cosa, lo que había llamado la atención de Esquilo.

—¡No hay nada de reprochable si se sacrifican dos regimientos para salvar una ciudad entera y el resto del ejército! —había contestado una vez más Milcíades—. Es más, ha sido un bien haber debilitado nuestro centro. Así hemos inducido a los persas del centro a separarse de las alas y hemos podido prevalecer sobre los lados. Nuestro objetivo, recuérdalo siempre, es llegar a la playa y bloquear las operaciones de embarco. ¡Sólo así lo conseguiremos! ¿Quieres tú ahora destrozarlo todo?

—¡Ésa no es mi intención! Y de cualquier forma, no pretendía sacrificar los regimientos de Arístides y Temístocles cuando he autorizado la extensión del frente, ¡era sólo para evitar que nos rodearan los enemigos! ¡Te he dicho que te quites de en medio o te consideraré responsable de su destrucción y te acusaré públicamente delante de la asamblea! —gritó Calimaco, truncando así la conversación con un tono perentorio que no admitía réplicas.

Pero Milcíades no era uno que se callara fácilmente y había seguido protestando.

—¡Seré yo quien te acuse a ti delante del pueblo! ¡Pones en juego la salvación de toda la ciudad para salvar dos regimientos que ya están condenados!

Calimaco se calló unos instantes. Miró fijamente a los ojos al rival. A su alrededor los armados se habían quedado inmóviles como estatuas, en silencio también ellos, todos atemorizados con la idea de tener que escuchar una orden que no habrían querido jamás acatar: abrirse camino a expensas de los compañeros del otro regimiento.

—¡Es un riesgo que estoy dispuesto a correr! Quítate de en medio, ya te lo he dicho —casi le susurró Calimaco al final.

Esquilo había temblado. Ni habría sabido qué posición tomar si la cosa hubiera dependido de él. Estaba ansioso porque Calimaco llevara ayuda a Estesilao, y por lo tanto a Cinegiro, pero en aquel sector los griegos estaban prevaleciendo y quizás el hermano corría menos peligros que sus amigos, que en cambio estaban a punto de ver cómo les borraban de un plumazo.

Milcíades dudó una vez más. Luego hizo un gesto a sus hombres para que se movieran y se pusieran en la cola de Ayántide. Y al final llegaron todos detrás de los persas, poco después de la llegada de los platenses por el lado opuesto. El problema, ahora, era que Arimnestos no se había atrevido a atacar sin Calimaco y mientras tanto los asiáticos, que se habían dado cuenta de la presencia de las tropas enemigas detrás de ellos, se habían organizado para aguantar el ataque. Adiós a la sorpresa. Parte de los persas se habían dado la vuelta para formar otra alineación, creando un doble frente. Pero al menos el enemigo había parcialmente relajado la presión sobre Arístides y Temístocles. Y por tanto sobre Filípides, Eucles, y Tersipo, admitiendo que estuvieran todavía vivos.

Era el momento de atacar. Calimaco podía ver a Arimnestos a la cabeza de las tropas platenses, a casi medio estadio de distancia. Les hizo una señal para avanzar corriendo y se marchó él mismo, arrastrándose detrás de los suyos. Esquilo se había colocado en las últimas filas. Nadie se esperaba, por otro lado, que contribuyera al asalto con algo más que un empujón y un papel de reserva. Sintió el impacto, a pesar de haberse colocado distante. Los hoplitas que marchaban delante de él, y que se habían lanzado corriendo, se detuvieron de repente y él chocó contra ellos. El sonido de centenares de escudos, espadas y lanzas que se toparon casi en el mismo momento, sonó tan fuerte en la llanura que tuvo la impresión de que se encontraba en mitad de todo.

Eran centenares de hombres por ambos lados, que se enfrentaban mirando cara a cara a la muerte sin tener miedo. Sabían todos que cada ataque que realizaran o padecieran podía ser mortal y llevarles a una mutilación horrible, infligir sufrimientos insoportables, provocar lutos inaguantables para quien se quedara. Y sin embargo lo hacían, sin dudar y sin protestar. Esquilo se asombró desde el principio de la batalla, y había seguido estudiándolos durante todo el trascurso del enfrentamiento, intentando entender qué es lo que les llevaba a desafiar la suerte con tanta ligereza. ¿Era aquello quizás el coraje? ¿No echarse hacia atrás nunca? ¿O era sencillamente superficialidad, casi inconsciencia ante las consecuencias de sus acciones, escaso valor atribuido a la vida, a la propia y a la de los demás?

Observó a Calimaco aparecer y desaparecer entre las decenas de crestas y escudos que pasaban entre él y la primera fila. Era el jefe supremo y se habría podido quedar apartado. En cambio, se encontraba siempre a la cabeza de todos, se exponía a cualquier riesgo, igual o más que sus inferiores. Lo vio marchar por enésima vez contra la pared de escudos de los persas, que parecía impenetrable. Y cuanto más tiempo pasaba, más eran diezmados Antioquea y Leóntidas, y más posibilidades tenían los persas en la playa de subir a las naves y zarpar hacia Atenas.

Cuanto más tiempo pasaba, en definitiva, más aumentaba el riesgo de que Milcíades tuviera razón.

Calimaco tenía que haberse dado cuenta, porque no se cansaba de exhortar a los suyos para que le imitaran, para que se lanzaran como toros furiosos contra los *sparabara*. Un hueco. Era necesario abrir un hueco en la falange persa dirigida hacia ellos, escasamente profunda esta vez, porque la otra mitad de los efectivos se había alineado contra Antioquea y Leóntidas. Después sería todo mucho más fácil. Los persas se encontrarían entre dos fuegos y serían ellos quienes se verían rodeados.

Pero aquel hueco no se abría.

Los hoplitas no estaban tan frescos como al principio de la batalla. No lograban tener el mismo arrojo ni la misma potencia. Ahora cada uno corría y se movía con las pocas fuerzas que le quedaban, y por lo tanto los asaltos contra la pared de escudos

eran débiles y descoordinados. Los *loch ago s* intentaban agrupar a sus subalternos para guiarlos todos juntos contra el objetivo, pero cada uno llegaba frente a las lanzas enemigas en un momento diferente y, en la mejor de las situaciones, se veía obligado a dar marcha atrás sin haber logrado nada. En la peor, se quedaba colgado de las puntas persas.

Luego Calimaco exhortó a los oficiales a reunir al grupo más denso detrás de él. Cuando vio a una treintena detrás, lanzó un grito y se arrojó contra la línea persa. Tenía la espada más allá del escudo. Llegó antes que sus compañeros y se dedicó a dar golpes para romper las lanzas. Esquilo vio troncos de astas saltar al aire, el brazo del polemarco llenarse de sangre y levantarse de nuevo, marchando contra los adversarios. Y luego vio el cuerpo de Calimaco levantarse lentamente del suelo, y al menos una docena de lanzas saliendo de su espalda.

Precisamente en ese momento los otros hoplitas aprovecharon la distracción que se había creado por su comandante y se abrieron camino a su lado, donde los persas, ocupados con él, habían bajado la guardia.

Milcíades lo había dicho, que para vencer y salvar Atenas un sacrificio era aceptable, quizás incluso necesario. Y Calimaco de Afidnas sabía que, para salvar a Arístides y Temístocles por un lado, y a Estesilao por otro, tenía que romper la alineación inmediatamente.

Y se había sacrificado a sí mismo.

XVIII

Una larga y dura batalla. Y después una peligrosa incursión nocturna en las líneas enemigas. Una carrera extenuante. El descubrimiento de la traición de Filípides. El engaño de Tersipo. El sentimiento de culpa por haber determinado la muerte del inocente Filípides. Y ahora, una apertura en el lateral. Es como si me hubieran matado una decena de veces en un solo día, piensa Eucles observando la propia sangre salir de la herida, provocada por el kopis de Tersipo.

Y éste, de todos modos, parece que se trata del momento apropiado.

Durante mucho tiempo Eucles ha combatido contra los propios límites. Desde la primera acción de aquella campaña, en Maratón, ha tenido que hacer las cuentas primero con los propios miedos, con la falta de determinación, luego con las fuerzas que se debilitaban, que le abandonaban después de cada hazaña, después de cada gesto que le había servido para salvarse la vida o para mantener el nivel de sus prestaciones a la par que el de los dos derrotados. Con el transcurso del tiempo se ha dado cuenta de que incluso ha superado los propios límites, o aquellos que creía tales. Porque —y ha sido esta la lección que ha obtenido de aquellos acontecimientos grandiosos y terribles— estos se han revelado sólo barreras autoconstruidas por temor a ponerse de verdad a prueba.

Pero ahora no tiene nada que temer. Sólo le queda pasar los últimos instantes de vida para recriminarse por aquello que habría podido ser y no ha sido nunca. Menos en la primera competición del bienio del efebato, en la que consiguió reunir todas sus fuerzas para vencer, porque de verdad deseó vencer. Luego nada más, sólo derrotas. No volvió a considerar importante vencer porque no consideró de nuevo que él mismo fuera importante. Dio siempre por descontado que los otros eran mejores que él, y dejó que su determinación marcara la diferencia, dejándose dominar por ellos y por los acontecimientos, transformándose en un perdedor crónico.

Luego llegó la campaña de Maratón. La campaña de su vida para todos aquellos que hubieran empuñado alguna vez una lanza y un escudo a favor de la propia patria. Y él creyó que encontraba en Ismene un estímulo finalmente digno de solicitar su determinación. Pero fue todo una ilusión. Ahora se encuentra moribundo, a pocos estadios de Atenas, su meta, después de haberse dado cuenta de que ha matado a un amigo de verdad y de que se ha dejado maniobrar por un individuo sin escrúpulos al que creyó su amigo.

Se ha equivocado en todo. Pero en todo.

Incluso Ismene ha sido una equivocación. La fue perdiendo de vista, conforme el desafío asumía connotaciones más dramáticas. Aquella mujer, en realidad, había sido sólo un pretexto para encender el desafío. La apuesta en juego ha sido siempre otra. Creyó que era el único que la deseaba por puro sentimiento, por amor y sin una

segunda finalidad. Acusó a Filípides de querer casarse con ella por pura diversión, y a Tersipo por los beneficios económicos que habría logrado. Había creído que la amaba, que era el único de los tres que no se amaba a sí mismo. Pero ha sido todo pura falsedad. Quería sólo ganar el desafío, demostrarse finalmente que si bien no era quizá el mejor, al menos que estaba a la altura de los otros dos, esos que habían sido siempre vencedores. Se había convencido de que la amaba, esperando encontrar en el amor el empujón suficiente para permitirle finalmente vencer cualquier rémora, a expensas del evidente desinterés que ella mostraba hacia él. A expensas de todas aquellas características que en cualquier otra mujer le habrían molestado: la frecuente vulgaridad, la desenfrenada pasión por las competiciones deportivas, la edad...

Pero su verdadero estímulo era otro. No una mujer, no un amor que se había revelado ficticio, lábil, un pretexto. Había sido la frustración. Había sido la envidia. La frustración por no haber conseguido nunca algún resultado digno de alabanzas, la envidia frente al éxito de los dos amigos. No le interesaba Ismene, le interesaba sólo superarles, demostrarse mejor que ellos de una vez por todas. También para él, por lo tanto, ella ha sido sólo una apuesta de fachada, pues en juego había algo más. Y también lo que había sido para él de verdad importante en aquel juego hacia la matanza era él mismo, Eucles. Había creído que podía ganar la revancha de una sola vez en el desafío más importante para ellos y para la patria, de todas las derrotas, de todas las tristezas, quitando a Filípides y a Tersipo la victoria más grande, la ocasión más clamorosa de popularidad.

Y en cambio, esta vez se ha revelado precisamente el peor de todos. Incluso Tersipo, con toda su falta de escrúpulos, había sabido siempre dónde quería llegar, y en la batalla había dado su plena contribución a la causa ateniense, sin que nadie le pudiera echar en cara nada. Él, en cambio, había ejecutado siempre, había actuado siempre por emulación, para demostrar algo. Y había querido superar a los dos contrincantes no por amor a la patria, no por ambiciones personales, sino por asco y por despecho. No se puede explicar de otra forma la facilidad con la que ha aceptado la presunta traición de Filípides, la rapidez con la que Tersipo le ha convencido para que matara a su amigo. En realidad, no esperaba otra cosa que un pretexto para eliminar a un adversario que sabía que no podía ganar.

No sólo eso, sino que Tersipo no ha tenido ni siquiera el coraje de matarlo directamente. Ha dejado que lo hiciera otro por él. Al final si Tersipo lo ha usado para eliminar al contrincante peligroso, él no ha sido menos. El ha usado a Tersipo para hacer algo que deseaba hacer pero que no tenía el coraje de hacer. No es mejor que él, es más, es incluso peor. El amigo de un tiempo atrás, al menos, tuvo el coraje de las propias acciones hasta el final, y fue también el más hábil en ese perverso juego de ambiciones explícitas y escondidas.

Han eliminado al único hombre que representaba la causa de Atenas hasta el

fondo, el único de los tres que merecía vencer. El único de los tres que no se había mentido ni a sí mismo ni a los demás.

No puede irse así, en un charco de sangre, lejos del lugar de una batalla en la que ha corrido el riesgo de perder la vida en varias ocasiones. No puede terminar así. Por él, por Atenas, por el propio Filípides. Daría cualquier cosa por poderse levantar, alcanzar a Tersipo, quitarlo de en medio y llegar a Atenas para salvar la ciudad y explicarles a todos cómo fueron los hechos. Para decir que el verdadero vencedor, el verdadero héroe, era Filípides.

Pero la cantidad de sangre que alimenta lo que queda de su cuerpo es insuficiente ya, incluso para permitirle levantarse del suelo. Ha sido condenado, tiene razón Tersipo. Es sólo una cuestión de tiempo. Poco tiempo. Demasiado poco, incluso intentándolo...

Precisamente por esto, se dice Eucles, ¿qué es lo que le queda por perder? Ahora tiene un estímulo de verdad válido. No ya un amor que no existe, no la envidia, no la frustración, sino la salvación de la ciudad. Y no como pretexto por esconder las propias ambiciones, sino como redención. Es la única posibilidad, no sólo para salvar la memoria de Filípides sino también para redimirse, al menos parcialmente, para dar un sentido a su muerte inevitable.

Intenta poner los brazos en el suelo y levantarse. El esfuerzo es inhumano. E inmediatamente se da cuenta de que una vez de pie difícilmente daría un paso sin desmayarse. Tiene que taponar la sangre, intentar conservar la poca que le queda. Obtiene un profundo suspiro y se arranca una esquina de la túnica. Es fácil, no tiene que hacer mucho esfuerzo, pues la indumentaria se encuentra completamente rota. Es suficiente con meter la mano por uno de los agujeros y tirar. Realiza una pelota con la tira de lino que le queda en la mano y la sitúa sobre la herida. Duda y el miedo hace que aumente el dolor. Pero luego mueve los hombros, no le queda mucho tiempo por sufrir, por otro lado, porque muy pronto todo habrá terminado.

Pinchazos, quemaduras, dolor en la herida y a su alrededor. Mejor no prestar atención. Mete el trozo de lino en la raja y lo mantiene apretando. Sirve de bien poco. Con un nuevo esfuerzo, se quita lo que le queda de la túnica, y se la anuda en la cintura, sujetando el trozo que se ha puesto en la herida.

Ha sido una fatiga inaudita. Le gustaría tumbarse de nuevo y esperar la muerte, descansar en los últimos instantes de su vida. Pero no puede arrojar la última ocasión que le han ofrecido para obtener una victoria. Por lo que se ve, los dioses le están concediendo todavía una pequeña fracción de tiempo. Le toca a él emplearla para hacer lo que crea oportuno.

De nuevo, una vez más, pone las manos en el suelo e intenta apoyarse sobre los brazos para levantarse. Consigue con mucho esfuerzo levantarse, pero luego se ve obligado a sentarse de nuevo. Demasiado fuerte el dolor en el lateral abierto. Suspira

profundamente antes de ponerse de nuevo de pie. Y siente nuevos pinchazos. El movimiento del esternón le provoca aún más dolor. Se convence de que lo peor es levantarse y ponerse de pie. Luego irá todo mejor y el dolor pasará a ser algo constante. Mejor ir realizando un objetivo tras otro. Ahora intenta ponerse de nuevo de pie con el brazo izquierdo, junto al costado que todavía tiene íntegro. Pero se trata también del brazo más recubierto de moratones, heridas, cortes y contusiones, si bien son dolores más soportables respecto al que tiene a la altura de la cintura. Se concentra sobre sí mismo, sabe que puede vencer. Se levanta apenas, y luego un poco más. Y por último consigue ponerse de rodillas.

Bien. Lo más duro ya lo ha hecho. Da un vistazo a la túnica envuelta. Se encuentra en gran parte manchada de sangre. Su esfuerzo por taponar el flujo de sangre se está revelando patético. Recoge la espada y la empuña con la mano derecha. La sujeta con debilidad, casi inconsistentemente. No es la forma propia de un guerrero. Es aquella de un guerrero moribundo, sin esperanzas ya contra un guerrero todavía vivo.

Realiza de nuevo fuerza con el brazo izquierdo para darse un empujón, y luego de rodillas sobre los muslos y las pantorrillas endurecidas por la fatiga y por la debilidad. Alcanza una posición erguida, pero siente que le falta el apoyo de las piernas doloridas. El terreno parece resbalarle bajo los pies, la naturaleza alrededor le da vueltas alocadamente.

No consigue evitar tambalearse, y emplea mucho para encontrar una posición estable. No hay un punto firme a su alrededor, y todo tiene contornos indefinidos. No sabe ya ni siquiera distinguir la dirección apropiada. Siente que puede desplomarse de un momento a otro contra el suelo. Gira el cuello a la derecha y a la izquierda, intentando entender hacia dónde ir. Mira al suelo, pero no es capaz de diferenciar el camino del terreno que lo delimita. Analiza el paisaje, intenta interpretar la infinita e incierta reproducción de la naturaleza que lo rodea. Ve montañas a lo lejos, tiene que ser el monte del Parnés, así que no es allí donde tienen que ir. Si es así, a su izquierda tienen que haber alturas menos elevadas. Pero sí, claro. Es el monte Egaleo. Entonces tiene que dar un cuarto de giro para marcharse hacia Atenas.

Hay que ponerse en movimiento, ahora. Arrastra un pie hacia delante, el derecho. Pinchazos atroces. Ahora el izquierdo. Otro pinchazo pero menos fuerte. Mejor intentar andar antes de atreverse a levantar los pies para un intento de carrera. Y de todos modos es difícil que Tersipo esté haciendo algo más que marchar. Él, en cambio, tiene que hacer algo más si quiere alcanzarlo antes de que llegue a Atenas.

Y antes de morir.

Eucles mueve cautamente los pies. En cada movimiento teme caer. Y cada paso que da hacia delante es una victoria. No sabe cuánto durará. Sabe sólo que tiene que aguantar hasta que lo consiga. No le queda otra cosa ahora, en la vida, salvo alcanzar

a Tersipo y luego sobrevivir hasta llegar a Atenas. Se tiente el costado, se comprime la herida, se provoca un mayor dolor. Lo hace intencionadamente para mantenerse despierto, para no dejarse ir. Para encontrar confirmación de estar todavía vivo. Ya ha entendido que es sólo el dolor lo que le mantiene con vida. Intenta aumentar la cadencia y comienza a levantar apenas los pies del suelo.

Eso, funciona. Ha dado un paso de carrera y todavía no se ha caído. Quizás, desde este momento, está iniciando también la recuperación del terreno sobre Tersipo. Lágrimas, sudor y debilidad le ofuscan la vista. Luego se da cuenta de que está escupiendo sangre. Le llega a los ojos, también. Se los frota, pero no le sirve. No ve casi nada más. Mueve los párpados varias veces. Tendrá que ver por lo menos a Tersipo si quiere impedirle que traicione la ciudad.

Nada. Todo es inútil. No sabría ya diferenciar un árbol de un ser humano. No puede esperar notar al hoplita a lo lejos. Pero procede, procede de nuevo, y acentúa la cadencia, si bien su zancada se ha quedado reducida al mínimo. Se trata del último acto de su vida, no tiene nada que perder. Siente los propios pasos siempre más pesados, su respiración transformarse en un susurro, la espada que se le cae de las manos en cada salto, el costado rasgado que le va quitando la vida y que al mismo tiempo le recuerda que está todavía vivo.

Las sombras que entrevé en la distancia se transforman en árboles sólo cuando pasa a su lado. Y hasta el último momento teme que pueda tratarse de un hombre, o del propio Tersipo, y se dispone a afrontarlo intentando levantar la espada en posición de guardia.

Buscando...

A juzgar por el número de pasos, tiene que haber recorrido dos estadios o poco más. Atenas está cerca. Y cuanto más se acerca a la ciudad, más disminuyen las probabilidades de alcanzar a Tersipo antes de que el traidor cruce la muralla. Tiene que aumentar el ritmo a toda costa. Pero está demasiado débil, y está demasiado cansado, pesado y dolorido. Su cuerpo no le permite ir más allá del esfuerzo que ya está haciendo. Entonces prueba a aumentar el ritmo. Alarga una pierna, luego la otra, y el dolor aumenta. El terreno es cada vez más inestable bajo los pies. Cada vez que apoya de nuevo el pie en el suelo, siente que está a punto de resbalar.

Empuña la espada con la mano izquierda. En el brazo derecho se siente demasiado desequilibrado. Pero la zancada se resiente del movimiento del busto, el pie llega al suelo torcido y Eucles siente que se precipita sobre la arena.

Todo ha terminado. No se siente capaz de levantarse una segunda vez. Y por otro lado el tobillo le duele, ahora. Recoge la espada, que se le ha caído de las manos a unos palmos. No lo ha conseguido tampoco esta vez. Perdedor ha sido y perdedor morirá. ¿Cómo ha podido incluso pensar que salvaría la ciudad, él, que ha sido un incapaz y no ha podido ni siquiera salvarse a sí mismo de las malas actuaciones cada

vez que se ha tenido que poner en juego?

Más vale terminar enseguida, sin seguir llorando. Lo ha hecho toda su vida. Mejor evitar hacerlo cuando está a punto de morir. Transcurrir la agonía recordando todos los propios fracasos no es una bonita perspectiva. La espada, la espada que pretendía usar contra Tersipo, ahora tiene otro objetivo: él mismo.

Al menos esto, se dice, conseguirá hacerlo. Incluso un incapaz como tú puede poner fin a sus propios sufrimientos.

—¿Pero qué pretendes hacer? ¿Acabar conmigo? ¡Pero si ya estás muerto!

La voz de Tersipo, seguida por una sonora carcajada.

La llegada de los refuerzos produjo inmediatamente sus efectos. Aunque si los hoplitas de Antioquea no vieron inmediatamente quién había llegado en su ayuda, la presión de los persas sobre el regimiento y sobre Leóntidas se relajó en pocos instantes, por suerte. La situación de las dos unidades se encontraba muy cerca del punto de no retorno, después de que el enemigo las hubiera rodeado por los tres lados. Una vez cerrada también esa vía de escape hacia el bosque sagrado de Heracles, ningún hoplita habría podido salvarse y de los hombres de Arístides y Temístocles no hubiera quedado nada.

Eucles miró a su alrededor, dándose cuenta sólo entonces de lo cerca que habían estado de ser aniquilados. Tras un vistazo rápido, los muertos y los heridos entre los hoplitas eran casi el mismo número de los que se encontraban todavía de pie y en condiciones de combatir. Y entre los heridos no se incluía a sí mismo, aún sabiendo que no formaba parte del grupo sin cortes, heridas o tantas otras condiciones. Otros, de hecho, yacían sentados o tumbados en el suelo, incluso en la zona entre las dos alineaciones, con cortes demasiado profundos para levantarse o para arrastrarse en una posición menos expuesta.

Un hoplita estaba arrastrándose hacia su propio pie, que una cimitarra persa había hecho volar a pocos pasos de él. Intentaba agarrarlo, como si creyera podérselo pegar. La multitud del dolor. O quizás quería morir por completo. Otro yacía sentado, con la cabeza reclinada sobre el pecho, el casco en el suelo, parte de la corteza extraída y algo que podía ser el cerebro aflorando entre los residuos de pelos. Otro todavía buscaba inútilmente arenar el chorro de sangre de su antebrazo medio cortado, que colgaba del resto de la articulación. Había también quien se arrastraba a cuatro patas, con la sangre que le caía del pecho y quien, como Epizelo, permanecía sentado con aire distante, como si fuera extraño a todo lo que le rodeaba.

Y luego estaban los muertos. Tantos muertos. Hoplitas tirados por el terreno, pero nadie con la espalda rasgada. Sus heridas fatales se encontraban en el pecho, en la ingle, en las piernas, en las axilas. Antioquea y Leóntidas habían tenido que retirarse, pero su retirada no había llegado nunca a parecerse a una fuga. Todos los soldados

habían seguido mirando de cara al enemigo mientras daban marcha atrás. Había quien se había tropezado en una piedra o en un obstáculo cualquiera, terminando a la merced de los adversarios. Los mismos oficiales no se habían jamás dado la vuelta, ni siquiera para dar órdenes.

Pero Eucles no podía todavía permitirse descansar. Los persas eran menos agresivos, y muchos de ellos se habían trasladado para afrontar a los platenses y a Ayántide, pero seguían estándoles encima y con capacidad de hacer daño. Eucles vio a un compañero suyo avanzar tambaleándose hacia ellos, empujado por la exaltación por las buenas noticias que llegaban, y terminar alcanzado por dos flechas en el pecho que lo levantaron del suelo para arrojarlo sobre los suyos. Para nada desanimado, Filípides hizo lo mismo. Avanzó también él desafiante hacia la línea enemiga y algo en su comportamiento tuvo que asustar a los persas, que se quedaron a esperarle más bien pasivos. Fue él quien les agredió, apartando con una rodilla el escudo de un adversario para luego herirle a la altura de la ingle con la espada.

Eucles se dijo que no podía ser menos. Se había procurado un nuevo escudo y una lanza íntegra. Avanzó a su vez, y no se preocupó de las llamadas del *lochago* que los intimaba a quedarse en su lugar. Se molestó porque el oficial no se había atrevido a decirle nada a Filípides, una celebridad a quien le estaba consentido hacer todo lo que quisiera, y se chocó contra el enemigo más cercano gritando con todas sus fuerzas, no tanto para asustar al adversario o para darse coraje, sino para llamar la atención de los conmlitones, por quienes quería ser juzgado.

Y mientras, con el rabillo del ojo, veía a Filípides matar a otro persa y desahogaba toda su frustración sobre el enemigo, cubriéndolo de golpes el escudo. Puso tal empeño que, después de un poco, sintió que la madera cedía bajo la cúspide de la propia lanza. Un nuevo ataque consiguió penetrar la superficie del escudo, pero la punta se quedó clavada durante un instante, tiempo suficiente para permitir al adversario dar un tirón y sustraer la lanza del agarre del hoplita.

Gesto incauto. Cometido delante de los ojos de los conmlitones además. Eucles se apresuró a extraer la espada, y precisamente mientras la extraía de la cintura tuvo que vérselas con el ataque de la lanza del asiático. Lo detuvo con un golpe cruzado, de abajo hacia arriba, y el suyo fue tan eficaz que obligó al persa a soltar a su vez su presa. Ahora se encontraban ambos con la espada en la mano, pero el escudo de Eucles seguía todavía íntegro. El del otro, en cambio, se encontraba hecho añicos.

Y mientras tanto, Filípides había matado a otro persa. Furioso, Eucles retomó los golpes contra al adversario, que tuvo que liberarse del escudo ya inutilizable y dar marcha atrás. El griego lo siguió. Tuvo que moverse con rapidez. Necesitaba más muertos de los que había sido capaz de cosechar Filípides para impresionar a sus compañeros y a los oficiales. Se soltó el escudo, y a pesar de que le dolía el brazo recubierto de heridas, lo agarró con fuerza por el borde usándolo para apartar los

ataques que recibía en horizontal. Uno llegó contra el casco del adversario, atontándolo lo suficiente para sorprenderlo y herirle inmediatamente en el hombro.

Miró más allá. Delante de él se paró un enemigo. Eucles se puso de nuevo el escudo en el brazo y se arrojó contra éste. Su espada contra una lanza. Apartó un ataque, empujó el asta del adversario hacia el exterior con el escudo, y soltó a su vez otro golpe con la espada que centró en el estómago del persa, inmediatamente bajo el borde de la armadura. Escuchó a los conmlitones que le aclamaban. Luego escuchó inmediatamente otra exclamación y dirigió la mirada hacia Filípides. El amigo acababa de arrancar de cuajo una cabeza.

Por muchos esfuerzos que hiciera, no conseguía superar a Filípides. No importaba, se dijo. No sería el número de muertos lo que determinaría al vencedor. Nadie lo estaba teniendo en cuenta. Los oficiales, los conmlitones, darían un juicio subjetivo. Era importante dejar grabado en su memoria algún gesto extraordinario, posiblemente en los últimos instantes de la batalla, que hiciese que fuera irrelevante lo realizado por los contrincantes anteriormente.

Podía todavía superarle.

Se arrojó contra los tres persas que se acercaron unos con otros. Bueno, ésta sí que podía ser una empresa. Pero los vio dar marcha atrás y se asombró. Era imposible que pudieran tener miedo de un solo hoplita. Hasta aquel momento, los asiáticos se habían revelado siempre valientes y valerosos guerreros. Luego notó que toda la alineación enemiga frente a él estaba dando marcha atrás. Primero lentamente y luego de forma más caótica. Sintió que sus compañeros se ponían a su lado. Estaban avanzando todos ya, animados por el comportamiento pasivo de los persas. Luego vio a los oficiales enemigos realizar amplios gestos, indicando detrás de ellos y gritando a más no poder órdenes para él incomprensibles.

Muy pronto no fue necesario entender su idioma para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo. Los oficiales estaban indicando la llegada de los platenses detrás de ellos. Y exhortando a los hombres a que se implicaran inmediatamente en el movimiento.

En breve tiempo, de los persas, Eucles vio sólo sus hombros. El enfrentamiento para Antioquea y Leóntidas había terminado. Comenzaba la persecución, una fase de la batalla en la que realizar gestos heroicos era casi imposible.

Cualquiera era capaz de matar a un enemigo que escapa.

Esquilo daba saltos. Ya se había logrado vencer en la llanura de Maratón. El centro persa, que había estado a punto de destruir el centro heleno, estaba rodeado y había comenzado la caza del hombre. Pero no era aquello lo que querían los griegos. Todos los comandantes eran conscientes de que el objetivo final del enfrentamiento tenía que ser impedir que el mayor número de miembros del ejército persa llegara a

Atenas. Y cada instante malgastado por conceder a los propios hombres la diversión y el lujo de perseguir y matar al enemigo que escapa, era una probabilidad menos de hacer completa y definitiva la victoria.

Filípides, Tersipo y Eucles se encontrarían a salvo ya, admitiendo que no hubieran muerto antes. Para Esquilo ahora lo esencial era ir en ayuda de Ayántide, que combatía por sí mismo contra los persas a punto de embarcarse o ya en las naves.

Lo que contaba ahora era salvar a Cinegiro.

Pero nadie se decidía a dar la orden de retirada ahora que el comandante supremo había muerto. Ni Arimnestos, ni Arístides, ni Temístocles, ni Milcíades. Observaban a sus hombres demorarse en la matanza de los persas y no comunicaban nada a sus propios subalternos. En compensación, hablaban animadamente entre ellos, probablemente para decidir quién tenía que asumir el mando supremo después de la muerte de Calimaco. Y sin embargo, por efecto de la rotación diaria, le tocaría precisamente a Milcíades. Y el viejo tirano de Quersoneso no era un tipo que renunciara a oportunidades parecidas. A menos que, como buen político, no quisiera obtener la mayor ventaja posible de la situación.

¿Pero qué sentido tenía ensañarse con los persas que se habían quedado fuera de la retirada por mar, si eran precisamente aquellos que estaban ahora en el mar los que constituían una amenaza verdadera para Atenas?

Esquilo se acercó al propio *lochago*.

—¿Qué es lo que esperan? ¡Aquí hemos terminado! ¡Vayamos a la playa a por nuestros conmlitones! —le gritó a un palmo del rostro.

El oficial lo miró. En los pocos rasgos no ocultos por el casco, Esquilo pudo leer todo el desprecio alimentado por aquel hombre hacia un soldado que no había realizado su propio deber.

—Nuestros comandantes saben lo que hacen. Lo han demostrado ampliamente. Tú no tienes que juzgar nada. ¡Más bien vete a cumplir con tu deber! —le respondió el *lochago*.

Esquilo no consideraba que estuviera entre sus deberes divertirse masacrando a los enemigos que se encontraban huyendo. Observó desconsolado a sus propios compañeros, casi bromeando con los adversarios. Muchos habían incluso arrojado las armas y levantado las manos en señal de rendición. Había quien les mataba igualmente, despojándolos también de sus pertenencias para conservarlas como recuerdo de aquella hazaña edificante. Y Milcíades no decía nada.

Irritado, se movió hacia un grupo de persas que se habían rendido. Un hoplita había agarrado a uno por la solapa y le insultaba apuntándole con el cuchillo en el cuello.

—¿Qué habéis venido a hacer aquí, eh? ¡Ningún griego aceptará jamás convertirse en un esclavo como vosotros! —le decía. Y mientras tanto, empujaba la

punta de la hoja en el cuello del persa, incidiendo en la piel.

—¡Déjalos ya! ¡Tenemos otras cosas que hacer para estar jugando con los prisioneros! ¡Están nuestros compañeros en peligro! —le gritó a la cara Esquilo—. ¡Limítate a reunir a los persas que se hayan rendido!

Pero el otro reaccionó mal.

—¿Y quién eres tú para darme órdenes de este tipo? ¡He padecido sus ataques durante toda la batalla! ¡Ahora tengo intención de hacer lo mismo! Claro, tú has prestado atención en permanecer lejos de sus lanzas... Pobre Cinegiro, ¡vaya hermano que tiene!

Esquilo sintió que la ira le invadía y no conseguía contenerse. Era un sentimiento de rabia sobre todo hacia sí mismo. Cargó con el casco al conmlitón y le dio en toda la cara con un cabezazo. El impacto del bronce contra el bronce sonó durante muchos pasos a su alrededor, llamando la atención de los oficiales. Los persas frente a ellos parecieron desorientados. El otro hoplita, atontado por el golpe, necesitó unos instantes para darse cuenta de lo que había ocurrido. Cuando recuperó lucidez, se arrojó contra el poeta.

—En vez de atacar a los persas, ¿te enfadas ahora con tus compañeros? ¡Eres un cobarde! —le gritó en la cara el otro, mientras intentaba cogerlo por el cuello.

Los dos se enzarzaron, perdieron el equilibrio y terminaron rodando por el suelo, cubriéndose todavía más de polvo. Ante aquellos hechos llegó el *lochago* gritando.

—¿Pero os habéis vuelto locos? ¡Ahora procedo a señalar los hechos, imbéciles! ¡Levantaos! —les gritó.

Esquilo y el compañero no pudieron hacer otra cosa que obedecer. Una vez de pie, el oficial los agarró por los brazos y los llevó ante la presencia de los estrategas, todavía ocupados en discusiones entre ellos.

El oficial no se atrevió a interrumpirles. Esperó a que fueran ellos los que llamaran su atención, y Esquilo tuvo modo de escuchar sus palabras.

—Está bien, entonces. A Calimaco de Afidnas le palma al mejor guerrero del día. A ti, el mérito de la victoria —dijo Temístocles, dirigiéndose a Milcíades—. Pero recuerda que quiero el arcontado por dos años.

—De acuerdo —respondió Milcíades, complacido.

—¡En absoluto! —intervino Arístides—. ¡La victoria es sobre todo de Calimaco! Y no acepto este tipo de acuerdos. ¡Será arconte quien salga extraído, como estableció Clístenes! ¡Basta ya de elecciones pactadas!

—¿Tienes intención de seguir poniéndome el bastón entre las ruedas? ¡Te llevaré al ostracismo en cuanto llegue a ser arconte! —gruñó Temístocles.

—¡Inténtalo! —le desafió el rival—. ¡Veremos quién sabrá recoger más consensos!

—¡Calmaos! Calmaos, ¡no hay por qué discutir! —intervino Milcíades—.

¿Queréis competir por el arcontado? Pues que así sea. Arístides, no tienes que preocuparte de que a Calímaco no se le reconozca su mérito. El hecho de que al polemarco se le asigne la palma de mejor guerrero es un reconocimiento indiscutible por su contribución hacia la victoria. Por otro lado, no podrás negar que ha aplicado mi plan. Y si vas buscando consensos para futuras elecciones, hagamos así. Ahora nosotros vamos a socorrer a Ayántide y tú, con tus hombres y parte de los de Temístocles, coges a los prisioneros y te vas a ocupar el campamento y te apropias del botín de los persas. Y si algo se queda en manos de tus hombres sin entrar en el reparto general, paciencia...

Arístides dudó. La verdad es que se trataba de una oferta muy atractiva. Incluso para un hombre íntegro como era él. Y Esquilo, por mucho que estuviera disgustado ante aquella discusión, sabía que el estratega, a diferencia de los demás, no querría sólo parecer justo, sino serlo.

El comandante de Antioquea se calló. Los otros lo tomaron como un asentimiento. Y también Temístocles pareció aceptar la propuesta de Milcíades quien, por fin, dirigió su atención al subalterno.

—¿Qué pasa *lochago*? —le dijo con suficiencia.

—Estos dos hombres, estratega —respondió el oficial indicando a Esquilo y su compañero—, discutían en vez de ocuparse de los prisioneros. En general, los hombres se nos están escapando de las manos, señor. Tenemos que comenzar enseguida.

—Efectivamente —convino Milcíades—. Pasa la voz. Que se reúna todo el regimiento de Oneida, mitad del de Leóntidas y todos los platenses. Los quiero inmediatamente a mis órdenes, listos para socorrer a nuestros valientes conmlitones que están en la playa. Los otros que se ocupen de coger a los prisioneros y se vayan a tomar el campamento persa inmediatamente.

—¿Y con estos dos insubordinados qué hacemos? —preguntó el oficial.

—Nada. Nos sirven todos los hombres válidos.

Esquilo no podía pedir nada mejor. Se notó encima las miradas hostiles del compañero y también del oficial, pero no prestó importancia. Se encontraba únicamente ansioso por localizar a su hermano. Fue entre los primeros que se alienaron en la columna de marcha. Y esta vez no dudó en situarse en primera fila.

La columna cortó transversalmente el campo de batalla, recorriéndolo con un paso seguido. Esquilo pudo ver ya a una cierta distancia el hormigueo de hombres que estaban en el litoral, las naves atracadas a breve distancia de la playa, donde había poco fondo, y una larga hilera de barcos que se estaba marchando. Y notó también columnas de humo levantarse en al menos dos de las embarcaciones más cercanas.

Los hombres de su tribu, por lo que se veía, habían liquidado ya un par de naves

enemigas, quizás llenas de armados. Pero había muchas otras que detener. Y muchos soldados en la playa a quienes había que impedir, sobre todo, que se embarcaran.

Al acercarse de nuevo, Esquilo divisó al estratega Estesilao, inconfundible con su escudo que representaba a un grifón en la superficie y con su cresta multicolor. El comandante de su unidad estaba en el agua, junto a una nave, y combatía para subir a bordo. Mientras escuchaba la orden del *lochago* de atacar, y en sus oídos retumbaba la respuesta entusiasta del conmlitón, se puso a buscar con la mirada la bruja representada en el escudo de Cinegiro.

Avanzó, sabiendo que tenía que tomar una decisión. Estaba en primera fila y no podía evitar el enfrentamiento. Claro, podía correr más lentamente que los demás y dejarse adelantar. Alocados como estaban, no habrían prestado atención a su enésimo acto de cobardía. Pero así habría perdido cualquier posibilidad de localizar a Cinegiro. Por último decidió seguir corriendo y se encontró en la playa, donde los persas y los griegos combatían con ferocidad, sin ninguna distinción ya entre las dos alineaciones.

A juzgar por la situación, Estesilao llevaba consigo una parte de las tropas que le había dejado Calimaco y con ellas tenía que haber roto la barrera enemiga que protegía las embarcaciones, abriéndose un pasillo hacia el mar. El resto de sus hombres se habían quedado en la playa manteniendo ocupados a los persas que todavía no habían logrado embarcarse. Pero se encontraban en inferioridad numérica, y muchos de ellos habían caído ya. Los otros estaban a punto de verse arrollados y muy pronto los que estaban en el agua se habrían encontrado en medio.

Pero ahora, con la llegada de los regimientos de Oneida, Leóntidas y de una parte de Ayántide, eran los persas quienes se encontraban entre dos fuegos. Los hoplitas al mando de Milcíades se lanzaron en apoyo de sus compañeros, que se encontraban en la playa, y la arena cerca del agua se transformó en un remolino como si fuera una lluvia de cenizas. Esquilo dudó una vez más, frenó el paso, pero luego se dio cuenta de que en aquel caso la visión se quedaba limitada y volvió a correr. No había visto escudos con brujas, pero no significaba nada. Cinegiro podía haber perdido el escudo. Decidió que un guerrero como su hermano únicamente podía encontrarse en primera línea, junto a Estesilao, y se abrió camino entre los conmlitones, intentando alcanzar de nuevo las primeras posiciones. Buscó un pasillo que le permitiera alcanzar el mar, evitando abrirse camino a base de combates.

La densidad de los granos de arena fluctuantes en el aire, si bien impedía ver cualquier cosa de forma clara, le permitía pasar entre un duelo y otro sin ser visto salvo cuando había pasado ya. Y de todos modos, todos los posibles adversarios se encontraban ya ocupados con algún hoplita. Siguió buscando un acceso directo al agua, dando y recibiendo empujones con el escudo o codazos, rozado por las lanzas y los golpes de las espadas. Sujetaba en la mano la espada con fuerza pero no hizo uso

alguno de la misma. Se limitó sólo a mover el escudo para protegerse.

Le pareció que se había introducido en una densa foresta, con los árboles en perenne movimiento, los ramos a la altura del hombre, como garras listas a sujetarle, entre gritos de triunfo y de dolor inquietantes como los aullidos de un lobo, bajo una selva de escudos que parecían crear una pared densa tal que ofuscaban incluso los rayos de sol. Se hizo un hueco con dificultad en aquella vegetación salvaje, y al final encontró un pasillo estrecho que parecía olvidado por todos los combatientes. Y de repente el sol del atardecer iluminó el agua encrespada del litoral. Y Esquilo vio el segundo escenario de la batalla: los enfrentamientos en el mar.

Más allá de las naves incendiadas que había divisado de lejos, estaban al menos otras tres embarcaciones que habían tomado al asalto los otros hoplitas.

Soldados persas, a bordo y en el agua, intentaban frenar los pelotones de griegos que favorecidos por el poco fondo intentaban subir por los laterales. Los asiáticos a bordo daban golpes hacia abajo, o usaban las lanzas, intentando mantener distantes a los adversarios. Los atenienses, por su parte, intentaban eliminar a los defensores sujetando hacia arriba sus lanzas.

Avanzó de nuevo hasta que el agua le llegó hasta la cintura. Podía ver ahora indistintamente a todos los combatientes. Analizó a los griegos uno a uno, pero a primera vista no reconoció a Cinegiro. Luego detuvo su propia atención en la zona alrededor de la nave que Estesilao había tomado. El estratega combatía contra dos adversarios en el agua, pero otros hoplitas se habían aferrado ya al borde del costado e intentaban subirse al mismo. Uno de ellos, con un escudo sobre el que estaba representado el símbolo de Atenas, había puesto una pierna más allá del baluarte cuando un persa le traspasó de una parte a la otra del cuello con una lanza y lo arrojó de nuevo al mar.

A su lado otro hoplita sin escudo se había agarrado con una mano a las decoraciones de la popa, intentando apoyarse con los pies para dar un salto y alcanzar el puente. En la otra mano sujetaba una espada. Un persa a bordo dio un golpe con la cimitarra y le arrancó de cuajo la mano con la que se sujetaba. El hoplita lanzó un rugido, cayó al agua pero se levantó enseguida, con la sangre que le caía del muñón. Con la otra mano, aquella que sujetaba la espada, se quitó el casco, y luego también el gorro de piel que le protegía de los roces del metal.

Era Cinegiro.

Sólo entonces Esquilo, asustado, retomó su andadura. Se precipitó de forma torpe hacia delante, realizando amplias y lentas zancadas en el agua, que era cada vez más profunda. Y mientras tanto vio a Cinegiro lanzar un nuevo grito, ponerse la hoja de la espada entre los dientes, dar un salto y agarrar las cuerdas con la única mano que le quedaba.

—¡Para! ¡Para! —le gritó. Pero Cinegiro no le escuchaba. Se agarró a la nave, e

inmediatamente el persa que le había arrancado de cuajo la mano movió la espada también contra la otra.

La mano del hoplita se quedó pegada a la decoración del barco. Todo lo demás cayó de forma pesada al agua, sin reaparecer de nuevo.

XIX

—Eres patético, ¿no te das cuenta? Las palabras de Tersipo suenan a lo lejos. Y sin embargo, Eucles sabe que el amigo de un tiempo atrás, el hombre que le acababa de apuñalar, se encontraba encima de él. De eso había servido aunar todas las energías que le quedaban para alcanzarlo, darle también la satisfacción de presenciar su agonía.

Bonito asunto.

—¿Entonces? Tienes la espada en la mano. ¿A qué esperas para usarla, despojo humano? Supongo que tú has llegado hasta aquí, arrastrándote como una serpiente, para matarme —dice Tersipo, aún provocándole.

Eucles intenta apoyarse de nuevo sobre los brazos, sujetando la espada por la empuñadura. Pero tiene la impresión de haber consumido las únicas energías que le quedaban. Le gustaría quedarse en el suelo para recuperar al menos lo que le quede de fuerzas. Pero sabe que dentro de poco las fuerzas le abandonarán por completo. Y para siempre.

Percibe los pasos de Tersipo. Gira el cuello y ve al otro caminar a su alrededor.

—¿Y por qué te gustaría matarme, Eucles? ¿Porque he sido mejor que tú una vez más?

—Para... para impedirte... que traiciones a Atenas —susurra Eucles.

—¡No digas tonterías! —exclama Tersipo, dejándose llevar por una sonora carcajada—. ¡No puedes haberte creído que lo haría de verdad! ¡Te lo he dicho únicamente para que murieras con el remordimiento de no haber visto al traidor! ¡No hay ningún traidor! ¿Por qué hacerlo? Seré una celebridad ahora, ¡y tendré a toda la ciudad en un puño! ¿Por qué seguir los pasos del viejo decrépito de Hipias? Lo tendré todo igualmente.

Eucles se calla. Pero vuelve a apoyarse sobre los brazos. Consigue apoyar esta vez el codo.

—Y entonces, ¿quieres matarme ahora? —insiste Tersipo, que sigue dando vueltas a su alrededor.

—Claro... yo... no me fío... Me has inducido a matar... Filípides. El mejor de todos nosotros...

—Excusas. Todas son excusas. Has deseado fuertemente quitar de en medio a Filípides. Yo te he ofrecido únicamente un pretexto. Te gustaría matarme sólo para descargar tu frustración como perdedor, para eliminar a todos los que son mejores que tú. Lo has soñado siempre, por detrás...

—No... no es verdad —Eucles apoya también el otro codo, el que está en el lado de la abertura. Se ahoga, vencido como está por el dolor.

—Es verdad, vaya si lo es. No tienes escrúpulos igual que yo, pero eres menos

hábil. Mucho menos. Has tenido siempre tus ambiciones, pero te ha faltado siempre el coraje suficiente para realizarlas. El mundo está lleno de gente como tú. Gente que piensa en grande y actúa en pequeño. Confusa e irresoluta, incapaz de probar sentimientos de verdad nobles pero igualmente de poner en marcha aquellos poco nobles que se encuentran radicados en el alma. ¡Me dais asco!

Eso sí que no. La moral, la lección de vida de Tersipo, eso no. Y el problema es que, probablemente, tiene razón.

Eucles gira el busto, combatiendo con los pinchazos que el movimiento le provoca, y arrastra hacia delante una rodilla. Luego la otra. Tose por el esfuerzo, le cae la sangre de la boca. Pero por fin se encuentra de rodillas.

—¡Felicidades! ¡Mira lo que puede llegar a hacer un hombre muerto! Frustrado, sediento de venganza, eternamente perdedor, mezquino y... muerto.

Tersipo se detiene delante de él.

Ahora. Tiene que aprovechar la situación ahora. Tersipo no se espera que tenga todavía la fuerza para realizar otro ataque. Eucles intenta disimular el movimiento hasta el último instante. Luego agarra el *kopis* con ambas manos y realiza un golpe en horizontal, de derecha a izquierda, apuntando a las pantorrillas de Tersipo.

Por algún motivo que no sabe explicarse, el ataque se queda vacío. El movimiento le desestabiliza y termina de nuevo en el suelo, con la cara sobre la arena. La espada todavía sujeta en la mano derecha.

Y escucha de nuevo la absurda risa de Tersipo.

—¿Pero no te he dicho ya que eres patético? ¿No te das cuenta de lo lento que eres? ¡Pareces tener en la mano un peso enorme y no una espada! ¡No matarías ni siquiera a un niño! Es más —añade Tersipo—, me parece un peso demasiado grande para un hombre en tus condiciones. Mejor quitártelo...

Se acerca a Eucles y con una patada, justo en el costado abierto, le da la vuelta. Eucles, ahora boca arriba, emite un grito atroz. Tersipo realiza otro ataque, que esta vez le alcanza la mano en que sujeta la espada.

Otro grito, ahora a pleno pulmón. La espada se cae del brazo agonizante, junto a dos dedos. Salpicaduras de sangre inundan la empuñadura del arma, abandonada en el terreno.

—¿Sabes por qué te hago todo esto, Eucles?

Pero se trata de una pregunta sin respuesta. Eucles no tiene ni siquiera la fuerza para hablar. Se tiente la mano herida, contorsionándose por el dolor. Dolor por todas partes.

Tersipo le da una nueva patada, esta vez mucho más fuerte. Eucles se la esperaba y ha intentado protegerse. El pie de Tersipo le ha alcanzado en parte de la cara y en parte del costado dolorido. Sangra de la nariz.

—Por... ¿por qué? —dice apenas en un susurro. Pero Eucles sabe que tiene que

pronunciarlo si quiere evitar más dolor. Más del que ya le invade por todo el cuerpo.

—Porque has tirado a la basura tu vida. Porque podías haber sido alguien y no has sido nada. Ni uno bueno ni uno malo, ni uno fuerte ni uno débil, ni valiente ni cobarde, ni activo ni pasivo. Has tirado tu existencia, torturándote a ti mismo con tus angustias, tus inseguridades y tus miedos. Has sido siempre el peor enemigo de ti mismo, y ahora te estoy demostrando lo que te has infligido. Y te odio por lo que te has hecho. En la primera competición del efebato ganaste, y sobre todo derrotaste tus miedos, demostrándome lo que eras capaz de hacer. Así que sabías bien lo que podías hacer. Y sin embargo, no lo supiste repetir y te convertiste en el peor de los mediocres. Y ha sido como si me lo hubieras hecho a mí, que creía en ti. Has sido una decepción enorme, también para ti mismo, y esto te hizo siempre cada vez más mezquino. Te mereces todo lo que te estoy haciendo, por lo que te has hecho a ti mismo. Y por lo que has hecho a Filípides. Eres tú el verdadero asesino de tu viejo amigo, ¡yo soy sólo el ejecutor material!

Cada palabra es como una cuchillada para Eucles, un golpe más en su cuerpo ya magullado. Tersipo está loco, eso es evidente. Quizás lo ha estado siempre, desde aquella primera vez en la que le ofreció aquel pacto, aquella elección entre ser amigos o enemigos. Pero esto no le hace menos lúcido en sus análisis. Eucles se da cuenta de que ha perdido la túnica que llevaba envuelta en la cintura. El lino manchado de sangre está a su lado, entre su brazo y el pie de Tersipo. Agarra una esquina. Luego intenta sujetarlo con la mano, a la que le falta el dedo índice y el medio. Luego acerca también la otra mano y se ayuda.

Y realiza el acto. Es la suma de los dolores que está probando, el total de las frustraciones que está viviendo, lo que le da la fuerza para arrojar la túnica contra la pantorrilla de Tersipo, esperar un instante para que se le enrolle y luego tirar.

Tersipo vuela por los aires. Eucles agarra la propia espada, que el otro le ha dejado a su lado, toma fuerzas, se levanta del suelo con el busto, alarga los brazos agarrando el pomo con ambas manos y clava la hoja en el cuerpo del adversario, todavía en el suelo, de lado.

El hierro penetra, corre, se insinúa por el costado de Tersipo, quien lanza un grito desgarrador, respira con dificultad, da vueltas, se abandona boca arriba sobre el terreno, abre los ojos, mira a su asesino, el hombre al que había llamado muerto, y emite un susurro prolongado.

Luego se convierte en una estatua.

Por lo que parece, la batalla para Antioquea y Leóntidas había terminado. Habían sido los dos regimientos sobre los que más había pesado el enfrentamiento, las unidades que habían padecido más pérdidas, y por lo tanto se les dejó descansar antes que al resto. ¿De qué otra forma se podía explicar?, se dijo Eucles. ¿Acaso no era

descansar perseguir a los prisioneros y tomar el campamento enemigo mientras las otras tribus seguían combatiendo en la playa?

Eucles no estaba contento en absoluto. Necesitaba más tiempo para colmar el abismo con Filípides. Ignoraba cómo se había comportado Tersipo, pero tenía la impresión de que también él se había empeñado mucho, y además, Tersipo se sabía desenvolver con la gente, y seguramente habría encontrado el modo de que los oficiales le apoyaran con sus juicios.

Vamos, que estaba destinado a perder una vez más.

¡Por todos los dioses! ¡Se había encontrado teniendo que enfrentarse a dos de los mejores hombres de Atenas! ¡No tenía que echarse mucho a la cara después de haber perdido! A fin de cuentas, cualquier otro no habría tenido una vida fácil con Filípides y Tersipo al lado. Cualquiera que les desafiara podía sólo esperar a que murieran para poder superarles. Pero no estaban muertos. Habían corrido riesgos mortales, incluso más que él quizás, y no estaban muertos, ni se habían visto diezmados en ninguna parte del cuerpo. Los dioses estaban con ellos, y sobre todo con Filípides, por lo que se veía.

Y no lo habían estado nunca con él.

Mientras procedía hacia el campamento persa, Eucles cogió directamente en consignas a un grupo de prisioneros que le entregó el *lochago*. Notó que Filípides, poco antes que él, había recibido más. Se fiaban más del hemerodromo, obviamente. Un primer reconocimiento de su superioridad. Y sin embargo, si no hubiera sido por Filípides, Eucles estaba seguro de que le habrían asignado a él el premio como mejor combatiente de todo el regimiento...

Pero en su camino también estaba Filípides. Lo había estado siempre, desde que habían sido pequeños. El éxito había sido siempre para él, a pesar de lo que Eucles hiciera para superarlo o para dejarse ver.

La columna entró en el campamento persa. El ejército de Datis había abandonado todo rápidamente. En algunos sectores del terreno se veían las señales de la presencia de tiendas y de agujeros para los piquetes de los tirantes. En aquellos casos los soldados habían tenido tiempo de desmontar las tiendas y embarcarlas con ellos. Pero en la mayor parte de los sectores las tiendas estaban todavía allí, abandonadas, o bien desmontadas y abandonadas en el suelo. Los hoplitas encargados de los oficiales fueron entrando en cada tienda, en grupos de tres, para reunir todo lo que podía constituir un botín. Salían con mantas, indumentarias, de vez en cuando armas. Sólo rara vez Eucles les escuchaba felicitarse por haber encontrado alguna joya o telas preciosas, fruto, con toda probabilidad, de las correrías realizadas por la flota en las islas que habían encontrado a lo largo del recorrido desde Asia hasta Grecia.

Los soldados eran particularmente solícitos y celosos en los pabellones más amplios, que habían seguramente acogido a los comandantes y los dirigentes más

importantes. Los controlaban con más atención, pero salían de ellos decepcionados. Había quien aplicaba el fuego por la frustración, recibiendo luego las protestas débiles de los oficiales.

Por lo que parecía, el botín que Milcíades había previsto para Arístides como mercancía de cambio no era tal. El estratega seguramente tendría algo que decir con posterioridad. Por el momento los soldados habían recogido sobre todo armas, con las que levantar el trofeo de la victoria.

Porque había sido una gran victoria, Eucles se dio cuenta de que tendía a olvidarlo. Absorbido como estaba por los asuntos personales, no había prestado atención al desarrollo de la batalla en general. Por lo que se veía, el sector central de la alineación griega, aquel en el que había combatido, había sido el único que había rozado el derrumbe. Desde su óptica, el enfrentamiento podría haberse perdido y, en cambio, las alas griegas habían prevalecido desde el principio, tanto que habían podido permitirse separar una parte de los efectivos para apoyar al sector en dificultades. Ahora se trataba sólo de establecer la entidad de la victoria, impidiendo a los fugitivos en la playa embarcarse en la flota.

Vamos, había sido de todos modos un triunfo. El primer gran enfrentamiento entre el imperio más amplio y poderoso del mundo y los atenienses se había resuelto a favor de los griegos. Un acontecimiento que se vería celebrado en los siglos siguientes como la guerra de Troya.

Debería estar feliz por aquello, pero no lo conseguía. Para él, en realidad, se había tratado de una derrota. La enésima. La más importante. La más desoladora.

Notó carcasas de animales amontonados en varios sectores del campamento. Al principio, pensó que se trataban de bestias de tiro que los persas en fuga no habían tenido tiempo de llevarse consigo hacia las naves y que, por tanto, habían decidido no dejar vivas en mano de los vencedores. Luego vio que se trataban de caballos, en su mayor parte. Y muchos estaban todavía vivos. Yacían sobre un costado, con la cabeza reclinada, relinchando y quejándose, en agonía, con los tendones de las patas rotos. Estaba claro, los caballeros habían escapado hacia las naves sin poder llevarse consigo a los animales. Y los habían matado o dejados cojos, en decenas, o quizás centenares, para evitar que los griegos los usaran para volver antes a Atenas. Algún hoplita piadoso los degollaba, pero la mayoría estaba más pendiente en registrar las tiendas que en ahorrarse la agonía de las pobres bestias, que habían cruzado el mar sólo para ser torturadas por sus propios dueños.

También había cadáveres de persas entre una tienda y otra. Y los heridos y enfermos, abandonados por los compañeros. Muchos habían sido maltratados por los platenses y por Ayántide durante la persecución hasta los márgenes de las marismas de los alrededores. Eucles no dudaba de que la escasez del botín fuera debida también al paso precedente de las otras unidades. A pesar de estar todavía ocupadas en el

enfrentamiento, habían seguramente encontrado el modo y el tiempo para recoger objetos de valor.

Eran muchísimos los persas que no estaban en condiciones de combatir. Muchos no parecían tener ni vendas ni otros cuidados, pero presentaban un feo color que podía ser únicamente el fruto de una prolongada cercanía a las marismas insanas. Una semana transcurrida en aquellas condiciones climáticas tenía que haber postrado a los que estaban acostumbrados al clima seco de Asia. Y sin embargo, los persas habían combatido con tenacidad en la batalla.

Observó de nuevo a Filípides, que le precedía en la columna ya deshilachada en pequeños equipos. Determinado, seguro de sí mismo, avanzaba buscando heridos, obligando a los que estaban mejor a levantarse o dándoles el golpe de gracia a quienes estaban peor. Jamás una duda ante lo que tenía que hacer. Se imaginó en su lugar: no habría sido igual de eficiente. Habría dudado a la hora de matar a los heridos, se habría dejado condicionar por las protestas de quienes no querían levantarse, no habría logrado jamás imponer su propia autoridad y habría tenido mil preocupaciones...

Descubrió sólo después de unos instantes lo que de verdad estaba ocurriendo. Había visto avanzar a dos persas que no parecían heridos ni formar parte de los grupos de prisioneros. Luego notó que uno de ellos tenía una espada y el otro demasiadas cimitarras consigo. Se acercaron al grupo de Filípides de escondidas, apuntando directamente al griego y al compañero que escoltaba a los prisioneros. Y vio al amigo ya vencido.

Filípides, de hecho, no se había dado cuenta de nada. Avanzando tras ellos, Eucles podía observarles detrás de una tienda. Por lo que parecía, se dijo, asistiría a la muerte del amigo sin poder hacer nada. Claro, podía gritar, avisarle, pero aquellos no tenían ya nada que perder y les matarían de todos modos, antes de ser detenidos por otros hoplitas del campamento.

Sí, Filípides estaba vencido. Y el desafío entre Eucles y Tersipo seguiría todavía en pie. Lo sintió, a fin de cuentas, al principio del enfrentamiento Filípides le había salvado la vida a él, y ahora él no tenía la posibilidad de devolverle el favor.

¿O quizás *no quería* devolverle el favor?

Luego sintió que el otro hoplita que formaba parte de su patrulla de búsqueda se acercaba. Muy pronto también él notaría los movimientos de los persas, y Eucles no habría podido escapar a su reprimenda por haber hecho como si nada. Algo tenía que intentar. Al menos si lograba intervenir a tiempo saldarían las cuentas, y se anularía la ventaja de Filípides sobre él.

—¡Dos persas armados! ¡Atención! —gritó, dejando en su sitio al compañero y corriendo hacia delante. Le dio la vuelta a la tienda y arrojó la lanza hacia el persa que ya se encontraba cerca de la espalda de Filípides. Alcanzó al enemigo, carente de

armadura, en el pleno de la caja torácica, y éste emitió un quejido, desplomándose y llamando por fin la atención del hemerodromo. El otro persa, que tenía en la mano las armas para distribuir a los prisioneros, las dejó caer todas menos una espada, que utilizó para defenderse inmediatamente del asalto de Filípides.

Fue un duelo breve. Cuando Eucles alcanzó al amigo, Filípides había ya traspasado el esternón del adversario, que cayó pesadamente sobre las armas abandonadas, provocando un intenso ruido de hierros.

Filípides miró a Eucles y luego indicó con un gesto al otro persa alcanzado por la lanza.

—¿Has sido tú, eh? —dijo sonriendo.

Eucles asintió sin convicción alguna. Se sentía profundamente avergonzado y no sabía cómo explicárselo.

—Me has salvado la vida. Eres un verdadero amigo, Eucles —declaró solemnemente, poniéndole una mano sobre el hombro con la sonrisa franca que exhibía en cada circunstancia.

—Ya. Un verdadero amigo... —respondió con la boca medio cerrada, sin sentir satisfacción alguna.

Esquilo se precipitó hacia el costado de la nave por el que había visto desaparecer a su hermano. Vio salir a flote algo que se parecía vagamente a un brazo, y luego otro.

Cinegiro jadeaba, intentando desesperadamente sacar la cabeza del agua. Pero sin las manos, no conseguía darse el empujón.

El poeta se liberó del escudo y de la lanza y avanzó en el agua de forma frenética, caótica, a mitad de camino entre la natación y los saltos. Alcanzó a su hermano, pero tuvo que luchar con él para inmovilizarle y sacarlo a la superficie. Cinegiro se había vuelto loco ante el dolor y la furia por su propia impotencia, y seguía agitándose desesperadamente.

—¡Para! ¡Soy Esquilo, tu hermano! ¡Para y te llevo a la orilla! —le gritó el hermano.

Sólo entonces Cinegiro pareció reconocerlo. Un resplandor de lucidez pareció asomar en sus ojos.

—¿Qué es lo que llevas a la orilla, el resto de un naufragio? Los restos se quedan en el mar... —respondió. Había bebido agua y las palabras le salieron entre borbotones.

—Estás vivo. Esto es lo que importa. ¡Ven conmigo! —respondió Esquilo, intentando tirarlo hacia arriba. Pero el hermano era mucho más pesado que él y si decidía oponer resistencia, le quedaba bien poco por hacer.

Cinegiro miró sus muñones.

—No estoy vivo. He perdido las manos, y sin ellas ya no puedo ser un guerrero. Para mí no hay ningún motivo por el que seguir viviendo.

En ese punto, no sólo no siguió a Esquilo, sino que empleó sus fuerzas para sumergirse de nuevo.

El hermano lo agarró por un brazo e intentó arrastrarlo consigo. Pero Cinegiro mantenía la cabeza metida bajo el agua y era como un ancla. Los pies de Esquilo dejaron de tocar el fondo. Tiró con todas las fuerzas y consiguió moverlo a duras penas, arrastrándolo unos pasos. Lo sentía dar patadas y mover los brazos, pero estuvo duro y siguió moviéndolo, si bien poco, concentrándose sólo en los pobres movimientos.

No supo cuánto tiempo había pasado cuando se dio la vuelta para ver por qué cada vez le costaba menos arrastrarlo. Se detuvo y notó que el hermano no reaccionaba. Y ya se encontraba mucho más cerca de la orilla que de la nave desde la que le había ido arrastrando. El fondo era muy bajo, el agua le llegaba hasta las rodillas. Asaltado por el terror, levantó a su hermano de forma que pudiera ponerlo sentado. Pero Cinegiro ya no se aguantaba. El rostro reclinado sobre el pecho no daba ya señales de vida.

Durante unos instantes Esquilo esperó que hubiera perdido el sentido. Apoyó el oído en el corazón, luego la nariz, pero no encontró ninguna señal vital. Se desplomó sobre las rodillas, gritó y lloró, desesperado. Acarició durante largo tiempo el rostro de Cinegiro, lo abrazó contra su pecho, justo bajo su barbilla, y sus lágrimas se derritieron en el agua, donde flotaba la melena de su hermano muerto.

Cinegiro había renunciado a vivir después de haber entendido que no podría volver a ser un guerrero. Y él, en cambio, había despreciado siempre un papel por el que su hermano había entregado su vida y al que había dedicado toda su existencia. Si hubiera combatido también él, si hubiera hecho su propio deber, quizás se habría encontrado junto a Cinegiro en el momento crítico y habría impedido a aquel persa que le cortara ambas manos.

Cinegiro había combatido por ambos. Había *muerto* por ambos. Había tenido que empeñarse más de lo necesario para mantener alto el honor de la familia, que él con su apatía habría hecho naufragar.

No podía haber muerto en vano. Los dioses gastaban extrañas bromas, de vez en cuando. Si habían sido tan perversos para que presenciara su muerte, quizás pretendían lanzarle un mensaje. Quizás querían que le revelara el testigo. Que siguiera la obra de Cinegiro.

Pero aquello que querían los dioses no le importaba en aquel momento. Porque ahora estaba listo. Era él quien quería continuar la obra de Cinegiro. La mejor forma para honrar la memoria del adorado hermano era emularlo.

Terminó de arrastrar al hoplita hasta la orilla y luego miró la nave junto a la que

Cinegiro había muerto. Quedaban todavía hoplitas alrededor e incluso sobre la misma. Más allá del costado divisó también la silueta de Estesilao, rodeado por persas, el estratega combatía con tenacidad igual que su hermano. Esquilo recogió una lanza y un escudo entre los tantos diseminados a lo largo de la playa y corrió de nuevo en el agua para lanzarse hacia la embarcación. En breve se quedó bajo el costado. Todos los persas a bordo se encontraban ocupados contra los hoplitas ya subidos, menos uno, que le vio e inmediatamente arrojó su lanza hacia donde él estaba.

Esquilo evitó el golpe con un salto de una rapidez que le asombró a sí mismo, y atacó a su vez. La punta de su lanza alcanzó completamente el dorso de la mano del enemigo, y la clavó en la madera del costado. El asiático dejó caer su arma, lanzando un grito de dolor. Esquilo dejó la lanza clavada donde estaba y extrajo de la cintura el *kopis*. Luego se dio el empuje agarrándose con el brazo izquierdo en el costado, y con el derecho alcanzó la garganta del adversario, que arrancó de cuajo.

Gracias a su actuación pudo subir imperturbable. Repuso la espada, recuperó la lanza y se lanzó con grandes pasos hacia el sector donde combatía Estesilao. El estratega y un hoplita estaban rodeados. Cinco persas les estaban encima, mientras los otros griegos estaban algo más distantes y tenían que vérselas con otros enemigos. Esquilo se arrojó contra uno de los adversarios del comandante, lo sorprendió de lado y lo atravesó de una parte a la otra con la lanza. Sólo entonces los otros se dieron cuenta de su presencia. También Estesilao lo notó. Esquilo captó una expresión de sorpresa en los ojos, entre las hendiduras del casco, pero vio también una profunda herida en el muslo.

El estratega estaba herido gravemente y perdía mucha sangre. Y a pesar de ello estaba de pie y combatía, aunque se mantenía más bien a la defensiva. Esquilo tuvo el tiempo justo para extraer la lanza del hombre que había transformado en un cadáver. El otro adversario, que se dirigía hacia Estesilao, se le encaró. El poeta lo empujó con el escudo y luego le golpeó con el asta recién extraída, atontándolo y lanzando una vistosa mancha de sangre en el gorro de piel.

Antes de que el hombre recuperara el equilibrio y la lucidez, Esquilo usó de nuevo la lanza, esta vez con la punta, y se la clavó en toda la frente. Extrajo la cúspide, en la que se encontraba depositada materia cerebral, y se dirigió a los otros tres persas. Estesilao había pasado a ayudar al otro compañero pero la herida no le permitía moverse tan rápidamente para evitar que otros adversarios le atacaran o hicieran presión sobre él. Uno de estos le alcanzó el brazo con la cimitarra, abriéndole otra herida de la que salpicó gran parte de la sangre que todavía le quedaba en el cuerpo.

Esquilo se arrojó contra el persa, atacándole con la lanza pero aquel paró ésta con el escudo y el asta se rompió por la mitad. El poeta lanzó un grito y empuñó la

espada, avanzando de un paso con el costado protegido hacia delante. Con el propio escudo apartó hacia el suelo el escudo del adversario y lanzó un ataque vertical con la espada, desde arriba, abriendo en dos el cráneo del asiático.

Mientras tanto el otro hoplita había sido atravesado por uno de los dos enemigos. Estesilao se levantó con fatiga y, tambaleándose, se acercó a los persas. Cubierto de heridas, tenía los brazos casi inertes, y con dificultad conseguía mover la espada. Esquilo se dio cuenta e intentó meterse entre él y los otros dos, pero uno ya había conseguido realizar un ataque en profundidad con la lanza. El poeta arrastró el asta cuando ya la cúspide había penetrado en el hombro del estratega. Estesilao cayó de rodillas, con parte del asta clavada en el cuerpo, mientras Esquilo le clavaba la espada al enemigo antes de que pudiera extraer la cimitarra de la cintura.

Pero mientras tanto también el otro persa había decidido liberarse de la lanza, que era inútil en un cuerpo a cuerpo. Y la arrojó a su vez hacia Estesilao, alcanzándole en el abdomen. El estratega, ya de rodillas, se inclinó hacia delante, pero se quedó en posición erguida, con la parte posterior del asta que le servía de apoyo sobre el puente de la nave. Esquilo golpeó contra la hoja del adversario un par de veces, antes de ejecutar el ataque ganador y alcanzarle bajo la axila.

El poeta se acercó junto a su comandante, en cuyos ojos todavía quedaba un brillo de vida.

—Ahora combates... como tu hermano —murmuró el estratega, antes de cerrar los ojos y quedarse helado.

Nada podría enorgullecer más a Esquilo. Miró a su alrededor. Los hoplitas estaban aumentando. Alcanzó a un compañero que se encontraba en dificultad y degolló a su adversario sorprendiéndolo por el lado descubierto. Luego miró al otro lado del costado del barco. Más griegos estaban ocupados en el puente de una nave a pocos pasos de distancia.

Se movió hacia dos compañeros que se acababan de liberar de sus respectivos enemigos.

—Esta nave ya es nuestra —dijo con un tono autoritario—. Venid conmigo. Ahora hay que tomar aquella —añadió, indicando el siguiente objetivo.

Sin esperar a que le siguieran, saltó por el costado hasta el agua, moviéndose hacia la otra nave.

Por Cinegiro.

XX

Las murallas de Atenas. Están ahí, a breve distancia de él. Y sin embargo parecen estar al otro lado de Grecia. Eucles arranca, casi arrastrándose por el terreno y dejando atrás un rastro de sangre. Se ha dejado atrás también los harapos de la túnica. También la espada. Ha dejado detrás los dedos que le han arrancado.

Ha dejado atrás a Tersipo.

Ha ganado esta vez. A diferencia de cuanto afirmaba el traidor, ha sido Tersipo el perdedor. Ha sido él quien tenía la victoria en un puño y la ha arrojado. Eucles piensa en todas las veces en las que se ha sentido vencedor y luego, por inseguridad y miedo, ha malgastado la ocasión. Tersipo ha arrojado todo por exceso de seguridad, en cambio. Acostumbrado a tener que vérselas con un perdedor, se ha demorado, le ha herido tan sólo y ha permitido a Eucles que remontara.

Ha ganado él la apuesta. Sólo que la apuesta por Ismene se ha transformado en una prueba para establecer quién era el mejor. Y de competición deportiva se ha transformado en un desafío hasta la última gota de sangre, sin exclusiones. Otro desafío hasta la muerte.

Y han muerto los tres, de hecho. Pero para que haya un vencedor tiene que llegar a Atenas. Y aquella es la meta. Sería una broma de mal gusto horrible haberse liberado de sus dos opositores, haber matado a Tersipo contra cualquier posibilidad y luego morir delante de la muralla de Atenas sin haber tenido la posibilidad de poner a salvo la ciudad. Eso sí que sería ser un perdedor.

Y sin embargo, puede ocurrir. Es más, lo más probable es que ocurra. Eucles se mira la herida. El flujo de sangre casi se ha detenido pero sólo porque siente que no tiene casi más sangre en el cuerpo. Ni vida. Y ya se encuentra invitado del más allá, pero tiene que llegar antes a Atenas, antes de que lo que quede en su cuerpo pierda cualquier residuo de funcionalidad.

Sólo la voluntad que le tiene agarrado a la existencia terrenal, esa voluntad que le ha faltado durante toda su vida y que consigue ahora encontrar, le empuja. Precisamente ahora que se ha transformado en un espectro.

Araña el terreno para arrastrarse hacia delante. Agarra todo lo que logra coger con la mano, piedras, arena, metiendo sin piedad los muñones de los dedos en el polvo, haciéndose más daño para mantenerse con vida, para sentir cada vez un escalofrío que le resucite de vez en cuando, justo lo suficiente para mantenerse vivo. Sabe que el momento en que no sienta más dolor estará muerto. Y entonces usa con fuerza los dedos heridos, extiende el tronco hacia delante alargándose, se arrastra sobre las piedras el brazo izquierdo lleno de cortes, golpea la cabeza contra el suelo, y cada vez siente un rugido subirle por lo más profundo de la garganta y retumbarle en los oídos.

Se trata de una nueva victoria sobre la muerte.

Es como si con cada palmo que gana hacia Atenas, realizara un nuevo asalto a la muerte. Sabe que no podrá hacerlo durante mucho tiempo. Sus ataques son cada vez más fuertes y las propias fuerzas más débiles. Pero sigue, porque no le queda otra ocasión. Cualquiera cosa es mejor que quedarse parado, en espera de una muerte inútil que verifique su eterno papel de perdedor.

Y cada dolor, por terrible, desgarrador y devastador que sea, puede ser el último que sienta. Se lo provoca, es él quien decide cuándo tiene que llegar, es un género de tormento donde es él mismo quien indica la cadencia y la intensidad. No es una tortura que un verdugo le propina cuando menos se lo espera.

Pero es siempre más difícil avanzar. Al desangrarse progresivamente logra cada vez estar más débil. Cada movimiento es más pesado que el anterior, y está alimentado sólo por el impulso del dolor. Sus movimientos son como espasmos de la muerte.

Es el vacío lo que tiene que combatir. La inconsciencia que podría llegar de un momento a otro. Llenar ese vacío con el dolor es la única posibilidad. No hay otra manera de lograrlo.

Levanta la cabeza e intenta valorar la distancia de la muralla. Pero lo ve todo nublado. Todo ha oscurecido, quizás está atardeciendo o quizás es solo la luz de su vida la que se está apagando. Pero el contorno de la muralla le parece más cercano, consigue incluso definir las almenas, y le parece entrever algunas siluetas que caminan por encima, de un lado a otro, adelante y atrás...

O quizás se lo está sólo imaginando, quizás se encuentra delirando justo antes de la muerte. Quizás imagina lo que debería ver, y en realidad todos los esfuerzos por dejarse atrás el cuerpo sin vida de Tersipo no le han servido para nada. Quizás el antiguo amigo está todavía allí, precisamente detrás de él. No está muerto y le mira socarrón, mitigando su agonía con la satisfacción de verlo fracasar por enésima vez.

Pero que se trate de la muralla de Atenas o de una proyección de su imaginación da igual, tiene que seguir avanzando. Lo peor que le puede ocurrir es morir, a fin de cuentas, y no ver ya nada más, salvo las tétricas y húmedas puertas del Hades.

Se araña los codos intentando empujarse hacia delante y no sólo con las manos sucias, pues tienen las yemas de los dedos consumidas y quemadas. Lucha por mantener elevada la cabeza, no lo consigue y la golpea contra el suelo, avanza arrastrando la cara por el terreno. Su rostro se convierte en una máscara de sangre, pero le recuerda que sigue vivo, a pesar de todo.

—¿Quién eres?

Una voz, justo encima de él. Eucles levanta de nuevo la cabeza, y lo ve de pie. Cuatro, seis, ocho o sólo dos que su vista acaba de multiplicar hasta el infinito.

—Soy Eucles... del regimiento de Antioquea. Me... me envía Arístides — balbucea Eucles con un escalofrío de terror. Podrían ser emisarios de los

Alcmeónidas. Pero no puede hacer ya nada.

Un hombre se agacha sobre él. ¡Tiene las espinilleras! Se trata de un soldado.

—¿Quién te ha dejado así? ¿Los persas? Hemos visto algunos que se movían a lo lejos y han llegado hasta la muralla...

Eucles duda.

—Sí, sí. Ellos —afirma, y piensa que ojalá no sean hombres de los Alcmeónidas.

—¿Traes noticias de la batalla? —le pregunta otra voz. Entonces son más de uno.

—Sí. Llévame... en presencia de los arcontes. Inmediatamente —dice. Hay sólo un modo para saber quién les da las órdenes.

—¡Dinos enseguida qué es lo que ha ocurrido!

—Ante los arcontes, he dicho —repite Eucles no ha hecho todo ese camino para llevar a cabo su tarea ante un mísero soldado y morir justo fuera de la muralla de Atenas. Su victoria será completa sólo si logra realizar el anuncio a un oficial. Su rescate será total si puede explicar cómo han ido los hechos. Si aquellos hombres son gente del clan que ha traicionado a Atenas, su vida terminará allí, en ese momento.

Los soldados, todavía no ha entendido cuántos son, discuten entre ellos. No está capacitado para entenderlos, pero después de pocos instantes le agarran delicadamente y le ponen de pie, sujetándolo por los brazos.

Con atención, un paso tras otro, evitando en todo lo posible darle tirones, le ayudan a moverse.

—¡Más rápido, más rápido! No me queda mucho tiempo. ¡Y a vosotros tampoco! —avisa. No le importa si siente dolor. Tiene demasiadas cosas que hacer antes de morir, y no puede tomarse su tiempo.

Los soldados dudan, asombrados. Tienen que haberse quedado sorprendidos por su tono lleno de desesperación porque avanzan con una mayor decisión. Los siente decir a otro grupo que les precedan corriendo y avisen a los arcontes de su llegada. No sabe decir cuánto tiempo ha pasado desde que han cruzado la entrada de la ciudad. Le parece ver calles, habitaciones y lugares familiares, pero todo queda confundido, nublado e indiferente ante él. Oye las voces de la gente, tiene la impresión de que se ha formado un remolino tras él. Los otros componentes del grupo mantienen alejados a los ciudadanos, que parecen amontonarse a su alrededor.

Ahora le parece que está en el ágora. Quizás está pasando junto al monumento de los Héroe Epónimos, el que se levanta de lado es el Tholos. Quiere decir que están delante del Bouleuterion. Siente que le suben por las escaleras. Cada escalón es un pinchazo horrible. Tiene que haber gritado, porque se detienen.

—¡No os paréis! ¡Subid! —reacciona con insospechada energía.

Los soldados se mueven de nuevo, alcanzan la plataforma, superan las columnas y llegan a la entrada. Le llevan más allá, entrando en el aula, y luego se detienen. Eucles levanta la mirada. Entrevé unas figuras sentadas en los escaños: ¡los arcontes!

Intenta contarlos pero es un esfuerzo mental demasiado grande y renuncia después de los tres primeros. Quizás no están los nueve, pero no importa.

—¡Eucles de Antioquea! ¡Has sido un héroe llegando hasta aquí a pesar de tus heridas! —dice una voz con autoridad que no es capaz de reconocer—. ¿Nos traes noticias de la batalla de Maratón?

Es un héroe, ahora. Lo ha dicho el arconte. Por fin.

Ha ganado él.

Con un último esfuerzo, se suelta del apoyo de los soldados. Un héroe está de pie, sólo, cuando hay que hablar.

Se tambalea. Todo gira a su alrededor. Sus interlocutores no están firmes ni un instante. Tiene que hablar rápido. Un héroe no se desploma antes de haber completado su último deber.

—Victoria conseguida. Pero la flota enemiga está viniendo hasta aquí. Preparaos para un asedio, al menos hasta que vuelva nuestro ejército —dice todo de seguido, antes de caerse.

Siente que uno de los soldados se acerca y hay un vocerío de fondo. Luego un clamor ensordecedor. La noticia se ha propagado más allá de la entrada de Bouleuterion.

Pero él tiene todavía una cosa que hacer. Es un héroe, ahora, pero un héroe sin honor. Tiene que restituir el honor a Filípides. Y a sí mismo, por lo que le toca.

Agarra el brazo de un soldado que se ha agachado ante él.

—Llé... vame ante Ismene, la sobrina de Hipias. Te lo ruego, enseguida...

El descanso era un lujo que ningún vencedor podía permitirse. Quedaba todavía mucho por hacer, a pesar de que la batalla había terminado. Los oficiales se veían obligados a dar patadas a soldados a quienes les habría gustado cubrir de elogios para obligarles a levantarse y realizar las obligaciones que los comandantes esperaban que llevaran a cabo. Había que volver inmediatamente a Atenas para anticiparse a la llegada de la flota persa.

Si bien, antes incluso, era necesario realizar algunas actuaciones sin las que la victoria no tendría eficacia. Había que reunir a todos los griegos muertos, para poder rendirles los honores debidos una vez que hubiera pasado la crisis. Los dioses y los espíritus de los héroes epónimos no habrían agradecido que guerreros valerosos y valientes, que habían dado su vida por la salvación de la patria, fueran abandonados allí donde habían caído, junto a los oscuros enemigos, en manos de animales nocturnos o de saqueadores.

Había que subir las siete naves que Ayántide había logrado capturar, y ponerlas al seco. Serían muy útiles a la flota ateniense, y era de todos modos oportuno evitar el riesgo de que, con un golpe de mano, los persas volvieran a buscarlas abordándolas

en el mar.

Y luego había que apagar todos los incendios que amenazaran con extenderse. Terminar de registrar y reunir todo el botín antes de que se encargaran los habitantes del lugar o incluso los espartanos, que se decía estaban a punto de llegar. Montar un hospital de campaña para los heridos que no eran capaces de caminar. Y construir un recinto para retener a los prisioneros que el Estado Mayor no pensaba en absoluto llevar consigo para no correr el riesgo de entorpecer la marcha.

Por último, era necesario establecer quién se quedaría controlando la llanura y quién realizaría el trofeo de la victoria, cuya ubicación todavía quedaba por decidir. Había quien consideraba justo hacerlo en el punto donde Antioquea y Leóntidas habían comenzado a correr, o donde habían sido socorridos por los platenses y por Ayántide. Otros pensaban que era más justo levantarlo junto a la playa; algunos, a la altura del campamento persa. Y otros varios, donde se había producido el impacto entre los dos ejércitos.

Los hoplitas desarrollaban los encargos que les habían asignado hablando animadamente entre ellos, comentando las diferentes fases de la batalla que se acababa de concluir, y magnificando cada uno el propio papel del enfrentamiento. Se discutía de los persas y de sus capacidades bélicas sobre todo. Había quienes se habían quedado decepcionados, encontrándolos menos habilidosos de lo que se esperaban, y quienes en cambio consideraban que se habían enfrentado a enemigos valientes y expertos. Y se discutía también sobre quién era el guerrero más valiente de la tribu, quién merecía el premio como mejor combatiente. Y todos alababan la estrategia y la clarividencia de Milcíades, no de menor valor y habilidad que Calimaco (cuyo cuerpo había sido colocado con cuidado a una cierta distancia del resto).

Quedaban quienes todavía tenían fuerzas para imitar los gestos con los que se habían librado del adversario, o bien los que lo habían visto hacerlo a otros. Pero en tal caso los oficiales estaban listos para aprovechar esas energías para trabajos mucho más fructíferos. En general la atmósfera era eufórica, si bien todos eran conscientes de que haber ganado la batalla no significaba haber ganado la guerra. Los agradecimientos personales y de grupo a los dioses se escuchaban por cada esquina de la llanura, mientras los cantos de victoria acompañaban los trabajos más desagradables y piadosos. Pero había también quien sentía pena por las familias, amenazadas en Atenas por la maniobra de los persas, y se lamentaba de que el Estado Mayor no hubiera dado prioridad absoluta a volver a la ciudad.

Sólo Esquilo se sustraía del regocijo que flotaba sobre la armada y desarrollaba sus propios trabajos casi mecánicamente, sin dirigirle la palabra a nadie, ni siquiera cuando —y tampoco en contadas ocasiones— alguien se acercaba para felicitarle por las tres naves que había conquistado casi solo. Es más, las felicitaciones de los

compañeros acuciaban su malestar por no haberse movido antes, por haber dejado que su hermano combatiera sin su ayuda. Si se hubiera decidido antes a realizar su deber, a empeñarse como el hermano siempre le había pedido que hiciera, quizás Cinegiro no estaría muerto y habrían podido celebrar juntos la victoria.

Juntos habrían logrado que su padre se sintiera orgulloso de ellos. Ahora, en cambio, se encontraría llorando por un hijo que ya no estaba, y quizás también sería una consolación amarga darse cuenta de que había adquirido otro hijo guerrero. Porque era precisamente esto lo que Esquilo pretendía llegar a ser: un guerrero. Pero sin renunciar a ser un poeta. Había entendido que no podía limitarse a observar la vida. Tenía que vivirla para poder contarla. De otra forma se la habría únicamente imaginado, limitándose a teorizar sobre ella, sobre las emociones. Pero sin haber de verdad captado lo que ocurre en el alma humana cuando vence sus propios miedos. Desde entonces, lo había decidido, buscaría ser también él protagonista para poder vivir en primera persona la desesperación, el drama de un hombre capaz de hacer frente a un desafío, y no evitarla con el pretexto de querer ser sólo un testigo.

Un testigo no podría nunca saber jamás lo que siente un protagonista. Era la gran lección que había aprendido en el campo de batalla de Maratón. Y había pagado un caro precio por ello.

Tumbó el cadáver ya sin manos de Cinegiro junto al del estratega Estesilao, poco más allá de la playa. Estaban los dos héroes de Ayántide, los hombres de quienes se decía que recibirían el premio como los mejores guerreros de la tribu. En realidad, había alguien que también hablaba de él, de Esquilo, como el hoplita decisivo. Si no hubiera sido por él, decían los más entusiastas, la flota que se apresuraba a alcanzar Atenas habría sido mucho más consistente. No sólo por las tres naves que había conquistado, sino por las otras muchas caídas en manos de los griegos gracias al ejemplo que había dado a sus compañeros.

Por cuanto le tocaba, consideraba aquellas felicitaciones una extensión de lo que se merecía Cinegiro. Se había convertido él mismo en Cinegiro, había completado su obra, proponiéndose como algo más que un sencillo héroe, quizás como una personificación suya, una reencarnación del hermano que los dioses habían autorizado para que regresara del Hades a terminar de dar su propia contribución a la causa ateniense. Era como si el espíritu de Cinegiro se hubiera apropiado de él y le hubiera guiado en las últimas fases de la batalla, las que habían grabado en los ojos y en la memoria de los compañeros la imagen de un Esquilo valiente y fuerte, haciéndoles olvidar al pálido e inútil guerrero que afrontaba el enfrentamiento establemente en las últimas filas.

Prometió también no volver a dejar escapar en un futuro ese espíritu indomable que lo alimentaba, e utilizarlo en cada momento de su vida. Solo así lograría tener en vida a Cinegiro, y al mismo tiempo daría la justa intensidad a sus propias obras.

Esquilo tuvo la impresión de haberse convertido finalmente en un poeta, al mismo tiempo que se había convertido en un guerrero.

—¡El *lochago* me ha dicho que me propondrá para el premio como mejor combatiente del regimiento! ¡Y Temístocles ha querido darme personalmente las felicitaciones antes de reunirse con el Estado Mayor! —anunció Tersipo, llegando casi corriendo al sector donde lo que quedaba de la división de Antioquea estaba recogiendo a sus caídos. Eucles y Filípides estaban ocupados en arrastrar los cadáveres que su oficial les había ordenado que amontonaran juntos para poder proceder con el recuento exacto de las pérdidas de la unidad.

—Los de Antioquea estamos demasiado ocupados trabajando para ocuparnos de esas cosas por ahora —respondió Eucles molesto. En cualquier caso, la presencia de Tersipo en un sector que no le pertenecía demostraba, una vez más, sus uniones con las altas esferas y, de consecuencia, les ofrecía la confirmación de que el título de mejor hoplita se lo habría procurado incluso aunque no se lo hubiera merecido.

De cualquier forma, por lo poco que había visto Eucles, podía muy bien habérselo merecido.

Filípides callaba, pero una sonrisita divertida en su rostro dejaba ver claramente cómo estaba convencido de sí mismo.

—¿Entonces? —insistía Tersipo—, es el momento de decidir quién ha ganado el desafío, ¿no? Cuando llegue a Atenas quiero poder ir directamente a ver a Ismene para comunicarle que seré yo quien se case con ella.

Tersipo era el típico calculador, pensó Eucles, descorazonado. Necesitaba certezas inmediatas para poder planificar cada movimiento sucesivo, sobre todo bajo el aspecto político.

Era evidente que tenía muchas prisas por capitalizar las ventajas adquiridas en el campo de batalla.

—Quizás deberías evitar cualquier decisión hasta que se hayan calmado las aguas —intervino por fin Filípides—. Te recuerdo que probablemente la guerra todavía no ha terminado.

—¡Pero nuestra apuesta sí! —continuó Tersipo—. ¡He ganado yo!

—Nuestro regimiento todavía no ha establecido nada en relación con los premios. Pero si quieres, vayamos ahora a preguntárselo al *lochago* —respondió Filípides levantando los hombros.

—¡Pues claro que quiero! ¡Vamos!

Eucles les siguió, preocupado, y en poco tiempo llegaron al sector donde el *lochago* estaba dando disposiciones para la catalogación del botín. Ningún jefe quería que desapareciera nada mientras el ejército volvía a Atenas.

—¡*Lochago!* —Filípides llamó la atención del oficial—. ¿Sabes algo sobre quién

será premiado como el mejor combatiente del regimiento?

El oficial, lejos de verse molestado por la interrupción, le dirigió una franca sonrisa. Miró tanto a Filípides como a Eucles, y luego apoyó en el suelo una armadura persa finamente elaborada y respondió:

—Bueno, me encuentro delante de los dos mejores soldados de la unidad. Y en esto están todos de acuerdo. Querido Eucles, te has comportado bien en esta batalla, te has diferenciado como nunca antes, demostrando ser un valiente guerrero. El propio Epizelo, que ahora se encuentra en manos de los médicos, se ha sentido orgulloso de ti y ha declarado que eres su mejor alumno. Y también Arístides ha tenido palabras de elogio para ti...

Eucles se animó. Entonces no había ido tan mal, después de todo. Habían visto todos que había dado lo mejor. Y cuando conseguía dar lo mejor de sí mismo no era el segundo en nada. Esto significaba que todavía podía seguir peleando por la victoria.

—Diría que estaríamos todos de acuerdo en asignarte el premio —continuó el oficial— si no fuera por la extraordinaria prestación de Filípides —añadió dejando helado a Eucles—. Querido Filípides —siguió el *lochago*, manteniendo una mano sobre el hombro del hemerodromo—, en mi larga carrera me ha ocurrido muy pocas veces ver a un hoplita combatir de forma tan valiente, hábil, generosa y altruista. Eres el perfecto ejemplo del soldado ateniense. ¡Serían suficientes cien como tú y Atenas dominaría el mundo, no Persia!

Filípides se quedó paralizado, defendiéndose con palabras de circunstancias.

—He cumplido sólo mi deber...

—¡Sí, ya! —se entusiasmó el oficial—. ¡Eres probablemente el hoplita con el mejor mérito de haber evitado la aniquilación de esta unidad! Estábamos vencidos y tú, con tu valor, nos has permitido que resistiéramos hasta la llegada de los refuerzos.

Filípides miró a Tersipo y, sin decir nada, alargó los brazos como diciendo que no podía hacer nada contra todo ello.

Pero Tersipo no tenía intención de soltar su presa tan fácilmente.

—¡Yo también he sido designado el mejor de mi unidad! Esperemos a ver qué es lo que decide el Estado Mayor. ¡Supongo que elegirán a uno de los dos como el mejor combatiente del ejército!

—Siento excluir esa posibilidad —declaró solemnemente el *lochago*—. Corre la voz de que el premio será asignado a Calímaco de Afidnas. Nos ha conducido a la victoria y ha muerto heroicamente, combatiendo en primera fila. Milcíades y los otros han querido que sea así, por lo que yo sé.

Tersipo suspiró profundamente.

—Y ahora, ¿cómo queda todo?

—Dejemos que decida Ismene —propuso Filípides.

—¿Seguimos con la apuesta hasta llegar a Atenas, si todavía tenemos que enfrentarnos a los persas?

—¡Aquí estás de nuevo, Filípides! ¡A ti te buscábamos! —se oyó decir a Aristides, que había llegado con el resto del Estado Mayor. A su lado estaban Milcíades, Temístocles y Arimnestos junto a los otros estrategas que habían sobrevivido—. Quiero felicitarte personalmente por el valor mostrado en la batalla —siguió el estratega—. Y también a ti, Eucles. Habéis demostrado un gran valor al igual que una habilidad extraordinaria a la hora de combatir, que han sido determinantes para el resultado de la batalla. Si el centro hubiera cedido, los persas habrían podido atacar las alas por los laterales y la parte trasera y habríamos terminado por perder. Ahora, sin embargo, Filípides, tengo que pedirte un esfuerzo más...

—Estoy a tu disposición, estratega.

—Como sabes, tememos que en Atenas haya quien conspira para devolver a Hippias al poder. Si los persas llegan a Falero antes que nosotros, no se puede descartar que los que apoyan al tirano y viven en la ciudad les abran las puertas. Por lo tanto tenemos que avisar lo antes posible a los arcontes de nuestra victoria, y que resistan hasta que lleguemos nosotros en su ayuda. En virtud de tu pasado deportivo y de tu empresa en Esparta hace pocos días, eres el único que puede realizar la distancia de Maratón a Atenas antes de que se haga de noche...

Eucles vio a Tersipo temblar de rabia. Claro, este encargo confirmaba a Filípides como la estrella que más brillaba en el firmamento ateniense. Habría sido imposible superarle en popularidad. Considerando, además, que Tersipo tenía sospechas de la fidelidad del amigo por la república, se podía creer que se encontrara incluso furioso por la confianza de la que gozaba ahora ante los comandantes.

—Me honra que tú deposites en mí tu confianza, estratega —declaró Filípides—. Quédate tranquilo que pondré todo mi empeño en llevar a cabo de la mejor forma el encargo que me has asignado.

—Estoy seguro. La salvación de la ciudad depende de ti. Por desgracia, los persas no nos han dejado un solo caballo y por lo tanto nos vemos obligados todos a ir a pie.

—Si bien —intervino Milcíades— hemos visto que los persas han escapado en todas las direcciones. No podemos excluir tampoco que, durante los días pasados, en la fase de control, alguno se infiltrara entre nuestras líneas y ahora deambule por las campañas de Ática. Un hombre solo podría caer en una emboscada. Y para nosotros es de vital importancia que alguien llegue a Atenas antes de esta noche. Considero, por lo tanto, que tendríamos que enviar a otros mensajeros. No serán rápidos como Filípides, claro, pero si le ocurriera algo a nuestro hombre, al menos tendríamos la garantía de que alguno de ellos llegaría.

—Más que justo —convino Temístocles, y también Aristides asintió—. ¿Pero a

quién mandamos? No hay un hoplita que no se haya empeñado a fondo en la batalla. Están todos cansados y la mayoría cubiertos de heridas...

—Yo propongo a Tersipo y también a Eucles —dijo de repente Filípides—. Estoy seguro de que sabrán demostrar en este trabajo el mismo valor que han demostrado en la batalla. Si de verdad tienen que enfrentarse a algún persa, ellos que han sido los guerreros mejores sabrán cómo arreglárselas, ¿no?

Eludes abrió los ojos ante la sorpresa. Tersipo lo analizó con curiosidad. Eucles leyó también cierta desconfianza en su mirada indagadora.

—Excelente idea. ¿Os apetece? —preguntó Arístides, dirigiéndose a los dos hoplitas.

Tersipo parecía dudar. Pero sólo durante un instante.

—¡Pues claro! —declaró al final con convicción.

—Naturalmente... —le dijo Eucles con un tono más bajo.

—¡Bien! Entonces os marcharéis en breve. Aprovechad para tomar aliento unos instantes. Sentaos, recuperaros, llevad un *kopis* en la cintura y luego marchaos. ¡La salvación de Atenas depende de vosotros! —declaró en voz alta Milcíades, haciéndose oír por todos los hoplitas a su alrededor. Todo el Estado Mayor se felicitó con los tres soldados y se prodigó en felicitaciones y ánimos. Luego los comandantes les dejaron solos para dirigir su atención a otras cuestiones.

—¿Por qué nos has propuesto a nosotros? —le preguntó enseguida Tersipo a Filípides, en cuanto se encontraron a solas. El *lochago* había ordenado a los otros compañeros que les dejaran en paz.

—¿No querías continuar con la apuesta? Ahí la tienes. Quién llegue antes a Atenas se queda con Ismene.

—Sabes bien que no puedo competir contigo en la carrera de larga distancia... No es una gran concesión —respondió escéptico Tersipo.

—Has visto tú mismo que después de Calimaco los comandantes estaban encaminados a elegirme como el mejor guerrero. Pienso que deberías dar las gracias a los dioses si se te ofrece otra ocasión.

—¿Y Eucles qué tiene que ver en todo? El ya está fuera del juego... —insistía Tersipo, para nada convencido.

—Él también merece otra oportunidad. Se ha empeñado a fondo para vencer, y desea a Ismene más que nosotros dos. Y además, dudo que se haya distinguido menos que tú en batalla...

—Entiendo. Si te ocurre algo, prefieres que él venza y no yo. Sois amigos desde hace tiempo, vosotros...

—Puede ser. Pero desde este momento, quiero que te empeñes en respetar la eventual victoria de Eucles, en el supuesto de que me ocurra algo. Quizás me doble el tobillo y se trate de una cuestión entre vosotros dos. Quiero que te empeñes en no

poner en juego el valor de la batalla. Éste es un capítulo cerrado. Nos la jugamos con la carrera.

Tersipo dudó. Luego asintió. Eucles miró a Filípides con admiración. Por mucho que hubiera siempre considerado al amigo una persona noble, tenía que admitir que se había quedado sorprendido. Le debía sólo a él tener todavía la posibilidad de conquistar a Ismene. Claro, no podía decir que Tersipo estuviera equivocado. Filípides estaba tan convencido de poder vencer que lo suyo no era, por otro lado, un gran favor. Pero se conmovió ante el pensamiento de que el amigo de siempre quisiera darle una nueva posibilidad en el supuesto de que le ocurriese algo. *Si es que le ocurría algo*. Filípides parecía de verdad escogido por los dioses.

Era improbable, pero no imposible a fin de cuentas. De todos modos era un ser humano como ellos.

EPÍLOGO

Cabo de Artemisio, Eubea agosto del 480 a. C.

—Eucles sobrevivió el tiempo necesario para contarme toda la historia —concluyó la mujer que Esquilo había estado escuchando casi toda la noche—. Expiró entre mis brazos un instante después de haber terminado de hablar.

Las lágrimas salieron a relucir en aquellos ojos cargados de maquillaje, borrando el dibujo negro tan intenso.

Esquilo se quedó en silencio, con el *estilo* y la tablilla sus pendida a media altura. Había anotado todo lo que la mujer le había contado, aunque a menudo ella había tenido que exhortarle para que escribiera.

—Era un juego... sólo un juego... —siguió Ismene, moviendo la cabeza.

—Ya. Es difícil de creer que se transformara en una cosa parecida —admitió Esquilo, indicando la tablilla.

—Y sin embargo fue lo que me dijo Eucles —dijo la mujer—. No he hecho otra cosa que pensar en todo ello en estos años. Y sólo hace poco me he dado cuenta de que yo no era el motivo de la apuesta. Eucles no me dijo nada cuando estaba a punto de morir, ni me preguntó nada. Quizás no estaba interesado en mí más de lo que lo estaba yo en él. Ninguno de ellos lo estaba. Querían sólo demostrarse mejores el uno respecto del otro. Con mi inocente propuesta desencadené su rivalidad, que había parecido oculta durante años de amistad...

—¿Y ahora? ¿Qué es lo que quieres que haga con lo que me has revelado?

—Te toca a ti decidirlo. Eras su amigo. Eucles quería que supieras la verdad. Que Filípides era un hombre noble y Tersipo un individuo sin escrúpulos. Si quieres respetar su voluntad, cuenta su historia. Tú puedes hacerlo mejor que nadie. Yo aquí he terminado. Jerjes ha sido ya bastante tolerante al dejar que viniera. Y dentro de poco comenzaréis de nuevo a combatir. Ha llegado la hora de que me marche —dijo la mujer, dándose la vuelta y dirigiéndose hacia el parapeto.

Sus hombres seguían allí, esperándola en el bote en la base del costado. Esquilo la siguió con la mirada, viéndola bajar y desaparecer más allá. Se quedó con el rostro dirigido hacia aquella dirección. Luego se levantó y alcanzó el borde de la nave. La pequeña embarcación se veía apenas en la incierta luz del alba que nacía, que pronto revelaría en el horizonte los puntos representados por la exterminada flota del gran rey.

El poeta volvió durante un instante a recordar a Cinegiro. Su hermano habría dado cualquier cosa con tal de participar en los nuevos enfrentamientos con los persas, que se esperaban todavía más épicos que el de Maratón. Al menos porque esta vez quedaba implicada toda Grecia, y el ejército y la flota que Jerjes se había llevado de Asia era enormemente superior a la armada de Datis de diez años antes. Pero

luego se consoló pensando que el espíritu de Cinegiro estaba con él, y le gustó pensar que el hermano viviría de nuevo a través de su gesta, una vez más. Esquilo se encontraba siempre en primera fila, en cada guerra local tras la de Maratón, y tenía la intención de hacer lo mismo también en los enfrentamientos que le esperaban dentro de poco.

Siguió observando el mar, casi inmóvil en su majestuosidad a pesar de las espumosas superficies plateadas que parecían presagiar el terremoto que en breve se desencadenaría, cuando el sol hubiera salido por completo de nuevo. Volvió con la mente a cuanto le había contado la mujer y al dilema con el que le había dejado. Para Atenas, Eucles, Filípides y Tersipo eran unos héroes desde hacía una década. Se habían convertido en el símbolo de la dedicación absoluta, incondicionada, a la causa de la democracia, los únicos dispuestos a sacrificarse por la patria incluso después del final de la batalla de Maratón. Los únicos que habían tenido las fuerzas y el coraje para enfrentarse a otros esfuerzos y otros peligros después de haber dado todo en un enfrentamiento. Las últimas víctimas de los invasores persas, pues todos daban por descontado que habían muerto asesinados por el camino.

Ismene le había contado una versión diferente de la historia. Una versión que hacía que al menos dos de los personajes fueran discutibles y el tercero, Filípides, un hombre noble muerto sin gloria alguna.

Quedaba siempre la posibilidad de que la mujer se lo hubiera inventado todo, sólo para darse importancia, o también para arrojar fango sobre los que habían causado el ostracismo en ella por su unión con Hipias.

Eucles, Tersipo y Filípides se habían convertido en héroes de la democracia, en héroes de políticos como Temístocles, que había asumido las riendas de la ciudad en los años siguientes a Maratón, después de la caída en desgracia y la muerte de Milcíades. Desacreditarles significaba desacreditar a los actuales gobernantes de Atenas, a los que en sus arengas no les faltaba ocasión para recordar el sacrificio y el ejemplo de los tres corredores, exhortando a los otros a emularlos si fuera necesario. Sobre todo ahora que Atenas y toda Grecia tenía que enfrentarse a la amenaza más grave de todas las habidas.

Esquilo se apartó de repente de la balaustrada. Volvió dentro, recogió las tablillas de cera sobre las que había estado escribiendo toda la noche, casi bajo dictado, y luego se acercó de nuevo al costado del barco. Se detuvo durante unos instantes, mirando más allá, y reflexionó de nuevo.

Por lo que a él respectaba, Eucles, Filípides y Tersipo habían sido asesinados por los persas mientras realizaban su deber. Y habían logrado terminar su último encargo, a pesar de todo. Habían sido sus amigos más cercanos y sinceros, y para todos los demás habían sido héroes.

No sería él quien cambiase todo eso.

Arrojó al agua todo lo que Ismene le había revelado, y con ello los recuerdos de aquella noche. Contaría muchas historias en el futuro, pero no aquella.

EPÍLOGO DEL AUTOR

Que la guerra de Troya fue contada de forma legendaria lo saben todos. Se hace un gran esfuerzo por localizar los eventos y las circunstancias históricas entre los ricos episodios míticos que nos ha ido pasando la tradición. Lo que el lector no siempre sospecha es que el mismo criterio se podría aplicar a la batalla de Maratón, o lo que es lo mismo, al primer gran enfrentamiento entre los griegos y los persas.

El propio Herodoto, principal fuente del acontecimiento, expresa su asombro sobre los acontecimientos de los que él fue cronista, y excluye una cantidad importante de leyendas coloridas alrededor del episodio, tomando nota sólo de algunas. Otros cronistas posteriores fueron más pródigos en acontecimientos increíbles y claramente míticos, haciendo que de verdad sea improbable cualquier reconstrucción unívoca del enfrentamiento campal y de las modalidades con el que éste se desarrolló.

La propia campaña, sus tiempos y sus estrategias, son más bien confusas en los informes de los historiadores. Por ejemplo, los datos ofrecidos por Herodoto relativos a los caídos (192 muertos entre los atenienses, 6400 entre los persas) son más bien sospechosos. Justino, por ejemplo, habla de 2000 muertos entre los invasores. Tenemos siempre que tener en cuenta el hecho de que se trata de un acontecimiento ocurrido hace 2500 años, transmitido y engrandecido oralmente de generación en generación. En el conjunto, entonces, tiendo a creer que las pocas noticias ciertas necesiten mucha imaginación por parte de un escritor para ser relacionadas y racionalizadas en una historia con coherencia.

He encontrado muy interesantes las teorías de Hans van Wees (*La guerra de los griegos. Mitos y realidad*, Editrice gorziana, 2009), según el cual en la época de Maratón los griegos no habían definido del todo la forma de la falange de sus ejércitos, es decir, que únicamente la necesidad de hacer frente a la lluvia de flechas de la alineación persa les habría llevado a adoptar una formación más unida. Además, van Wees piensa que los hoplitas se liberaron de las corazas para poder correr más rápidamente contra las líneas enemigas. Por otro lado, uno de los pocos datos ciertos es precisamente la loca carrera de los griegos contra la alineación enemiga, y la hipótesis parece razonable. Seguramente es «narrativamente» conmovedora.

Por último, una palabra sobre los protagonistas de esta novela. Esquilo estaba orgulloso de su participación en la batalla de Maratón, tanto que quería recordarla en el epitafio que escribió para su propia tumba. Para él había sido honorífico combatir junto a su hermano Cinegiro, a quien de verdad cortaron las manos mientras intentaba subirse a la nave. Es más, en la Edad Media la historia había asumido ya proporciones tales que cronistas como Justino contaban como el hoplita, después de haber perdido ambas manos, se había aferrado a la proa de la embarcación... ¡con los

dientes!

Herodoto cita también a un tal Epizelo, del que cuenta que perdió la vista de forma permanente durante la batalla, sin haber sido alcanzado pero inmediatamente después de la aparición de un guerrero gigantesco, con una barba tan larga que cubría el escudo. Éste le pasó por encima y mató a su compañero. Arístides y Temístocles tuvieron que haber desempeñado el papel que les he atribuido en la batalla, resistiendo duro en el centro. No es cierto que fueran los estrategas de las respectivas tribus, pero es altamente probable. Así como son probables los contrastes entre Milcíades y Calimaco, si bien hoy en día los historiadores no han establecido todavía si en aquella época el papel del polemenco era efectivo o puramente honorífico.

Por lo que sabemos, Eucles, Filípides y Tersipo podrían ser una única persona, y ya esto da la medida de la confusión de las ideas que circulaban en aquella época o poco después. La leyenda indica que alguien corrió a Atenas para avisar a la ciudad de que el ejército había vencido para luego morir inmediatamente después del anuncio. Más incierta es, en cambio, la conjura que se les atribuye a los Alcmeónidas, que habrían justificado las prisas con las que el mensajero fue enviado. De todos modos, cuando luego los persas llegaron a Falero constataron que nadie les ayudaría y que no había modo de someter la ciudad a un asedio, y se volvieron a Asia. La armada ateniense, por su parte, llegó a tiempo para acampar en los alrededores del centro habitado justo antes que el enemigo.

El episodio, como es conocido, es el origen de la actual prueba de Maratón, cuya distancia ha sido progresivamente alargada durante las Olimpiadas de la edad moderna hasta los actuales 42 kilómetros y 195 metros. La gran parte de los historiadores antiguos citan a Eucles como el autor de la extraordinaria carrera. Plutarco, en cambio, habla de Tersipo, citando también expresamente la propia fuente, o lo que es lo mismo, a Heraclides Póntico. E incluso Luciano enlaza el episodio con Filípides que, en cambio, estaría unido sobre todo a la petición de ayuda a Esparta pocos días antes. En definitiva, parece suficiente para «engatusar» a un novelista, ¿no?

A. F.



ANDREA FREDIANI. Nació en 1963 (Roma), donde vive y trabaja actualmente.

Licenciado en Historia Medieval comenzó a escribir en revistas de corte histórico.

En 1997 publicó su primer libro *Los asedios de Roma*, es autor de numerosos ensayos sobre Roma y Grecia antigua y autor de varias novelas. Colabora en revistas especializadas como *Medioevo* o *Focus Storia*, siendo *Jerusalén* su primera obra publicada en español.